



Ángeles
Caso

Quiero
escribirte
esta noche
una carta
de amor

La correspondencia
pasional de quince grandes
escritoras y sus historias

Lumen

Quiero escribirte esta noche una carta de amor

La correspondencia pasional
de quince grandes escritoras
y sus historias

Ángeles Caso

Lumen

narrativa

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@lumeneditorial



@siguelumen



@editorial_lumen

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

*Para Camino Alonso y Guillermo Corujo,
porque se quieren y porque los quiero*

Introducción

ALGUNAS DUDAS

¿Alguien sabe de verdad lo que es el amor?

¿Una descarga química, una tormenta hormonal que nos obliga a tendernos hacia el otro/la otra con el cuerpo anhelante y la mente al borde del abismo?

¿El encuentro de dos almas predestinadas?

¿El reencuentro de dos almas que se conocieron —y ya se amaron, inevitablemente— en el pasado o en aquello que existe antes del pasado?

¿Es el amor un sentimiento universal?

¿Todas las mujeres y los hombres del mundo, durante millones de años —dondequiera que pongamos el límite más o menos caprichoso en el que haya comenzado esta forma de animalidad que llamamos «humanidad»—, han amado a otra/otro, deseando a ese ser, justamente a ese, como si no existiese nadie más sobre la tierra?

Un indígena shuar —nuestros antepasados lo llamarían «jíbaro»— me dijo una vez que en su lengua no existe la palabra «amor».

Ese fue, creo, uno de los descubrimientos más deslumbrantes de mi vida.

Si los shuar no conocen la palabra «amor», ¿quiere eso decir que no aman?

¿Quiere decir que no necesitan del sentimiento amoroso para desearse, gozar, reproducirse y protegerse mutuamente?

¿Quiere decir tal vez que en la condición humana más cercana a la naturaleza el amor no existe?

¿Porque no es necesario?

¿Porque aún nadie lo ha «inventado»?

¿O quiere decir que existe en ellos, como en nosotros, pero no saben nombrarlo?

Pero ¿existe lo que no se nombra?

¿Es entonces el amor una construcción cultural que adorna con palabras, gestos y sensaciones lo que no es más que un proceso bioquímico, puramente natural?

¿Amamos porque nos han dicho que debemos amar?

En tal caso, ¿podríamos evitar, si quisiéramos, la disolución de nuestro yo en ese sentimiento avasallador?

¿Amamos como nos han dicho que debemos amar?

¿Somos acaso las hijas amorosas, los hijos enamorados de los cuentos que nos han contado, de los libros que hemos leído, de las películas que hemos visto?

¿Se puede amar fuera de la historia, de todo lo que nos acompaña y nos determina en nuestras vidas?

¿Amaron de la misma manera la «intelectual francesa» del siglo XII Eloísa, sensible a su carne, enfrentada al Infierno, y la intelectual francesa del siglo XX Simone de Beauvoir, empeñada en destruir todo rastro burgués en su vida, descreída y antimoral?

¿Sintieron lo mismo, a pesar de su propio pensamiento, la epicúrea del siglo XVII Ninon de Lenclos, que rechazaba los tópicos sobre la pasión amorosa, y la romántica del XIX George Sand, decidida a morder el amor hasta sangrar?

¿Temblaron de igual modo —el alma y el cuerpo fusionados el uno en el otro— la joven estudiante de filosofía María Zambrano, castellana, avergonzada por la «mancha» suprema del embarazo a destiempo, anhelante del matrimonio, y su contemporánea rusa Marina Tsvietáieva, ardiente de buscar en el amor, sin límites ni casillas ni sexos decididos de antemano, la fuente fundamental de su inspiración poética?

¿Se ama de la misma manera a alguien del otro sexo que a alguien del propio?

¿Es el mismo amor el que sintió Elizabeth Barrett por Robert Browning que el que sintió Virginia Woolf por Vita Sackville-West?

¿El mismo anhelo, la misma esperanza, el mismo desgarramiento si todo eso —hormonas, cultura, cuerpo y alma— huye a esconderse y te aparta a manotazos para que le dejes libre el camino?

¿Es exclusivo el amor? ¿Elige a uno, a una, y solo sabe vivir para él?

¿O se puede amar a diversas personas a la vez, con la misma fuerza, el mismo empeño?

¿Fue más sincera Mary Wollstonecraft, que permitió —¿permitió?— que el Único la arrollase, destruyéndola, o Julie de Lespinasse, que amó a dos al mismo tiempo, con la misma intensidad?

¿Solo ama quien es valiente y está dispuesto a jugarse el cuello en el intento?

¿Es entonces el amor algo que únicamente conocen las diosas y los héroes?

¿Tienen que conformarse los cobardes con las migajas del banquete olímpico?

¿O es el más vulgar de los sentimientos, el que ilumina y arrasa por igual los palacios y las chabolas?

¿Amó más Charlotte Brontë, que arriesgó su reputación, que Emilia Pardo Bazán, que usó exitosamente todas las estrategias para no ser descubierta?

¿Se puede amar más y amar menos, como si hubiera una balanza-de-pesar-todo-ese-tumulto?

¿Y se puede no amar nunca, vivir toda la vida al margen de la convulsión?

¿Lo hacen los shuar?

Si alguien tiene respuestas, quizá debería, como le aconsejaría Marina Tsvietáieva, escribir un poema de amor. (O un largo ensayo sobre el tema.)

Yo, simplemente, en esta hora en la que ya he vivido mucho, sin respuestas, doy mi versión de sus historias de amor, y transcribo lo que todas estas mujeres dotadas de un talento gigantesco escribieron a los seres a los que amaron.

(Aunque no creo, la verdad, que ninguna de ellas, mis hermanas mayores, tuviese a pesar de todo muchas más certezas que yo sobre todo esto.)

Este es, supongo, mi homenaje a lo que he sentido, siento y sentiré.

Mi personal constatación del milagro.

ALGUNAS ACLARACIONES

Esta es una selección, en un doble sentido: una selección de quince escritoras que escribieron cartas a hombres o a mujeres a quienes amaron. Y, al mismo tiempo, una selección de algunas de esas cartas.

Sobre lo primero: no todas las escritoras que escribieron cartas de amor están recogidas aquí. Solo algunas. Por razones personales: mi admiración hacia ellas, o impersonales: su importancia literaria. Imposible, claro, incluirlas a todas, a riesgo de hacer una enciclopedia.

Sobre lo segundo: la mayor parte de esas correspondencias son muy extensas. He elegido tan solo algunas cartas representativas de sus sentimientos y de sus estilos literarios. Únicamente en tres casos, los de Eloísa, Hildegarda de Bingen y Charlotte Brontë, reproduzco las correspondencias al completo por ser muy breves.

Todas estas correspondencias están publicadas. A veces por decisión de las propias escritoras o de sus herederos. Otras veces, porque en algún momento alguien encontró las cartas y las

consideró dignas de ser conocidas. No son por lo tanto materiales inéditos.

Sin embargo, en el caso de la mayor parte de las autoras que no son españolas, es la primera vez que pueden leerse en castellano. Solo las cartas de George Sand, Marina Tsvietáieva y Simone de Beauvoir han sido publicadas en España. Las de Eloísa y Ninon de Lenclos lo fueron hace siglos —textualmente—, y son por lo tanto inencontrables.

En la bibliografía que figura al final del libro indico todas las ediciones de las correspondencias que he utilizado. He traducido personalmente la mayoría de los textos. Solo en dos casos no ha sido posible, por razones que tiene que ver con los derechos de autor vigentes. Para las cartas de Marina Tsvietáieva, he recurrido a las ediciones de Minúscula y Renacimiento. Para las de Simone de Beauvoir, reproduzco las cartas ya publicadas por Lumen con anterioridad.

En cuanto a las biografías que acompañan las cartas de cada escritora, solo son aproximaciones a sus figuras y, en particular, a sus relaciones amorosas. Para quien quiera saber más sobre ellas, al final del libro indico igualmente algunas biografías y ensayos, tanto en castellano como en otros idiomas.

También sugiero algunas de las obras de cada una que se pueden encontrar en español: léanlas. Porque leerlas es, sin duda alguna, el mejor homenaje que podemos rendir a todas estas mujeres grandes.

Hay un asunto que no me ha resultado fácil decidir: ¿debía utilizar en mis textos, para referirme a las escritoras y a los hombres a los que amaron, sus nombres o sus apellidos? Parece algo menor, pero no lo es. Cuando se habla de un hombre conocido, siempre se utiliza, por abreviar, su apellido. Cuando se habla de una mujer, a menudo se usa el nombre. Por ejemplo, Alfred de Musset es Musset, mientras que George Sand es George. Los hombres imponen respeto, las mujeres inspiran cercanía.

Afortunadamente, esa tendencia discriminatoria está desapareciendo en los últimos años, y todos los que escribimos hemos ido adquiriendo la costumbre de referirnos a las mujeres conocidas, en el ámbito que sea, por su apellido. Ahora bien: el contenido de este libro es especial. Al tratarse de su correspondencia íntima, lo protagonizan ellas como mujeres, y no ellas como escritoras. He decidido por lo tanto mencionarlas por sus nombres, tal y como ellas se presentaban ante las personas amadas y firmaban sus cartas. Y he hecho lo mismo con los hombres a los que escribieron, salvo en los casos en los que ellas mismas se dirigían a ellos por sus apellidos. Si hablo por ejemplo de Simone y de Sartre y no de Simone y Jean-Paul, no es por falta de respeto hacia ella, sino porque ella en la intimidad era llamada por su nombre y él, en cambio, por su apellido.

Una nota más: he tomado el título del libro de una de las cartas de Katherine Mansfield a John Middleton Murry. Supongo que a ella no le molestaría.

Cartas de la abadesa Eloísa
a Pedro Abelardo
(hacia 1132-1135)

Fue una palabra tuya la que me hizo tomar los hábitos, y no el amor a Dios.

Un monasterio pobre, mínimo, al suroeste de París, hacia el año 1132. Una celda despojada, en la que penetran el viento y la nieve. Y, desde allí, el grito solitario de una mujer que clama — abandonada, pero llena de orgullo— por su amor y su deseo.

Quizá, el primer grito de amor de una mujer en la cultura occidental. No la lírica feliz de Safo, ni el susurro reposado de alguna poeta anónima, ni la composición sofisticada de las intelectuales de al-Ándalus, ni el canto melódico y formal que, en el mismo instante, comenzaban a entonar las trovadoras de las cortes del sur de Francia, sino un quejido hondo, una voz que se levanta y aúlla por encima de los muros de su celda-prisión, como una hoguera ardiendo en medio de la noche, y defiende su derecho a amar, a desear y a sentir placer.

Su derecho, también, a recordar lo que se le ha prohibido: Eloísa, la autora de las primeras cartas de amor conocidas, era monja. Monja casada y forzada a abandonar «el mundo» por voluntad de su propio marido, Pedro Abelardo.

Esta historia empieza en el año 1113 en París, una ciudad que ya era por entonces rica y bulliciosa, salpicada de importantes escuelas y estudios ligados a la Iglesia, antes incluso del nacimiento de su Universidad. En esa fecha, Pedro Abelardo, a sus treinta y cinco años, era un famosísimo profesor de dialéctica, muy conocido además como músico: componía e interpretaba canciones que la gente adoraba, convirtiéndolas en verdaderos éxitos populares. Una especie de filósofo-estrella-del-pop, seguido por las multitudes y deseado por muchas mujeres.

Eloísa (sin apellido conocido) tenía por entonces unos quince años. Era hija ilegítima de dos miembros de la alta nobleza, y había sido educada con un gran esmero por su tío Fulbert, canónigo de la catedral. Extrañamente —pues las niñas no solían acceder a esos grados del saber—, Eloísa se formó en las disciplinas que entonces se llamaban artes liberales, estudiando gramática, dialéctica, retórica, aritmética, geometría, astronomía y música, además de latín y hebreo.

En 1113, Pedro Abelardo —a quien ya le gustaba Eloísa, según su propia confesión— alquiló una habitación en casa de Fulbert. El canónigo cometió el error de permitir que vivieran bajo el mismo techo un hombre de gran atractivo y una doncella cuyo mayor tesoro, a ojos de la sociedad, era su virginidad. Ocurrió lo que tal vez era inevitable: Abelardo comenzó por darle clases y terminó seduciéndola. «Nuestro deseo —confesó él mismo— hizo que nos entregáramos a todas las etapas del amor, y enseguida le añadimos las invenciones más insólitas.» El profesor y la

alumna se enamoraron apasionadamente, mezclando en su relación el entendimiento intelectual, la admiración mutua y una sexualidad desbordante, que fue vivida por ellos con total libertad.

Algún tiempo después, Eloísa se quedó embarazada. Él, dispuesto a «restaurar su honor», le propuso casarse, pero ella se negó con una rebeldía inaudita para una muchacha de su tiempo. El mundo intelectual de la época no veía con buenos ojos el matrimonio de los teólogos y profesores: un hombre dedicado al saber debía permanecer soltero, y no verse obligado a responsabilizarse de las cargas familiares. Eloísa compartía esa idea. También es posible —aunque ella nunca se atreviera a expresarlo— que prefiriese igualmente para sí misma una vida más libre que la de una esposa, tiempo para seguir estudiando, esa «habitación propia» que siglos después describiría Virginia Woolf, en la que pudiera leer, escribir y pensar, sin necesidad de tener que ocuparse de niños ruidosos ni de un marido exigente.

En el otoño de 1116, en pleno embarazo, Abelardo sacó a Eloísa a escondidas de la casa de su tío y la llevó hasta el pequeño castillo de su hermana, al sur del Loira. Allí nació su hijo Astrolabio, que se quedaría al cargo de la familia paterna. Entretanto, el amante se reunió en París con el canónigo Fulbert y le prometió que obligaría a Eloísa a contraer matrimonio, para acallar el escándalo que ya corría por las calles.

Ella terminó aceptando, pero exigió que la boda se celebrase en secreto para proteger la carrera de su marido. Eloísa volvió a vivir como una joven soltera en casa de su tío, y siguió demostrando que no estaba dispuesta a dejarse pisotear por las convenciones y las normas morales de los demás: cuando Fulbert decidió contar públicamente que su sobrina se había casado, ella insistió en negarlo. El canónigo optó entonces por utilizar la violencia para obligarla a reconocer los hechos. Y ahí se desencadenó el drama: Eloísa, indómita, rechazó reconocer la autoridad sobre ella de su tío, huyó de la casa y se refugió en un monasterio cerca de París, en Argenteuil, en el que se había educado de niña. Abelardo la visitaba allí en secreto y, como él mismo reconoce en sus textos, llegó a «fornicar» con ella en un rincón del refectorio.

Fulbert, incapaz de entender la mente de su sobrina y de captar la profundidad de aquel amor, creyó que el filósofo intentaba desembarazarse de su esposa encerrándola con las monjas. Y, en venganza por todo el daño causado al honor de la familia, contrató a dos sicarios que entraron en casa de Abelardo y le aplicaron el castigo que solía utilizarse contra los adúlteros: lo castraron, cortándole los testículos.

La reacción de Abelardo fue tan extrema como lo había sido la venganza de Fulbert: privado simbólicamente de su masculinidad, sintió que Dios le había castigado por sus pecados de lujuria. Sin tener en cuenta la opinión de Eloísa, decidió que ambos debían renunciar al mundo y expiar sus culpas ingresando en una orden religiosa: en aquella época, los monasterios aceptaban a personas casadas si el marido así lo decidía.

Para Eloísa, aquel era un destino atroz: no solo debía separarse de su marido —algo que le

causó un inmenso dolor, que nunca superó—, sino que además tendría que renunciar al mundo por completo. Un monje podía llevar una vida activa fuera de los muros del monasterio: el propio Abelardo siguió dando clases y viajando de un lugar a otro. Una monja, en cambio, se veía obligada a guardar la clausura más estricta, alejada para siempre de la vida exterior. Sin embargo, esta vez Eloísa no se rebeló: se sometió a la voluntad de su marido, aunque, como dejó claro en sus cartas, lo hizo por amor a él, y no por devoción o arrepentimiento, pues jamás se sintió pecadora.

Es probable que Eloísa apenas volviera a ver a Abelardo. Quizá, al principio, él la visitara en alguna ocasión, o le mandara al menos noticias suyas por medio de mensajeros. Hacia 1121 o 1122 decidió fundar para ella un nuevo centro religioso, la abadía del Paraclete, no muy lejos de París: un monasterio exclusivamente para mujeres —algo muy radical en su tiempo—, del que Eloísa sería la abadesa.

Pero entonces desapareció de la vida de Eloísa. Abelardo se vio enredado en una serie de luchas y persecuciones que no solo tenían que ver con sus ideas teológicas, sino también con las rivalidades entre diferentes clanes, que en aquel entonces podían llegar a ser muy violentas. Centrado en sus propios problemas, se olvidó de su esposa y de las monjas del Paraclete, a pesar de que, como fundador de la abadía, dependían de él en todos los sentidos, incluido el económico. Ella se sintió totalmente abandonada: a la pena por la ausencia de su marido y la falta de noticias se unieron el hambre y las penurias que las religiosas sufrieron durante años, aunque la abadesa siguió esforzándose por organizar la nueva regla monástica femenina.

Pasaron diez años hasta que Eloísa volvió a tener noticias de su marido. Abelardo había escrito un texto del que circulaban muchas copias por Francia. Era, supuestamente, una carta de consuelo a un amigo, pero en realidad se trataba de un minucioso relato de su vida —incluyendo su relación con su esposa— y de las persecuciones a las que se veía sometido. Una de las copias llegó a la abadía. Imagino el fervor y la añoranza con los que Eloísa debió de leerla. De inmediato, le escribió una carta desgarradora. Así se inició una breve correspondencia, que solo incluye —al menos en las copias que han llegado hasta nosotros— dos cartas de cada uno de ellos.

Escritos en latín, estos textos constituyen un monumento de la literatura medieval. En especial, las cartas de Eloísa: mientras Abelardo se muestra distante y parece considerar el amor de su esposa como un arrebato de lujuria ocurrido en un pasado muy lejano, ella es una mujer que amó y aún ama con todo su ser. En medio de la dicotomía medieval entre alma y cuerpo, Eloísa se niega a escoger: su alma es profunda y vibrante, pero no oscurece la imperiosa realidad de su carne, que ella reconoce, venera.

Pedro Abelardo murió en el priorato de Saint-Marcel en 1142, a los sesenta y dos años. Había pedido ser enterrado en el Paraclete, pero los monjes de Saint-Marcel se negaron, considerando

que aquella reliquia de un hombre famosísimo en su tiempo les otorgaría visitantes y dinero. Tampoco ante este hecho se plegó Eloísa: dos años después consiguió que el poderosísimo abad de Cluny, Pedro el Venerable —que la admiraba mucho por su sabiduría—, levantase la sentencia de herejía que aún pesaba sobre algunos de los escritos del filósofo y autorizase el traslado de sus restos al Paracleto.

Cuando ella falleció en 1164, a los sesenta y cinco años, fue enterrada en la capilla bajo él, en un último gesto de esa confusa y agitada sumisión tan extraordinariamente descrita en sus cartas. Al fin, después de la muerte, los amantes estaban unidos.

Las cartas de Eloísa y Abelardo fueron muy conocidas desde el siglo XIII. En la segunda mitad del XVIII, cada vez más admiradas, inspiraron una de las obras más importantes del filósofo Rousseau, *La nueva Eloísa (La Nouvelle Héloïse)*. Poco después, en pleno movimiento romántico, su historia de amor se convirtió en una auténtica leyenda y sus dos protagonistas llegaron a ser personajes de culto. Sus restos fueron trasladados a París desde la abadía ya abandonada, y en 1817 —adorados por los amantes de las pasiones desdichadas— se construyó para ellos un mausoleo en el nuevo cementerio del Père-Lachaise, donde todavía hoy algunos visitantes dejan flores.

Durante mucho tiempo, la autenticidad de las cartas fue objeto de controversia. Actualmente, la mayor parte de los historiadores consideran que son auténticas. Se ha podido establecer incluso que las primeras copias proceden del propio *scriptorium* del Paracleto. Nadie sabe si fue Eloísa quien ordenó copiarlas y hacerlas circular o si lo hicieron sus monjas después de que ella muriese, en un intento de recrear la historia del matrimonio fundador de la abadía.

Fuera como fuese, estos textos componen un extraordinario relato de amor, pecado, redención, sumisión y rebeldía que, todavía hoy, hace estremecerse a sus lectores.

[1][1]

A su maestro, o mejor, a su padre; a su esposo, o mejor, a su hermano; de su sirvienta, o mejor, de su hija; de su esposa, o mejor, de su hermana; a Abelardo, de Eloísa.

Amado mío:

Acaba de llegar a mis manos, por casualidad, tu carta de consuelo a un amigo. Al saber por el encabezamiento que era tuya, la devoré con un ardor tan solo comparable a la ternura que siento por el que la ha escrito: puesto que le he perdido a él —pensé—, al menos que sus palabras me devuelvan una parte de su recuerdo. Pero cada línea de esa carta, aún presente en mi memoria, estaba llena de hiel y de absenta, pues volvió a hacerme revivir, oh mi bien supremo, la lamentable historia de nuestra vida y de tus continuos padecimientos.

[...] Dudo que nadie pueda oír o leer sin romper a llorar el relato de tus sufrimientos. El cuidado que has puesto en revivir cada detalle hizo que el dolor naciese de nuevo en mí con intensidad, e incluso lo acrecentó al darme a conocer el peligro cada vez mayor en el que vives. Todas nosotras vivimos ahora temblando por tu suerte, y nuestros corazones conmovidos, nuestros pechos palpitantes esperan recibir el golpe de la noticia de tu asesinato.

Te suplicamos pues, en nombre de Aquel que parece cubrirte aún con el manto de su protección para que sigas sirviéndole, en nombre de Cristo, cuyas humildes sirvientas somos (igual que lo somos tuyas), que te esfuerces en escribirnos a menudo y en hablarnos de las tormentas que te zarandean; que al menos nosotras, lo único que te queda en el mundo, podamos compartir tus penas y tus alegrías. Normalmente, compartir el dolor es un consuelo: el fardo cuyo peso se reparte entre diversas espaldas es más ligero, más fácil de llevar. Y cuando la tempestad se calme, date aún más prisa en escribirnos, pues tus noticias nos llenarán entonces de felicidad. Pero, sea cual sea el contenido de tus cartas, nunca dejarán de hacernos un gran bien, aunque solo fuese porque serán la prueba de que no nos olvidas.

[...] Bien sabes, amado mío, lo que perdí al perderte; sabes de qué manera tan penosa la indigna traición de la que fuiste víctima, de todos conocida, me alejó al mismo tiempo del mundo y de ti; sabes que lo que causa mi mayor dolor no es el hecho de haberte perdido, sino la manera como sucedió. Cuanto más desgarradora es la pena, mayor consuelo exige. Y nadie salvo tú, tú mismo, la razón única de mis sufrimientos, puede consolarme. Tú eres la causa única de mi tristeza, y solo

tú puedes devolverme la alegría o concederme al menos algún alivio. Y estás obligado a ello, pues yo he cumplido a ciegas todas tus voluntades: no pudiendo resistirme a ti ni en lo más mínimo, por orden tuya, tuve el valor de destruirme a mí misma. Para mi propio asombro, al sacrificar a aquel que era el único objeto de su ardor sin ninguna esperanza de recuperarlo, mi amor se convirtió en delirio. Por orden tuya, me puse el hábito y adopté al mismo tiempo un nuevo corazón, para demostrarte que eras el único dueño de mi cuerpo y de mi alma.

Jamás, y Dios es mi testigo, busqué en ti nada que no fueras tú mismo: tan solo te amaba a ti, y tus bienes nada me interesaban. Nunca pensé ni en el matrimonio, ni en la dote, ni en mis placeres, ni en mis deseos: bien sabes que solo quise satisfacer, con todo mi corazón, los tuyos. Y aunque el nombre de esposa parezca más sagrado y más poderoso, yo prefería otro: yo deseaba ser tu amante, o tu concubina, o incluso, permíteme que lo diga, tu cortesana. Me parecía que, cuanto más me humillase ante ti, más agradecido te sentirías, y menos obstaculizaría yo tu glorioso destino.

Veo que tampoco tú te has olvidado de esos sentimientos en tu carta de consuelo a un amigo. En ella has tenido a bien recordar algunos de los argumentos con los que yo intenté convencerte para que no contrajéramos un matrimonio fatal, pero has guardado en cambio silencio sobre aquellos que me llevaron a preferir el amor al matrimonio, la libertad a las cadenas. Pongo a Dios por testigo de que aunque [el emperador] Augusto, el dueño del mundo, me hubiese considerado digna de ser su esposa y me hubiese asegurado el dominio del universo, me habría resultado más dulce y más noble ser considerada tu puta que su emperatriz; porque lo que hace grande a un ser no son ni la riqueza ni el poder, que solo son consecuencia del azar; la grandeza, en cambio, depende del mérito. La mujer que prefiere casarse con un hombre rico en lugar de con uno pobre, la que ansía en el esposo más sus posesiones que a él mismo, es una interesada. Sin lugar a dudas, aquella a la que mueve al matrimonio semejante codicia merece ser pagada y no amada, pues se siente unida a la fortuna, no a la persona, y si se diese la ocasión, se prostituiría con un hombre más rico.

[...] ¿Qué rey, qué filósofo podía alcanzar tu celebridad? ¿Qué lugar, qué ciudad, qué villa dejaban de sentirse excitadas cuando tú acudías? ¿Quién no corría a admirarte cuando aparecías en público y no intentaba seguirte con los ojos, estirando el cuello, cuando te alejabas? ¿Qué mujer casada, qué joven doncella podía evitar desearte en tu ausencia, arder en tu presencia? ¿Qué reina, qué gran dama no sentía celos de mis goces y mi lecho?

[...] Todas las virtudes del espíritu y del cuerpo adornaban tu juventud. Pero entre las mujeres que envidiaban entonces mi felicidad, ¿existe hoy una sola que, al saberme privada de tales deleites, no se apiade de mi infortunio? ¿Qué hombre o qué mujer, aunque fuese mi enemigo, no sentiría hoy hacia mí un justo sentimiento de piedad? Aunque he cometido muchos errores, tú sabes bien que soy inocente, pues la culpabilidad no radica en los actos, sino en la predisposición del pensamiento. La balanza de la justicia no pesa los hechos en sí, sino la intención. Y mis

intenciones hacia ti, solo tú, que las pusiste a prueba, puedes juzgarlas. Yo las deposito todas en tu balanza, y me abandono a tu testimonio.

Dame una única razón, si eres capaz de hacerlo, que explique por qué, desde que decidiste que ambos entrásemos en religión, me has dejado abandonada, por qué te has olvidado de mí y ya no puedo recurrir a tu presencia para que me dé ánimos, pero tampoco a tus palabras: ni una sola carta tuya para consolarme en tu ausencia. Dímelo si eres capaz, o seré yo quien te diga lo que piensa, lo que todo el mundo sospecha: que fue la concupiscencia y no la ternura lo que te unió a mí, el ardor de los sentidos y no el amor. Y que por eso, cuando tus sentidos se aplacaron, todos los gestos que ellos inspiraban se desvanecieron también. Esta idea, amado mío, no es mía, es lo que piensa todo el mundo; no es una opinión personal, es una creencia muy extendida. ¡Bien que querría ser la única en verlo así, y que tu amor encontrara defensores cuyos argumentos pudiesen disminuir mi dolor! ¡Cuánto desearía poder creer en alguna razón que te excusara a ti y me justificase a mí!

Piensa, te lo ruego, en lo que te pido: es tan poco, y tan fácil... Ya que me falta tu presencia, que al menos la ternura de tus palabras me devuelva la dulzura de tu persona: ¡te costaría tan poco escribirme una carta! ¿Cómo voy a esperar que seas generoso en tus actos si eres tan avaro con tus palabras? Creía haber hecho muchos méritos a tus ojos, pues todo lo hice por ti, y si sigo retirada aquí es tan solo por obedecerte. Acepté encerrarme en plena juventud en la vida monástica, con toda su dureza, no por devoción, sino porque tú me lo ordenaste. Si eso no es para ti un mérito, mi sacrificio habrá sido en vano: no es de Dios de quien debo esperar recompensa, ya que nada de lo que he hecho ha sido por amor a Él.

Cuando tú te encaminaste hacia Dios, yo te seguí o, más bien, te precedí: como si el recuerdo de la mujer de Lot y su mirada hacia atrás te preocupase, hiciste que yo fuera la primera en ponerme el hábito y en hacer los votos monásticos. Me entregaste a Dios antes de entregarte tú. Y te confieso que esa falta de confianza, la única que me demostraste en toda mi vida, me llenó de dolor y de vergüenza: Dios sabe que yo no habría dudado en precederte o seguirte aunque te arrojaras a un volcán, si tú me lo hubieras pedido. Porque mi corazón ya no era mío, sino tuyo. Aún hoy, sigue siendo todo tuyo, pues no existe fuera de ti. Te suplico que le permitas sentirse a gusto en tu seno. Y eso solo ocurrirá si eres bondadoso con él, si le devuelves favor por favor, pequeñas cosas a cambio de las grandes, palabras al menos en lugar de actos. ¡Si te sintieras menos seguro de mi amor por ti, amado mío, mostrarías más interés hacia mí! Pero he hecho que te sientas tan seguro, que me ignoras.

Te lo suplico, recuerda todo lo que he hecho, y piensa en lo mucho que me debes. Mientras disfrutaba contigo de los placeres de la carne, los demás podían preguntarse si era el amor el que me guiaba o la pura concupiscencia. Ahora, el desenlace de la aventura demuestra cuáles han sido mis sentimientos desde el principio: me he prohibido a mí misma todos los placeres por prestarme

a tu voluntad; no me he guardado nada para mí, salvo el derecho a ser toda tuya. ¡Qué injusticia la tuya al negarle cualquier recompensa a quien tanto la merece, cuando lo que te pide es además tan poca cosa!

En nombre de Aquel al que te has consagrado, en nombre del mismo Dios, te lo suplico, devuélveme tu presencia: si no puede ser de otra manera, escíbeme al menos unas palabras de consuelo. Si no lo haces por mí, hazlo para que al encontrar así nuevas fuerzas, me pueda entregar con más fervor al servicio de Dios. En el pasado, cuando pretendías atraerme a la vergonzosa voluptuosidad, me anegabas de cartas, y tus canciones ponían sin cesar el nombre de tu Eloísa en boca de la gente: sí, mi nombre resonaba en todas las plazas y en todas las casas. ¿No sería acaso justo que ahora me animases a amar a Dios, igual que entonces me animabas al placer?

Una vez más, te lo suplico, sopesa lo que me debes, considera lo que te pido.

Termino con unas breves palabras esta carta tan larga: adiós, mi todo.

[2]

[Pedro Abelardo respondió a la primera carta de Eloísa detallando la situación de peligro en la que creía encontrarse, perseguido por sus enemigos y temiendo ser asesinado en algún momento. El resto de su carta se compone de una serie de exhortaciones a Eloísa para que rece por él y se concentre en su vida religiosa, pero sin mencionar su relación, como si nunca los hubiera unido algo más que el amor divino.]

Ella le escribió entonces esta segunda carta llena de temblor.]

A aquel que lo es todo para ella después de Jesucristo, de la que es toda suya en Jesucristo.

[...] Grande fue nuestro asombro al ver cómo aumentabas el sufrimiento de aquellas a las que hubieras debido aportar consuelo, y cómo provocabas nuestras lágrimas, cuando hubieras debido calmarlas. Pues ¿quién de nosotras habría podido escuchar con los ojos secos el final de tu carta: «Y si el Señor me entregase a las manos de mis enemigos, si ellos demostrasen ser más fuertes que yo y me mataran», etcétera? Oh, amado mío, ¿cómo puedes pensar algo así? ¿Cómo pudo tu boca expresarlo? ¡Que Dios no se olvide de sus humildes sirvientas hasta el punto de permitir que te sobrevivan! ¡Que jamás nos conceda una vida así, que sería más insoportable que cualquier muerte!

[...] Un alma destrozada por el dolor no puede sentirse en calma, un espíritu enfrentado a las perturbaciones no puede ocuparse sinceramente de Dios. Te lo ruego, no nos impidas cumplir con los santos deberes a los que tú mismo has hecho que nos consagremos. Ante una desgracia inevitable que traerá consigo un dolor inmenso, solo cabe desear que sea repentina, y no sentirse torturado antes por un temor que sería vano, pues no serviría para nada. Es lo que el poeta [Lucano] expresó en esta oración dirigida a Dios: «Que tus dictámenes se cumplan de improviso, que la cabeza humana permanezca ciega sobre su destino. Permite que en medio del temor guardemos la esperanza».

Pues, si te pierdo a ti, ¿qué esperanza me quedará? ¿Qué razón encontraría para continuar mi camino en esta tierra en la que mi único apoyo eres tú y mi única dicha saber que estás vivo? Cualquier otro placer que tú pudieses otorgarme me ha sido prohibido, y ni siquiera se me permite gozar de cuando en cuando de tu presencia, que podría al menos devolverme el ánimo.

Si pudiera, diría que Dios es muy cruel conmigo. Que su clemencia es implacable. Sí, la Fortuna es despiadada conmigo: ha agotado en mí todas sus fuerzas y ya no puede golpear a nadie más; ha vaciado conmigo su carcaj, y ya nadie tiene que temer sus golpes. Si aún le quedase alguna flecha, ¿encontraría un hueco en mí para una nueva herida!

[...] Soy la más desdichada de las desdichadas, la más infortunada de las infortunadas. Tú me alzaste por encima de todas las mujeres, llevándome al rango más sublime. Luego, precipitada desde esas alturas, tuve que soportar una dolorosísima caída, la mía propia y también la tuya. Cuanto más alta, más dura es la caída. ¿A qué mujer noble o poderosa colocó la Fortuna por encima de mí? ¿Y a cuál ha rebajado tanto, y ha abrumado con tanto dolor? ¿Qué gloria me concedió al conocerte! ¡Y qué desastre!

[...] Mi indignación ante la injusticia es aún más profunda porque fuimos avasallados. Mientras gozamos de las alegrías de nuestra pasión y —por emplear un término vergonzante pero más expresivo— nos entregamos a la fornicación, la severidad divina no se fijó en nosotros. Pero cuando sustituimos nuestro comportamiento ilícito por acciones loables, cuando recubrimos la vergüenza de nuestras fornicaciones con el velo del honor conyugal, la cólera del Señor se abatió con violencia sobre nosotros. No quiso aceptar nuestro lecho immaculado, mientras que antes había soportado su suciedad.

El castigo que otros merecen por su adulterio, tú lo soportaste por haberte casado y haber dado así garantías de tu voluntad de reparar todos los errores. Lo que las mujeres adúlteras les deparan a sus cómplices, a ti te lo deparó tu propia esposa: y no cuando nos abandonábamos a nuestra voluptuosidad, sino cuando, separados por un breve espacio de tiempo, vivíamos de manera casta, tú al frente de tu escuela parisina y yo, por orden tuya, compartiendo la vida de las religiosas de Argenteuil.

Fue entonces cuando tú, y solo tú, pagaste en tu cuerpo las faltas que ambos habíamos cometido.

Solo tú soportaste el castigo, a pesar de que ambos habíamos participado de la falta. Tú, el que menos hubiera debido sufrirlo, pues ya habías dado amplia reparación humillándote por mí y honrándonos a mí y a mi familia, y no merecías por lo tanto ninguna pena, ni a ojos de Dios ni ante aquellos traidores.

[...] Para compensar de alguna manera el sufrimiento de tu herida, yo debería hacer una penitencia digna de mi culpa. Lo que tú sufriste en un instante en tu cuerpo, tendría yo que soportarlo en remordimiento toda mi vida, y poder así pagar mi deuda. Pero no lograré resarcirme a ojos de Dios, pues debo reconocer la debilidad de mi pobre corazón: confieso que no encuentro en mí ningún arrepentimiento que pueda apaciguar al Señor. A decir verdad, le acuso a Él por su extrema crueldad en la injusticia que ha cometido con nosotros, me rebelo contra Sus acciones, y no ceso de ofenderlo con mi indignación, en lugar de intentar apaciguar Su ira mediante la penitencia.

¿Se podría siquiera decir que un ser hace penitencia, por mucho que maltrate su cuerpo, si su espíritu conserva vivo el deseo del pecado y aún arde con las pasiones del pasado? Es fácil confesar las culpas y acusarse de ellas, es incluso fácil someter el cuerpo a mortificaciones externas. Lo más difícil es arrancar del alma el anhelo de las más dulces voluptuosidades.

[...] Disfruté tanto de aquellos placeres de amantes de los que gozamos juntos, que no consigo detestarlos ni borrarlos de mi memoria. Allá donde miro, se presentan ante mí, se imponen a mi mirada junto con los deseos que despiertan en mi cuerpo. Incluso cuando estoy dormida invaden mis sueños. Hasta en medio de la solemnidad de la misa, cuando la oración debe ser más pura, las imágenes obscenas de esas voluptuosidades se adueñan de tal manera de mi alma, que me obligan a estar más pendiente de ellas que de la oración. Mientras debería lamentarme por las faltas que he cometido, suspiro por el placer perdido.

No son solo los actos que realizamos los que están grabados en mi entendimiento, son también los lugares y los momentos en los que viví todo eso contigo, y vuelvo a hacerlo todo una y otra vez, de la misma manera. Ni siquiera mientras duermo me dejan en paz. A veces, los movimientos de mi cuerpo traicionan los pensamientos de mi cabeza, y se me escapan ciertas palabras que no puedo contener.

[...] La gracia de Dios, amado mío, llegó a ti sin que la pidieses: una única herida en tu cuerpo apaciguó en ti los aguijones del deseo y curó todas las llagas de tu alma. Creímos entonces que Dios era tu peor enemigo, pero lo que hizo fue mostrarse solícito contigo, a la manera de un médico de confianza que no nos ahorra el dolor con tal de mejorar nuestra salud. Pero en mí, el ardor de la juventud y el recuerdo de aquellas dulces voluptuosidades no hicieron más que excitar los aguijones de la carne, el ardor de la lujuria.

El mundo alaba mi castidad porque no ve mi hipocresía. Creen que la pureza de mi carne es consecuencia de mi virtud, como si la virtud fuese un asunto del cuerpo y no del alma. Los

hombres me glorifican, pero no tengo ningún mérito ante Dios, que examina los corazones y las entrañas, y ve claro en las tinieblas. [...] Puede que, a ojos de Dios, haya algún mérito en no escandalizar a la Iglesia con malos ejemplos, en no dar a los infieles pretexto para blasfemar sobre el nombre del Señor ni a los libertinos ocasión de difamar esta vida religiosa a la que hemos jurado pertenecer. [...] Pero yo, en cada uno de los momentos de mi vida, y Dios lo sabe, es a ti a quien he temido ofender, y no a Él. Es a ti, y no a Él, a quien deseo complacer. Fue una palabra tuya la que me hizo tomar los hábitos, y no el amor a Dios. Piensa qué desdichada será mi vida, qué miserable, si todo eso lo he hecho en vano, pues no puedo esperar recompensa ninguna después de la muerte.

Durante mucho tiempo, mi manera de disimular te ha engañado, a ti y a otros muchos: creíste que mi hipocresía era piedad, te fiaste demasiado de mis rezos. Ahora me preguntas qué espero de ti: te lo suplico, ¡no confíes tanto en mí, no dejes de sostenerme con tus oraciones! ¡No pienses que estoy curada, no me quites la ayuda de tu medicina! ¡No dejes de imaginarme desprovista de todo, retrasando así la ayuda que necesito! ¡No creas que soy fuerte, no te olvides de sostenerme, pues me tambaleo y me siento a punto de caer!

[...] Tus alabanzas son un peligro para mí, pues me resultan placenteras, me seducen y me llenan de alegría: deseo gustarte sea como sea. Te lo ruego, ten miedo de mí y no confianza, para que tus cuidados me sirvan constantemente de ayuda. Ten más miedo que nunca, ahora que mi incapacidad para dominarme ya no encuentra remedio en ti.

No quiero que, para exhortarme a la virtud y animarme al combate, me digas: «La virtud se hace fuerte en la debilidad». Tampoco: «No será coronado quien no haya combatido hasta el final». No busco la corona de la victoria; me basta con evitar el peligro. Es más seguro huir del peligro que lanzarse a la batalla. Con que Dios me conceda un rincón cualquiera del Cielo, me bastará. Allí, nadie envidiará a nadie, y cada uno se contentará con su suerte.

Cartas de la abadesa Hildegarda de Bingen
a la abadesa Richardis von Stade
y al arzobispo Hartwig von Stade
(1151-1152)

Que lloren conmigo todos los que padezcan una pena semejante.

Hildegarda de Bingen amó a Richardis von Stade. La poderosísima abadesa del monasterio de Rupertsberg, aquella a la que no hacían flaquear ni papas ni emperadores, la que no tenía miedo de nada ni de nadie, sintió cómo su corazón se rompía cuando alejaron a su querida monja de su lado.

Luchó por ella, como siempre hacía, con uñas y dientes. Pero en esta ocasión perdió: la gran derrota, seguramente, de aquella mujer que fue un trueno que resonó por toda Europa.

¿Se puede decir que aquel fue un amor carnal? ¿Una evidente historia de lesbianismo entre dos vírgenes que vivían consagradas a Dios, encerradas en un mundo casi exclusivamente femenino? ¿La hazaña de dos mujeres que se enamoraron y, a pesar de sus votos de castidad, se lanzaron la una a los brazos de la otra, amándose en el secreto de una celda oscura, entre los rezos de completas y los de maitines?

La idea es sugerente, novelesca, incluso liberadora. Pero es imposible afirmarlo de manera rotunda. Que se quisieron es evidente. Lo sabemos por las cartas que se conservan entre Hildegarda, Richardis y el hermano de esta, el arzobispo de Bremen, Hartwig von Stade. A través de su lenguaje apasionado y vibrante, el dolor de las dos mujeres por la separación forzosa resuena casi nueve siglos después con una fuerza extraordinaria.

Sin embargo, los datos no son suficientes para dar por hecho una relación de pareja entre ellas. Aunque tampoco es totalmente descartable: Hildegarda fue una monja medieval, no una religiosa de la Contrarreforma. Vivió en un tiempo duro y crudo, que apenas podía permitirse la hipocresía, en el que las gentes todavía llamaban a las cosas por su nombre —lo hemos visto en la fuerza expresiva de Eloísa— y aún entendían el misterio profundo de la naturaleza, el poder imbatible de la vida y de la muerte, el vigor demoníaco de la carne luminosa y corruptible.

Hildegarda y Richardis eran vírgenes por sus votos, pero esa virginidad —la inocencia de las entrañas respecto al pene masculino— no tenía por qué renegar necesariamente de otras formas de sensualidad que a veces, por qué no, podían desembocar de manera natural en sexualidad. De hecho, Hildegarda, que siempre cuidó de los aspectos sensoriales del culto que sus monjas practicaban en el monasterio, también dejó dicho en sus escritos que el exceso de castidad —con la pretensión de alcanzar la santidad— era una «forma suprema de la vanidad». O que la abstinencia inmoderada reseca el alma y no engendraba «paz, sino irascibilidad». ¿Lo sabía,

acaso, por experiencia propia, por haber sentido el ansia ingobernable de la carne y su exquisita satisfacción?

Cuando se llevaron a Richardis de su lado, en el año 1151, Hildegarda de Bingen tenía cincuenta y dos años y era una de las mujeres más extraordinarias de Europa. Miembro de la alta nobleza del condado germánico del Palatinado, había vivido desde su infancia en el monasterio benedictino de Disibodenberg. Allí recibió una magnífica educación de manos de otras damas nobles, monjas y laicas, y allí tomó el velo a los quince años. En 1136, al morir la anterior abadesa, fue ella la designada para gobernar la comunidad de monjas. Y entonces surgió la auténtica Hildegarda, bravía y genial.

Disibodenberg era un monasterio dúplice, es decir, un recinto en el que convivían monjas y monjes, ellas siempre sometidas a la autoridad masculina. Aunque ahora nos parezca raro, eso había sido lo habitual en la vida monástica durante los siglos de la Edad Media. Pero, desde el principio, Hildegarda dejó claro que no estaba dispuesta a plegarse fácilmente al poder del abad Cuno y que quería la autonomía para ella y sus «hijas». Era algo que ya estaba sucediendo en otros monasterios europeos, como el Paracletto de Eloísa, fundado poco tiempo atrás. Pero esa independencia no era fácil de lograr. Hildegarda tardó catorce años en conseguirla, y tuvo que convertirse para ello en una auténtica celebridad espiritual.

No deja de ser sorprendente la manera como muchas mujeres, en siglos diferentes, alcanzaron un alto grado de empoderamiento a través del misticismo. Hildegarda de Bingen fue uno de los ejemplos más claros. Apenas elegida abadesa, aquella mujer culta y llena de talento —quizá también de imaginación— empezó a escribir las visiones místicas que, según ella, tenía desde la infancia: la «Fuente divina» le hablaba y le hacía ver imágenes extraordinarias, que señalaban los caminos hacia Dios. Sus inesperados textos causaron conmoción y provocaron, por supuesto, una profunda revisión por parte de las autoridades eclesiásticas. Aunque muchos estaban dispuestos a condenarla, finalmente, el propio Papa, Eugenio III, aceptó su veracidad, lanzándola así a la fama: desde ese momento, Hildegarda fue para la cristiandad una de las elegidas de Dios.

Segura de sí misma, astuta y ambiciosa, logró que sus opiniones se impusieran en un mundo de hombres. Gracias a una intensa correspondencia, se convirtió en consejera —a menudo regañona— de varios pontífices y emperadores, y de infinidad de dignatarios eclesiásticos, reyes, príncipes y aristócratas de media Europa. A pesar de que las mujeres tenían prohibido predicar, ella, con el permiso papal, realizó numerosos viajes dando a conocer sus interpretaciones de las Escrituras. Compuso músicas extraordinarias para que fuesen interpretadas por sus monjas, y escribió un puñado de libros que aún hoy son leídos con enorme interés. Algunos de ellos son tratados místicos, pero también dejó dos obras científicas. *Physica* o *De natura*, que es una especie de enciclopedia de los conocimientos botánicos y zoológicos de la época, y *Causae et*

curae, un tratado de medicina natural, una disciplina que parece haber conocido muy bien y que seguramente aprendió desde pequeña, pues las monjas —y muchas mujeres laicas— ejercían en aquel entonces la medicina.

No fue hasta finales de la Edad Media cuando el género femenino se vio apartado con violencia de esa profesión, justo cuando aparecieron las primeras universidades —bajo el dominio de la Iglesia—, que fueron el instrumento para reservar en exclusiva a los hombres el ejercicio de las profesiones de prestigio. Las monjas-médicas quedaron relegadas a la mera condición de enfermeras y las expertas en medicina natural —que solían transmitirse los conocimientos de madres a hijas a lo largo de muchas generaciones— se convirtieron en brujas, perseguidas y quemadas en toda Europa en las hogueras de la Inquisición: el «excesivo» saber femenino iba siendo considerado cada vez más por la sociedad patriarcal algo perturbador y peligroso.

En 1150, cuando su fama de visionaria y de sabia estaba ya establecida, Hildegarda logró al fin el permiso de las autoridades eclesiásticas para abandonar el monasterio dúplice e instalarse con sus monjas en un nuevo monasterio, el de Rupertsberg, cerca de Bingen, que enseguida se convirtió en un lugar de peregrinaciones y donaciones valiosísimas.

Pero también fue en ese momento cuando estalló la tragedia. Durante muchos años, Richardis había sido la monja más cercana a Hildegarda, ejerciendo incluso como una especie de secretaria, que la ayudaba en su intensa actividad de escritura. Por lo que la abadesa cuenta en su primera carta a Hartwig, debió de haber rumores y críticas respecto a la predilección de la superiora por su hija espiritual. Quizá, sobre la posibilidad de un amor excesivo y, tal vez, pecaminoso.

Tan solo es una suposición, pero es probable que, recién llegadas a su nuevo monasterio, el abad Cuno aprovechase este asunto para vengarse de Hildegarda y se dedicara a envenenar a la familia de Richardis. Los Von Stade eran una dinastía muy poderosa y hasta ese momento habían apoyado plenamente a Hildegarda en su deseo de independencia. Lo lógico habría sido mantener a Richardis en el nuevo monasterio que ellos habían contribuido generosamente a crear. Pero, inesperadamente, Richardis fue nombrada abadesa del monasterio de Bassum, en Sajonia, de cuya diócesis era arzobispo su hermano Hartwig. Lejos, muy lejos de Hildegarda, casi inalcanzables la una para la otra, a quinientos kilómetros de caminos embarrados, nieves, vientos heladores o soles ardientes. Una separación quizá definitiva en tiempos como aquellos.

Hildegarda, la que nunca se plegaba, no quiso resignarse. Intentó convencer a la madre de Richardis, a su hermana y a otro miembro de la dinastía para que su hija predilecta se quedase con ella. También a los abades pertinentes y a su arzobispo. Pero no hubo nada que hacer: la voz de aquella mujer que era venerada como consejera política y espiritual no fue en cambio escuchada cuando clamó por su amor. Richardis fue arrancada de su lado, y el dolor de ambas, tal y como se deja ver en las cartas, debió de ser terrible.

Aun así, Hildegarda, poco acostumbrada a fracasar, siguió peleando por ella: se dirigió al propio Hartwig, aduladora y suplicante. Y llegó a escribir incluso al mismísimo Papa, sin lograr que él interviniera en un asunto que concernía a las autoridades eclesiásticas locales. Pese a todos sus esfuerzos desesperados, la derrota fue total.

Muy pocos meses después de la separación, a finales de 1152, Hildegarda recibió una carta de Hartwig en la que este le comunicaba el fallecimiento de Richardis. Quién sabe si murió de amor, abrumada de nostalgia por la ausencia de su amada.

En esta ocasión, el arzobispo —que antes se había mostrado inflexible— dejó traslucir cierto arrepentimiento, como si se sintiera culpable de haber causado la muerte temprana de su hermana, y trató de consolar a Hildegarda: Richardis había muerto llorando por su amiga.

Te informo de que nuestra hermana, o mejor dicho, la tuya, hermana mía de sangre y tuya de alma, ha tomado el camino común a toda carne, ignorando el honor que yo le había conferido: mientras yo acudía a visitar al rey de aquí abajo, ella obedeció a su Señor, el Rey de los Cielos. Después de haber confesado santa y piadosamente, fue ungida con los santos óleos y, provista de la plenitud de los sacramentos, expresó con lágrimas, con todo su corazón, su nostalgia de tu monasterio. [...] Cerró los ojos el cuarto día de las calendas de octubre.

Te suplico pues, en la medida en que soy digno de hacerlo, que la quieras tanto como ella te quiso. Y si te parece que se cometió alguna equivocación, culpame a mí y no a ella, y acuérdate al menos de las lágrimas que vertió, y que muchos aún recuerdan haber visto caer, cuando se vio obligada a abandonar vuestro monasterio. Si la muerte no se lo hubiese impedido, habría ido a verte en cuanto hubiera podido; pero ya que la muerte se lo ha impedido, debes saber que yo iré a verte en nombre suyo, si Dios quiere.

Dios, que recompensa todos los bienes, te recompensará ahora y en el futuro, a su entera voluntad, por todo el bien que, únicamente tú, y mucho más que todos sus parientes y amigos, le hiciste, todo ese bien por el que ella se congratulaba, tanto ante Dios como ante mí mismo. Transmite igualmente a tus hermanas la expresión de mi gratitud por sus muchas bondades.

Hildegarda de Bingen falleció en su monasterio en 1179, a los ochenta y un años. Rodeada de un aura de santidad por sus visiones místicas, sus escritos y los muchos milagros y curaciones que se le atribuían, sus seguidores intentaron que fuera canonizada. Su último secretario, Guibert de Gembloux, preparó para el expediente de canonización las copias de trescientas cartas de la abadesa. Ese manuscrito permite conocer la apasionante vida que llevó esta mujer desde su celda en un rincón perdido de Alemania. También, la dolorosa derrota de su amor.

El proceso de canonización duró ochocientos treinta y tres años: solo en 2012, el papa Benedicto XVI aceptó el culto a santa Hildegarda y la proclamó además doctora de la Iglesia, un rango teológico en el que únicamente la acompañan otras tres mujeres: Catalina de Siena, Teresa de Jesús y Teresa de Lisieux.

Tal vez Hildegarda había sido demasiado atrevida, demasiado poderosa y, como prueban estas

cartas, demasiado apasionada —confusamente apasionada, a ojos de muchos— para que la Iglesia la aceptara con facilidad entre sus más píos representantes.

[1][2]

A Richardis

[Esta es la única carta de Hildegarda a Richardis que se conoce.

La abadesa la inició en tono piadoso y resignado, pero, poco a poco, fue dejándose llevar por el dolor.]

[Monasterio de Rupertsberg, 1151 o 1152]

Escúchame, oh, hija mía, yo, tu madre, te digo en el Espíritu Santo: «Mi dolor no cesa de crecer. Ese dolor ha matado la gran confianza que yo había puesto en una persona, y el consuelo que en ella encontraba». Desde ahora diré: «Es adecuado poner la esperanza en el Señor, y no en los príncipes». Lo que eso quiere decir es que cada ser debe dirigir sus miradas hacia la viva Altura, y no sufrir así las sombras creadas por un amor y una confianza débiles, ligados al humor volátil de la tierra, y que no pueden durar. Debemos mirar a Dios, igual que el águila posa su mirada en el sol. Y es por ello por lo que no debemos centrar nuestros deseos en un ser de alto rango, que al cabo nos falta, como una flor que cae. Yo he transgredido ese precepto por amor a una noble persona.

Ahora te digo: cada vez que he cometido ese pecado, Dios me lo ha hecho ver en forma de angustia y de dolor, y eso es lo que me ha sucedido contigo, como muy bien sabes.

Y ahora te vuelvo a decir: ay, ay, madre mía, ay, hija mía, ¿por qué me has abandonado como a una huérfana? Yo he amado tu nobleza moral, tu sabiduría, tu castidad, tu alma, y tu vida entera, hasta tal punto que muchos me preguntaban: «Pero ¿qué estás haciendo?».

Ahora, que lloren conmigo todos los que padezcan una pena semejante, todos aquellos que, en el amor a Dios, hayan sentido hacia una persona, en su corazón y en su alma, un amor como el que yo he sentido por ti y que les ha sido arrancado en un instante, como tú has sido arrancada de mí. Pero que el Ángel de Dios guíe tus pasos, que el Hijo de Dios te proteja, que Su Madre te guarde. Y recuerda a tu desdichada madre Hildegarda, para que tu felicidad no se debilite.

A Hartwig, arzobispo de Bremen

[Monasterio de Rupertsberg, 1151 o 1152]

Oh, persona tan digna de alabanzas, eres indispensable a la humanidad, porque has sido elegido sucesor del Altísimo con tu ministerio episcopal: por ello, tus ojos ven a Dios, tu juicio entiende su justicia, tu corazón arde en el amor a Dios, y tu alma nunca flaquea. Se ve por el contrario animada al elevado propósito de construir la torre de la Jerusalén celeste, y Dios te concederá para ello una ayudante, la misericordia, esa dulce madre, y tú serás entonces la estrella brillante que resplandece en las tinieblas de los hombres descarriados, y el ciervo veloz que corre hacia la fuente de agua viva. Piensa que, en verdad, en esta época son numerosos los pastores ciegos, cojos y ávidos que roban el dinero de las ofrendas y ahogan la justicia de Dios.

Oh, mi muy amado, tu parentesco hace que tu alma sea especialmente digna de amor a mis ojos. Ahora, escúchame, postrada a tus pies, envuelta en lágrimas y en dolor, pues mi alma se siente muy afligida: un ser odioso ha despreciado mi decisión y mi voluntad, así como las de mis hermanas y mis amigos, respecto a nuestra amada hija Richardis y, atendiendo tan solo a su propia temeridad, la ha arrancado de nuestro claustro. Pero Dios, que todo lo sabe, no ignora dónde es útil el deber pastoral. Un ser verdaderamente piadoso no debería ambicionar las dignidades eclesiásticas. Porque quien se lanza a tal búsqueda, con el espíritu agitado por la voluntad de mandar, es evidente que lo que anhela son los gozos del poder, y no tiene en cuenta la voluntad de Dios: un ser así es como un lobo rapaz, y jamás su alma busca los bienes espirituales, animada por la verdadera fe. Ahí radica la simonía.

Nada obligaba a nuestro abad a decidir el destino de un alma santa, dando así prueba, al tomar esa decisión, de la ceguera de su inteligencia, de su ignorancia y de su extrema temeridad. Si hubiese dejado en paz a nuestra hija, Dios la habría preparado para la gloria que le reservaba.

Por eso te suplico, oh sucesor de Melquisedec en la cátedra episcopal, te imploro, en nombre de Aquel que dio su alma por ti y de Su muy noble Madre, que me devuelvas a mi hija querida: respeto las decisiones de Dios sin nunca contestarlas, sean las que sean, y, como elegido suyo, Dios te bendice como Isaac bendijo a su hijo Jacob; Dios te bendice con la misma bendición que le dio a Abraham, por mediación de su Ángel, gracias a su obediencia.

Escúchame pues ahora, y no rechaces mis palabras como han hecho tu madre, tu hermana y el

conde Hermann. No quiero causarte ningún perjuicio, pero no olvides ni la voluntad de Dios, ni la salvación del alma de tu hermana; rezo para que ella apacigüe mi dolor, igual que yo apaciguaré el suyo. Pero a lo que Dios ha ordenado, yo no podría oponerme.

Que Dios te conceda la bendición del rocío del Cielo y que todos los coros de los Ángeles canten tus alabanzas si me escuchas, a mí, la sirvienta del Señor, y si, en este asunto, cumples la voluntad de Dios.

[3]

A Hartwig, arzobispo de Bremen

[Esta es la respuesta de Hildegarda a la carta en la que Hartwig le comunicaba la muerte de Richardis.

Frente a la pasión de las cartas anteriores, el tono de esta carta es tan sosegado que algunos piensan que quizá el secretario de Hildegarda pudo haberla corregido al preparar la copia después de la muerte de la abadesa.]

[Monasterio de Rupertsberg, finales de 1152]

¡Oh, gran milagro! Cuando Dios salva las almas que antes ha acariciado con su mirada, ellas no causan perjuicio a Su gloria. Porque Dios actúa con ellas como un guerrero lleno de fortaleza, que pone todo su cuidado en no ser vencido por nadie y en asegurar la estabilidad de su victoria.

Ahora, escúchame, mi muy querido amigo. Eso es lo que ha sucedido con mi hija Richardis, a la que llamo hija y madre, pues mi alma rebosaba de amor por ella, tal y como la luz viva me había enseñado a amar en una visión poderosísima.

Escucha: Dios sentía tanto ardor hacia ella, que los placeres del mundo nunca la afectaron, sino que los combatió sin descanso, aunque se presentase ante todos como una flor en toda su belleza y su nobleza, en medio de los sonidos del siglo. Mientras aún estaba viva, oí sobre ella, en una visión verdadera, las siguientes palabras: «Oh, virginidad, tú te guardas en la cámara del Rey». Estaba en verdad unida, por el tallo virginal, al orden más santo, y por ello las hijas de Sión se congratulan. La antigua serpiente quiso sin embargo alejarla de un bienaventurado honor

serviéndose de su encumbrado nacimiento. Pero el Juez Supremo ha llamado a mi hija junto a Él, privándola de toda esa gloria humana. Mi alma está llena de confianza hacia ella, por más que el mundo haya venerado su belleza y su sabiduría mientras vivió en él. Pues Dios la amaba aún más, y por eso no ha querido regalarle su amiga a un amante enemigo, es decir, al mundo.

Ahora, oh Hartwig, tú que ocupas un lugar como sucesor de Cristo, cumple la voluntad de tu hermana, tal y como lo exige tu autoridad espiritual. E igual que ella siempre se inquietó por ti, preocúpate tú de su alma, y haz el bien por amor a ella. Así mi corazón se libraré del dolor que me has causado al contarme lo de mi hija. Que Dios te conceda, gracias a los sufragios de los santos, el rocío de Su gracia, y una bienaventurada recompensa en el futuro.

Cartas de Ninon de Lenclos
al marqués de Villarceaux
y al marqués de Sévigné

(siglo xvii)

Los hombres gozan de mil libertades de las que las mujeres no disfrutaban. Así
pues, me hago hombre.

Ninon de Lenclos atravesó el siglo XVII como si bailase. Minuetos, gigas, zarabandas, gallardas... Melodías y ritmos por los que su cuerpo pasó, alegre, tremendamente «gentil», siempre sensual y consciente, muy consciente de sí mismo.

Ninon fue una de aquellas damas inteligentes, atrevidas, libérrimas, que en el París del siglo XVII se empeñaron en no dejarse avasallar por el género masculino. Una de las muchas que defendieron con uñas y dientes su derecho a gozar de un destino propio, de razonar y ser influyentes, de desempeñar un papel destacado en el ámbito cultural e incluso en el espacio, cercano a lo filosófico, de las costumbres y la moral.

Ninon tuvo un salón en el barrio aristocrático por excelencia, el Marais, en el que se alzaban los palacetes de numerosos aristócratas, cerca del palacio real del Louvre pero al alcance de la sociedad civil. Las *salonnières* del París del siglo XVII —y sus seguidoras en toda Europa a lo largo de tres siglos— contribuyeron de una manera aún no suficientemente reconocida a la culturización de la sociedad, refinaron las lenguas y los modales, y facilitaron el desarrollo de las artes, la literatura y las ciencias, así como el intercambio de ideas filosóficas, morales, económicas y políticas. En buena medida, la cultura europea moderna hunde sus raíces en las habitaciones de numerosas damas que se empeñaron en convertir el espacio íntimo del hogar, al que en principio parecían confinadas, en un espacio semipúblico, abriendo las puertas de sus mansiones a todas las personas que tuvieran algo que aportar a la poesía, el drama, el arte, la filosofía, las ciencias y las ideas políticas y religiosas, sin excluir por supuesto los cotilleos propios de cualquier grupo social.

Desde su salón, que mantuvo abierto desde el año 1641 hasta su muerte en 1705, Ninon aportó siempre una nota de lucidez y buen humor en medio de los acontecimientos más dramáticos y los debates más intensos. Ella, que cultivó la amistad como uno de los grandes placeres de la vida, logró reunir en su casa a muchas de las gentes más ilustres de su tiempo, que la trataban de igual a igual. Allí estuvieron casi a diario, leyendo en voz alta sus últimas obras y debatiendo de todo lo debatible, sus grandes amigos Racine, Molière, Madame de La Fayette, La Fontaine, Madeleine de Scudéry, La Rochefoucauld y otras muchas escritoras y escritores, artistas, compositores, militares y miembros de la corte de ambos géneros: las mentes más brillantes del brillante Grand Siècle

francés.

Ninon fue una epicúrea convencida: educada por su padre en el pensamiento del antiguo filósofo griego Epicuro, fue atea, creyó en los placeres de la vida, adoró la ciencia y la razón, y estuvo en contra de la moral impuesta por la Iglesia y el Estado. Logró vivir toda su vida según sus propias normas, aunque durante algunos meses del año 1656 fue encerrada en un convento para mujeres de «mala vida» por orden de Ana de Austria, la madre de Luis XIV, que, no sé si por casualidad, era española —hija de Felipe III— y muy devota. De ese encierro la salvó otra reina mucho menos beata, Cristina de Suecia, que la visitó en aquel claustro lóbrego y consiguió que Luis XIV la liberase, afirmando de paso que Ninon era la persona más interesante de cuantas había conocido en París.

Para Ana de Austria y todas las gentes de moral estricta, Ninon no fue una epicúrea, sino una «libertina», una mujer que habría de ser condenada sin remisión al Infierno por haber hecho del sexo y la celebración de los sentidos una religión, sin preocuparse por la vida eterna. Lo cierto es que la lista de amantes de aquella dama que permaneció siempre soltera en un mundo que no admitía la soltería, es extensísima: aristócratas de apellidos rimbombantes, hombres de Iglesia, grandes militares y espíritus brillantes compartieron según parece la cama de Ninon, casi siempre con alegría y sin disimulos.

Para la mayor parte de los historiadores que escribieron sobre ella desde mediados del siglo XIX, Ninon de Lenclos fue una cortesana. Para algunos, incluso, la Cortesana por excelencia: una prostituta de lujo que vivió de alquilar su cuerpo a cambio de dinero. Es una interpretación simple, patriarcal y probablemente calumniosa. No hay ninguna prueba, ningún documento ni testimonio que afirme que Ninon cobrara por practicar el sexo. Quizá algunos de sus amantes le pagasen alquileres, le hicieran regalos valiosos o corriesen con sus gastos en caso de necesitarlo, pero eso no quiere decir ni que fuera lo habitual en su vida ni, mucho menos, que tan solo los hubiese elegido por ese motivo.

Una de las razones que juegan en contra de su reputación póstuma como cortesana es el gran prestigio social del que gozó en su tiempo. Es verdad que los círculos aristocráticos parisinos eran en términos generales muy abiertos en lo referente a la moral sexual, pero difícilmente habrían aceptado en su seno a una prostituta. Sin embargo, nadie le cerró jamás su puerta a Ninon. Incluso madame de Maintenon, la esposa secreta de Luis XIV en su madurez y mujer con fama de devota y «casta», fue una de sus mejores amigas y mantuvo con ella una correspondencia incesante desde el mismísimo corazón de Versalles.

Lo más probable es que Ninon heredase una pequeña fortuna de su padre y que supiera manejarla bien —y tal vez hacerse ayudar en determinados momentos— hasta conseguir pasar por

la vida durante muchos años sin dificultades económicas. De joven, es cierto, no lo tuvo fácil: el padre estaba huido por haber dado muerte a un hombre durante una de aquellas reyertas a espada que tan a menudo tenían lugar en la época. Y su madre murió dejándola sola en París con diecisiete años.

Por mucho que, como ella misma dijo, pretendiera «hacerse hombre», las posibilidades de supervivencia para una joven aristócrata y sin mucho dinero eran escasísimas. Trabajar estaba por supuesto descartado: a pesar de su gran preparación intelectual, ninguna profesión de prestigio era accesible al género femenino. Las otras, las artesanales, estaban prohibidas para una dama de la nobleza. El convento era inimaginable, dado su ateísmo y su manera de entender la vida. Quedaba únicamente el recurso del matrimonio. Pero, ante eso, Ninon no estaba dispuesta a plegarse: su gran grito siempre fue a favor de la libertad, en todos los sentidos. Lo opuesto al contrato del matrimonio.

Optó pues por no casarse y vivir según sus ideas. Para ello sacó sin duda partido de su talento social, su encanto y su carácter alegre, logrando seducir a determinadas personas que, tal vez, podrían ayudarla. Hasta dónde llegaron en sus relaciones el interés o la verdadera amistad, el deseo o la necesidad, no parece fácil de dilucidar. Seguramente solo lo supo ella misma y, si acaso, los hombres que tuvieron relaciones con ella.

Ninon de Lenclos vivió mucho, en todos los sentidos. Murió a los ochenta y cuatro años, en 1705, tratada y respetada como una auténtica leyenda viva del mundo intelectual y social parisino. Su final fue consecuente con su filosofía. Otras damas que habían llevado vidas sentimentalmente agitadas solían arrojararse a los brazos de la devoción cuando les llegaba la vejez. Ella, en cambio, jamás renegó de lo que había sido. Mantuvo intacto su espíritu fresco y alegre hasta el final, y siguió defendiendo aquella manera de pensar que la había sostenido en los buenos tiempos y lo hizo también en los malos: ni la desaparición de muchos de sus grandes amigos, ni la vejez ni la proximidad de su propia muerte hicieron flaquear ni un momento su ateísmo y su celebración de los sentidos y el placer.

Un pequeño gesto final parece completar sorprendentemente su vida: en su testamento, Ninon le dejó una cierta cantidad de dinero al hijo de doce años de su notario para que se comprase libros, fascinada por su inteligencia. El niño se llamaba François-Marie Arouet, y sería conocido como Voltaire.

Medio siglo después de su muerte comenzó a publicarse su extensa correspondencia. Su estilo, su vivacidad, la mirada inteligente y poco común hacia el mundo que la rodeaba la convirtieron desde entonces en una autora admirada.

Una de sus correspondencias más famosas es la que mantuvo con el joven marqués de Sévigné.

Publicada por primera vez en 1750, esa colección reúne ciento cincuenta y ocho textos llenos de consejos «libertinos» —a veces incluso un poco cínicos— sobre la vida sentimental, como una especie de manual contra la excesiva ingenuidad amorosa de los jóvenes. Especifico: de los jóvenes varones y, además, nobles, por supuesto.

La autenticidad de estas cartas ha sido puesta en duda muchas veces. Es posible que fueran el trabajo de algún imitador anónimo que copió el estilo de Ninon de Lenclos, reproduciendo ideas y costumbres del mundo en el que ella vivía. Pero no hay ninguna prueba que lo confirme y actualmente siguen editándose bajo su nombre.

He seleccionado algunos de esos escritos sobre el amor —más que de amor—, y también su admirable carta de despedida al amante al que más quiso, el marqués de Villarceaux. En este caso, la autoría es indiscutible.

Aquí están los textos de esa alegre epicúrea francesa, que quizá esté guiñando ahora mismo un ojo desde el mismísimo Infierno.

Carta al marqués de Villarceaux

[El gran amor de Ninon fue Louis de Mornay, marqués de Villarceaux. Vivieron juntos varios años —para escándalo de la esposa del marqués— y tuvieron un hijo que fue entregado a otra familia, pero cuidadosamente atendido en todas sus necesidades por ambos progenitores.

Hacia 1660, la relación se rompió: el marqués inició un romance con una de las buenas amigas de Ninon, Françoise d'Aubigné, que acababa de quedarse viuda del poeta Paul Scarron. Con el tiempo, Françoise sería nombrada gobernanta de los hijos de Luis XIV y de Madame de Montespan, una de sus numerosas amantes. Su sensatez y su inteligencia hicieron que el rey se enamorase de ella. En 1683, cuando se quedó viudo de su esposa, María Teresa de Austria, Luis se casó en secreto con Françoise, que adoptó el nombre de Madame de Maintenon.

Esta carta —y la amistad que Ninon mantuvo hasta el final de sus días con Françoise d'Aubigné, a pesar de haberle «robado» al amante— pone de relieve su buen carácter, su manera sosegada de tomarse las cosas de la vida y del amor, como gran epicúrea.]

Picpus, 23 de diciembre [¿de 1660?]

Mantengo mi palabra, marqués: hace ocho días que estoy aquí sola, y he tenido tiempo para reflexionar. Leedme con atención: sé que soy yo quien debe poner en claro lo que está sucediendo en vuestro corazón. No solo porque vos nunca me lo confesaríais, sino porque apenas sois capaz de reconocéroslo a vos mismo, aunque, realmente, no sé por qué. Pero yo ya me siento capaz de razonar.

¿Sentís que habéis cometido un crimen por ser inconstante? No, como mucho eso es una falta, y una falta a veces inevitable. Cien veces os he dicho que solo deseaba que os mantuviésteis unido a mí mediante el placer. Lo que quiero es un amante, y no un esclavo... Como veis, soy muy indulgente. Lo cierto es que, cuando alguien nos es infiel, siempre es culpa nuestra: sin duda nos hemos olvidado de añadirle algunas flores a esa cadena que hubiéramos debido embellecer con el aura del amor para lograr que fuese eterna.

Zanjemos el asunto. Si Mademoiselle d'Aubigné me arrebató vuestro corazón, solo debo culparme a mí misma. Hace mucho tiempo que descubrí el fuego secreto que sentíais hacia ella.

Me di cuenta incluso antes que vos mismo, marqués: una se siente iluminada cuando teme perder uno de los más preciados intereses de su vida. Confesaré que hice lo imposible por reteneros; conocer el carácter de Mademoiselle d'Aubigné se convirtió para mí en un tema de estudio muy especial. Me comparaba incesantemente con ella. Nuestros defectos, nuestros encantos, todo lo comparé mil veces, reflexioné sobre todo, y pensé también en vuestros gustos, vuestro pensamiento y vuestro carácter. Intenté descubrir ese encanto secreto que hacía triunfar a mi rival. Es más, quise tomárselo prestado, incluso robárselo y combatirla así con sus propias armas. Fuese por amor propio o por falta de inteligencia, no pude descubrirlo; pero eso no quiere decir que no exista.

[...] ¡Ah! Aunque el amor me hubiese iluminado, tal vez mi esfuerzo por envolverme a mí misma en ese encanto que tanto os atrae hubiese sido igualmente inútil... Prefiero creerlo así: es una pena menos en mi corazón. Porque, a pesar de mi filosofía, os echo de menos, marqués. Sí, os echo de menos como esos sueños llenos de gozos cuyos recuerdos siguen siendo tan dulces, pero que la voluntad, impotente, no logra hacer que se repitan.

Quien ha dejado de atraer a la otra persona ha perdido el derecho a hacerle reproches, pero me daríais motivos de queja si os olvidaseis por completo de mí. Adiós, marqués; si el tiempo debe marchitar las flores con las que vos habéis cubierto mi vida, quiero al menos recoger lo que quede de ellas, y guardar en secreto algunas huellas de la dicha con la que me habéis embriagado.

Pasado mañana estaré en París; me siento con valor para veros.

Cartas al marqués de Sévigné

[En 1651, cuando ambos tenían menos de treinta años, Ninon fue durante algún tiempo la amante del marqués de Sévigné. Poco después, el marqués murió en un duelo con otro aristócrata por defender estúpidamente la belleza de su nueva amante. Al morir dejó una hija y un hijo, Charles —de tres años—, y una viuda, Madame de Sévigné, que con el tiempo se convertiría en una escritora famosa, al publicarse su larga correspondencia con su hija.]

En 1668, cuando tenía veintitrés años, el joven marqués de Sévigné, aquel pequeño Charles, mantuvo una breve relación con la antigua amante de su padre, que por entonces se acercaba a los cincuenta.

Supuestamente, Ninon y el marqués entrecruzaron durante algún tiempo, después de esa aventura, una correspondencia sobre asuntos amorosos en la que Ninon hizo el papel de consejera. Si es que las cartas son auténticas, claro.]

[1]

[París, h. 1668]

[...] Desde que os habéis incorporado a la sociedad, esta no os ha ofrecido nada, decís, de lo que os habías imaginado encontrar en ella. El hastío y el aburrimiento os siguen a todas partes. Buscáis la soledad. Pero ¿disfrutáis de ella? No, os cansa. En una palabra, no sabéis a qué atribuir la inquietud que os atormenta. Yo os sacaré del apuro, pues mi compromiso es expresaros lo que pienso respecto a todo aquello que pueda servir a vuestros intereses.

[...] El malestar que sentís no tiene más causa que el vacío en el que se encuentra vuestro corazón. Ese corazón carece de amor y, sin embargo, lo necesita. Lo que tenéis es, justamente, eso que se llama la necesidad de amar.

Sí, marqués, la naturaleza, al conformarnos, nos ha dado un lote de sentimientos cuya actividad debe ejercerse sobre algún objeto. Vuestra edad es la de la agitación, la del amor: mientras ese

sentimiento no ocupe vuestra vida, seguirá faltándoos algo; la inquietud de la que os quejáis no podrá terminar. El amor es la fuente de energía del corazón, como el calor lo es del cuerpo; amar es cumplir el deseo de la naturaleza; o, de manera más concreta, es satisfacer una necesidad.

Pero, si es posible, debéis ponerle un freno a ese sentimiento: que nunca llegue a ser pasión. Os diré de él lo mismo que se dice del dinero: es un buen servidor, pero un pésimo amo. Si queréis evitar que os domine, deberéis preferir a la compañía de las mujeres respetables el trato con las que se afanan por ser más divertidas que sólidas. A vuestra edad, no pudiendo pensar en comprometerse de una manera seria, no es preciso encontrar un amigo en una mujer; solo hay que buscar en ella una amante agradable.

La relación con las mujeres que tienen principios elevados, o con aquellas a las que los estragos del tiempo obligan a darse a valer tan solo por sus grandes cualidades, es excelente para un hombre que, como ellas, está ya de vuelta. Para vos, ese tipo de mujeres sería una compañía excesivamente buena, por así decirlo. No es preciso acaparar más riquezas de las que se necesitan; relacionaos pues con aquellas que, además de tener un rostro agradable, sean dulces en el trato, alegres de carácter, a las que les gusten los placeres de la sociedad y que no se sientan asustadas por los asuntos del corazón.

Me diréis que, a ojos de un hombre razonable, ese tipo de mujeres parecen demasiado frívolas; pero ¿creéis de verdad que deben ser juzgadas con tanta severidad? Podéis estar seguro, marqués, de que si por desdicha llegasen a adquirir un carácter más sólido, tanto ellas como vos perderíais mucho con ese cambio. ¡Exigís cualidades sólidas en las mujeres! ¡Eh! ¿Acaso no las encontráis en un amigo? Os lo explicaré mejor: no son nuestras virtudes lo que necesitáis, sino nuestro entusiasmo y nuestras debilidades, pues el amor que podríais llegar a sentir por una mujer que fuese digna de ser amada desde todos los puntos de vista sería demasiado peligroso para vos.

Hasta que podáis pensar en el contrato [de matrimonio], buscad tan solo divertiros con las más bonitas. Que únicamente un gusto pasajero os una a ellas. Evitad tomároslas en serio, pues os aviso de que, con ellas, solo podríais llegar a un final desdichado.

[2]

[París, h. 1668]

Tenéis razón, señor: las palabras que os escribí ayer solo son consecuencia de la buena opinión que tengo de vos. Si no razonarais con más solidez que la mayor parte de los jóvenes, os habría

hablado en otro tono, pero me he dado cuenta de que os sentís inclinado a caer en los excesos opuestos a los de la ridícula frivolidad de la juventud. Confiad en mí: sé bien cómo debo dirigirme a vuestro corazón. Os lo repito, tan solo debéis ligaros a alguna mujer que, como una niña encantadora, os divierta con locuras agradables, con ligeros caprichos y con todos esos bonitos defectos que son el atractivo de las relaciones galantes.

¿Queréis que os diga qué es lo que hace que el amor sea peligroso?: es la idea sublime que solemos tener de él. Pero, a decir verdad, el amor entendido como pasión no es más que un instinto ciego que hay que saber juzgar, un apetito que nos dirige hacia un ser concreto y no hacia otro, sin que podamos conocer la razón de esa preferencia. Si lo consideramos en cambio como una relación de amistad gobernada por la razón, ya no hay pasión, sino tan solo un afecto lleno de cariño, pero tranquilo, incapaz de sacarnos de nuestras casillas.

Si seguís los pasos de nuestros antiguos héroes de novela y os encamináis hacia los grandes sentimientos, llegaréis a daros cuenta de que ese pretendido heroísmo tan solo convierte el amor en una locura triste y a menudo funesta: un auténtico fanatismo. Pero si lo liberáis del prestigio que lo rodea, os concederá felicidad, gloria y placeres. Si tan solo la razón o, por el contrario, el entusiasmo, desempeñase algún papel en los asuntos del corazón, podéis estar seguro de que el amor sería o insípido o frenético. Seguid el camino que yo os indico, es el único medio para evitar caer en esos dos extremos.

Hay diferentes clases de amor; o, por mejor decirlo, existen numerosas relaciones que no tienen nada de amor, pero a las que les prodigamos ese nombre. La que vos necesitáis es la galantería; tan solo en el tipo de mujeres que os aconsejo encontraréis lo necesario para vivirlo así: vuestro corazón quiere estar ocupado, y ellas están hechas para llenarlo. Probad mi receta, y os sentiréis bien...

[3]

[París, h. 1668]

Creéis, señor, que me habéis ofrecido un razonamiento irrefutable al afirmar que no somos dueños de entregar nuestro corazón a quien nos apetezca y que, por lo tanto, no sois libre de elegir el objeto de vuestros sentimientos. ¡Moral de ópera! Olvidaos de ese lugar común propio de mujeres que creen justificar así sus debilidades porque necesitan agarrarse a algo. [...] ¡Ha sido un arrebató a primera vista! ¡Es más fuerte que yo misma! ¿Soy acaso dueña de mi corazón...?

Cuando alegan tan buenas razones, ya no se les puede replicar. Incluso han logrado que esas máximas parezcan tan sinceras, que intentar combatir las significa ponerse a todo el mundo en contra. Pero ¿por qué esas frases tan singulares encuentran tanto apologista? Todo el mundo tiene interés en que sean aceptadas sin pararse a pensar que semejantes excusas, lejos de justificar los errores, demuestran a su pesar que solo recurrimos a los golpes del destino cuando se trata de una mala elección. ¡Consecuencia pues del orgullo! Le echamos la culpa de la pasión perturbada a la naturaleza, y así atribuimos en cambio a nuestro buen juicio las elecciones razonables. Pretendemos tener libertad tan solo para actuar bien. ¿Hemos hecho una tontería? Es que hemos sido obligados por un influjo invencible.

Yo me tomo la libertad de no ser de la opinión de la mayoría. El amor es involuntario, lo sé. No somos dueños de prever ni de evitar la primera impresión que alguien causa en nuestro corazón. Pero, al mismo tiempo, sostengo que es posible debilitar e incluso destruir por completo esa impresión, por muy profunda que nos parezca. Y eso me basta para condenar cualquier inclinación insensata o deshonrosa. ¿A cuántas mujeres hemos visto que han sido capaces de ahogar en su corazón una debilidad que las había pillado por sorpresa en cuanto han comprendido que el objeto de su afecto era indigno de ellas?

¡Cuántas han superado el más tierno amor y lo han sacrificado a la conveniencia de un matrimonio! La huida, el tiempo, la ausencia son remedios a los que ninguna pasión, por muy intensa que la creamos, puede resistirse. Sin que nos demos cuenta, se debilita y al fin se apaga. Todo eso se resume en esta verdad: el amor se hace fuerte sobre nuestra debilidad.

Sé bien que para salir de forma honrosa de semejante empresa hace falta toda la fuerza de la razón. Comprendo que las dificultades que imaginamos para poder alcanzar semejante victoria no nos dejan valor suficiente para emprenderla. Así pues, aunque en el fondo estoy convencida de que no existe ninguna atracción que sea invencible, creo que, en la práctica, hay pocas que resulten vencidas. ¿Por qué? Pues porque ni siquiera intentamos comprobar si podremos lograrlo.

[...] Ya se sabe desde hace mucho: pretender destruir las pasiones es tanto como aniquilarse; lo que hay que hacer es regularlas. En nuestras manos, son como los venenos en la farmacia: preparados por un químico hábil, se convierten en remedios bienhechores.

[...] Decidme, marqués, después de vuestras infinitas penas y atenciones, ¿creéis haber enternecido al fin ese corazón de roca? Me alegro muchísimo; pero me da la risa al ver cómo interpretáis los sentimientos de la condesa. Compartís con todos los hombres un error sobre el que considero necesario abrir los ojos, por muy halagador que ese error sea para vos. Todos creéis que es solo vuestro mérito lo que enciende las pasiones en el corazón de las mujeres, y que las cualidades de vuestro corazón y vuestra mente son las únicas causas del amor que ellas sienten hacia vosotros.

¡Qué error! La razón por la que pensáis eso es que vuestro orgullo sale ganando. Pero examinad sin prejuicios, si sois capaz, cuál es el motivo que nos hace decidirnos por uno de vosotros, y tendréis que reconocer que os engañáis porque nosotras logramos engañaros; si lo analizáis todo bien, veréis que sois víctimas tanto de vuestra vanidad como de la nuestra; que el mérito de la persona amada no es más que la oportunidad o la excusa del amor, y no su verdadera causa; y, por último, que todos esos adornos sublimes con los que nos adornamos las unas y los otros tienen que ver con ese deseo que ya he mencionado como primer móvil de la pasión.

Sé que os estoy diciendo una verdad dura y humillante, pero no por ello menos cierta. Nosotras, las mujeres, entramos en la sociedad con esa necesidad indeterminada de amar, y cuando elegimos a uno en vez de a otro (digámoslo de buena fe), no estamos cediendo tanto al reconocimiento del mérito como a un instinto maquinal y casi siempre ciego. Bastan como prueba las pasiones locas, que a veces nos embriagan, hacia ciertos desconocidos o al menos hacia hombres a los que no conocemos a fondo, de tal manera que nuestra elección resulta ser imprudente desde sus orígenes: si elegimos bien, es por puro azar. Nos vinculamos a ese hombre sin haberle examinado lo suficiente. Me atrevo incluso a comparar el amor a ese apetito que a veces sentimos por un manjar en vez de por otro sin poder explicar por qué.

Estoy siendo cruel al disipar así las quimeras de vuestro amor propio, pero lo que os digo es verdad. Los hombres os sentís halagados por el amor de una mujer porque creéis que ese amor supone el mérito del objeto amado: lo honráis en exceso; o, por mejor decirlo, tenéis una opinión demasiado elevada de vosotros mismos. Creedme si os digo que no es por vosotros mismos por lo que os amamos. Para ser sincera, os confesaré que, en el amor, solo buscamos nuestra propia felicidad. El capricho, el interés, la vanidad, el carácter, la lucha contra ese malestar que nos hace sentirnos inquietas cuando nuestro corazón está desocupado: esas son las fuentes de esos sublimes sentimientos que pretendemos divinizar. No son las grandes cualidades las que nos emocionan; si desempeñan algún papel en las razones que nos deciden a vuestro favor, no es el corazón el que se siente impresionado por ellas, sino la vanidad. Y la mayor parte de todas esas cosas que nos gustan de vosotros, una vez analizadas a fondo, os convierten a menudo en seres ridículos o despreciables.

¡Qué le vamos a hacer! Necesitamos un adorador que sustente la idea de nuestra propia

excelencia; una persona complaciente que aguante nuestros caprichos; necesitamos un hombre. El azar nos ofrece a uno concreto en vez de a otro; lo aceptamos, pero no lo elegimos. En una palabra, vosotros creéis ser objeto de un afecto desinteresado; creéis, lo repito, que las mujeres os aman por vosotros mismos. ¡Pobres tontos! Tan solo sois los instrumentos de su placer o los juguetes de sus caprichos.

Debo sin embargo ser justa: todo eso ocurre sin que ellas mismas lo sepan. Los sentimientos que estoy explicando no están claros en sus cabezas; por el contrario, con la mejor fe del mundo, se imaginan que tan solo son guiadas por esas grandes ideas de las que se nutren tanto su vanidad como la vuestra, y sería una clara injusticia acusarlas de falsedad a ese respecto; pero, sin llegar a saberlo, se engañan a sí mismas y os engañan a vosotros.

Ya veis que os estoy revelando los secretos de una diosa bondadosa; considerad cuán grande es mi amistad, pues soy capaz de aclararos el asunto a expensas de mi propio sexo. Pero cuanto mejor conozcáis a las mujeres, menos locuras os harán cometer.

Cartas de Julie de Lespinasse
a Jacques de Guibert

(1773-1776)

Os amo como hay que amar, de una manera exagerada, con locura, arrebatos y desesperación.

Qué dulce fue Julie de Lespinasse. Qué suave y moderada y tranquila. Qué delicadamente femenina. Qué digna hija del tiempo de la Razón.

Durante los años en los que fue conocida en París por su famoso salón ilustrado, nadie sospechó en efecto que bajo aquella apariencia armoniosa corrían lavas ardientes tan devoradoras que llegaron a terminar con ella: pasión, remordimientos, drogadicción.

Solo cuando la viuda de su amante Jacques de Guibert publicó en 1809 sus ciento cincuenta y tres cartas, se descubrió que la gran amiga de D'Alembert y de otros enciclopedistas había sido víctima de unos sentimientos y deseos avasalladores, que la llevaron a vivir en el infierno durante años, a llorar intensamente en secreto, cuando las puertas de su salón se cerraban a las amistades, y a buscar consuelo en el opio.

La dulce Julie había sido capaz de sentir una pasión enloquecida por dos hombres al mismo tiempo, había vivido torturada por el sentimiento de culpa, había conocido las cimas y los abismos más profundos del amor, la divina exaltación y la ruptura en mil pedazos del corazón, el ansia de vivir por el ser amado (o mejor dicho, por los dos seres amados) y el oscuro anhelo de la muerte: el Cielo y el Infierno.

Julie, la Enamorada, la Mujer-que-murió-de-demasiado-amor.

Estallaba el Romanticismo en toda Europa y, de pronto, Mademoiselle de Lespinasse era elevada a los altares de las grandes heroínas del sentimiento. Sus cartas se convirtieron en una obra literaria de referencia.

Lo cierto es que todo en la vida de Julie de Lespinasse parecía digno de una novela. Nacida en Lyon en 1732, era hija de una dama de la alta nobleza, Madame d'Albon. Pero hija ilegítima, algo que marcaba inexorablemente la existencia en aquellos tiempos: nunca se supo quién era su padre y, aunque fue criada en el *château* materno, creció desprovista de todos los derechos que acompañaban a los hijos nacidos dentro del matrimonio y protegidos, por tanto, por la ley y la moral.

Huérfana a los dieciocho años, bastarda y pobre, sin ninguna expectativa de futuro, fue recogida por una de las mujeres más influyentes de la alta sociedad parisina, Madame du Deffand, una

dama de pasado agitado, descreída e inexorable, que mantenía un prestigioso salón en París: en su casa de la Rue Saint-Joseph se reunían aristócratas, filósofos y artistas, todos sometidos a su dominio.

Uno de los «favoritos» de Madame du Deffand era el filósofo D'Alembert, un hombre extraordinario, el alma —junto con su amigo Denis Diderot— de la *Enciclopedia*, que cambiaría para siempre la cultura europea. D'Alembert, que también era hijo bastardo de una aristócrata, se enamoró de Julie, aunque guardó silencio. Pero aquel sentimiento mantenido en secreto hizo que poco a poco comenzase a sentirse dolido por la manera en que Madame du Deffand trataba a su protegida, a la que en realidad consideraba una pobre «solterona» a su servicio.

A escondidas de la marquesa, el filósofo empezó a subir cada tarde las escaleras que conducían a la habitación de su amada, en la planta alta de la casa, para reunirse allí con ella antes de bajar a los aposentos oficiales. Otros amigos le siguieron. Pronto se estableció una especie de salón paralelo —y secreto— en torno a Julie, en un infantil gesto de rebeldía contra el brillante despotismo de Madame du Deffand.

Era inevitable que aquello fuese descubierto por la reina destronada, que reaccionó, en efecto, como una soberana ofendida: desterró a Julie, echándola de su casa, e intentó crear a su alrededor un vacío que la dejase desamparada, exigiendo a sus invitados que no volviesen a verla.

Por una vez, los deseos de esa mujer tan poderosa no se vieron satisfechos: a pesar de sus esfuerzos, fueron muchas las personas que apoyaron a Mademoiselle de Lespinasse en su «exilio», encabezadas por su enamorado D'Alembert. Una especie de justicia poética se establecía así en el siempre injusto universo social parisino: gracias a donaciones de dinero, muebles y objetos diversos de unas y otros, e incluso a la concesión por parte de ciertas amigas y amigos ricos de rentas anuales que la sostendrían el resto de su vida, Julie logró salir adelante.

Y lo hizo demostrando que su aparente dulzura escondía una voluntad de hierro, capaz de la mayor de las provocaciones: en respuesta a la expulsión del privilegiado círculo de su antigua protectora, no solo abrió su propio salón, sino que además lo hizo en la misma calle en la que vivía Madame du Deffand, alquilando algunos metros más allá una casa que pronto se convertiría en el espacio de moda entre los ilustrados parisinos.

Poco después, D'Alembert se instaló en el mismo edificio que su amiga. Nunca se ha sabido si llegaron a ser pareja —siempre hubo rumores sobre una posible impotencia del filósofo, incluso sobre su homosexualidad—, pero lo cierto es que permanecieron juntos hasta la muerte de Julie. Lo extraño es que él nunca supo nada de las dos relaciones que ella viviría en los siguientes años: es como si, inconscientemente, hubiera decidido permanecer ciego y sordo frente a lo que estaba sucediendo ante sus ojos. Cuando descubrió todo el asunto, ella ya había muerto, y él se quedó hundido, incapaz de comprender cómo su amiga había podido mantenerle engañado tanto tiempo.

Porque aquella mujer ya madura descubrió de pronto que el amor era una gran razón para vivir

(y también para morir). La primera de sus dos relaciones paralelas fue con un aristócrata español, José María Pignatelli de Aragón y de Gonzaga, marqués de Mora y duque de Solferino. Mora — como ella lo llamaba— era hijo del embajador de España en París, el conde de Fuentes. A los veintidós años, cuando se conocieron, estaba ya viudo. Era atractivo, interesante y espiritualmente apasionado. Adoraba París, con sus filósofos y su *Enciclopedia*, y esa adoración fue la que lo llevó hasta el salón de Mademoiselle de Lespinasse.

Sorprendentemente, aquel hombre deseado por las mujeres más hermosas y más ricas tanto de París como de Madrid se enamoró locamente de Julie, que no poseía ni fortuna ni belleza y había cumplido ya los treinta y seis años. Durante seis años vivieron en secreto su amor, dificultado por la familia Pignatelli, que se sentía escandalizada ante las pretensiones de Mora de casarse con una mujer tan poco adecuada. Pero ni siquiera la enfermedad pudo con la fuerza de su deseo: en 1771, a los veintisiete años, a Mora se le diagnosticó una tuberculosis, el mal incurable que comenzaba a causar estragos en Europa. Su fiebre, su tos y su malestar no le impidieron cabalgar una y otra vez durante largas jornadas entre España y la Rue Saint-Joseph.

Cuando supo que su amante estaba gravemente enfermo, Julie comenzó a sentirse hundida en un infierno de angustia y de insomnio del que solo la ayudaba a salir la constante ingesta de granos de opio. El opio, bajo la forma del láudano o de otros preparados semejantes, era la medicina de moda, y lo seguiría siendo durante la mayor parte del siglo XIX. Se usaba para combatir el dolor, pero también para ayudar a conciliar el sueño o superar las enfermedades del alma, lo que ahora conocemos como ansiedad y depresión. Julie de Lespinasse lo utilizaba muy a menudo para enfrentarse a los malos momentos, y en los últimos años de su vida la dependencia de aquellas gotas calmantes y adormecedoras llegó a ser total. Tal vez el tono exaltado, a veces masoquista y hasta morboso de sus cartas tenga algo que ver con esa drogadicción que, sin embargo, no logró mantenerla atada a la vida: según su propia confesión, en diversas ocasiones superó con creces la dosis recetada, aspirando a que aquel calmante-veneno le provocase la muerte.

En el verano de 1772, tras una nueva estancia en París, Mora volvió a partir hacia España, dispuesto a regresar en esta ocasión con el permiso paterno para casarse con ella. Pero cuando llegó al palacio de los Pignatelli en Zaragoza, estaba tan enfermo que tuvo que guardar cama muchos meses. La familia aprovechó para interceptar los correos con Julie, que, entretanto, creía morir de angustia en París.

Fue en ese momento de intenso sufrimiento cuando conoció a Jacques-Antoine de Guibert, coronel del ejército y autor de un reputado tratado militar que aún sería leído con devoción por Napoleón Bonaparte y otros estrategas posteriores, el *Essai général de tactique* ('Ensayo general de táctica'). A sus veintinueve años —trece menos que ella—, Guibert era, en muchos sentidos, lo opuesto a Mora. De origen campesino —aunque su padre, también militar, había sido ennoblecido

por el rey—, era un hombre activo, lleno de energía y pletórico de salud: la vida misma, con toda su fuerza y su alegría, frente a la triste y ya inevitable extinción que simbolizaba Mora.

Julie se enamoró de él, pero lo hizo como si no tuviera ninguna posibilidad de elección, como si aquel nuevo amor fuera una condena impuesta por el Destino: exultante de amor y, probablemente, de deseo físico, se torturaba al mismo tiempo por serle infiel a un hombre agonizante que la adoraba.

Entretanto, después de casi dos años de ausencia, al borde mismo de la muerte, Mora volvió a escaparse de su familia y emprendió otra vez viaje hacia París. El 3 de mayo de 1774 salió de Zaragoza. El día 23 tuvo que detenerse en una posada de Burdeos. Tres días después falleció, no sin antes haberle dirigido a Julie sus últimas líneas: «Partí para volver a veros. Debo morir. ¡Qué horrible destino! Pero me habéis amado, y aún ahora me hacéis sentir algo muy dulce. Muero por vos».

La muerte de Mora llenó a Julie de desesperación y de sentimientos de culpa, y la llevó de nuevo a una sobredosis de opio, en un confuso intento de suicidarse. Pero el amor físico y poderoso de Guibert le dio una razón para seguir viviendo. Aunque lo hizo torturada por el arrepentimiento y sufriendo día tras día fiebre alta y angustiosos ataques de tos: eran los primeros síntomas de la misma enfermedad que se había llevado a su amado y que probablemente él le había contagiado.

Julie de Lespinasse vivió dos años más, hasta el 29 de mayo de 1776. Vivió, por lo que parece, amando desesperadamente a Guibert mientras añoraba desesperadamente a Mora.

Pero el sentimiento de culpa dio paso a la humillación más profunda en 1775, cuando supo que su amante iba a casarse con una rica aristócrata de tan solo diecisiete años: a pesar de su situación de bastarda, de su edad y de su falta de fortuna, Julie debió de haber creído en lo más hondo de su ser, con total ingenuidad, que Guibert podría llegar a casarse con ella. Aquel triunfo de la realidad, que se impuso con toda su dureza sobre los sentimientos, fue el golpe final para su deteriorada salud.

En medio de la enfermedad, la fiebre y la tristeza, Julie y Guibert intentaron firmemente romper, pero no fueron capaces de hacerlo: una vez que el amante superó el primer momento de vanidosa satisfacción por su afortunado matrimonio, volvieron a verse. Sin embargo, ya era demasiado tarde para que ella siguiese viviendo.

Siempre fingiendo no ser lo que de verdad era, Julie trató de disimular la gravedad de su estado hasta el final. En mayo de 1776 ya no pudo levantarse de la cama. Los últimos días de su vida, Guibert y D'Alembert se turnaron para cuidarla, custodiando amorosos el adiós definitivo de Julie de Lespinasse, la mujer que, contra todo pronóstico, fue amada por tres hombres con un amor muy por encima de lo común.

La Enamorada que, tal vez, murió de demasiado amor.

[1]

[París, noviembre de 1773]

A las ocho y media

Amigo mío, no voy a veros, ¡y decís que no es culpa vuestra! Si hubieseis tenido la milésima parte del deseo que yo tengo de veros, estaríais aquí, y yo me sentiría feliz. No, me equivoco: sufriría, pero no envidiaría ni los placeres celestiales. Amigo mío, os amo como hay que amar, de una manera exagerada, con locura, arrebatos y desesperación. Estos últimos días, os dedicasteis a torturar mi alma. Pero cuando os vi esta mañana, se me olvidó todo, y me pareció incluso que no estoy haciendo lo suficiente por vos, a pesar de amaros con toda mi alma y de estar dispuesta a vivir y a morir por vos: merecéis aún más.

Si tan solo se tratase de amaros, eso no tendría ningún mérito, pues ¿existe algo más dulce y más natural que amar hasta la locura a quien es absolutamente digno de ser amado? Pero, amigo mío, lo que yo hago es más que amar: yo sé sufrir, y sería capaz de renunciar a mi placer por vuestra felicidad.

Aquí llega alguien a perturbar la satisfacción que siento mientras os explico que os amo.

¿Sabéis por qué os escribo? Porque me gusta hacerlo: nunca lo hubierais sospechado si no os lo hubiese dicho. ¡Dios mío! ¿Dónde estaréis? Pero, si vos os sentís feliz, no debo quejarme de que me arrebateis mi felicidad.

[2]

[París, 1774]

Buenos días, amigo mío. ¿Habéis dormido bien? ¿Cómo estáis? ¿Nos veremos hoy? Ah, no me privéis de nada: ¡el tiempo es tan corto, y el que dedico a estar con vos es para mí tan importante! Amigo mío, ya no tengo opio ni en la cabeza ni en la sangre:[3] lo que tengo es algo mucho peor,

algo que me haría bendecir el Cielo y apreciar la vida si aquel al que quiero tuviese el mismo sentimiento; pero ¡Dios mío!, un alma sensible se siente atormentada y desesperada justamente por aquel al que ama.

Buenos días. Quiero veros. Deberíais ir a cenar conmigo a casa de madame Geoffrin. No me atreví a decíroslo anoche. Sí, deberíais amarme hasta la locura: no exijo nada, lo perdono todo, y no tengo ni un momento de mal humor, amigo mío. Soy perfecta porque os amo de manera perfecta.

[3]

[París, 1774]

En todos los momentos de mi vida

Amigo mío, sufro, os amo, os espero.

[4]

[Esta carta fue escrita después de la muerte del marqués de Mora —que tuvo lugar el 26 de mayo de 1774— y después del intento de suicidio de Julie con una sobredosis de opio.]

[París, 1774]

¡Desafiaros yo a vos! Recordad con qué abandono me entregué: no solo no hubo ni desafío ni prudencia en mi conducta, sino que, además, no habría sentido ningún pesar, ningún remordimiento, de haber sido únicamente mi propia felicidad la que estaba comprometida. ¡Oh!, amigo mío, no sé si he amado a alguien más de lo que os amo a vos, pero no me cabe duda de que aquel que ha sido capaz de hacerme ser infiel y culpable, aquel por quien vivo tras haber perdido a quien era el único objeto de mi interés, es sin duda el que posee el dominio de mi alma. Es él quien me ha arrebatado la libertad de vivir por otra persona, y hasta la de morir cuando ya no me quedaba ni esperanza ni deseo.

Me siento atrapada en el mismo hechizo que me arrastró hasta vos, ese hechizo tan poderoso que emana de vuestra presencia, que embriaga mi alma, que la hace extraviarse hasta tal punto que logra borrar de ella incluso el recuerdo de todos mis males. ¡Amigo mío!, tan solo con un par de palabras hacéis nacer en mí un alma nueva y la llenáis de un interés tan intenso, de un sentimiento tan tierno y tan profundo, que pierdo la facultad de recordar el pasado y de pensar en el futuro.

Sí, amigo mío, vivo en vos, existo porque os amo, y es tan cierto que me parece imposible no llegar a morir cuando pierda la esperanza de seguir estando con vos. La dicha de volver a veros me ayuda y me sostiene frente a mi dolor. ¡Ay! ¡Qué será de mí cuando, en lugar de esperanza, solo tenga la dolorosa pena de no poder veros! Amigo mío, si estáis a mi lado, no puedo morir, pero sin vos ni puedo ni quiero vivir.

¡Ah! ¡Si supieseis cuánto sufro, qué tormento padece mi corazón cuando me quedo a solas, cuando vuestra presencia y vuestras palabras dejan de sostenerme! En esos momentos, el recuerdo de Monsieur de M[ora] se convierte en un sentimiento tan vivo, tan penetrante, que la vida y los sentimientos me aterran. Aborrezco este delirio, esta pasión que me ha llevado a comportarme tan mal, a llenar de desconcierto y de miedo a aquella alma sensible que se había entregado a mí totalmente. Amigo mío, ¿podéis imaginar hasta qué punto os quiero? Os tomáis a la ligera el pesar y los remordimientos que desgarran mi corazón: os aseguro, ¡ay!, que bastarían para librarme de una vida que detesto; vos y mi dolor sois lo único que me queda en el mundo; ya no siento interés por nada, no tengo afectos, ni amigos; no los necesito: amaros, estar con vos, o dejar de existir, ese es el único anhelo de mi alma.

La vuestra no me responde de la misma manera, lo sé, y no me quejo por ello. Por alguna extraña razón que no sabría explicaros, no deseo en absoluto volver a encontrar en vos lo que he perdido: sería demasiado. ¿Qué criatura ha sentido más que yo el valor de la vida? ¿Acaso no basta con haber bendecido y apreciado el mundo una vez? ¡Cuántos miles de seres humanos han pasado por la tierra sin tener que agradecerle nada! ¡Oh! ¡Cómo fui amada! Un alma ardiente, llena de energía, que lo había visto todo, juzgado todo y que, cansada de todo, se abandonó a la necesidad y el placer de amar: amigo mío, así es como fui amada.

Habían transcurrido varios años llenos de placer y de dolor, inseparables siempre que se vive una pasión tan fuerte y tan profunda, cuando llegasteis vos y vertisteis veneno en mi corazón, arrasando mi alma con confusión y remordimientos. ¡Dios mío! ¡Cuánto me hicisteis sufrir! Me hicisteis alejarme de mis sentimientos hacia él, a pesar de que sabía que no erais mío. ¿Comprendéis lo horrible que fue todo eso? No sé cómo pude encontrar la placidez suficiente para deciros: amigo mío, os quiero, con tanta sinceridad y tanta ternura que no es posible que vuestra alma permanezca fría al escucharme.

Adiós.

[En 1775, tras cerrar su compromiso con su futura esposa, Guibert le envió a Julie un breve mensaje de ruptura.

Esta carta fue su respuesta.]

[París, 1775]

Sábado por la tarde

No he tenido noticias vuestras hasta esta mañana, y no sé por qué medio han llegado hasta mí: no ha sido por el correo. Consideradme loca, si queréis, pensad que soy injusta, en fin, cuanto os plazca: eso no va a impedir que os diga que no he recibido en mi vida un golpe más doloroso, más hiriente, que el que me ha producido vuestra carta.

Pero con la misma sinceridad os digo que el daño que me habéis hecho no merece que le preste ningún interés, porque creo que es mi amor propio el que ha sufrido, y lo ha hecho de una manera inaudita. Me he sentido tan humillada por haberle concedido a alguien el derecho a decirme lo que estaba leyendo, y a decírmelo además con tanta naturalidad, que llegué a la conclusión de que, mientras me escribía, su alma se había desvanecido, y él ni siquiera sospechaba que me estaba ofendiendo.

¡Oh! ¡Qué bien habéis acometido la venganza en nombre de Monsieur de Mora...! ¡Cómo me castigáis por el delirio y la aberración que me arrastraron hacia vuestra persona! ¡Cuánto los detesto! No entraré en detalles: carecéis de la suficiente bondad y sensibilidad para que mi alma se permita quejarse; pero mi corazón, mi amor propio, todo lo que me da la vida, todo lo que me hace sentir, pensar, respirar, en resumen, todo lo que hay en mí, se siente indignado, herido y ofendido para siempre.

Me habéis dado las fuerzas suficientes no para soportar mi desgracia (que me parece más grande y más abrumadora que nunca), sino para esforzarme en que nunca más podáis atormentarme y hacerme desdichada. Considerad cuán desmesurado ha sido mi crimen, cuán grande es mi pérdida: estoy segura —y el dolor no me engaña— de que si Monsieur de Mora estuviese vivo, si hubiese podido leer vuestra carta, me habría perdonado, me habría consolado, y os hubiese odiado por ella. ¡Ah! ¡Dios mío! Dejadme con mi pena: me es mil veces más preciada que eso que vos llamáis vuestros sentimientos, que me resultan horribles; su manera de expresarse es la del

desprecio, y mi alma los rechaza con espanto, porque todavía es digna de la virtud.

Tal vez penséis que lo que habéis hecho es justo: pues bien, prefiero que os quedéis con esa idea antes que entrar en explicaciones. Ya está hecho. Tratadme como podáis, como queráis; yo, en el futuro (si es que hay para mí futuro), os trataré a vos como siempre debía haber hecho; y si no hubieseis dejado en mí tantos remordimientos, podría incluso aspirar a olvidaros. Sé bien que las heridas del amor propio terminan por enfriar el alma.

[6]

[En los meses previos y posteriores a la muerte del marqués de Mora, devorada por los remordimientos, Julie llegó a tratar mal al siempre entregado D'Alembert, que aguantó sin quejarse su mal humor. Tras el matrimonio de Guibert, se sintió en cambio muy reconfortada por él.]

[París, 25 de septiembre de 1775]
Sábado, a las cuatro de la mañana

¡Dios mío! ¡Es cierto que sobrevivimos a todo! ¡El exceso de infortunios termina por convertirse en su propio remedio! ¡Ah! Ha llegado el momento en que puedo y debo deciros: «Viviré sin amaros» con la misma sinceridad con la que hace tres meses os decía: «Amaros o dejar de existir». Mi pasión ha sufrido las mismas convulsiones, los mismos trastornos que produce una enfermedad grave. [...] Ahora creo presentir una próxima convalecencia. Será tranquila, sin desgarros, y ya es bastante; porque, aunque me libere de un mal tan cruel, aún persistirá otro más antiguo, más doloroso, más profundo, más desgarrador; y esa herida no se cerrará nunca, sino que se verá cada vez más envenenada por la pena y el remordimiento constantes. Quizá encuentre algo que la calme un poco, lo único que se puede hacer por un mal incurable.

Os he hecho el relato más fiel del estado de mi alma: así es mi actual situación. Os he amado hasta la locura; he conocido todos los niveles, todos los matices de la desdicha y de la pasión. Quise morir. Creí morir, pero fui retenida por el hechizo que produce la pasión, incluso la pasión desgraciada. Reflexioné, me sentí sin rumbo durante mucho tiempo, volví a sufrir; y luego, no sé si fuisteis vos mismo, si fue vuestro comportamiento, la necesidad o acaso el mismo exceso de mi sufrimiento: todo fue conduciéndome hacia una actitud más sosegada.

Miré a mi alrededor; vi que había amigos a los que mi desgracia y mi locura aún no habían alejado de mí; comprendí que estaba rodeada de cuidados, de bondad, de pruebas de afecto. Y encontré al fin un sentimiento aún más intenso, más vivo: es sincero, y tan tierno, tan dulce, que al final ha logrado que penetren en mi alma la paz y el consuelo. ¿Puedo aspirar a algo más, a algo mejor que eso? Después de la terrible tormenta que me golpea desde hace tres años, ¿no es eso acaso llegar a puerto? ¿No es ver el cielo abierto? No penséis que exagero los progresos de mi curación; sé bien dónde estoy, pero al sentirme un poco más tranquila, me creo un poco más capaz de alcanzar el consuelo.

Estoy segura de que me habría costado menos morirme que separarme de vos. Una muerte rápida hubiese sido adecuada para mi carácter y para mi pasión; pero la tortura a la que vos habéis sometido a mi alma le ha agotado las fuerzas: ha perdido su energía. Y además, el saberme tan querida [por D'Alembert], ha hecho que me reblandezca. ¿Cómo abandonar la vida cuando os quieren retener en ella mediante los sentimientos más tiernos? ¡Ah! ¡Habría debido morir en el momento en el que perdí al que me amaba, aquel al que yo he amado más que al resto del mundo! Este es el único reproche que me permitiré haceros: ¿por qué me retuvisteis? ¿Fue para condenarme a una muerte más lenta y más cruel que aquella hacia la que yo corría?

¡Que el Cielo me permita borrar de mis recuerdos y hacer desaparecer de mi vida los años que acaban de transcurrir! Los anteriores serán para siempre la delicia y el tormento de mi corazón. ¡Ah! ¡Seis años de placer y de felicidad celestiales deben hacer que la existencia nos parezca un bien tan grande para darle gracias al Cielo, incluso en el colmo de la desdicha! ¡Si pudiese encontrar de nuevo el descanso, si mi alma pudiese disfrutarlo tranquila, tal vez los pocos días que me quedan de vida podrían ser aún tolerables! Intentaré convertir en consuelo lo que para otros serían placeres y dicha. Y, por agradecimiento, amaré a aquel que debería ser amado de otra manera si yo fuese capaz de responder a la calidez y la intensidad de la amistad que me ofrece.

[...] Me muero de vergüenza al recordar lo que me atreví a esperar de vos: sí, me sentí lo bastante exaltada o, más bien, lo bastante confundida para no creer imposible que me amaseis por encima de todo; mi propia locura me hacía creer en razones que eran lo suficientemente verosímiles para animar mis sentimientos. ¡Comprended, os lo ruego, hasta dónde me dejé llevar por las ilusiones! Os juro, no obstante, que lo que me hizo equivocarme no fue el amor propio: él me ha ayudado, por el contrario, a regresar a la verdad y a la razón. Él me juzga hoy con mayor severidad de la que vos mismo podéis sentir: todo lo que me negáis, todo lo que no habéis sido para mí, me parece tan solo el resultado lógico de que hayáis al fin corregido vuestro gusto. ¡Oh!, no creáis sin embargo que haya llegado a la conclusión de que habéis sido justo en vuestra conducta conmigo: es tan solo mi razón la que está hablando. Que me hayáis visto tan débil, tan llena de sentimientos de culpa, tan desquiciada, no justifica en absoluto el daño que me habéis hecho. A pesar de todo, ¡os perdono con toda mi alma!

Quizá nunca nos consolemos de una gran humillación; pero prefiero confiar en que el tiempo borrará esta sensación. Deseo que vuestro matrimonio os haga tan feliz como desdichada me ha hecho a mí. Y pensad que, si el deseo es sincero, no cabe más generosidad y más bondad. [...] Solo el odio convierte la miel en veneno, y yo no siento ningún odio.

[...] Adiós, amigo mío; es la última vez que me permitiré usar ese nombre: olvidad que lo ha pronunciado mi corazón. ¡Ah! ¡Olvidadme! ¡Olvidad lo que he sufrido! ¡Dejadme seguir creyendo que ser amada es una bendición! ¡Dejadme pensar que la gratitud le bastará a mi alma!

Adiós, adiós.

[7]

[Después de retomar la relación con Guibert, el estado de salud de Julie empeoró notablemente. En la primavera de 1776, cuando ella ya apenas podía moverse de la cama, Guibert la visitaba o le escribía a diario.]

[París, primavera de 1776]

Cuatro de la tarde

Sois demasiado bueno, demasiado amable, amigo mío. Queréis reanimar y ayudar a un alma que sucumbe bajo el peso de un largo dolor. Aprecio vuestros sentimientos, pero ya no los merezco. Hubo un tiempo en el que ser amada por vos era lo único que deseaba. ¡Ay! Tal vez eso hubiese mitigado mi arrepentimiento o, al menos, dulcificado mi amargura: habría querido vivir. Hoy ya solo quiero morir. No hay compensación ni alivio para mi pérdida: no debería haber sobrevivido [a Mora]. Ese es, amigo mío, el único sentimiento de amargura que hay en mi alma contra vos.

Me gustaría saber cuál será vuestro destino, me gustaría que fueseis feliz.

Recibí vuestra carta ayer a la una; tenía fiebre muy alta. No puedo explicaros el esfuerzo que tuve que hacer para leerla, y el tiempo que me llevó; pero no quise retrasarlo hasta hoy, y casi deliré mientras la leía.

Espero vuestras noticias esta noche. Adiós, amigo mío. Si volviese a la vida, me gustaría dedicarla a quereros; pero ya no tengo tiempo.

[Esta carta fue la última de Julie a Guibert, escrita tan solo cuatro o cinco horas antes de su muerte.

Es un texto tan breve como terrible, en el que, en plena agonía, le suplica a su amante que sea cruel con ella, para deshacer así el último lazo que aún la une a la vida: su amor por él.]

[París, 28 de mayo de 1776]

Amigo mío, os amo; y ese amor es un calmante que adormece mi dolor. De vos depende que lo transforméis en veneno, y de todos los venenos, ese será el más rápido y el más violento. ¡Ay!, estoy tan cansada de vivir que estoy dispuesta a implorar vuestra compasión y vuestra generosidad para que me concedáis ese socorro. Solo él pondría fin a esta dolorosa agonía que tanto pesa sobre mi alma. ¡Ah! Amigo mío, permitid que os deba a vos el descanso: por bondad, ¡sed cruel una vez!

Me apago, adiós.

Cartas de Mary Wollstonecraft
a Gilbert Imlay y a William Godwin

(1793-1797)

Si algo de mí logra sobrevivir a mis desventuras, será la pureza de mis afectos.

Mary Wollstonecraft pasó por la vida como un eclipse de luna. Luminosa, digna y sensible, intentó brillar en un mundo que solo quería de las mujeres palidez. Las sombras terminaron por devorarla, aunque logró dejar tras de sí el rastro de su obra. Y también una hija resplandeciente, Mary Shelley, la futura autora de *Frankenstein*. La misma hija, por cierto, cuyo parto provocó su muerte a los treinta y ocho años, como si no hubiese sitio en la vida para dos mujeres tan poco comunes.

Pobre Mary, nacida tanto tiempo antes de lo que habría merecido. Resulta conmovedor comprobar la fuerza con la que trató de sobreponerse a las circunstancias tan difíciles que le tocó vivir, observar cómo, en medio de lo malo y de lo bueno, luchó siempre por ser independiente y libre, cuánto se esforzó en ganarse la vida con su actividad intelectual en un tiempo en el que el género femenino lo tenía especialmente difícil en ese ámbito; cómo se empeñó en unirse a los hombres tan solo por amor, y nunca por necesidad, a pesar de lo muy necesitada que estuvo.

Mary Wollstonecraft fue una de esas personas que parecen tenerlo todo difícil desde el principio, de esas a las que la vida nunca deja en paz. Nació en 1759 en el seno de una familia rica que residía en una deliciosa mansión en un delicioso pueblecito cerca de Londres. Pero todo eso no era más que mera apariencia: en aquel hogar se vivía una violencia enorme, destructora para los seis hijos del matrimonio Wollstonecraft. El padre, que no ejercía ninguna profesión, dilapidaba la fortuna que había heredado, bebía y pegaba a su mujer. La madre, incapaz de defenderse del marido, respondía tiranizando a sus hijos, y en particular a Mary, la mayor de las niñas.

Sin duda alguna, aquel ambiente terrible influyó en las depresiones que Mary parece haber sufrido una y otra vez en su vida, en su exagerada sensibilidad hacia el rechazo y, al mismo tiempo, en su constante búsqueda de afecto. Por suerte para ella, en la adolescencia conoció a Fanny Blood, una chica de su misma edad, que procedía de una familia con dificultades económicas pero que poseía dos cualidades que a ella le parecieron extraordinarias: una gran cultura y una firme voluntad de trabajar y ganarse la vida.

Junto a Fanny —de la que parece haber estado enamorada—, Mary se puso rápidamente a rellenar los grandes vacíos de su educación, por la que sus padres se habían interesado poco. De

manera autodidacta, comenzó a leer mucho y a estudiar idiomas. Y comprendió que lograr la autonomía económica mediante un empleo sería su única manera de librarse de la tiranía del hogar. Lo sorprendente es que, siendo tan joven, no pensase que la solución era el matrimonio, la forma habitual en aquellos tiempos de independizarse de la familia. Con el tiempo, Mary llegaría a proclamarse contraria a esa institución, que veía como una forma de esclavitud, enemiga de la libertad esencial de la mujer como individuo, en la que creía firmemente.

Sin embargo, para las jóvenes como ella y Fanny, trabajar suponía un problema difícil de resolver. Prácticamente, solo había una posibilidad para una joven de clase media de la Inglaterra de su tiempo, la enseñanza, aunque la enseñanza en los niveles peor considerados: una mujer con cierta formación podía ser profesora en algún internado femenino —muy comunes en Gran Bretaña— o institutriz en una familia rica. Es lógico: a fin de cuentas, la sociedad patriarcal siempre consideró a la mujer la transmisora de la educación en los primeros años, y según ese concepto de la vida femenina, el puesto de enseñante no se diferenciaba demasiado de la responsabilidad de una madre. Mary se esforzó por prepararse para esas actividades, igual que se verían obligadas a hacer, siete décadas después, Charlotte Brontë y sus hermanas Emily y Anne.

Mary se fue de casa a los diecinueve años, aceptando temporalmente un empleo como señorita de compañía de una viuda rica. Un primer paso que le sirvió para alejarse de la violencia de su casa y comprender que, en efecto, podía salir adelante por sus propios medios, algo a lo que ya no renunciaría el resto de su vida. Tres años después, su amiga Fanny y ella abrieron juntas un pequeño internado para niñas en un pueblo. Pero las cosas no salieron bien: el alquiler era demasiado alto, y todo se complicó aún más cuando Fanny, enferma de tuberculosis, se casó y se marchó con su marido a Lisboa, en busca de un clima más benigno para sus pulmones. Al poco tiempo estaba tan enferma que Mary abandonó la escuela y corrió a Lisboa en un desesperado intento de ayudarla. No hubo nada que hacer: Fanny murió unos días después. Mary, desolada, regresó a Inglaterra, cerró la escuela —viéndose obligada a cargar con las deudas— y se marchó como institutriz a Irlanda.

En 1787, cercana ya a los treinta años, decidió dedicarse en cuerpo y alma a la literatura. Se fue a vivir a Londres y se abrió camino en un círculo de intelectuales radicales y avanzados, del que formaban parte hombres tan interesantes como el filósofo William Godwin, el editor Joseph Johnson y los artistas Henry Fuseli y William Blake, una de las almas más libres y originales del arte de todos los tiempos.

Johnson le dio trabajo a Mary como lectora de su editorial, traductora y crítica literaria, y le publicó además varios libros. El primero fue *La educación de las hijas* (*Thoughts on the Education of Daughters*), en el que la autora exponía ciertas ideas que otras muchas pensadoras y pensadores estaban también defendiendo en aquel tiempo, en un primer intento de establecer las bases mínimas que pudieran conducir a la igualdad: las niñas no debían ser apartadas de la

educación. Darles una buena formación, y no únicamente una ligera pátina para que se lucieran socialmente y ejercieran de manera adecuada su papel doméstico, redundaría en beneficio no solo de ellas mismas, sino de las familias y de la sociedad en su conjunto.

En 1789, Mary y sus amigos siguieron con entusiasmo el estallido de la Revolución francesa. Alentada por la intensidad intelectual y política del momento, en los siguientes años publicó algunos panfletos —un género muy de moda entonces— en defensa de la república y la clase media. En 1792 editó uno de los primeros ensayos del feminismo moderno, *Vindicación de los derechos de la mujer* (*A Vindication of the Rights of Woman*), que es un intenso grito a favor de la igualdad entre los géneros. Un grito compartido por algunas intelectuales francesas, como Olympe de Gouges, que veían con tristeza cómo la Revolución se iba convirtiendo en un fenómeno que parecía liberar solo al género masculino, traicionando a tantas mujeres que habían participado en ella con esperanza.

Aquel ensayo hizo de Mary Wollstonecraft una autora famosa, tan admirada por unos como denostada por otros, y le infundió valor para viajar a París, observar de cerca lo que estaba sucediendo y convertirse en una especie de corresponsal. Y fue allí, en París, en la primavera de 1793, a los treinta y tres años, cuando el amor pilló a Mary por sorpresa, con todas sus trampas bien desplegadas: ella, que había clamado siempre contra los excesos a los que puede arrastrar el deseo, se dejó ahora llevar hasta el mismísimo abismo por un hombre que, sin duda, no se merecía tanta entrega.

Se llamaba Gilbert Imlay y era estadounidense. Había sido oficial en la guerra de Independencia contra el Reino Unido, había publicado un par de libros y en París se dedicaba a los negocios, comerciando con madera procedente de Noruega y Suecia. Mary creyó que había conocido al hombre perfecto, alguien de firmes principios, que aunaba —como ella intentaba hacer— la razón y la sensibilidad. Un igual en quien podía confiar a ciegas.

Pero Imlay resultó no ser quien ella creía. A los pocos meses de conocerse, Mary y él decidieron vivir juntos. Inmediatamente después, incapaz de renunciar a su divertida vida de soltero rico e inconsecuente con el compromiso que acababa de asumir, Imlay salió corriendo con la excusa de sus negocios y la dejó sola en medio de un París turbulento, en el que acababa de estallar el Terror impuesto por Robespierre y los suyos.

Entre mentiras, incesantes amantes y humillaciones continuas, la relación fue convirtiéndose para Mary en uno de esos amores tóxicos que envenenan el alma. Ni siquiera el nacimiento de una hija a la que adoraba, Fanny —bautizada así en recuerdo de la amiga fallecida—, impidió que intentara suicidarse dos años después.

Mary emergió de todo aquello muy debilitada anímicamente, aunque con la dignidad intacta: cuando Imlay le propuso mantenerlas a ella y a la niña, se negó de manera radical. Todavía destrozada, volvió a acercarse a sus amigos intelectuales en busca de trabajo y apoyo. Entre ellos

encontró de nuevo lo mejor de sí misma: poco a poco fue recuperándose de la decepción, volvió a escribir y también se enamoró, esta vez de un hombre que se merecía mucho más su amor, William Godwin, escritor, filósofo y teórico político de ideas radicales.

Aferrados ambos a sus convicciones sobre la individualidad, los enamorados decidieron vivir muy cerca el uno del otro, aunque no juntos. Se veían a diario, pero cada uno disponía de su propio espacio vital, una habitación propia en la que desarrollaban sus actividades intelectuales, que luego compartían. Incluso cuando se casaron en marzo de 1797, después de saberse que Mary estaba embarazada de casi cuatro meses, siguieron viviendo cada uno en su piso.

Pero en ese momento, cuando todo parecía ir bien, la vida volvió a ser cruel con Mary Wollstonecraft: el 30 de agosto de 1797 dio a luz a una segunda niña, a la que pusieron su nombre, Mary, Mary Godwin. El parto fue corto y tranquilo, pero pocas horas después empezó a sufrir una fiebre muy alta: como les ocurría a tantas mujeres —y aún ocurre hoy fuera del mundo occidental—, la placenta se había roto, infectándola. Murió de septicemia el 10 de septiembre, dejando a Godwin destrozado.

Un año después, el viudo publicó las *Obras póstumas* de Mary Wollstonecraft, en las que incluyó las setenta y siete cartas a Gilbert Imlay, que narraban por sí mismas la degradación de su amor y el deterioro de su estado de ánimo. También escribió unas *Memorias de la autora de «Vindicación de los derechos de la mujer»*.

Godwin trataba de homenajear a su esposa y de reivindicar su tarea intelectual: desde su punto de vista, Mary había sido una mujer ejemplar, que había amado de una manera totalmente sincera y pura. Ahora resulta fácil compartir esa opinión, pero la sociedad contemporánea no lo interpretó así: el reconocimiento sin disimulo de sus dos relaciones al margen del matrimonio y de su intento de suicidio —en una Inglaterra que se iba volviendo cada vez más conservadora en lo referente a la moral— convirtieron a la escritora célebre en una apestada.

El papel real de Mary Wollstonecraft en el desarrollo del feminismo no fue comprendido hasta el siglo XX. Cuando volvió a ser descubierta, causó asombro la revelación de que aquella ensayista adelantada a su tiempo había sido además la madre de Mary Shelley, la niña huérfana que, a pesar de haber sido educada por su padre en el más exigente racionalismo —o tal vez por ello—, se entregó en cuerpo y alma a la pasión, fugándose a los diecisiete años con el poeta Percy Bysshe Shelley, por entonces casado con otra mujer, y creando poco tiempo después uno de los mitos más duraderos del Romanticismo, el de Frankenstein.

En cuanto a Fanny Imlay —que solo tenía tres años cuando murió Mary—, fue adoptada por William Godwin y creció al lado de su hermana pequeña. Pero un dolor profundo y venenoso latió siempre dentro de su mente, como si la tortura que su madre había vivido junto a su padre biológico se hubiera quedado prendida a ella: se suicidó en 1816, a los diecinueve años, con una

sobredosis de láudano, el omnipresente opio de la época.

Aquí, descrita por ella misma en sus cartas, está el alma de Mary Wollstonecraft, la mujer que cometió el «inmenso error» de empeñarse en ser una persona completa en un tiempo en el que a las mujeres no se les permitía acceder a tal categoría de la existencia.

Cartas a Gilbert Imlay

[1]

[París, agosto de 1793]

Lunes, después de las once de la noche

Obedezco al ímpetu de mi corazón, que me lleva a querer darte las buenas noches con todo mi cariño antes de ir a acostarme, amor mío. No puedes ni imaginarte con cuánto placer pienso en el día en el que viviremos ya juntos; sonreirías si supieras cuántos planes de trabajo tengo para mí, ahora que estoy segura de que mi corazón ha encontrado la paz en tu pecho.

Quiéreme con esa ternura llena de dignidad que solo he visto en ti; tu niña intentará mantener esos sentimientos tan intensos que a veces han llegado a causarte dolor. Sí, seré tan buena que mereceré ser feliz; y mientras tú me quieras, no volveré a sentirme desdichada como antes, cuando la vida me parecía una carga demasiado pesada.

¡Buenas noches! ¡Que Dios te bendiga! Dice Sterne que esa frase es como un beso. Me gustaría poder dártelo de verdad, uno que resplandeciese con mi gratitud hacia el Cielo y mi afecto hacia ti. Me gusta la palabra afecto, porque significa algo habitual. Nos veremos pronto, sin duda, e intentaremos saber si tenemos suficiente cabeza para mantener este calor en nuestros corazones.

MARY

Mañana estaré en la barrera de acceso [a París] un poco después de las diez. Tuya.

[2]

[En diciembre de 1793, cuando Imlay ya se había marchado de París, Mary se dio cuenta de

que estaba embarazada y se sintió entusiasmada; así se lo cuenta en la siguiente carta.]

[París, diciembre de 1793]

Sábado por la noche

Acabo de recibir tu carta y siento que no puedo irme a la cama tranquila sin antes escribirte algunas palabras, tan solo para decirte que mi mente está serena y mi corazón lleno de amor.

Desde aquel día que estuve a punto de desmayarme, he sentido ciertos movimientos dentro de mí que me hacen empezar a pensar que estoy nutriendo a una criatura que pronto necesitará de mis cuidados. Esta idea no solo me ha hecho sentirme inundada de amor hacia ti, sino que me ha llevado además a esforzarme por calmar mi mente y hacer ejercicio para no destruir este objeto en el que ambos, ya sabes, tenemos mutuo interés. Ayer —¡no sonrías!—, al darme cuenta de que me había hecho daño levantando precipitadamente un gran tronco de leña, me senté muerta de miedo, hasta que noté de nuevo esos movimientos de los que te he hablado.

¿Estás muy ocupado?

Más vale que pienses que esta criatura estará pronto terminada, aunque no antes de que tú vuelvas a casa, a menos que tardes más de lo que yo me permito pensar que vas a tardar.

Sea como sea, escíbeme, amor mío, y anímame con cariño a ser paciente, para que tus expresiones de ternura consigan engañar al tiempo con tanta dulzura como lo han hecho esta noche. Dime una y otra vez que tu felicidad (¡y bien que mereces ser feliz!) está íntimamente ligada a la mía, y yo intentaré disipar, en cuanto aparezca, el humo de tu pasada insatisfacción, ese humo que tan a menudo ha oscurecido el sol y que has logrado expandir dentro de mi propia mente. ¡Que Dios te bendiga! Cuídate mucho, y recuerda con cariño a quien tanto te quiere,

MARY

Me voy a dormir llena de felicidad, porque tú me has hecho ser feliz. Este es el mejor deseo de buenas noches que puedo ofrecerte.

[3]

[Mary dio a luz a Fanny el 20 de mayo de 1794.

Imlay, siempre ausente, empezó a utilizar la excusa de que un amigo intentaba convencerle

para que se metiese en nuevos negocios. Al principio, Mary le creyó.]

París, 28 de diciembre de 1794

Simpatizo muy sinceramente, amor mío, con todas tus decepciones. Pero sabiendo que estás bien y que piensas en mí con cariño, temo que puedas vivir otras nuevas y que estés esforzándote en vano, tan lejos de mí.

Sé bien que es tu amigo quien te insiste en que te quedes ahí, y que no para de iniciar nuevos proyectos con el banal deseo de amasar una gran fortuna o, más bien, una inmensa fortuna, tan solo para presumir de haberla logrado. Pero nosotros estamos regidos por otros motivos, y no deberíamos dejarnos gobernar por él. Cuando nos veamos, hablaremos de este asunto. Tendrás que ser razonable y pensar —aunque quizá ya se te ha ocurrido— que en el futuro sería mejor hacer planes más sobrios que estos, que te exigen tanta dedicación y nunca terminan. A mí me parece que es absurdo malgastar la vida en organizar los medios para vivir.

¿No sería posible que organizases los negocios de tal manera que no nos creasen tantas inquietudes, a ti y a mí, que las comparto contigo desde que te has ido? ¿No es posible entender los negocios como una dedicación necesaria para mantener despiertas todas las facultades y, al mismo tiempo, para ganarse el pan (por utilizar una expresión común), sin tener que soportar lo que debería ser evitable, es decir, que todo eso acapare tu mente y aparte los sentimientos y los afectos de tu corazón?

[...] Quédate mientras sea absolutamente necesario, amigo mío. No te llamaré de otra manera más íntima, aunque mi corazón lo desea, a menos que regreses en cuanto te lo permita la resolución de los actuales asuntos. No te consiento que vuelvas a mencionar ningún otro viaje, o nuestra pequeña mujercita y yo nos iremos Dios sabe dónde.

Pero, dado que se lo debo casi todo a tu cariño y, preciso añadir, a tu razón (pues sé que ese inmoderado deseo de riquezas que lleva a tu amigo a mostrarse tan ansioso de que te quedes es contrario a tus principios), no te molestaré más. Solo te diré que anhelo verte y que aciertas al suponer que me sentiré dolida, aunque no enfadada, si hay nuevos retrasos. He sufrido tanto en la vida, que no debería sorprenderte que a veces, cuando me veo sola, me ponga melancólica y empiece a pensar que todo fue un sueño y que mi felicidad no puede durar. Y digo bien, felicidad: los recuerdos borran todas las sombras oscuras de la imagen.

A mi niña le está saliendo un diente, y ya empieza a caminar. Está deseando que tú también te ocupes de los asuntos de su crianza: yo no paro de bailar con ella hasta agotarme, pero nunca le parece suficiente. Quiere que le des las gracias a su madre por cuidar así de ella.

Tuya sinceramente,

[4]

[Entre la carta anterior y esta, escrita tan solo dos días después, Mary debió de recibir una carta del amigo de Imlay. Las excusas de este justificando la larga ausencia le debieron de parecer tan torpes que comenzó a sospechar.]

París, 30 de diciembre de 1794

Si recibes a la vez tres o cuatro cartas de las que te he escrito últimamente, no te asustes. Solo intento aprovechar todas las ocasiones que se presentan para asegurarme de que al menos una de cada tres llegue a tus manos e informarte de que no comparto la opinión de los que afirman que necesitas quedarte ahí dos o tres meses más. No me gusta esta vida de continua inquietud y, *entre nous*, estoy decidida a intentar ganar aquí algún dinero por mí misma para convencerte de que, si decides dar la vuelta al mundo en busca de riquezas, es cosa tuya: la niña y yo viviremos sin tu ayuda, a menos que estés con nosotras. Dirás que soy muy orgullosa. Pues bien, dílo, pero lo cierto es que no voy a abandonar mis principios.

Muchos hombres piensan con mezquindad que las mujeres tienen corrompido el corazón y siempre se prostituyen, dejándose llevar por cierta embriaguez, y por eso no las consideran sus parejas, sino sus esclavas. Creen que, puesto que son mantenidas por ellos, no tienen derecho a quejarse, y que deben recibir al sultán, cuando él se digna regresar, con los brazos abiertos, aunque los de él estén contaminados por los mil y un amoríos promiscuos que ha vivido durante su ausencia.

Considero que la fidelidad y la constancia son cosas diferentes; pero la primera es necesaria para que la otra exista. Y creo que se me debe tanto respeto que si es solo la decencia —un buen sustituto del respeto— lo que te hace regresar, ¡no vuelvas! Si lo que te está reteniendo es un vagabundeo del corazón, o incluso un capricho de la imaginación, ese sería el final de todas mis esperanzas de felicidad, y nunca podría perdonártelo.

Me siento melancólica, ya lo ves. Conoces mi opinión sobre los hombres; sabes que pienso que suelen ser unos tiranos, y que es absolutamente excepcional conocer a un hombre con la suficiente delicadeza de sentimientos para gobernar sus deseos. Cuando estoy así de triste, lamento que mi

bebé, a la que tanto adoro, sea una niña. Me entristece saber que está ligada a un mundo para mí lleno de espinas.

Sé que vas a interpretar que estoy enfadada, cuando, en realidad, lo que te acabo de escribir es la prueba más intensa de cariño que puedo darte: el miedo a perderte. Tu amigo se ha tomado tantas molestias para convencerme de que tienes que quedarte ahí, que me ha hecho sentirme enormemente afligida. Tú siempre has sabido cuál es mi opinión: siempre he dicho que dos personas que quieren vivir juntas no deberían permanecer separadas mucho tiempo.

Si cierto tipo de cosas te son imprescindibles, búscalas. En ese caso, di una sola palabra, y nunca más oirás hablar de mí. Y si no, por Dios te lo pido, ¡enfrentémonos a la pobreza, a lo que sea, pero no a esta continua preocupación por los negocios que, según me habías dicho, solo iba a durar unos pocos meses, y que cada día parece prolongarse más!

Me he decidido a hablarte por primera vez de mi angustia; en las cartas anteriores te mentí porque no quería causarte ninguna preocupación. Tampoco lo habría hecho hoy si no pensara que esas patrañas que según él exigen tu presencia nunca van a terminar.

MARY

[5]

[En febrero de 1795, Imlay le comentó a Mary la posibilidad de que ella y la niña se reunieran con él en Londres. Al mismo tiempo, hablaba de ir él a París.

Mary comenzó a perder pie y a dudar del amor de su pareja, a pesar de que quería seguir creyendo en él.]

París, 9 de febrero de 1795

Hace algún tiempo que empecé a obsesionarme con la idea de que no quería volver a verme; y las cartas que he recibido hoy me convencen de que no estaba del todo desencaminada. Te refieres en ellas a otras cartas que supongo que se han perdido, porque la mayor parte de las que he recibido no son más que unas líneas apresuradas, pensadas a propósito para destruir el cariño que tu letra con mi dirección despertaba en mí.

Aun así, no pretendo quejarme; pero dentro de mí luchan por expresarse muchos sentimientos, y

mi corazón está tan angustiado que parece a punto de estallar; apenas puedo escribir con coherencia.

[...] Me estoy alejando del tema: la cabeza me da vueltas cuando pienso que toda la confianza que tenía en tu afecto se ha convertido en esto. No esperaba este golpe de ti. He cumplido con mi deber hacia ti y hacia mi hija; y aunque el afecto no me sea devuelto para recompensarme, tengo el triste consuelo de saber que merezco un destino mejor. Mi alma está agotada; mi corazón, enfermo; y si no fuera por la niña, dejaría de importarme la vida, que ahora ha perdido para mí todo su atractivo.

Ya ves qué tonta soy expresando todo eso cuando lo único que quería decirte es que me parece que tu petición para que vaya a Londres está dictada únicamente por tu sentido del honor. Lo cierto es que no consigo entenderte: me dices que vaya y, al mismo tiempo, me dices que no has renunciado a la idea de venir tú aquí.

Cuando decidí vivir contigo, tan solo lo hice llevada por el afecto. Hubiera compartido la pobreza contigo, pero me aterra en cambio ese océano de problemas en el que estás penetrando. Tengo ciertos principios muy firmes: sé bien en qué puede basarse mi felicidad, y no es en el dinero. Lo único que deseo es lo suficiente para vivir con cierta comodidad a tu lado, y si es menos, tampoco me importa. Puedo trabajar para cubrir las necesidades de mi hija y, por el momento, le hace falta poca cosa. Tengo dos o tres proyectos en la mente para ganarme el pan. No creas ni por un minuto que si te desentiendes de mí voy a permanecer quieta, esperando a que cumplas con tus obligaciones pecuniarias. No: antes me dedicaría al servicio doméstico. Tan solo quería tu afecto. Si eso ya no existe, ¡todo ha terminado! Nunca pensé, cuando me quejaba de la despreciable avaricia de tu amigo por acumular dinero, que hubiese logrado arrastrarte a ti a su manera de ver las cosas.

No puedo seguir escribiendo. Incluyo un fragmento de una carta que te escribí poco después de tu partida y otra que no te mandé porque me pareció un poco excesiva. En ellas encontrarás lo que sentía en un momento en el que estaba mucho más tranquila, pero no menos decidida. ¡No me insultes diciendo que «debemos estar juntos por encima de cualquier otra consideración»! Si fuese así, no estarías corriendo tras una burbuja a expensas de mi tranquilidad.

Quizá esta sea la última carta que recibas de mí.

MARY

[Llamada por Imlay, Mary se fue al fin a Londres con su bebé en la primavera de 1795. Al llegar, descubrió que Imlay tenía otras relaciones. De hecho, había alquilado una casa para ellas dos, pero él viviría aparte, en su propio piso de soltero.

Ante sus protestas, se la quitó de encima enviándola como representante comercial de su empresa de maderas al norte de Europa. Volvió a mentirle diciéndole que se reuniría con ella y la niña en Alemania.

Mary se sentía cada vez más confusa, más atormentada y perdida. Quería creer en la bondad natural de Imlay y en su amor por ellas, pero los hechos le demostraban una y otra vez lo contrario.

Poco a poco fue hundiéndose en una espiral de quejas y angustia y comenzó a pensar en la muerte.

Esta carta la escribió al comienzo de aquel angustioso viaje.]

Hull, 12 de junio de 1795, viernes

Acabo de recibir tu carta fechada el día 9, pero supongo que es un error, pues no puede haber tardado tanto en llegar.

Ya sé que muchos hombres de buena salud y fuertes apetitos necesitan de la variedad para evitar el aburrimiento, pero la imaginación no transforma con su varita mágica los apetitos en un amor cimentado en la armonía de dos mentes. ¡Ah!, amigo mío, no conoces el inefable deleite, el exquisito placer que nace de la unión de afecto y deseo, cuando el alma y los sentidos se abandonan a la imaginación más intensa, y las emociones se vuelven delicadas y arrebatadoras. Sí, sobre ese tipo de emociones, el hastío no tiene ningún poder, y su recuerdo nunca provoca desencanto. Y creo que esas emociones, con mayor o menor fuerza, son las características distintivas del genio, la base del gusto y de ese exquisito entusiasmo hacia la belleza de la naturaleza, del cual las manadas de comedores, bebedores y hacedores-de-niños no tienen ni idea. Sin duda esta observación que se me acaba de ocurrir va a provocar tu sonrisa: considero que las mentes más poderosas y originales son aquellas en las que la imaginación sirve de estímulo a los sentidos.

¡Bien!, te preguntarás, ¿cuál es el resultado de todo este razonamiento? Pues que no puedo evitar pensar que sería posible que tú, que posees una mente grandiosa, regreses a la naturaleza, recuperes una constitución sana y la pureza del sentimiento, que abriría tu corazón hacia mí. ¡Prefiero detenerme aquí!

Más segura que nunca de la sinceridad de mi apego hacia ti, esta involuntaria esperanza aviva

mi decisión de seguir viviendo, aunque no es lo bastante fuerte para disipar las nubes que la desesperación ha sembrado sobre mi porvenir. Miro el agua desde el barco, miro a mi niña, apenas atreviéndome a confesarme a mí misma mi secreto deseo de que el mar se convierta en nuestra tumba para que el corazón, tan angustiado, pueda sentirse al fin calmado por la muerte. En este momento, mil sentimientos complejos tratan de expresarse, pesan en mi corazón y oscurecen mi mente.

¿Volveremos a encontrarnos alguna vez? ¿Harás lo posible para que ese encuentro sea más alegre que el último? ¿Harás lo posible para controlar tus caprichos y darle así vigor al afecto y permitir que broten los verdaderos sentimientos que la naturaleza ha intentado sembrar en tu corazón? No logro pensar sin angustia en tu pecho una y otra vez contaminado; y las lágrimas que agotan mis ojos son aún más amargas cuando recuerdo las razones por las que mi niña y yo nos hemos visto obligadas a alejarnos de ese refugio en el cual esperaba poder descansar después de tantas tormentas, sonriéndole al destino. La mía no es una pena común, y no creo que puedas imaginar cuánta fortaleza requiere desafiar la embestida de semejante decepción.

Piénsalo bien, y decide si quieres vivir de una manera tranquila y que nuestra confianza en el futuro sea ilimitada. Piensa si te parece que debes sacrificarme a eso que tú llamas «los placeres de la vida». Y cuando tengas claros tus motivos, tus alicientes para tomar una decisión, ¡no me decepciones!

[...] Amigo mío, mi querido amigo, siento que mi destino está unido al tuyo por los más sagrados principios de mi alma y por las ansias de un corazón —sí, voy a decirlo— sincero y nada sofisticado.

[...] ¡Escríbeme siempre que puedas! Estoy ansiosa por saber cómo van tus negocios; y, sobre todo, por convencerme de que esto no es una separación definitiva. Mi niña llama a su papá y añade su palabra clave: «¡Ven, ven!». ¿Acaso no vendrás, nos dejarás solas? Recobraré todas mis energías cuando esté segura de que mis esfuerzos conseguirán hacer que nos sintamos aún más unidos que antes. Una vez más, ¡adiós!

MARY

[7]

[En octubre de 1795, cuando Mary volvió al fin a Londres con la niña después de su viaje por el norte de Europa, descubrió que Imlay estaba viviendo con otra mujer.]

Torturada por los casi dos años de relación tóxica que había vivido, una noche de noviembre se tiró al río Támesis, aunque fue rescatada por un hombre que se lanzó al agua tras ella.

Esta carta la escribió después de ese intento de suicidio y tras dar por definitivamente terminada su relación con Imlay.]

[Londres, noviembre de 1795]

Domingo por la mañana

Solo tengo que lamentar que, cuando pasó la amargura de la muerte, me encontré devuelta de manera inhumana a la vida y a la tristeza. Pero una decisión firme no debe verse confundida por la decepción. Nunca diré que mi intento fue una locura, pues fue por el contrario un gesto muy sereno, guiado por la razón. Solo yo soy responsable ante mí misma. Si me preocupase eso que suele llamarse reputación, creo que son otras las circunstancias que me harían sentir deshonrada.

Dices que «no sabes cómo librarnos del desastre en el que estamos hundidos». Tú te has librado hace mucho. Pero me abstengo de comentar nada al respecto. En cuanto a mí, dado que estoy condenada a seguir viviendo, será una muerte en vida.

Me parece que haces hincapié mucho más en la delicadeza que en los principios, pero me siento incapaz de comprender qué sentimiento de delicadeza habrías violado por visitar a una amiga desgraciada (si es que sientes alguna amistad por mí). Sin embargo, puesto que lo único sagrado para ti es ya tu nueva relación, guardo silencio. ¡Sé feliz! Nunca más destruirán mis quejas tu felicidad. Tal vez incluso me equivoque al seguir pensando que mi muerte podría afectarte más allá de un breve momento. Esto es lo que tú llamas magnanimidad. Tienes mucha suerte de poseer esa cualidad en su más alto grado.

Tu insistencia en repetir que harás todo lo que esté en tu poder para contribuir a mi bienestar (aludiendo tan solo a la ayuda pecuniaria) a mí me parece una flagrante ruptura de la delicadeza. No quiero semejante bienestar, no voy a aceptarlo. Lo único que quise fue tu corazón. Ahora que él se ha alejado de mí, ya no tienes nada que darme. Si fuese la pobreza lo que temo, no habría intentado quitarme la vida. Perdóname pues por decirte que consideraré todo intento directo o indirecto de sufragar mis necesidades como un insulto que no he merecido; y, además, como algo que haces por cariño a tu propia reputación, y no a mí. No me malinterpretes: no creo que te importe demasiado el dinero (y nunca aceptaría algo que a ti no te interesa), pero a mí me importa incluso menos, pues las privaciones no me resultan dolorosas. Y si yo muero, espero que el respeto por ti mismo te lleve a ocuparte de la niña.

Me cuesta trabajo escribir. Probablemente no te escriba nunca más.

¡Adiós!

¡Que Dios te bendiga!

MARY

Cartas a William Godwin

[Mary Wollstonecraft y William Godwin, que vivían la una al lado del otro, se escribían a diario, mandándose cartas y notas a lo largo de la jornada.

El tono de estos escritos, tranquilos y alegres, contrasta con el de las exaltadas cartas a Gilbert Imlay: Mary parecía haber encontrado la serenidad.]

[1]

[Londres, 4 de octubre de 1796]

Quiero escribir unas líneas para endulzar tu cena. No; para regalarte un poco de sal para tu cordero, mejor: aunque tú no compartas ni un bocado, Mary [la criada] me habló de tu cena cuando saliste, avisándome de que yo no iba a disfrutarla.

Me hubiera gustado cenar contigo después de que terminases tus textos. Que mis ojos y mis labios —y no quiero decir tan solo mi voz— hubiesen podido decirte cuánto ha aumentado mi «estima» por ti. ¡Qué palabra tan fría! Para expresar este afecto creciente, basado en un conocimiento cada vez más íntimo de tu corazón y tu inteligencia, diría «amor», siempre y cuando tú me prometieses no discutir sobre su propiedad.

Reprimiré toda mi amabilidad, aunque su fina esencia volátil pueda echarse a volar mientras camino. No sabes cuánta ternura por ti se me escapó esta mañana en un suspiro —como si ese aire me permitiese expulsar las sensaciones que habían estado concentrándose en mi corazón—, mientras te leía y me acordaba cada poco de que el escritor me quiere. La palabra «voluptuosidad» tiene un significado que no es el que quiero expresar. Intento describir esos instantes en los que los sentidos están totalmente armonizados con la ternura creciente del corazón, y la razón, conforme, nos lleva a vivir en el momento presente, sin preocupación por el pasado o el futuro. No es un arrebato. Es una sublime tranquilidad. Y eso lo he sentido en tus brazos. ¡Silencio! No permitamos que ninguna luz lo ilumine. Iba a decir: no permitamos que nadie lo

oiga. Estas confesiones solo deben hacerse ya sabes dónde, cuando las cortinas están echadas y el mundo entero se queda fuera.

¡Pobre de mí! ¿Qué voy a hacer hoy? Ya preveo la desagradable tarea de tener que reprimir mi ternura, a pesar de sentirme desbordada por la más tierna simpatía. Espero encontrarte en casa cuando lleve esta carta y la deje caer en tu buzón. Dejaré caer también un beso que penetre en tu corazón y cuide de él hasta que volvamos a estar mucho más cerca el uno del otro. No leas estas últimas palabras. ¡Te lo ruego!

MARY

[2]

[Londres, 19 de noviembre de 1796]

Sábado por la mañana

Me gustaría que siempre creyeses que cuando digo sí, es que sí; y cuando digo no, es que no. Me atormenta verme obligada a sospechar o a tener cuidado con las falsas interpretaciones. Y, puesta a desear, también me gustaría que supieses distinguir cuándo hablo en serio y cuándo hablo en broma, por expresarme de manera elegante. Para ayudarte a tener criterio: nunca juego con fuego; (creo) que cuando me siento realmente dolida o enfadada me pongo terriblemente seria.

Déjame agotar un poco más tu paciencia. Permíteme —¡te lo ruego!— gozar de una especie de libertad por comparación —ya sé que eres un gran gramático— para corretear por ahí, contenta, alegre, de buen humor, incluso traviesa, una vez al año, más o menos, cuando sienta el antojo de escaparme de los límites. Mándame una «lista de derechos» que incluya este, firmado y sellado por ti, junto con el «boletín» de tu salud.

En este momento voy a ser atrevida, y te contaré que esta mañana besé a Fanny con más ternura que de costumbre porque me hizo acordarme de ti cuando subió corriendo las escaleras para presumir de que no había llorado mientras le lavaban la cara. Saca tú las conclusiones.

[...] Detesto disimular cualquier sentimiento cuando hablo contigo o cuando te escribo, *cher ami*.

MARY

[En junio de 1797, Godwin viajó a Italia. Mary tuvo que quedarse en Londres a causa de su avanzado embarazo.]

[Londres, 6 de junio de 1797]

Has sido tan amable y tan considerado escribiéndome antes de lo que yo esperaba que no puedo evitar confiar en que te sientas decepcionado por no recibir un saludo mío de bienvenida a tu llegada a Etruria. Si estás tan emocionado como yo ahora mismo al ver esta carta en tu mano, la besarás o le estrecharás la mano e imaginarás con cuánto afecto ha sido escrita. Si no, ¡aléjate de ella, profanador!

Al día siguiente de tu partida no me sentí muy bien; pero ya pasó, estoy bien y tranquila, salvo por las molestias que me causa la alegría de Master William,^[4] que se empeñó en ponerse a dar saltos cuando le informé de que te acordabas de él. Empiezo a querer a esta pequeña criatura y a darme cuenta de que su nacimiento será una nueva vuelta de este nudo que no quiero desatar. Los hombres os echáis a perder cuando somos sinceras, creo, pero debo decirte que te quiero más de lo que sospechaba cuando prometí amarte para siempre. Y como prueba de gratitud a tu bondad, si no a tu corazón, añadiré que en términos generales soy feliz. Eres una criatura tierna y afectuosa, y toda esta promesa de felicidad me hace estremecer.

Fanny quiere saber «por qué te has ido», y se esfuerza en pronunciar Etruria. «Pobre papá», dice con mucho cariño. Ha estado dándole vueltas a la carta por todos lados, y ha prometido jugar con Bobby hasta que yo termine mi respuesta.

Ya he visto que eres capaz de escribir el tipo de cartas que un amigo debe escribir, informándome de todos tus movimientos. Con ella me han llegado el sol y la luna, y he viajado contigo sintiendo el olor de la tempestad. Déjame seguir siendo tu compañera y yo te permitiré echar un vistazo por encima de mi hombro y mirarme a la sombra de la persiana verde pensando en ti y en todo lo que oiré y lo que sentiré cuando vuelvas. Podrás leer mi corazón, si quieres.

[...] Llevo bien la soledad, aunque todavía no he disfrutado de ninguna cena solitaria. Un marido es una parte muy conveniente del mobiliario de una casa, a menos que sea un trasto inútil. Me gustaría que estuvieses sujeto con firmeza a mi corazón; pero no quiero tenerte siempre al alcance de mi mano, aunque en este momento no me importaría que estuvieses aquí. Tuya con todo

el cariño,

MARY

[4, 5 y 6]

[Estas son las últimas notas que Mary le mandó a William Godwin. Las escribió el 30 de agosto de 1797, durante el parto de su hija, Mary Shelley. En ellas fue informando a su marido, que permanecía en su casa, de cómo iban transcurriendo las cosas durante aquel acontecimiento que terminó inesperadamente en tragedia.

Como ya he dicho, murió de fiebre puerperal once días después.]

[Londres, 30 de agosto de 1797]

No tengo ninguna duda de que hoy vamos a poder ver al animal; pero para hacernos una idea de la hora, hay que esperar a que llegue [la comadrona] mistress Blenkinsop. Ya he mandado a buscarla. Por favor, envíame los periódicos. Me gustaría tener alguna novela o algún libro de puro entretenimiento que me mantenga distraída mientras pasa el tiempo. ¿Tienes algo así?

MARY

Mistress Blenkinsop dice que todo está a punto, y que no hay ningún peligro de que el acontecimiento se prolongue hasta mañana. Pero cree que no ha llegado todavía el momento. Estoy muy bien. Ven antes de la hora de la cena, a menos que recibas otro mensaje mío.

MARY

Mistress Blenkinsop dice que todo está siendo normal, y me ha prometido que el parto va a ser seguro. Pero debo tener un poco de paciencia.

MARY

6

Cartas de George Sand
a Alfred de Musset

(1834-1835)

Quizá el amor sea una facultad divina que se pierde y que hay que volver a encontrar.

El de George Sand y Alfred de Musset fue uno de los amores más famosos del siglo XIX. Los dos eran célebres y exaltados. Los dos se entregaron a aquella pasión destructiva viviéndola abiertamente a ojos de todo París, sin disimulos y, también, sin límites ni asideros, convencidos ambos, en pleno éxtasis del sentimiento romántico, de que ante el amor había que rendirse, hundirse en él, respirarlo a pleno pulmón, tragarlo como quien traga una droga, con el ansia del placer absoluto, menospreciando el aniquilamiento.

El amor los devoró, se los llevó mar adentro, haciéndolos girar en medio de la tempestad, dando vueltas como muñecos de trapo, y los devolvió después a tierra devastados, cubiertos de arañazos, mordidos.

Musset, débil, alcohólico, enganchado a las fáciles relaciones de dominio con las prostitutas, se arrastró desde entonces por la vida, desencantado y enfermo, hasta alcanzar la muerte.

George Sand, en cambio, se alzó, respiró hondo, y echó a correr con pasos firmes para seguir atrapando la vida en toda su intensidad.

George fue una diosa. El resplandor que emanaba de ella, de su talento, su valentía y su profunda pasión vital, llegó tan lejos, inundó en su momento a tantas personas en toda Europa, que la convirtió en una verdadera leyenda viva, en un tiempo en el que todavía la fama no danzaba por el éter de las redes y las pantallas, ligera y trivial como una pluma voladora.

Ella fue lo contrario de la trivialidad: profunda en sus ideas y sus sentimientos, delicada en su sensibilidad, firme en sus principios, atrevida en su manera de vivir, generosa y tierna en sus relaciones con los demás.

Construyó su vida, paso a paso, como un ser excepcional. O, por mejor decirlo, como una mujer excepcional, que no quiso dejarse apresar en las trampas en las que su época mantenía atrapado al género femenino, y se alzó por encima de ellas, pero no volando, no levantándose sobre el mundo y la realidad y viviendo a mil pasos del suelo, indiferente al barro, sino, por el contrario, pisando la tierra, metiéndose en el lodo hasta los tobillos, enredándose en los espinos, tropezando en todos los escollos para luego levantarse, una y otra vez herida y, aun así, viva, con el corazón luminoso, la mente muy grande y la mirada capaz de alcanzar el infinito.

George Sand fue odiada por todos aquellos que creían que la mujer debía ser una cosa pequeña y temblorosa, un cuerpo sin conciencia de sí mismo —más allá de su deber como vientre portador de la vida—, cuya obligación era permanecer sentado en un rincón, entre plumas y sedas y perfumadas rosas, contemplando en silencio a través de un cristal cómo los hombres amaban, practicaban el sexo, luchaban, hacían política, ganaban dinero, triunfaban, sufrían, gozaban, escribían. Cómo los hombres vivían.

Ella, profundamente femenina y maternal, decidió vivir sin embargo como hacían los hombres. Cambió su nombre de Aurore por el de George. Se despojó del corsé, las enaguas y los tirabuzones para pasearse por París con levita, pantalones, corbata y sombrero de copa. Se ganó la vida escribiendo, escribiendo y volviendo a escribir. Triunfó y fue despreciada e insultada. Participó en política, defendiendo sus ideas republicanas y socialistas, y tomó parte en la Revolución de 1848. Se acostó con quien quiso. Amó muchísimo, una y otra vez, y fue profundamente amada, sin abandonar nunca la búsqueda de la relación definitiva. Sufrió mucho y gozó mucho, porque vivió una vida de verdad, con una intensidad inaudita, poniendo siempre por delante la honestidad y la valentía.

Tal vez habría podido tener una existencia fácil, común, sin grandes altibajos. Pero la naturaleza de Aurore Dupin —su verdadero nombre— no era precisamente esa. Su padre, Maurice Dupin, pertenecía a la nobleza y era bisnieto —aunque por vía bastarda— del rey Augusto II de Polonia. Oficial en el ejército de Napoleón, se casó con Victoire Delaborde, una mujer del pueblo. Ese doble origen social marcaría para siempre la vida de Aurore y su manera de entender el mundo.

La niña nació en 1804, recién celebrado el matrimonio. Maurice murió de una mala caída del caballo cuatro años después. La cría se quedó a vivir con su abuela, Aurore de Saxe, vieja y maravillosa dama que un día había sido amiga de Voltaire. Madame de Saxe —que poseía una hermosa propiedad en el Berry, el *château* de Nohant— decidió darle a su nieta una educación tan exigente como exquisita. La niña demostró enseguida su inteligencia, su amor por la lectura —clásicos, filósofos, poetas— y su talento para el dibujo y la música, el piano en particular. Pero, eso sí, Aurore-George nunca fue un «espíritu puro»: una parte importante de su tiempo la dedicó, con la misma pasión que ponía en el arte, a la vida al aire libre y a las largas cabalgadas por la región, de las que siempre disfrutó muchísimo.

Madame de Saxe murió cuando Aurore tenía dieciséis años, dejándola a ella como única heredera de todos sus bienes. Eso provocó la ira de su madre, que creía tener más derecho a la herencia. La obligó a irse con ella a París y, en un ataque de envidia muy mezquina, le prohibió todas las actividades que tuvieran que ver con su pasado de niña bien educada: no podía ni leer, ni tocar el piano, ni dibujar. Aquella madre insegura y celosa trató de convertir a su hija en una muchacha tan vulgar como ella misma había sido.

Aurore huyó de la situación mediante el único recurso que parecía estar a su alcance: el matrimonio. A los dieciocho años se casó con un abogado, Casimir Dudevant, creyendo que alcanzaría así la libertad y volvería a disfrutar de todo aquel refinamiento intelectual que tan importante era para ella. Los recién casados se instalaron en Nohant, donde él pretendía dirigir la propiedad.

Los primeros tiempos fueron buenos: enseguida nació su hijo mayor, Maurice, y Aurore creyó volverse loca de alegría. Pero, poco a poco, fue descubriendo que había caído en la misma trampa de la que había intentado huir: Casimir era un hombre primario, sin ningún interés intelectual o artístico, que no entendía la sensibilidad de su esposa. Ni siquiera se ocupaba como es debido de las fincas, dedicándose a beber y a meterse en la cama de las criadas y las campesinas de la finca. Aurore fue distanciándose de él hasta el punto de que, cuando en 1828 nació su hija Solange, hubo rumores de que el padre no era Casimir, sino un joven del lugar.

Fuera como fuese, la relación empeoraba de día en día: Casimir empezó a ser violento con ella, y llegó a pegarle delante de algunos invitados. Fue entonces cuando apareció la mejor Aurore, la insumisa, la que no estaba dispuesta a soportar lo insoportable, por mucho que las reglas del mundo dijese que debía hacerlo: aunque el divorcio no existía en ese momento en Francia, solicitó una separación legal. Entretanto, sin poder recuperar su propiedad —que quedó en manos de su marido hasta que la separación fue aceptada por la justicia, unos años después—, se marchó a París, decidida a ganarse la vida como escritora, mientras los niños iban y venían. Era el París entusiasta que acababa de vivir la Revolución de 1830, cambiando la dinastía Borbón por la Orleans, y que, al mismo tiempo, vivía otra revolución más profunda, mucho más significativa, la del sentimiento romántico.

Una generación de extraordinarios poetas, dramaturgos, novelistas, músicos y artistas plásticos imponía nuevas normas estéticas y éticas, una manera de ver el mundo basada en la hipersensibilidad y la recuperación del yo más íntimo y exaltado, frente a lo que parecían ser los excesos cometidos en los tiempos recientes por el culto a la Razón.

Aurore, valiente, viva como pocas mujeres de su tiempo lo estaban, logró hacerse un hueco entre todos aquellos hombres —sí, casi todos hombres— que pronto se convertirían en sus amigos y, en algunos casos, en sus amantes: Victor Hugo, Dumas padre e hijo, Balzac, Flaubert, Turguénev, Vigny, Musset, Delacroix, Meyerbeer, Chopin o Liszt fueron algunas de las personas que admiraron a George Sand y la aceptaron como «uno de los suyos», respetando su singular manera de vivir y compartiendo con ella debates intelectuales, artísticos y políticos, dudas creativas y cenas llenas de entusiasmo. Gracias a su talento y a su fuerte personalidad, George escapó a la tradicional consideración de «musa» concedida a las mujeres de los ambientes artísticos, y alcanzó un estatus intelectual prácticamente único en su tiempo.

Si durante su matrimonio ya le había sido tal vez infiel a su marido, ahora, considerándose totalmente libre, Aurore decidió que viviría el amor —o los amores sucesivos, más bien— con toda la entrega posible, sin ningún sentimiento de culpa y sin esconderse de la opinión pública. La primera de sus muchas relaciones, recién llegada a París, fue con el novelista Jules Sandeau. Jóvenes y entusiastas, escribieron juntos una novela, *Rose et Blanche*, que firmaron como J. Sand. Cuando unos meses después se terminó la relación, Aurore —que ya se paseaba por París vestida de hombre, porque era más cómodo y también más barato— decidió seguir firmando como George Sand. Desde entonces sería conocida, incluso en la intimidad, con ese nombre. Era su manera de demostrar que huía del rancio concepto de la feminidad que imponían los tiempos para adentrarse en una vida nueva, regida por su propia moral —la de la sinceridad y la pasión—, lo que a ojos de muchos la convertía no solo en una mujer depravada, sino en una horrible «marimacho».

La actividad literaria de George comenzó a ser frenética. Además de colaborar con medios tan importantes como *Le Figaro* o *La Revue des Deux Mondes*, entre 1832 y 1833 publicó tres novelas que la alzaron al firmamento literario: *Indiana*, *Valentine* y *Lélia*. Y fue en ese momento, a mediados de 1833, cuando conoció al poeta Alfred de Musset, en uno de aquellos banquetes de artistas y escritores en los que ella solía ser la única mujer.

El vizconde de Musset tenía veintidós años, seis menos que ella. Desde los diecinueve, era una de las estrellas de la literatura romántica, aplaudido como poeta y dramaturgo. El joven aristócrata se enamoró de George desde el primer instante. Ella se resistió: Musset era conocido por su vida poco recomendable, su exagerado consumo de alcohol y su interés por las prostitutas. Él representó el papel del jovencito necesitado de una mujer «de verdad» que le salvara del abismo —algo que hizo vibrar las cuerdas maternas del corazón de Sand—, y pronto comenzaron una relación que terminó siendo un verdadero tormento para ambos.

Aquel mismo verano, Alfred de Musset se fue a vivir con George a su buhardilla del *quai Malaquais*, frente al Sena. Fueron unas pocas semanas de felicidad, las únicas realmente dichosas que conocieron a lo largo de los casi dos años que estuvieron juntos. En septiembre se instalaron en Fontainebleau, y allí ella descubrió, aterrorizada, el profundo desequilibrio de su amante, que comenzó a tener visiones y delirios, convirtiéndose inesperadamente en un hombre peligroso y violento.

Debería haber roto con él en ese mismo instante, pero George, imbuida de un sentimiento de compasión que muchas mujeres han conocido, siguió creyendo que podía salvarle. Incluso decidió viajar con él a Italia, creyendo que el cambio de aires le sentaría bien. El 31 de diciembre de 1833, la pareja llegó a Venecia y se alojó en dos habitaciones contiguas y comunicadas del hotel Danieli. Enseguida, George cayó enferma de disentería, y Alfred mostró entonces su verdadera naturaleza: no solo se negó a cuidarla, sino que comenzó a desaparecer durante horas y horas para regresar borracho y oliendo a los perfumes baratos de las prostitutas; pronto empezó a maltratarla

de palabra, insultándola, diciéndole que se aburría y haciéndole saber que su manera de hacer el amor era muy torpe en comparación con la de las rameras que tanto le gustaban.

Entonces ella rompió con él y cerró la puerta que comunicaba sus dos habitaciones. Pero unos días después, cuando George ya se estaba recuperando, fue Alfred quien enfermó. Quizá fuera una fiebre tifoidea o, tal vez, una nueva crisis de la posible enfermedad mental que padecía, agravada por el consumo de alcohol. Durante días sufrió delirios y terribles arrebatos de violencia. Ella, sin embargo, no huyó como él había hecho: afrontó la responsabilidad y se quedó a su lado, cuidándolo. Eso sí: considerándose libre de todo compromiso sentimental, inició una nueva —y breve— relación con el médico que se ocupaba de él, Pietro Pagello.

Cuando Alfred pudo al fin levantarse de la cama, George le contó lo que estaba ocurriendo. Él pareció aceptarlo y, aún medio aturdido, regresó solo a París en marzo de 1834, dejando a su examante en Venecia con Pagello. Ahí comenzó una correspondencia que años más tarde, cuando fue publicada, permitió a los lectores seguir casi día a día el sufrimiento de aquellos dos seres atrapados en medio de una pasión fatal, llena de rupturas y reencuentros, de momentos de enorme ternura y horas de recriminaciones terribles, y que no terminó hasta febrero de 1835, cuando George le puso definitivamente punto final.

Poetas, a fin de cuentas, los amantes convirtieron su relación en material literario. Todavía en Venecia, George Sand publicó la primera de sus *Cartas de un viajero* (*Lettres d'un voyageur*), que era en realidad una intensa proclamación de su amor. Un año después de la ruptura, en 1836, fue el turno de Musset, con la novela autobiográfica *La confesión de un hijo del siglo* (*La Confession d'un enfant du siècle*), centrada en la «traición» de su amante y en su total pérdida de confianza en el amor. Sand guardó entonces silencio, pero en 1859, dos años después de la muerte del poeta, publicó *Ella y él* (*Elle et Lui*), su propia novela sobre los hechos, escrita con compasión hacia los dos protagonistas, llena de la sabiduría que la vida le había ido otorgando.

Aquella traumática experiencia no logró terminar con la fe de George en el amor ni con su profunda convicción de que debía entregarse a él siempre que viniera en su busca. Siguió enamorándose una y otra vez —entre otros, de Chopin, con el que vivió nueve años—, y también disfrutando de breves romances superficiales. El tiempo fue al final generoso con su generosidad: en 1850, a los cuarenta y seis años —una edad a la que las mujeres eran vistas como auténticas ancianas, incapacitadas para desear y ser deseadas—, encontró al fin lo que parecía haber buscado infatigablemente. Durante los siguientes quince años, hasta que él murió de tuberculosis, vivió un amor profundo y hermoso con el grabador Alexandre Manceau, doce años más joven que ella y amigo de su hijo.

Adorada como escritora, como pensadora, como feminista y como mujer —y odiada por las

mismas razones—, George Sand falleció en 1876, a los setenta y dos años, en el *château* de Nohant que durante tanto tiempo sirvió de refugio y de lugar de inspiración a muchos grandes creadores de su tiempo, siempre acogidos por ella con generosidad.

Poco después de su muerte se publicó su correspondencia con Alfred de Musset. Como era costumbre, los amantes se habían devuelto las cartas tras la ruptura. Conscientes sin embargo de su interés literario, ambos terminaron por confiárselas a un amigo común. Cuando Musset murió en 1857, el albacea se las entregó a Sand. El poeta había censurado las suyas, cortando fragmentos y reescribiendo, quizá, algunas partes.

George hizo lo mismo, dejando así preparada la edición póstuma de este material que es un tembloroso testimonio sobre la vida íntima de los grandes románticos, los «hijos del siglo», que vivieron con la sensibilidad al aire, arrodillados —con la piel en carne viva— ante el amor.

[1]

[Cuando Alfred de Musset se marchó de Venecia a finales de marzo, en compañía de un amigo (Antonio), todavía estaba recuperándose de la enfermedad que había sufrido.

Sin noticias suyas durante dos semanas, George Sand estuvo angustiada hasta que recibió una carta enviada por él desde Génova a la que ella contestó con esta.]

Venecia, 15 y 17 de abril de 1834

Estaba horriblemente preocupada, mi ángel querido. No recibí ninguna carta de Antonio. Incluso fui hasta Vicenza para averiguar cómo habías pasado la primera noche. Solo conseguí enterarme de que habías cruzado la ciudad por la mañana. Las únicas noticias que tuve fueron las dos líneas que me escribiste desde Padua, y no sabía qué pensar. Pagello me decía que, de estar enfermo, Antonio nos habría escrito, pero sé que en este país las cartas se pierden o tardan seis semanas en llegar. Estaba desesperada. Por fin recibí tu carta desde Génova. ¡Oh, cómo te la agradezco, niño mío! ¡Qué bondadosa es, y cuánto bien me ha hecho!

¿Es verdad que no estás enfermo, que te sientes fuerte, que no sufres? Tengo miedo de que hayas exagerado tu buena salud por cariño. ¡Oh, que Dios te la dé y te la conserve, mi niño querido! Me es tan necesaria para vivir como tu amistad. Sin la una o sin la otra, no habrá ya para mí ni un solo día feliz. No creas, no creas, Alfred, que podría ser feliz si supiese que he perdido tu corazón. No importa si he sido tu amante o tu madre. Que te haya inspirado amor o amistad, que haya sido feliz o desgraciada contigo, nada de todo eso cambia lo que mi alma siente. Sé que te quiero, y eso es todo. Pero no con esa sed (dolorosa) de besarte todo el tiempo, que no podría satisfacer sin causar tu muerte, sino con una fuerza viril y, al mismo tiempo, con toda la ternura del amor femenino. Cuidarte, preservarte de cualquier mal, de toda contrariedad, rodearte de distracciones y de placeres, esa es la necesidad y la añoranza que siento desde que te he perdido...

¿Por qué esa tarea tan dulce, que yo habría realizado con tanta alegría, fue volviéndose poco a poco tan amarga hasta que llegó a ser imposible? ¿Qué fatalidad cambió en veneno las medicinas que yo te ofrecía? ¿Por qué yo, que habría dado toda mi sangre por concederte una noche de descanso y de calma, me convertí para ti en un tormento, una plaga, un espectro? Cuando esos horribles recuerdos me asaltan (¿y en qué momento me dejan en paz?), estoy a punto de volverme

loca. Empapo la almohada con mis lágrimas. Oigo tu voz llamándome en el silencio de la noche. ¿Quién va a llamarme ahora? ¿Quién necesitará que pase la noche a su lado? ¿En qué emplearé las fuerzas que logré reunir para ti y que ahora se vuelven contra mí misma?

¡Oh, mi niño, mi niño! ¡Cuánto necesito tu cariño y tu perdón! No pienses en pedírmelo tú a mí, no me digas nunca que cometiste errores conmigo. ¿Qué sé yo? Ya no recuerdo nada, salvo que fuimos muy desgraciados y que rompimos. Pero sé, siento, que nos querremos toda la vida con el corazón y con la inteligencia, que intentaremos curarnos mutuamente con un afecto santo del daño que nos hemos hecho el uno al otro. ¡No! No fue culpa nuestra, tan solo seguimos nuestro destino, y nuestro carácter, más áspero, más violento que el de los demás, nos impidió aceptar la vida de los amantes comunes. Pero hemos nacido para conocernos y para amarnos, debes estar seguro de ello. Sin tu juventud y sin la debilidad que tus lágrimas me provocaron aquella mañana, habríamos sido hermano y hermana. Sabíamos que eso era bueno para nosotros. Nos habíamos pronosticado a nosotros mismos las calamidades que nos han sucedido.

Pero, a fin de cuentas, ¿qué importa? Hemos recorrido un camino difícil, pero hemos llegado a la altura en la que debemos descansar juntos. Hemos sido amantes y nos conocemos hasta el fondo del alma, mejor para nosotros. ¿Qué hemos descubierto el uno del otro que pueda desagradarnos? ¿Qué desgracia si nos hubiésemos separado un día de enfado, sin comprendernos, sin explicarnos! Algunas ideas abominables hubieran envenenado entonces nuestra vida entera. Nunca más habríamos creído en nada. Pero ¿hubiésemos podido separarnos así? ¿No lo intentamos en vano varias veces, no se rompían de dolor y de añoranza nuestros corazones, inflamados de orgullo y de resentimiento, cada vez que nos veíamos solos? No, no podía ser de esa manera. Aunque renunciemos a una relación que se ha vuelto imposible, debemos permanecer unidos para toda la eternidad.

Tienes razón, nuestro abrazo era un incesto, pero no lo sabíamos. Nos lanzábamos el uno al seno del otro con inocencia y sinceridad. Pero ¿tenemos un solo recuerdo de esos abrazos que no sea casto y santo? Un día, en medio de la fiebre y el delirio, me reprochaste que nunca supe despertar en ti los placeres del amor. Entonces lloré, pero ahora me alegra pensar que en ese reproche había algo de verdad. Me alegro de que nuestro goce haya sido más austero, más sutil que el que vas a encontrar lejos de mí. Por lo menos, cuando estés entre los brazos de otras mujeres, no te acordarás de mí. Pero cuando estés solo, cuando necesites rezar y llorar, pensarás en tu George, en tu verdadero camarada, en tu enfermera, en tu amigo, o incluso algo mejor, porque el sentimiento que nos une está hecho de tantas cosas que no se puede comparar con ningún otro. El mundo no lo entenderá nunca, mejor, nosotros nos querremos y nos burlaremos de él.

[...] Intento volver a acostumbrarme al trabajo. Fumo pipas de cuarenta varas de largo. Gasto veinticinco mil francos en café a diario. Estoy casi todo el tiempo sola. Rebizzo viene a verme media hora por la mañana. Pagello viene a cenar conmigo y se va a las ocho. En este momento

está muy ocupado con sus enfermos y su anterior amante, que ha vuelto a sentir por él una pasión feroz desde que sabe que le es infiel, y lo está haciendo muy desgraciado. Es tan bueno y tan dulce que no tiene valor para decirle que ya no la quiere, y lo cierto es que debería hacerlo, porque es una auténtica furia y no para de montarle escándalos. Pero no soy yo quien puede aconsejarle que se muestre severo. Esa mujer vino a pedirme que los reconcilie y no pude negarme, por más que sienta que les estoy haciendo a ambos un mal servicio. Pagello es un ángel de virtud y merecería ser feliz. Por eso no debería reconciliarlo con la *Arpalice*. Y también por eso quiero irme.

Mientras tanto, paso con él los mejores momentos del día, hablando de ti. ¡Ese hombre es tan sensible y tan bueno! ¡Entiende tan bien mi tristeza, y la respeta tan devotamente! Es un mudo que se dejaría cortar la cabeza por mí. Me rodea de cuidados y de atenciones que no hubiera podido ni imaginar. Apenas siento nacer en mí un deseo, ya está él adivinando todas las cosas materiales que pueden hacerme la vida más fácil. Por lo demás, se calla cuando no entiende algo, nunca es inoportuno.

[...] Tengo un amigo íntimo que me tiene entusiasmada y por el que tú te volverías loco. Es un estornino domesticado que Pagello se sacó una mañana del bolsillo y puso en mi hombro. Imagínate al ser más insolente, más miedoso, más travieso, más glotón, más extravagante. Creo que el alma de Jean Kreyssler se ha reencarnado en el cuerpo de este animal: bebe tinta, se come el tabaco de mi pipa mientras está encendida, el humo le hace ponerse contento y mientras fumo se posa en el bastón y se inclina con amor hacia la cápsula humeante. Se me coloca en las rodillas o en los pies mientras trabajo, me arranca de las manos todo lo que como, se caga en el *bel vestito* de Pagello. En fin, es un animal encantador. Va a empezar a hablar pronto, ya está probando con la palabra George.

Adiós, adiós, mi querido niño. Escríbeme a menudo, te lo ruego. ¡Oh, cuánto me gustaría saber que ya has llegado a París y que estás bien! Recuerda que me has prometido que vas a cuidarte. Adiós, mi Alfred, quiere a tu

GEORGE

[2]

Venecia, 12 de mayo de 1834

No, niño mío querido, esas tres cartas que te envié no son el último apretón de manos de la amante

que te abandona, son el abrazo del hermano que sigue a tu lado. Este sentimiento es demasiado hermoso, demasiado puro y demasiado dulce para que pueda llegar a desear jamás darlo por terminado. Pero tú, mi pequeño, ¿estás seguro de que jamás te verás obligado a romperlo? ¿Seguro de que un nuevo amor no te impondrá esa condición? Que mi recuerdo no envenene ninguna de las alegrías de tu vida, pero no dejes que esas alegrías destruyan y menosprecien mi recuerdo. Deseo que seas feliz, que seas amado. ¿Cómo no habrías de serlo? Pero guárdame en algún rincón secreto de tu corazón, y acude a él en los días de tristeza para encontrar consuelo o ánimo.

No me dices nada de tu salud, aunque me cuentas que el aire de la primavera y el olor de las lilas entra en tu habitación a bocanadas, y hace que tu corazón brinque de amor y de juventud. Esa es una señal de salud y de fuerza, la más agradable de cuantas nos ofrece la naturaleza. Ama pues, Alfred, ama de manera absoluta. Ama a una mujer joven, bella, que aún no haya amado ni sufrido. Cuidala, y no la hagas sufrir. ¡El corazón de una mujer, cuando no es un trozo de hielo o una roca, es algo muy delicado! Creo que no hay término medio, igual que no lo hay en tu manera de querer y de sentir afecto. Pretender atrincherarte tras la desconfianza o ponerte a buen recaudo con la celeridad de un niño es inútil. Tu alma está hecha para amar de manera ardiente o para secarse por completo. No puedo creer que, con tanta savia y tanta juventud, seas capaz de caer en la «augusta permanencia»: te escaparías constantemente, y terminarías concentrando muy a tu pesar la rica efusión de tu amor en personas indignas.

Mil veces has dicho —y no sirve que te desdigas, pues nada puede borrar esa afirmación— que en el mundo tan solo el amor es importante. Quizá sea una facultad divina que se pierde y que hay que volver a encontrar, que hay que cultivar y que hay que pagar con crueles sufrimientos, con experiencias muy dolorosas. Quizá a mí me hayas querido a tu pesar, y a otra la querrás con abandono. Quizá la que venga te querrá menos que yo, y quizá será más afortunada y más querida. ¡Hay tantos misterios en todo esto, y Dios nos lleva por caminos tan nuevos y tan imprevistos! Entrégate a Él, no te resistas, Él no abandona nunca a sus elegidos. Los toma de la mano, los coloca en medio de los escollos entre los que tienen que aprender a vivir, y luego los hace sentarse en el banquete en el que pueden reposar.

Mi alma ya se está calmando, niño mío, y vuelve la esperanza. Mi imaginación se va desvaneciendo y ya solo se aplica a las ficciones literarias. Abandona su papel en la vida real y deja de llevarme más allá de la prudencia y de la razón. Mi corazón sigue siendo sensible y excitable, y siempre lo será, dispuesto a sangrar abundantemente ante el menor pinchazo. Esta sensibilidad mía tiene algo exagerado y enfermizo que no va a curarse rápidamente. Pero ya veo la mano de Dios inclinándose hacia mí y llamándome a una existencia duradera y tranquila. Tengo a mi disposición todos los bienes verdaderos. Me había acostumbrado al entusiasmo, y a veces lo echo de menos. Pero cuando pasa el ataque de nostalgia, me aplaudo a mí misma por haber

aprendido a amar con los ojos abiertos.

Algo muy importante para acelerar mi cura es que ya soy capaz de esconder las señales del sufrimiento. Como ya no tengo que enfrentarme a miradas tan penetrantes como la tuya, puedo poner cara de pájaro enfermo sin que nadie se dé cuenta. Si sospechan que estoy un poco triste, me justifico con un dolor de cabeza o un callo en el pie. Nunca me han visto desocupada y alocada, no conocen todos los recovecos de mi carácter. Solo ven lo más aparente, y eso está bien, ¿no crees? Y además, aquí no soy Madame Sand. El bueno de Pietro [Pagello] no ha leído *Lélia*, y creo que no entendería ni una sola palabra. No siente ninguna desconfianza hacia las aberraciones de nuestras cabezas de poetas. Me trata como a una mujer de veinte años y me corona de estrellas como a un alma virgen. Yo no digo nada que pueda ni acabar con su error ni prolongarlo: me dejo regenerar por ese afecto dulce y honrado. Por primera vez en mi vida, amo sin pasión.

Tú aún no has llegado ahí. Quizá camines en el sentido contrario, quizá tu último amor sea el más novelesco y el más juvenil. Pero no mates tu corazón, tu buen corazón, te lo ruego. Ponlo en todos los amores de tu vida, aunque solo sea una parte de él, pero que siempre haga en ellos su noble papel, para que un día puedas mirar hacia atrás y decir, como yo: «He sufrido mucho, me he equivocado a veces, pero he amado. Soy yo quien ha vivido, y no un ser ficticio creado por mi orgullo y mi aburrimiento. Jugué a interpretar ese papel en los momentos de soledad y de hastío, pero solo fue para consolarme por estar solo. Cuando me sentí en cambio acompañado, me abandoné como un niño y volví a ser tan tonto y tan bueno como el amor quiere que seamos».

¡Qué bondadosas y tiernas son tus cartas, mi querido Alfred! La última es aún mejor que las anteriores. No te culpabilices por nada, no tengas remordimientos, consigue sobreponerte a esa aprensión, a esa tristeza que conoces tan bien. ¡No te arriesgues a nada que te haga sufrir! Ya has sufrido demasiado por mí.

[...] Mi ángel querido, escribe lo que quieras, novelas, sonetos, poemas, habla de mí como quieras, confío en ti a ojos cerrados. Te agradeceré de rodillas los versos que me envíes, y los que ya me has mandado. Sabes que me gustan con locura, y que me han llevado hasta ti, a mi pesar, desde un mundo muy alejado del tuyo.

Mi pájaro se murió, y me puse a llorar, y Pagello se echó a reír, y yo me enfadé, y él se puso a llorar, y yo me eché a reír. ¿No es una historia preciosa? Estoy esperando que me llegue algo de dinero para comprarme una tórtola de la que me he enamorado.

[...] A veces me río sola acordándome de nuestras bobadas, y luego me pongo a llorar. Oh, volveremos a vernos, ¿verdad?

GEORGE

[George Sand regresó en agosto de 1834 a París, acompañada por Pietro Pagello, aunque enseguida rompió con él y se marchó a su château de Nohant.

Alfred la recibió sumiso, arrepentido, y durante semanas le insistió para reanudar su relación. En octubre, a su vuelta de Nohant, Sand terminó por dejarse convencer. Entonces, la actitud de él cambió de inmediato: volvió a ser el hombre airado y celoso que le reprochaba todo y le pedía cuentas de todo.

Los siguientes meses fueron un vaivén de rupturas y reconciliaciones, vividas en medio de una espiral destructiva.

Alfred de Musset, cada vez más desequilibrado, se refugió aún con mayor intensidad en el alcohol y las prostitutas, mientras George Sand luchaba a ratos por ayudarle y a ratos por abandonarle, incapaz de tomar una decisión definitiva.]

[París, finales de octubre de 1834]

Estaba segura de que, al día siguiente de esa felicidad con la que tanto soñabas y que tanto prometías, comenzarían los reproches, y que considerarías un crimen lo que habías reclamado como un derecho. ¡Ya hemos llegado a eso, Dios mío! Por favor, no vayamos más lejos, deja que me marche. Eso fue lo que intenté ayer, un adiós eterno al que me creía decidida. Recuerda tu desesperación y todo lo que me dijiste para hacerme creer que me necesitabas, que sin mí estabas perdido. Una vez más, me volví loca e intenté salvarte, pero ahora estás aún más perdido que antes y, apenas satisfecho, has vuelto contra mí tu desesperación y tu ira.

¿Qué puedo hacer, Dios mío? ¡Ah! ¡Estoy harta de la vida, Dios mío! ¿Qué quieres ahora, qué es lo que me pides? Interrogatorios, sospechas, recriminaciones, ¡ya empezó todo eso! ¿Y por qué me hablas de Pietro [Pagello], cuando te prohibí que me hablastes de él? ¿Con qué derecho me haces preguntas sobre Venecia? ¿Acaso en Venecia te pertenecía? Desde el primer día, en cuanto viste que caía enferma, ¿no te pusiste de mal humor y dijiste que una mujer enferma era algo muy triste y muy aburrido? ¿No data de ese primer día nuestra ruptura?

Niño mío, no quiero recriminarte nada, pero tienes que recordar todo eso, porque te olvidas muy fácilmente de lo sucedido. No quiero echarte en cara nada. Nunca te dije ni una palabra, nunca me quejé de haber tenido que alejarme de mis hijos, de mis amigos, de mi trabajo, de mis afectos y de mis deberes, para ser llevada a trescientas leguas de aquí y abandonada con palabras

ofensivas y lamentables sin más motivo que una fiebre terciana, los ojos sin brillo y la profunda tristeza en la que me hundía tu indiferencia. Nunca me quejé, escondí mis lágrimas, y tú en cambio pronunciaste aquella frase horrible una noche que nunca olvidaré, en el hotel Danieli: «George, me equivoqué, te pido perdón, pero no te quiero». Si no hubiese estado enferma, si no hubiesen tenido que sangrarme al día siguiente, me habría ido. Además, no tenías dinero, no sabía si hubieras aceptado que yo te prestase algo, no podía dejarte solo en un país extranjero, sin entender el idioma y sin un céntimo.

La puerta que comunicaba nuestras habitaciones se cerró, e intentamos retomar nuestra vida de buenos camaradas, como habíamos hecho tiempo atrás. Pero no fue posible, tú te aburrías, empezaste a dedicarte a no sé qué cosas por las noches, y un día incluso me dijiste que tenías miedo de haberte contagiado de una enfermedad muy fea. Estábamos tristes. Yo te decía: «Vámonos, te acompañaré hasta Marsella». Y tú respondías: «Sí, es lo mejor, pero ya que estamos aquí, me gustaría trabajar un poco». Pietro venía a verme y me cuidaba, a ti ni se te pasaba por la cabeza sentir celos, y la verdad es que yo no tenía ni el menor interés en él. Pero, aunque me hubiese enamorado en ese momento, aunque hubiera sido suya entonces, ¿quieres decirme qué cuenta debía darte de todo eso a ti, que me llamabas «el aburrimiento personificado», «la soñadora», «la tonta», «la monja», qué sé yo?

Me heriste y me ofendiste, y yo te dije: «Ya no nos queremos, ya no somos queridos». Y resulta que ahora pretendes que te cuente día por día y hora por hora de mi relación con Pietro, y crees que tienes derecho a interrogarme. Si permitiera que me obligaras a confesar, como si realmente te hubiese engañado, estaría cayendo muy bajo. Piensa todo lo que te plazca con tal de atormentarnos a los dos, yo solo voy a contestarte esto: no me enamoré de Pietro el primer día, e incluso después de tu partida, después de haberte dicho que «tal vez» lo quería, pero que «ese era mi secreto» y que «puesto que ya no era tuya, podía ser suya sin tener que darte cuentas a ti de nada», hubo situaciones tan ridículas y tan desagradables por lo mal que había solucionado la ruptura con sus antiguas amantes, que llegué a dudar si debía o no comprometerme con él.

Por mi parte, hubo pues una sinceridad que deberías recordar, y de las que tus cartas son testigo. En Venecia no te permití que me preguntaras ni el menor detalle —si tal día nos habíamos dado un beso en los ojos o en la frente—, y ahora te prohíbo que entres en una fase de mi vida que tengo todo el derecho del mundo a desear ocultar ante tu mirada con el velo del pudor. Durante la época en que volvimos a ser castos como hermanos, mantuvimos el pudor el uno hacia el otro como hacen los hermanos de verdad, y ahora que he vuelto a ser tu amante, no tienes derecho a arrancar ese velo en el que debo mantenerme envuelta, por respeto a Pietro y a mí misma. ¿Crees que si él me hubiese interrogado sobre nuestros secretos de alcoba le habría respondido? ¿Crees que sería de buen gusto que mi hermano me interrogase sobre ti?

¡Pero, claro, ahora dirás que ya no eres mi hermano! Lamentablemente, sí, no llegaste a

entender mi miedo a volver a iniciar esta relación fatal. ¿Acaso no te avisé de todo lo que nos está pasando? ¿No vaticiné que, mientras te dijera que no, sufrirías por ese pasado que te hacía sentirte exaltado como si fuera un poema hermoso, pero que, cuando me recuperaras —como si fuera una pieza de caza—, no te parecería más que una pesadilla? Vamos, deja que me marche, cada vez seremos más desdichados. Si soy tan frívola y tan pérfida como dices, ¿por qué te empeñas en recuperarme y conservarme? Yo no quería seguir amándote, ya había sufrido demasiado. ¡Ah!, si fuera una de esas mujeres coquetas y ligeras, serías menos desgraciado. Te hubiera mentido, te habría dicho: «Nunca quise a Pietro, nunca he sido suya». ¿Qué me hubiera impedido hacer que me creyeras? Pero como fui sincera, te sientes torturado. ¡No podemos seguir queriéndonos en estas condiciones, y todo lo que hice para intentar que fuéramos solo amigos no fue más que una ilusión! ¡Qué va a quedarnos, Dios mío, de una relación que creíamos tan hermosa! ¡Ni amor ni amistad, Dios mío!

[4]

[París, principios de enero de 1835]

Las seis

¿Por qué nos hemos despedido con tanta tristeza? ¿Nos veremos esta noche? ¿Podemos ser felices? ¿Podemos querernos? Tú dices que sí, y yo intento creerlo. Pero me parece que no hay coherencia en tus ideas, y que ante el menor sufrimiento, te enfadas conmigo, como si yo fuera un yugo. ¡Qué pena, niño mío! Nos queremos, esa es la única cosa segura entre nosotros. El tiempo y la ausencia no nos han impedido y no nos impedirán querernos.

Pero ¿podemos seguir juntos? ¿Y puedo yo vivir sin alguien a mi lado? Eso me aterra. A ratos estoy triste y a ratos me siento consternada, haces que espere y me desespere una y otra vez. ¿Qué voy a hacer? ¿Quieres que me vaya? ¿Quieres volver a intentar olvidarte de mí? Yo no voy a intentarlo, pero puedo callarme e irme. Me temo que voy a volver a quererte como antes si no huyo ahora. Acabaré contigo y conmigo, piénsalo bien.

Quise decirte de antemano todo lo que podría pasar entre nosotros. Habría tenido que escribírtelo y no volver contigo. Pero la fatalidad me ha traído hasta aquí. ¿Debo culparla por ello o bendecirla? Te vi y cedí ante ti. Te confieso que hay momentos en los que el miedo es más fuerte que el amor, y me siento paralizada como un hombre en un sendero de montaña que no se atreve ni a avanzar ni a retroceder, situado entre dos abismos: el amor junto a ti, que es para los dos como

una vida con fiebre continua, o la soledad y la desesperación yo sola.

Dime, ¿crees que puedes ser feliz lejos de esto? Sí, seguro, tienes veintitrés años y las mujeres más hermosas del mundo, tal vez las mejores, pueden ser tuyas. Yo, para que sigas unido a mí, tan solo tengo el poco bien y el mucho mal que te he hecho. Es una dote triste. Échame, niño mío, di una sola palabra. Esta vez no debes temer por mi parte ninguna escena, no te pediré cuentas por una felicidad a la que yo misma habré renunciado. Dime qué quieres, haz lo que quieras, no te preocupes por mí, yo viviré para ti mientras tú lo desees, y el día en que ya no lo desees, me alejaré sin dejar de quererte y de rezar por ti. Pregúntale a tu corazón y a tu razón, consulta tu porvenir, habla con tu madre, piensa en todo lo que tienes aparte de mí y no sacrifiques nada por mí.

Si vuelves a mi lado, solo puedo prometerte una cosa: que intentaré hacerte feliz. Pero deberás tener paciencia e indulgencia con los momentos de miedo y de tristeza que sin duda aún viviré. Y esa paciencia no es propia de tu edad. Pregúntatelo todo, ángel mío. Mi vida te pertenece, y ocurra lo que ocurra, recuerda que te amo y te amaré...

¿Quieres que vaya a las diez?

GEORGE

[5]

[París, principios de enero de 1835]

[...] He estado deseando esta separación todos los días, al menos una hora por día, desde que viniste a buscarme a mi regreso de Nohant para llevarme a cenar contigo, en medio de mi firmeza y mi miedo. Para volver a confiar en esta vida contigo me hizo falta una gran valentía, y el impulso que solo da el amor. ¿Por qué no eres capaz de que ese impulso dure? ¿Por qué contigo no basta el corazón? Hace falta carácter, heroísmo, entrega, y yo no poseo nada de todo eso, y sé que, a pesar de todo, no lo querrías. Pero el amor es hacerse mutuamente felices.

¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios! ¿Cómo puedo hacerte reproches cuando estás sufriendo tanto? Perdóname, ángel mío, amado mío, mi desdichado. También yo sufro mucho; no sé en qué apoyarme. Me quejo a Dios, le pido un milagro. Pero no lo hace, nos ha abandonado. ¿Qué va a ser de nosotros? Uno de los dos debería ser lo bastante fuerte para amar o para curarse, pero no te engañes, ni tú ni yo poseemos esa fuerza. Tú sigues creyendo que puedes amarme porque eres

capaz de sentirte esperanzado por la mañana después de haberlo negado todo por la noche. Tienes veintitrés años, y yo treinta y uno, ¡y tantos sufrimientos, tantas lágrimas y desgarramientos a mis espaldas! ¿Adónde te vas? ¿Qué esperas de la soledad y de la exaltación de este dolor tan punzante? Por desgracia, me siento cobarde y floja, como una cuerda rota, tirada por los suelos, revolcándome con mi amor desolado como lo haría con un cadáver, y sufro tanto que no puedo levantarme ni para enterrarlo ni para hacerlo resucitar. Y tú pretendes excitar y fustigar tu dolor. ¿No te basta con lo que tienes? Yo no creo que haya nada peor que lo que ya siento.

Pero tú sigues confiando. ¿Volverás a levantarte? Sí, lo recuerdo bien, dijiste que lucharías cuerpo a cuerpo y que saldrías victorioso o perecerías. De acuerdo, sí, eres joven, eres poeta, estás en el esplendor de la belleza y de la fuerza. Inténtalo, yo me retiro a morir. Adiós, adiós, no quiero dejarte, no quiero volver contigo, no quiero nada, nada, estoy de rodillas, con la espalda rota, que nadie me diga nada. Quiero besar la tierra y llorar. Ya no te amo, pero sigo adorándote. Ya no quiero estar contigo, pero no puedo prescindir de ti. Solo un rayo del cielo que me aniquilase podría curarme. Adiós, quédate, vete, pero no digas que yo no sufro, solo eso puede hacerme sufrir aún más, mi único amor, mi vida, mis entrañas, mi hermano, mi sangre, vete, pero mátame al irte.

[6]

[Esta fue la última carta de George Sand a Alfred de Musset.

Exhausta, preocupada por sus hijos, a los que ya estaba afectando la locura en la que se sentía atrapada, George tomó al fin la decisión de romper definitivamente con su amante.]

París, 22 de febrero de 1835

¡No, no, ya basta! Pobre desgraciado, te quise como a un hijo, fue un amor de madre, y todavía está sangrando. Te compadezco, te lo perdono todo, pero tenemos que separarnos. Si no, me convertiré en una mujer malvada. Dices que eso estaría bien, y que debería abofetearte cuando me humillas. Pero no sé luchar. Dios me ha hecho tranquila y, al mismo tiempo, orgullosa. Ahora mi orgullo está destrozado, y mi amor solo es compasión. Te lo repito, debo curarme. Sainte-Beuve tiene razón. Tu comportamiento es lamentable, imposible.

¡Dios mío, en medio de qué vida voy a abandonarte! ¡Borracheras, alcohol! ¡Rameras, una y

otra vez, y aún más! Pero si ya no puedo hacer nada para evitarlo, ¿debo prolongar más esta vergüenza mía y ese suplicio tuyo? Mis lágrimas te enfadan. ¡Y tus locos y constantes celos en medio de todo esto! ¡Cuanto menos derecho tienes, más celoso te vuelves! Parece un castigo de Dios sobre tu pobre cabeza. Pero ¿y mis hijos? ¡Oh, mis hijos! Adiós, pobre ser desdichado, ¡mis hijos, mis hijos!...

7

Cartas de Charlotte Brontë
a Constantin Héger

(1844-1845)

Si mi maestro me retira por completo su amistad, no me quedará ninguna esperanza; si me ofrece un poco, muy poco, tendré un motivo para vivir.

Con toda probabilidad, no era amor lo que Charlotte Brontë esperaba de su estancia en Bruselas. No, desde luego, un amor como aquel, pecaminoso y obsesivo, una pasión maligna, una terrible debilidad sobre la que ella, la hija de un pastor protestante, la mujer siempre respetable y llena de dominio de sí misma, había perdido todo control.

Cuando en 1842 aquella institutriz de veintiséis años y su hermana Emily, ama de casa de veinticuatro, abandonaron el pequeño pueblo de Haworth, en medio de los páramos montañosos de Yorkshire, en el norte de Inglaterra, y se embarcaron hacia el continente, lo que buscaban era mejorar su nivel de francés para poder fundar su propia escuela.

Al menos, esa fue la excusa oficial. Es posible que Charlotte deseara además, simplemente, viajar, salir de su aislamiento, conocer a otras gentes: Charlotte era un alma inquieta, a pesar de su apariencia sumisa. Una mujer soltera, tímida y de comportamiento estrictamente decente, que ansiaba sin embargo llevar una existencia diferente de la que la época y la suerte le habían destinado: en su interior más profundo, siempre parece haber existido una dolorosa dualidad entre lo que *debía* ser y lo que *anhelaba* ser.

La vida no había sido generosa con ella. Había perdido a su madre a los cinco años y, poco después, a sus dos hermanas mayores. Desde entonces vivió en la rectoría de aquel pueblo azotado por los vientos helados del este, bajo la tutela de su padre, el reverendo Patrick Brontë, y su tía Elizabeth, y en compañía de sus hermanos: Branwell, Emily y Anne.

Eran cuatro criaturas débiles y enfermizas, pero desbordantes de talento, inteligencia y sensibilidad. Cuatro seres que establecieron profundos lazos de dependencia entre ellos, aislados del contacto con otras niñas y niños. Correteaban por los montes cercanos, aprendiendo a amar intensamente la naturaleza y, en las largas tardes de invierno, leían de manera infatigable y escribían. Desde los seis, los siete años, los hermanos Brontë escribieron sin parar, largos poemas que componían interminables sagas de heroínas y guerreros, y que ellos convertían en libros diminutos aprovechando envoltorios de alimentos y cualquier trozo de papel a su alcance: el papel de verdad, el bueno, era un lujo en la casa modestísima de un pastor protestante sin apenas recursos.

Cuando llegó la vida adulta, a los diecisiete años, Charlotte se vio obligada a trabajar como

profesora en un internado y después como institutriz de niños de familias ricas. Anne, la pequeña, siguió sus pasos, mientras que Emily, la más tímida de las tres, prefirió quedarse en casa ayudando en las tareas domésticas. Branwell, entretanto, intentaba volar torpemente por el mundo, sentado sobre la nube en la que su familia lo había colocado, como un Zeus tembloroso: Branwell sería un gran escritor. No, sería un gran pintor. No, sería un gran político. Al final, no era más que un joven asustado, que fracasaba en todo lo que emprendía y que hundía sus fracasos y su incapacidad, cada vez con mayor intensidad, en alcohol.

Charlotte y Anne odiaban su trabajo de institutrices, que las hacía sentirse humilladas y maltratadas. Pero, igual que le había ocurrido a Mary Wollstonecraft setenta años antes, aquel era uno de los poquísimos empleos disponibles para las jóvenes. Una boda, por otra parte, no parecía algo fácil: la escasa hermosura, la carencia de fortuna y el exceso de inteligencia hacía que las Brontë no fuesen precisamente buenos partidos para contraer matrimonio. Charlotte, además, nunca estuvo dispuesta a casarse si no era por amor. Así que, mientras pasaba el tiempo y llegaba —o no— el marido ideal, las hermanas Brontë tuvieron que contribuir a la magra economía familiar aceptando el único trabajo permitido a las jóvenes honestas: la enseñanza y el cuidado de niños privilegiados, tareas menospreciadas y mal pagadas.

Pero Charlotte Brontë, a pesar de su aparente fragilidad, siempre conseguía sobreponerse a la desdicha, luchando de manera desesperada por una vida mejor. Fue así como decidió que debían montar su propia escuela y, antes, perfeccionar su francés. Charlotte y Emily atravesaron pues el canal de la Mancha y, con algo de dinero donado por su tía, se instalaron en el Pensionnat Héger, en el centro de Bruselas, dispuestas, con su infinita curiosidad intelectual, a aprender todo lo que pudiesen.

Monsieur Héger era, junto con su esposa Zoe, el dueño del colegio, por el que correteaban sus cinco hijos. Era además un muy buen profesor de lengua y literatura francesas, un verdadero intelectual de grandes conocimientos que enseguida descubrió en sus dos alumnas inglesas un genio muy por encima de lo común. Él fue la primera persona ajena a la familia que admiró su inteligencia y su talento y las animó a escribir, corrigiendo sus debilidades.

Poco a poco, Charlotte fue sintiéndose cada vez más subyugada por aquel hombre brillante, irritable y, sin embargo, generoso, que lograba extraer lo mejor de su mente. La admiración se convirtió en enamoramiento, el intenso primer amor de una mujer excepcional hacia un hombre al que consideraba su único «maestro», en el sentido más antiguo y profundo de la palabra.

Las hermanas regresaron después de unos meses a Haworth, cuando la tía Elizabeth murió. Emily decidió quedarse para siempre allí, pelando patatas en la cocina, junto a la vieja Tammy — la criada de la familia—, mientras escribía sus extraordinarios poemas, estudiaba alemán y, entre una tarea doméstica y otra, tocaba al piano con enorme talento piezas de Chopin o de Beethoven: el mundo exterior no le interesaba nada.

Charlotte, sin embargo, volvió pronto a Bruselas, empujada sin duda por la necesidad de estar junto a su maestro. Esta vez serviría como profesora ayudante a cambio de seguir recibiendo las clases de monsieur Héger. Durante un año permaneció en el internado, seguramente torturada por su inapropiado pero inevitable enamoramiento, sufriendo por todo: porque él era un hombre casado al que no debía amar y, al mismo tiempo, porque no le hacía caso. También, seguramente, porque ella, la digna Charlotte, estaba colocándose a sí misma en una posición al borde de la indignidad. El sentimiento de culpa debió de ser tan grande que un día ella —que en su independencia luterana despreciaba el dominio de los curas católicos sobre el alma de sus fieles— entró a confesarse en la catedral.

Cabe preguntarse qué habría sido de Charlotte Brontë si Constantin Héger hubiese querido aprovecharse de aquel amor que debía de ser más que evidente. ¿Se habría convertido acaso en una de aquellas «mujeres perdidas», embarazadas y abandonadas por sus amantes, que se arrastraban luego por la vida dejando a su paso la mancha de su pecado, como una estela imborrable que las acompañaba permanentemente?

Pero aquello no ocurrió: el maestro no cedió a la tentación, tal vez porque era un hombre honrado, porque Charlotte no le atrajera o porque su esposa vigilara de cerca aquel visible enamoramiento de la profesora inglesa. A principios de 1844, sin que sepamos cuál fue el motivo de su decisión, Charlotte estaba de vuelta en Haworth. Deprimida por la separación de su amado maestro, sin dinero suficiente para montar su propia escuela —aunque aún soñaba con ello— y totalmente perdida respecto a su propia vida.

Perseguida por el fantasma de monsieur Héger e incapaz de alejarse del todo de él, hasta finales de 1845, al menos, le dirigió cartas cada vez más suplicantes, más transparentes respecto a sus sentimientos. Él apenas le respondió. Tan solo estamos seguros de que le escribió en una ocasión, conminándola a que espaciase esos mensajes que probablemente le creaban problemas con su esposa.

La vida en Haworth, difícil, aislada y triste, siguió adelante. Descartado por razones económicas el asunto del internado, en 1846, Charlotte, Emily y Anne publicaron una selección de sus poemas, pagando para ello a una editorial londinense. Un bello libro firmado no por ellas, sino por unos autores inexistentes, llamados Currer, Ellis y Acton Bell: no era un tiempo en el que las mujeres diesen a conocer animadamente sus obras con su nombre escrito en la cubierta en letras rutilantes. Publicar con un seudónimo masculino era una manera de proteger su decoro y el de sus familias, y también —y Charlotte lo confesó en alguna ocasión— de garantizarse que quien las leyese lo haría libre de los inevitables prejuicios que caían, como un foco que crease oscuridad y no luz, sobre cualquier cosa hecha por el género femenino, la literatura en particular.

Los *Poemas* de los hermanos Bell recibieron alguna que otra buena crítica y vendieron, a lo largo de un año, dos ejemplares. Esa decepcionante realidad no pudo sin embargo con la capacidad combativa de Charlotte, ansiosa por no tener que regresar al servicio de alguna familia rica. Pensando que las novelas podrían generar más ingresos que la poesía, convenció a sus hermanas para ponerse a escribir, cada una de ellas, una narración en prosa.

Así comenzó uno de los momentos más asombrosos de la historia de la literatura, aquellos meses de 1846 durante los cuales, según parece, tres escritoras geniales escribieron juntas, sentadas en la pequeña sala de la casa parroquial, tres novelas magníficas, dos de ellas auténticas obras maestras. Charlotte creó *Jane Eyre*; Emily, *Cumbres borrascosas*, y Anne, *Agnes Grey*.

Un instante de resplandor en medio de la grisura y las estrecheces, un fulgurante episodio único, en el que tres mujeres solitarias, seguramente vírgenes, sin apenas experiencias vitales y aisladas de toda relación con el mundo literario, fueron capaces de extraer de sus impresionantes mentes esos relatos tan poderosos, tan llenos de la vida turbulenta que, según la moral victoriana, ellas no debían conocer.

A Emily y a Anne no les dio tiempo de hacer mucho más. Anne escribió, es cierto, una segunda y espléndida novela, *La inquilina de Wildfell Hall*, y Emily, disgustada porque los críticos habían considerado que su novela era la obra de un «hombre inmoral», siguió componiendo poemas. Arrasadas por el viento del este, murieron de tuberculosis —cómo no— la una tras la otra, inmediatamente después del fallecimiento de su hermano Branwell, alcoholizado: en solo ocho meses, entre septiembre de 1848 y mayo de 1849, Charlotte y su padre se quedaron solos.

Animada por su editor, Charlotte Brontë dio entonces a conocer el verdadero nombre de los hermanos Bell, causando una auténtica conmoción en el mundo literario inglés. Y siguió adelante con su carrera, publicando con éxito dos nuevas novelas, *Shirley* (1849) y *Villette* (1853). Una cuarta, *El profesor*, fue editada después de su muerte, aunque parece que la había escrito antes que *Jane Eyre*.

Salvo en el caso de *Shirley*, todas sus obras tienen que ver con su breve episodio en Bruselas y con su amor hacia Constantin Héger. Hasta en *Jane Eyre*, tan alejada aparentemente de esa experiencia, aparece el rastro de su sueño inalcanzado: el señor Rochester —el *master* de Jane, igual que el señor Héger era el *maître* de Charlotte— es sin duda un personaje basado en el profesor de literatura, con su carácter huraño que esconde, sin embargo, una infinita ternura. Y no creo que sea atrevido pensar que, cuando creó a Bertha Mason, la esposa loca —y finalmente muerta— de Rochester, Charlotte estaba en realidad vengándose de la mujer real de su adorado profesor, la poseedora legal de su maestro: en su novela, Charlotte Brontë vivió lo que no había podido vivir en la vida real.

En 1854, con treinta y ocho años, Charlotte Brontë se casó para sorpresa de todos —incluida ella misma— con Arthur Bell Nicholls, un pastor protestante, coadjutor de su padre, que llevaba mucho tiempo intentando convencerla para que se convirtiese en su esposa. ¿Se había olvidado para entonces de Constantin Héger? Dado el absoluto secreto en el que mantuvo sus sentimientos hacia su profesor, es imposible saberlo. No es más que una suposición, pero quizá lo que la animó en aquel momento a sobreponerse a la fidelidad a un fantasma no fuera el amor tan anhelado, sino la terrible amenaza de la soledad definitiva que caería sobre ella cuando su padre muriese.

En cualquier caso, la vida no quiso que tuviera demasiado tiempo ni para celebrar su decisión ni para arrepentirse: Charlotte murió el 31 de marzo de 1855, ocho meses después de su boda, embarazada. Con su muerte, las hermanas Brontë se extinguieron en sí mismas, sin dejar descendiente ninguno, como las verdaderas heroínas de las leyendas.

Poco después, su amiga Elizabeth Gaskell escribió una primera biografía en la que dio de ella una imagen perfectamente victoriana, la de una mujer extremadamente virtuosa, que había creado sus historias con la única ayuda de su imaginación y que no había conocido ningún temblor de la carne, ningún deseo sensual, ningún sentimiento amoroso antes de su matrimonio —y este, moderado y digno, como era debido—. En torno a esa imagen se construyó la perdurable leyenda de una Charlotte Brontë de vida plenamente decimonónica.

Pero en 1913, los hijos de Constantin y Zoe Héger donaron a la Biblioteca Británica cuatro inesperadas cartas escritas por Charlotte a su padre que ponían en cuestión la estricta figura de la escritora. Según los donantes, esas cartas se habían conservado gracias a su madre. La versión que dieron es que Monsieur Héger las había roto y tirado a la papelera, de donde Madame Héger las había rescatado, guardándolas después en su joyero. De ser así, probablemente la esposa temía que algún día estallase un escándalo, y quisiera mantenerlas como una prueba de que el explosivo amor de aquella descontrolada muchacha inglesa jamás había sido respondido por su marido.

Lo cierto es que, quizá no por casualidad, las cuatro cartas incluyen quejas de Charlotte porque su maestro no le respondía. Son pues una demostración del desinterés del profesor Héger en aquella relación y de la incontrolable pasión de la escritora: si alguien había cometido un pecado, era la institutriz protestante soltera y no el intelectual católico casado.

Aquí están esas cuatro cartas, extraordinariamente dolorosas. Lo son, de manera especial, por las difíciles circunstancias de la vida de su autora.

Pero cualquiera que haya amado sin respuesta, en medio de la desesperación, puede comprenderlas.

[1]

[Tal vez algo asustado por la impetuosidad de los sentimientos de su alumna, Constantin Héger parece haberle marcado desde el principio ciertos plazos para que ella pudiera escribirle.]

[Haworth] 24 de julio de 1844

Monsieur:

Ya sé que no me tocaba a mí escribirle de nuevo, pero como madame Wheelwright se va a Bruselas y está dispuesta a llevar esta carta, me parece que no debo desaprovechar una ocasión tan favorable para escribirle.

Me alegro mucho de que el curso escolar esté terminando y de que se acerquen las vacaciones. Me alegro por usted, monsieur, porque me han dicho que trabaja demasiado y que su salud se resiente. Por eso no me permito proferir ni una queja sobre su largo silencio. Preferiría quedarme seis meses sin tener noticias suyas antes que añadir un átomo al peso ya demasiado fatigoso con el que tiene que cargar.

Recuerdo muy bien que este es el momento de las redacciones y que pronto llegarán los exámenes, y que durante todo ese tiempo está usted condenado a respirar el aire enrarecido de las clases, a desgastarse mientras explica las cosas, a preguntar, a hablar todo el día, y que luego, por la noche, tiene que leer todas esas torpes redacciones, corregirlas y casi volver a hacerlas.

¡Ah! Monsieur, una vez le escribí una carta poco razonable porque la pena me oprimía el corazón, pero no lo haré más. Intentaré no ser egoísta y, aunque sus cartas me parecen una de las mayores dichas que conozco, esperaré pacientemente a recibirlas hasta que a usted le apetezca y le convenga mandármelas. Pero, ya que me ha autorizado a hacerlo, puedo escribirle yo a usted una carta de vez en cuando.

Tengo miedo a olvidarme de mi francés, porque estoy convencida de que volveré a verle un día. No sé cómo ni cuándo, pero debe ser así, porque mi deseo es muy intenso. Y en ese momento, no querría quedarme muda ante usted. Sería demasiado triste verle y no poder hablarle.

Para evitar ese infortunio, todos los días me aprendo de memoria media página en francés de un libro de estilo coloquial; y siento un gran placer estudiando esa lección, monsieur. Cuando pronuncio las palabras francesas, me parece que estoy hablando con usted.

Me acaban de ofrecer un puesto como profesora en un gran internado de Manchester, con un sueldo de cien libras, unos dos mil quinientos francos al año. No puedo aceptarlo porque, de hacerlo, debería abandonar a mi padre, y no puedo hacerlo. Pero tengo un proyecto (cuando se vive tan aislada como yo, el cerebro no para de trabajar: quieres ocuparte de algo, quieres lanzarte a una carrera llena de actividad). Nuestra rectoría es una casa bastante grande. Con algunos cambios, habrá sitio para cinco o seis internas. Si pudiese encontrar ese número de niñas de buenas familias, me dedicaría a su educación. A Emily no le gusta mucho dar clase, pero seguiría ocupándose de la casa y, aunque es un poco ermitaña, tiene demasiado corazón para no entregarse en cuerpo y alma al bienestar de las niñas. También es muy generosa, y del orden, la economía, la exactitud y el trabajo diligente, cosas que son todas esenciales en un internado, me ocuparé yo con gusto.

Ese es mi proyecto, monsieur. Ya se lo he explicado a mi padre, y le parece bien. Solo nos falta encontrar alumnas, cosa bastante difícil, porque vivimos lejos de cualquier ciudad y a nadie le gusta atravesar las montañas que nos sirven de barrera. Pero una tarea que no ofrece dificultades no tiene mérito. Vencer los obstáculos despierta el interés. No quiero decir que esté segura de que lo lograré, pero al menos intentaré lograrlo. El propio esfuerzo me sentará bien: no temo a nada tanto como a la pereza, el ocio, la inercia y el letargo de las facultades. Cuando el cuerpo se vuelve perezoso, la mente sufre cruelmente.

No sentiría ese letargo si pudiese escribir. Antes me pasaba días enteros, semanas, meses completos escribiendo, y no sin ningún resultado, pues Southey y Coleridge, dos de nuestros mejores autores, a quienes envié ciertos manuscritos, tuvieron a bien manifestarme su aprobación. [5] Pero ahora mi vista está demasiado debilitada para escribir. Si sigo escribiendo muchas horas, me quedaré ciega. Esa debilidad de la vista es para mí una privación terrible. [6] Si no fuese por eso, ¿sabe lo que haría, monsieur? Escribiría un libro y se lo dedicaría a mi profesor de literatura, al único maestro que he tenido, a usted, monsieur.

A menudo le he dicho en francés cuánto le respeto, cuánto le debo a su bondad, a sus consejos. Querría hacerlo una vez en inglés.

Pero no es posible. La carrera literaria está para mí cerrada. Solo la de la enseñanza está disponible. No me ofrece el mismo atractivo, pero es igual, accederé a ella y, si no llego lejos, no será por falta de diligencia. También usted, monsieur, quiso ser abogado. El destino o la Providencia le hizo profesor. Y sin embargo es usted feliz.

Le ruego que dé recuerdos de mi parte a madame. Temó que Maria, Louise y Claire se hayan olvidado ya de mí. Prosper y Victorine no llegaron a conocerme bien. Yo los recuerdo muy bien a los cinco, sobre todo a Louise, con todo ese carácter y esa ingenuidad en su carita.

Adiós, monsieur.

Su alumna agradecida,

C. BRONTË

P. D.: No le he pedido que me escriba pronto porque no quiero molestarle, pero es usted tan bondadoso que estoy segura de que recordará que eso es lo que deseo. Sí, lo deseo intensamente. Ya basta, haga lo que quiera, monsieur. Si recibiese una carta y pensara que la ha escrito por compasión, me haría mucho daño.

Parece que madame Wheelwright va a París antes de ir a Bruselas, pero echará mi carta al correo en Boulogne. Una vez más, adiós, monsieur. Cuesta mucho despedirse, incluso por carta. ¡Oh!, seguro que volveré a verle un día. Será así, porque en cuanto gane el dinero suficiente para ir a Bruselas, iré y volveré a verle, aunque solo sea un instante.

[2]

[Haworth] 24 de octubre de 1844

Monsieur:

Esta mañana estoy muy contenta, y eso no es algo que me ocurra muy a menudo desde hace dos años. Es que un conocido va a pasar por Bruselas y se ha ofrecido a llevarle una carta, que le entregará él mismo o su hermana, de manera que podré estar segura de que la ha recibido.

Esta carta no va a ser muy larga. Para empezar, no tengo tiempo, debe salir de inmediato, y además no quiero aburrirle.

Solo desearía preguntarle si recibió noticias mías a principios de mayo y luego en agosto. Hace seis meses que espero una carta de usted, monsieur, y ¡seis meses de espera son muy largos! No me quejo, y me sentiría plenamente recompensada de este leve sufrimiento si tuviese usted a bien escribir una carta y dársela a ese señor o a su hermana, que sin duda me la entregarán.

Por muy breve que sea la carta, me sentiré satisfecha. Pero no se olvide de decirme qué tal se encuentra, monsieur, y qué tal se encuentran madame y los niños, y las profesoras, y las alumnas.

Mi padre y mis hermanas le presentan sus respetos. La discapacidad de mi padre aumenta poco a poco, aunque todavía no está ciego del todo.[7] Mis hermanas están bien, pero mi pobre hermano sigue enfermo.

Adiós, monsieur, espero tener pronto noticias tuyas. Esa idea me hace sonreír, porque el recuerdo de su bondad nunca se borrará de mi memoria y, mientras ese recuerdo dure, el respeto

que me inspira también permanecerá.

Su afectísima alumna,

C. BRONTË

Acabo de hacer que me encuadernen todos los libros que me regaló usted cuando estaba en Bruselas. Me encanta contemplarlos, es como una pequeña biblioteca.

Están primero las obras completas de Bernardin de Saint-Pierre, los *Pensamientos* de Pascal, un libro de poesía, dos libros alemanes y —lo mejor de todo— dos discursos del profesor Monsieur Héger, pronunciados en la entrega de premios del Ateneo Real.

[3]

Haworth, Bradford, Yorkshire,
8 de enero de 1845

Monsieur Taylor volvió. Le pregunté si no tenía alguna carta para mí. «No, nada.» «Paciencia — me dije—, su hermana llegará pronto.» Mademoiselle Taylor volvió. «No tengo nada para usted de parte de Monsieur Héger —me dijo—, ni carta ni mensaje.»

Puesto que entendí perfectamente esas palabras, me dije a mí misma lo que le diría a cualquier otra persona en una circunstancia semejante: «Tienes que entrar en razón y no afligirte por una adversidad que no has merecido». Me esforcé por no llorar, por no quejarme. Pero cuando no te quejas e intentas dominarte como un auténtico tirano, las facultades se rebelan y la calma exterior se paga con una lucha interior casi insoportable.

No encuentro descanso o paz ni de día ni de noche. Cuando duermo, tengo sueños atormentados en los que le veo a usted siempre severo, siempre sombrío y enfadado conmigo.

Perdóneme, monsieur, por haber decidido volver a escribirle. ¿Cómo puedo soportar la vida si no hago un esfuerzo por aliviar el sufrimiento?

Sé que esta carta le va a hacer perder la paciencia. Volverá a pensar usted que soy una persona exaltada, que mis ideas son muy negras, etcétera.

De acuerdo, monsieur, no intento justificarme, me someto a todos los reproches posibles. Todo

lo que sé es que no puedo, no debo resignarme a perder por completo la amistad de mi maestro. Prefiero sufrir los mayores dolores físicos antes que tener siempre el corazón lacerado por una añoranza tan desoladora. Si mi maestro me retira por completo su amistad, no me quedará ninguna esperanza; si me ofrece un poco, muy poco, me sentiré contenta, feliz; tendré un motivo para vivir, para trabajar.

Monsieur, los pobres no necesitan gran cosa para vivir. Solo piden las migas de pan que caen de las mesas de los ricos, pero si se les niegan incluso esas migas de pan, se mueren de hambre. Yo tampoco necesito demasiado afecto por parte de aquellos a los que quiero. No sabría qué hacer con una amistad completa, no estoy acostumbrada. Pero en el pasado, cuando era su alumna en Bruselas, usted me dio pruebas de un poco de interés por su parte, y deseo que ese interés se mantenga. Tal vez me diga usted: «No siento ningún interés por usted, mademoiselle Charlotte, ya no forma parte de esta casa, la he olvidado».

De acuerdo, monsieur, pero entonces dígamelo francamente. Será para mí un golpe, ¡pero será menos horrible que la incertidumbre! No quiero volver a leer esta carta, se la mando tal cual la he escrito. Tengo sin embargo la vaga sensación de que ciertas personas frías y sensatas dirían si la leyesen: «Ha perdido la razón». Como única venganza, les deseo a esas personas un solo día de tormentos semejantes a los que yo sufro desde hace ocho meses. A ver si entonces no perdían ellas también la razón.

Se sufre en silencio mientras se tienen fuerzas, pero cuando esas fuerzas faltan, se habla sin medir demasiado las palabras.

Le deseo a monsieur felicidad y prosperidad.

C. BRONTË

[4]

[Constantin Héger debió de escribirle en la primavera de 1845 pidiéndole de nuevo que espaciase su insistente correspondencia. Esa es la única carta que sabemos a ciencia cierta que le mandó.]

A pesar de su esfuerzo por controlarse, Charlotte no pudo evitar que sus sentimientos aflorasen a lo largo de su respuesta, la última carta a su profesor que se conserva. Incluso, en la última línea, le confesó abiertamente su amor, quizá sin pretenderlo. Pero la palabra utilizada en francés no deja lugar a dudas: «amour», escribe una Charlotte desesperada.]

Haworth, Bradford, Yorkshire,
18 de noviembre de 1845

Monsieur:

Ya han transcurrido los seis meses de silencio. Hoy es 18 de noviembre. Mi última carta estaba fechada —creo— el 18 de mayo. Puedo, por tanto, escribirle sin faltar a mi promesa.

El verano y el otoño me han parecido muy largos. A decir verdad, he tenido que hacer terribles esfuerzos para soportar hasta hoy la prohibición que me impuse. Usted, monsieur, no puede concebir algo así. Pero imagínese por un instante que uno de sus hijos estuviese separado de usted, a ciento sesenta leguas de distancia, y que tuviese que estar seis meses sin escribirle, sin recibir noticias suyas, sin oír hablar de él, sin saber cómo está, y entonces podrá comprender fácilmente lo dura que es semejante obligación.

Le diré con sinceridad que, mientras esperaba, intenté olvidarme de usted, porque el recuerdo de una persona a quien creemos que no volveremos a ver y a quien sin embargo apreciamos mucho agota la mente, y cuando ya has sentido semejante ansiedad durante uno o dos años, estás dispuesta a hacer cualquier cosa para encontrar descanso. Yo lo he intentado todo, busqué ocupaciones diversas y me prohibí por completo el placer de hablar de usted, incluso con Emily, pero no he podido vencer ni mi añoranza ni mi impaciencia. Es muy humillante esto de no saber someter los pensamientos, ser esclava de la nostalgia, de un recuerdo; esclava de una idea dominante y fija que tiraniza la mente. ¿Por qué no puedo sentir hacia usted la misma amistad que usted siente hacia mí, ni más ni menos? Entonces me sentiría tranquila, libre, y podría guardar silencio durante seis meses sin ningún esfuerzo.

Mi padre se encuentra bien, pero ha perdido la visión casi por completo, y ya no puede ni leer ni escribir. No obstante, los médicos opinan que hay que esperar todavía algunos meses antes de intentar operarle; para él este invierno va a ser una larga noche.

No se queja nunca, admiro su paciencia. Si la Providencia me destina a mí el mismo infortunio, que pueda al menos concederme tanta paciencia para soportarla. Me parece, monsieur, que lo más amargo de los peores contratiempos físicos es verse obligado a que todos los que nos rodean tengan que compartir nuestros sufrimientos. Las enfermedades del alma se pueden disimular, pero las que atacan al cuerpo y disminuyen sus facultades no se pueden esconder. Mi padre ahora me permite leerle y escribir por él; es la mayor prueba de confianza que me haya dado nunca, y eso es un gran consuelo.

Monsieur, debo pedirle un favor. Cuando conteste a esta carta, hábleme un poco de usted y no de mí, porque sé que, si me habla de mí, será para reñirme, y esta vez quiero ver su lado más

benévolo. Hábleme, por tanto, de sus hijos. Nunca le vi a usted con el ceño fruncido cuando Louise y Claire y Prosper estaban a su lado. Cuénteme también algo del internado, de las alumnas, de las maestras. ¿Siguen en Bruselas las señoritas Blanche, Sophie y Justice? Dígame adónde ha viajado en vacaciones, ¿ha estado en el Rin? ¿Ha visitado Colonia o Coblenza? Cuénteme lo que quiera, maestro, pero cuénteme algo. Escribir a una antigua profesora ayudante —no, no quiero recordar mi empleo como profesora ayudante, reniego de él—, mejor, escribir a una antigua alumna, no debe de ser una ocupación muy interesante para usted, ya lo sé, pero para mí es la vida.

Su última carta me sirvió de apoyo y de alimento durante seis meses. Ahora necesito otra, y usted me la ofrecerá, no porque sienta amistad hacia mí —lo que sienta hacia mí no debe de ser muy profundo—, sino porque su alma es compasiva y no condenaría a nadie a un sufrimiento prolongado por ahorrarse algunos momentos de hastío.

Prohibirme que le escriba, negarse a responderme, será arrancarme la única alegría que tengo en el mundo, privarme de mi último privilegio, un privilegio al que jamás renunciaré voluntariamente. Créame, maestro, al escribirme estará haciendo una buena obra. Mientras pueda pensar que está contento con mi comportamiento, mientras tenga esperanza de recibir noticias tuyas, puedo sentirme tranquila y no demasiado triste, pero cuando un silencio lúgubre y prolongado parece anunciarme el alejamiento de mi maestro, cuando cada día espero una carta y cada día la decepción me vuelve a hundir en un doloroso abatimiento, cuando la tierna alegría de ver su escritura y de leer sus consejos huye de mí como una visión vana, entonces me sube la fiebre, pierdo el apetito y el sueño, me marchito.

¿Puedo escribirle otra vez en mayo? Hubiera querido esperar un año, pero es imposible, es demasiado tiempo.

C. BRONTË

P. D.: Quisiera ser capaz de escribirle cartas más alegres porque, al releer esta, la he encontrado muy sombría. Perdóneme, mi querido maestro, no se enfade conmigo por mi tristeza; como dice la Biblia, «lejos de la plenitud del corazón, los labios hablaron», y de verdad que me resulta muy difícil sentirme alegre cuando pienso que nunca más volveré a verle. Por las faltas de esta carta va a darse cuenta de que me estoy olvidando del francés. Y sin embargo, leo todos los libros franceses que puedo conseguir y todos los días me aprendo de memoria un fragmento. Pero, desde que me marché de Bruselas, solo he oído hablar francés una vez, y fue para mí como música: cada palabra me parecía preciosa porque me hacía acordarme de usted. Por amor a usted, amo el francés con todo mi corazón y toda mi alma.

Adiós, mi querido maestro. Que Dios le proteja y le conceda su particular bendición.

Cartas de Elizabeth Barrett Browning
a Robert Browning

(1845-1846)

¿Hasta cuándo, dónde sino contigo? Y qué, sino tuya.

Esta es la historia de una doncella dormida a la que despertó el beso de un noble caballero. De verdad.

Todo empezó el 10 de enero de 1845, cuando Elizabeth Barrett, famosa poeta inglesa, recibió una carta de Robert Browning, famoso poeta inglés: «Amo sus versos con todo mi corazón, querida miss Barrett».

Ella habría podido decirle a él lo mismo. La una y el otro se leían mutuamente desde mucho tiempo atrás, admirando aquellos poemas profundos, casi filosóficos, que ambos escribían. De alguna extraña manera, de esa forma que tal vez solo los poetas entienden, habían aprendido a amarse a través de sus respectivos versos, reconociéndose a sí mismos en la obra ajena.

Y, sin embargo, a pesar de esa cercanía de las almas, a pesar incluso de que ambos vivían en Londres, no era fácil que llegaran a conocerse: Elizabeth vivía recluida en su casa, en el número 50 de Wimpole Street, enferma y prácticamente inválida. Se pasaba el día en su habitación de la tercera planta, de la que a menudo no salía durante meses, y allí leía y escribía infatigablemente, rodeada de bustos de poetas y filósofos y acompañada por el amor de su vida, su perro Flush, que a veces se resistía incluso a que lo sacasen a pasear con tal de no alejarse de ella.

Muy de vez en cuando, algún feliz día soleado, una de sus hermanas o Wilson, la doncella, la paseaban en silla de ruedas por el cercano Regent's Park. Apenas recibía visitas, porque la presencia de extraños la ponía muy nerviosa. Pero eso sí: se mantenía al corriente de todo lo que sucedía —en la vida literaria y en la política, que le interesaba mucho— a través de la prensa, de su intensa correspondencia con diferentes personas y de los cotilleos de los poquísimos amigos que podían acceder a su refugio.

Elizabeth Barrett tenía treinta y nueve años y llevaba enferma, con altibajos, desde los quince. Los últimos siete, en particular, habían agravado aquella dolencia que ningún médico pudo nunca diagnosticar de una manera clara. Ba —como la llamaban en la familia— sufría taquicardias, dolores diversos —en torno a la columna y el abdomen— y, sobre todo, frecuentes crisis de debilidad muscular que le impedían caminar y de las que le costaba mucho recuperarse. Los variados tratamientos ensayados con ella apenas la aliviaban, salvo la toma del omnipresente láudano, que calmaba sus dolores y le permitía dormir y que, durante años, consumió a diario.

Aún hoy nadie sabe cuál fue su mal. Se ha hablado de tuberculosis —por supuesto—, pero

algunos médicos apuntan a la posibilidad de que padeciera la enfermedad de Westphal o parálisis periódica hipercaliémica, una afección genética que produce episodios de parálisis muscular y que suele mejorar con la madurez.

Aunque tal vez la verdadera enfermedad de Elizabeth Barrett fuera la tan común «enfermedad del patriarcado»: de una dama victoriana se esperaba que fuese débil, pálida e incapaz para casi todo, y quizá la mente sensible e imaginativa de Elizabeth somatizó aquella presión, haciendo de ella una verdadera inválida.

Su niñez, en cambio, había sido extraordinariamente sana, igual que la de sus dos hermanas y ocho hermanos, que crecieron todos sin ningún problema de salud, algo muy raro en aquellos tiempos en que la mortalidad infantil era aún altísima. Los Barrett componían una familia victoriana ejemplar: eran acaudalados, cultos y piadosos. La madre, Mary, era una mujer cariñosa, que cuidaba con devoción de sus hijos en todos los aspectos —incluido el intelectual—, mientras el padre, Edward, permanecía mucho tiempo lejos de casa, ocupándose de sus negocios.

El dinero de la familia procedía de inversiones en diversos sectores y, en especial, de las plantaciones que él y su hermano poseían en Jamaica y en las que, por supuesto, trabajaba un numeroso grupo de esclavas y esclavos. Esa era la base de la riqueza de los devotos Barrett, en una estremecedora contradicción que infinidad de familias cristianas —protestantes y católicas— vivieron a lo largo de los siglos.

Edward Barrett debía de ser un tipo raro. En su frecuente correspondencia con amigos, Elizabeth siempre se esforzó por dar de él la imagen de un padre afectuoso y enormemente pendiente de sus hijos, y siempre justificó en su extrema timidez la escasa vida social de la familia, tanto fuera de casa como en el propio hogar, donde recibían muy pocas visitas.

Pero había algo mucho más profundo y turbio, que solo aparece en las cartas que la poeta le escribió a Robert Browning: mister Barrett debía de ser un hombre terriblemente autoritario que reinaba como un auténtico tirano sobre su familia, a la que siempre se esforzó por mantener aislada del mundo.

De hecho, mientras él se dedicaba a sus negocios en Londres y en otras ciudades del Reino Unido, su mujer y sus once hijos vivían en el campo, en una mansión en el condado de Herefordshire alejada de cualquier centro urbano, y en la que Mary cuidaba de las criaturas junto con los sirvientes. Por desgracia, no pudo vivir mucho para disfrutar de sus hijos ya crecidos: murió inesperadamente en 1828, dejando una familia desolada y a un marido más empeñado que nunca en mantenerlos a todos bajo un férreo control.

Obsesionado con ciertos malsanos conceptos religiosos, mister Barrett llegó a la conclusión de que el mundo era un lugar lleno de impureza y de dolor. Aquel hombre complejo decidió que sus hijos debían mantenerse todos juntos, bajo el techo protector del hogar sobre el que él reinaba igual que un monarca absoluto, como si de esa manera pudiera arrebatárselos a la muerte y

alejarnos de la corrupción del mundo... Lamentablemente, la vida pareció darle la razón: entre 1840 y 1841 murieron, lejos de casa, dos de sus hijos varones, Sam de unas fiebres durante una estancia en Jamaica y Edward —el favorito de Elizabeth, su gran amigo— ahogado mientras navegaba en un velero.

Aunque Elizabeth se sintiese incapacitada para la vida física, poseía en cambio un espíritu poderosísimo, una mente inteligente y despierta, una curiosidad insaciable, un extraordinario sentido del humor, una vida interior infinita y el gigantesco talento de una gran poeta en los tiempos y la lengua de los grandes poetas. Desde pequeña, Elizabeth adoraba leer, reflexionar, estudiar —entre otras cosas, griego y hebreo— y escribir. Mucho más allá de lo exigido a una niña de su clase, aprovechó la educación que su madre primero y un preceptor después pusieron a su alcance. Y, como otras muchas niñas, sufrió cuando sus hermanos fueron enviados a un internado —y años más tarde a la universidad— mientras ella se veía obligada a quedarse en casa y aprender de manera autodidacta.

Aprendió, eso sí, con ardor y disciplina férrea: encerrada desde muy joven en su habitación-santuario, no perdió ni un minuto de su tiempo en las frivolidades propias de las jóvenes damas victorianas. El mundo social, el doméstico y el tópicamente femenino —bordados, moda o enamoramientos— no le interesaban nada. Solo los libros le despertaban la pasión de vivir. Los libros ajenos y los propios: Elizabeth, que escribía desde pequeña, comenzó a publicar sus poemas a los veinte años, aunque al principio lo hizo de forma anónima, como tantas escritoras de la época que se sentían incapaces de poner en cuestión su «decencia» y la de sus familias sometiéndose al juicio público. Aquella poeta extraordinaria tuvo que esperar a cumplir los treinta y dos años, en 1838, para que su padre la autorizase al fin a firmar el poemario *El Serafín y otros poemas (The Seraphim, and Other Poems)*, convirtiéndose en una autora famosa, tanto en Gran Bretaña como en Estados Unidos.

Cuando Robert Browning le escribió por primera vez en 1845, Elizabeth Barrett gozaba de una fama casi legendaria: era la voz poética más misteriosa, la mujer impedida e invisible que, desde el aislamiento de su dormitorio, parecía ser capaz de ver mucho más lejos y mucho más hondo de lo que veían la mayor parte de los seres humanos, igual que una antigua poeta ciega, como ella diría de sí misma.

Robert, en cambio, era un hombre activo, bien integrado en los círculos literarios, que montaba a caballo por los parques londinenses y viajaba a menudo por Europa. Tenía treinta y tres años —seis menos que ella— y llevaba una vida confortable, protegido por una familia acomodada que apoyaba su dedicación a la poesía. Era atractivo y tenía fama de ser afable, divertido y profundamente delicado y generoso en su relación con los demás. Sin embargo, nunca había estado

enamorado y los rumores sobre su vida privada eran inexistentes: ni amoríos con jóvenes «depravadas» ni languideces por causa de damas —o de caballeros— inaccesibles perturbaban su fama inalterable.

Por lo que él mismo le confesó más tarde a Elizabeth, estaba convencido de que la quería aun antes de conocerla. Quizá fuese esa convicción lo que le llevó a ser tan insistente ante una mujer que, en principio, reaccionó con simpatía pero con cierta distancia a las cartas entusiastas de Robert. Acostumbrada a recibir mensajes de admiradores masculinos que jugaban con las reglas habituales de la galantería, le contestó estableciendo unas normas muy firmes para su posible relación epistolar: no quería que él emplease ninguno de «los convencionalismos habituales entre damas y caballeros». Exigía ser tratada como un compañero sin género, un hermano asexual en aquella búsqueda infatigable del arte por excelencia.

Durante semanas, las frecuentes cartas estuvieron llenas de reflexiones y análisis literarios, que no escondían sin embargo las pasiones y debilidades de aquellas dos almas tan cercanas. Poco a poco, Elizabeth aprendió a confiar en Robert, y comenzó a hacerle confesiones más íntimas. Pero se resistió a que él la visitase. Estaba su timidez, desde luego. Y el miedo a perturbar al padre-ogro con la amistad de un joven soltero y atractivo. Pero también, quizá, el temor a decepcionarle: ya no era una mujer joven, y la enfermedad y los largos años de reclusión seguramente habían deteriorado su aspecto. Por mucho que viviera al margen de la vanidad, debió de costarle un gran esfuerzo enfrentarse a la mirada de un hombre admirado y admirador.

Robert se mantuvo imperturbable, paciente y comprensivo: siguió insistiendo en su deseo de conocerla en persona y esperando que llegara el momento, cuando ella se encontrase preparada. Al fin, el martes 20 de mayo de 1845, cuando el sol templaba ya las calles de Londres y el cuerpo maltrecho de Elizabeth, el poeta Browning hizo sonar a las dos de la tarde la aldaba del número 50 de Wimpole Street y, seguramente muy nervioso, subió las escaleras que le conducirían al paraíso.

Al día siguiente, Robert le escribió confesándole su amor. Ella, asustada, trató de calmarle, pero, a través de las cartas casi diarias y de las visitas semanales que se establecieron desde aquel día, fue rindiéndose poco a poco a la evidencia: el milagro en el que al principio no había querido creer había sucedido. Robert y ella se habían enamorado. Lo inimaginable había llegado a su vida y lo llenaba todo de alegría. Incluso su salud comenzó a mejorar de día en día, como si el amor hubiera sido capaz de vencer por sí solo aquella enfermedad que unas semanas antes parecía incurable.

Sabiendo que el tema económico no era un problema —ambos tenían dinero propio que les permitiría vivir con holgura—, Robert le propuso enseguida matrimonio. Ella aplazó la respuesta pero, emocionada como una adolescente ante las incesantes pruebas de amor, terminó por aceptar.

Quedaba sin embargo un escollo que parecía insalvable: Elizabeth estaba convencida de que si mister Barrett se enteraba de que su adorada hija mayor iba a casarse y a abandonarlo —a los cuarenta años—, se desencadenaría una tempestad sobre Londres que los borraría de la faz de la tierra.

El peso sobre Elizabeth de la imponente figura paterna era asfixiante. Tanto que le rogó a Robert que todo se mantuviera en secreto. Mientras él compartía sus sentimientos y sus proyectos con su familia —y se veía arropado por ella—, ella mantuvo a todo su entorno ajeno al enamoramiento y a los planes de boda. Ni siquiera lo habló con sus hermanas —a las que adoraba y que siempre la protegían—, ni con sus amigas y amigos más íntimos. Seguramente intentaba protegerse de las consecuencias de una posible filtración, pero también debía de querer librarlos a todos ellos de la ira del padre cuando estallase el «escándalo». La única persona informada de la conspiración fue Wilson, la doncella personal de Elizabeth. También estuvo al corriente, sin duda alguna, Flush, su más íntimo compañero hasta aquel momento.

La pareja lo planificó todo cuidadosamente: el 12 de septiembre de 1846, Elizabeth y Wilson salieron a dar un paseo, aprovechando el buen estado de salud y la renovada movilidad de la que la inválida parecía gozar en los últimos meses. Caminaron hasta la iglesia de Saint Marylebone, cercana a la casa, donde las esperaba el novio con su primo, quien sería, junto con Wilson, testigo de aquella boda secreta. Luego cada uno regresó a su casa, como si no hubiera sucedido nada.

Durante los siguientes siete días, tan angustiados como ilusionados, prepararon la huida. Elizabeth hizo un equipaje mínimo y colocó en una caja las adoradas cartas de Robert y los cuarenta y tres extraordinarios poemas de amor que le había escrito en los últimos meses —y de los que él no tendría noticias hasta dos años más tarde, cuando ella le entregó al fin aquellos *Sonetos del portugués* (*Sonnets from the Portuguese*), que hicieron de ella una poeta cuya voz llega hasta el día de hoy—. Esa caja, que Wilson se ocupó de sacar discretamente de la casa, fue lo único que Elizabeth se llevó del hogar familiar.

El 19 de septiembre, Elizabeth, Wilson y Flush volvieron a salir para, supuestamente, dar un paseo. Nada más doblar la esquina de Wimpole Street, estaba esperándolas Robert en un coche de caballos, que los llevó a la estación. Un rato después abandonaron Londres en tren, viajando a Southampton, y desde allí, en barco, a Francia.

Las escenas de aquella fuga debieron de ser memorables: una mujer de cuarenta años y un hombre de treinta y cuatro huyendo de la furia de un padre-ogro —tal vez también de la incomprensión de muchos amigos—, acompañados por una doncella y un perro. Imagino cómo se mirarían a los ojos, cómo se rozarían las manos ansiando la primera noche juntos, y cómo sufrirían pensando en todo lo que, incomprensiblemente, se veían obligados a dejar atrás por el simple hecho de haber cometido la victoriana inconveniencia de enamorarse.

Elizabeth había echado al correo la tarde anterior varias cartas para sus hermanas y hermanos y,

por supuesto, una para su padre. La reacción de mister Barrett fue, como ella esperaba, violenta: desheredó de inmediato a su hija y jamás quiso volver a verla. Ni siquiera abrió ninguna de las muchas cartas que ella le escribió desde Italia. Edward Barrett murió en 1855, sin perdonarle nunca a Elizabeth aquel único y definitivo gesto de rebeldía.

Lo normal sería que ahora llegase la parte triste del cuento de hadas, el final desolador, los problemas, los desencuentros, tal vez las infidelidades... Pero no: Elizabeth y Robert parecen haber sido muy felices y haber disfrutado de una extraordinaria relación, profunda y, al mismo tiempo, asombrosamente tranquila. Ninguna de las muchas personas que los trataron durante los siguientes quince años y que dejaron sus testimonios por escrito reflejó nunca ningún mal gesto del uno hacia el otro, ningún momento de desencuentro, nada que no fuese una intensa ternura mutua y un inmenso deseo de disfrutar de la vida, aquella vida a la que Elizabeth (conocida a partir de ese momento como Barrett Browning) resucitó plenamente: la mujer inválida y débil tuvo sin ningún problema un hijo muy sano a los cuarenta y tres años y viajó infatigablemente hasta su muerte como si hubiera vuelto a ser la niña vigorosa del pasado. Recorrió Italia de norte a sur, disfrutando de toda su belleza, pasó temporadas en Londres y en París —donde se hizo amiga de George Sand, unidas las dos por una mutua admiración—, escribió con mucho éxito y no solo llegó a ver «grandes montañas», tal y como anhelaba cuando conoció a Robert, sino que las subió por su propio pie en numerosas ocasiones, alcanzando las mismísimas nubes.

Murió tras una breve enfermedad en 1861, a los cincuenta y cinco años, en la vivienda que el matrimonio había alquilado desde el principio en Florencia, un magnífico piso palaciego en la Casa Guidi por el que pasaron muchos de los grandes poetas, intelectuales y artistas de su tiempo, compartiendo la vida de aquella mujer que, supuestamente, detestaba a los extraños.

Después de su muerte, Robert Browning regresó con su hijo a Inglaterra, incapaz de soportar la amada Italia sin la presencia de su amada Elizabeth. Vivió hasta 1889. Nunca volvió a casarse y solo se le conoció una breve relación de tres años con lady Ashburton, una excéntrica —y bella— dama escocesa que había sido antes la amante de una de las mejores amigas del matrimonio, la escultora estadounidense, afincada en Italia, Harriet Hosmer.

Cuando el poeta murió, su hijo Robert Barrett Browning decidió publicar la correspondencia que sus progenitores habían mantenido durante aquel año y medio en el que soñaron que se amaban y decidieron ser valientes y convertir sus sueños en realidad.

Este es un alegre testimonio de que, a veces, los milagros existen.

[1]

Wimpole Street, 50,
20 de marzo de 1845

Si me retraso en escribirle, querido mister Browning, no es porque esté disfrutando de «un buen rato», sino más bien porque he pasado uno malo. Es muy amable por su parte desear saber cómo estoy, y no desagradable por la mía dejar mi respuesta en suspenso, pues la verdad es que no me he sentido muy bien, pero tampoco tengo ánimo para explicarlo. ¡Este tiempo implacable! ¡Este viento del este que parece soplar a través del sol y de la luna! ¿Quién puede estar bien con semejante viento? Aunque no debo quejarme. Ya he estado peor que ahora; tan solo me he sentido más débil de lo normal, y he aprendido bien la lección de que soy mortal. ¡Pero todo esto acabará! Ya está llegando abril. Y vendrán mayo y junio, si es que llegamos a poder vivir algo semejante: espero que, después de todo, lo logremos.

En cuanto a lo de recibirle a usted, veo que no se fía de mí; tal vez ha llegado a comprender mi debilidad y sospecha que, en cuanto tengo que ver un rostro humano al que no estoy habituada, me vuelvo pequeña y mi espíritu se pone pálido. ¿A usted también le ocurre? Usted conoce bien la naturaleza humana, y me pregunto si sabe cuáles son las consecuencias de llevar una vida tan recluida como la mía, a pesar de toda mi preciosa filosofía sobre los deberes que hay que cumplir en sociedad. No sé si lo sabe o no, pero le aseguro que le recibiré cuando un tiempo más templado me haga revivir un poco y consiga que la tierra pueda acoger de nuevo ciertas cosas agradables. Si piensa que no quiero verle, se equivoca, pese a toda su sabiduría. Pero al principio tendré miedo de usted, aunque no lo tengo mientras le escribo esto. Usted es Paracelso, y yo soy una reclusa a la que le han roto los nervios en el potro, y ahora cuelgan sueltos, temblando al menor soplo de aire.

Lo que dice de la gente me lleva a comparar su vida y la mía. Parece que usted ha bebido de la copa de la vida llena hasta los bordes, con el sol brillando en ella. Yo he vivido solo interiormente, y la única emoción fuerte que conozco es el dolor. Antes de esta reclusión por culpa de mi enfermedad, también vivía recluida; pocas mujeres jóvenes en el mundo habrán visto menos, oído menos y conocido menos la sociedad que yo, que ya, por cierto, no puedo ser llamada joven. Crecí en el campo, no tuve muchas oportunidades de acudir a reuniones sociales, mi corazón estaba dedicado a los libros y la poesía, y mi experiencia a la ensoñación. Mis afinidades con

otras personas andaban más bien por los suelos, como las madreselvas cuando no son guiadas, salvo por una única persona de mi familia, pero de eso no puedo hablar.[8] Era una vida solitaria, que crecía tan verde como la hierba a su alrededor.

Viví en los libros y en los sueños, y la vida doméstica parecía zumbar suavemente a mi alrededor, como las abejas en la hierba. Y el tiempo pasó, y pasó, y después llegó mi enfermedad y me parecía que me encontraba al borde mismo del mundo, con todo ya hecho a mis espaldas y ninguna perspectiva de volver a atravesar de nuevo el umbral de una habitación. Entonces, comencé a pensar con cierta amargura (después de que el mayor dolor de mi vida me permitiese respirar) que había permanecido ciega en este templo que estaba a punto de abandonar, que no había contemplado la naturaleza humana, que mis hermanos y hermanas de la tierra solo eran para mí nombres, que no había visto ninguna gran montaña, ni un río, nada en absoluto, a decir verdad. Era como alguien que se estuviera muriendo y no hubiese leído a Shakespeare, ¡y ya era demasiado tarde! ¿Lo entiende? ¿Y sabe además cuánto ha perjudicado toda esa ignorancia a mi arte? Viviendo de esta manera, sin poder escapar de esta reclusión, ¿entiende que me veo obligada a trabajar con una gran desventaja? ¿Que soy, de alguna manera, como una poeta ciega?

Sin duda alguna, hay para mí cierta compensación. He tenido una intensa vida interior, y gracias al hábito de la autoconciencia y el autoanálisis, soy capaz de llegar a muchas conjeturas sobre la naturaleza humana. Pero con qué gusto, como poeta, cambiaría una parte de mi torpe, agotador, impotente conocimiento sobre libros por algunas experiencias de vida y de gentes, por algunas...

Pero quejarse es algo infame. Deberíamos dar gracias a Dios por el calibre de nuestras vidas, y pensar que siempre es el adecuado para cada uno de nosotros. Escribo esto para que no malinterprete lo que le dije antes al referirme a la relación con la gente, aunque usted no lo vea de la misma manera, y para que pueda comprender lo que realmente quiero decir cuando afirmo que las mayores alegrías de mi vida, y casi todas las emociones que para mí merecen ese nombre, se las debo a la poesía y solo a la poesía. ¿Que si me gusta escribir? Claro, claro que sí. Me parece que, cuando escribo, estoy viviendo. Para mí escribir es la vida. Porque, ¿qué es vivir? No es comer y beber y respirar, sino sentir la vida muy dentro de ti, en todas las fibras de tu ser, apasionada y alegremente. Por eso vivo mientras escribo, aunque no siempre, solo mientras me siento inspirada. ¿No le ocurre lo mismo a usted? Oh, seguro que sí. Por lo demás, eso suele provocar después una reacción en contra; en mi caso particular, cada vez que veo un poema mío impreso, o incluso copiado en limpio, esa reacción es muy dolorosa. El placer, la sensación de poder que me acompaña mientras escribo cada línea, desaparece en un momento; y solo quedan la decepción y la humillación. ¡No he escrito ni un solo poema que no pudiese usted convencerme de romper en pedazos si me pilla en el momento adecuado! Mi cuota de humildad es muy apropiada, se lo aseguro.

Qué agradable es hablar de una misma; pero, aunque fue usted quien «me tentó y yo mordí la

manzana», le compadezco por haber tenido que soportar durante tanto tiempo mi pecado. ¡Ah, si usted quisiera a su vez pecar! Parece que usted y yo nos encontramos en una suave armonía de contrarios..., como en el «si no, si no» de un dueto italiano. Yo quiero saber más de la gente, y usted ya sabe demasiado, según dice. Yo me siento ignorante, y usted saciado. «Ahora ni siquiera le interesa leer.» ¿Es eso posible? Yo me siento tan «fresca» leyendo como siempre, al menos mientras consiga mantenerme lejos de las sombras de los diccionarios y las controversias teológicas. ¿Debería susurrárselo a usted con el recuerdo de la última rosa del último verano? Me gustan mucho las novelas, ¡sí!, y las leo no solo como se supone que hace la gente sabia, buscando aquí la elocuencia y allí el sentimiento, y las mezclas explícitas de lo uno y lo otro aquí y allí, no, ¡las leo por la historia! Igual que haría una niña, sentada en las rodillas de su papá. Mi amor infantil por las historias nunca se ha agotado, igual que por el *plumcake*, y aún ahora permanece. Tengo por norma leer todas las novelas que otras personas son tan amables de escribir, y ay de la desgraciada criatura que me cuente cómo termina el tercer volumen. ¿Le queda a usted alguna inocencia de ese tipo que haya sobrevivido al tiempo? ¿O le parece una idiotez? Si es así, le perdonaré, aunque sonriendo para mí misma —se lo aviso—, con una sonrisa de superioridad.

[...] Tengo aún mucho que decir, o al menos algunas cosas, sobre «la ciega esperanza», etcétera, pero me da vergüenza comenzar una nueva cuartilla. Si va usted «a viajar», vaya, le echaré de menos. ¿Pretende de verdad hacerlo? ¿Cómo va la obra de teatro? ¿Y el poema?

¡Que Dios le bendiga!

Sinceramente suya,

E. B.

[2]

[Al día siguiente de su primera visita, Robert le escribió a Elizabeth preocupado por si la había molestado.

Esta fue su respuesta.]

Wimpole Street, 50,

[22 de mayo de 1845] miércoles por la mañana

No hubo nada malo, de verdad: ¿cómo podría haberlo? Todo estuvo bien: ¿cómo podría no ser así? Y de su «voz demasiado fuerte», no oí nada. Y en vez de encontrarme peor, me encuentro mejor gracias a lo honrada y contenta que me sentí ayer.

Lo cual me lleva a recordar que he observado que se ha empeñado usted en restringir nuestro vocabulario, hasta el punto de que el silencio empieza a amenazarnos. Hay cierta palabra —«amable»— que no debe ser utilizada. Y ¿por qué? ¿Por qué quiere privarme del uso de ciertas palabras que contienen sentimientos naturales? ¿Cómo puede ser que utilizarlas resulte para usted «humillante»? Si pudiese usted entrar dentro de mi corazón, vería que no hay nada ofensivo hacia usted en ninguno de mis pensamientos, ni en los restos de los pensamientos que haya podido tener en el pasado. Pero a usted, con toda su psicología, le resulta difícil comprender lo que estoy pensando después de esta experiencia tan especial que he vivido, y qué sensación de *ti emoi kai soi* [‘¿qué debo hacer contigo?’] tengo irremediabilmente cuando veo que, desde las alturas de su esfera brillante y feliz, me pide usted, como me ha pedido, que mantengamos una relación personal. Qué otra palabra podría usar sino «amabilidad» o «gratitud». Pero no seré poco amable ni desagradecida, así que no voy a hacer algo que a usted le disguste. Dejemos ya este asunto de las palabras, pues lo percibimos de manera opuesta, y nunca llegaremos a ninguna conclusión.

Y además, el próximo martes vendrá usted de nuevo —y siempre que le apetezca y pueda hacerlo—, y no habrá ningún «inconveniente» que impida que yo disfrute de la visita, creo, más allá de los que todo el mundo tiene. ¿Piensa que no va a ser así? ¡Ah, qué equivocado está! De manera evidente y lógica, estaré encantada de recibirle siempre que quiera venir, y no necesito decirlo con las palabras preceptivas, créame.

Su amiga,

E. B.

[3]

[Durante el verano de 1845, Elizabeth y Robert hicieron planes para pasar el invierno en Pisa, como hacían entonces muchos británicos acomodados. Pero en septiembre, mister Barrett —que ni siquiera sabía que Robert Browning formaría parte de la aventura— le prohibió a su hija el viaje.

Robert le escribió una conmovedora carta a Elizabeth: «¡Déjeme soñar por una vez! Me casaría ahora mismo con usted y después iría a verla cuando usted quisiera y me marcharía

cuando me lo pidiese. Sería como uno de sus hermanos —no más—, y cuando le doliese la cabeza estaría ahí. Elijo con pleno raciocinio la realización de este sueño (el de simplemente sentarme a su lado una hora al día), en lugar de cualquier otro que yo pudiera tener en este mundo pero que la excluya a usted».

Elizabeth comenzó a darse cuenta de que los sentimientos de Robert iban totalmente en serio, aunque, dado su estado de salud, no quería comprometerle.]

Wimpole Street, 50,
27 de septiembre de 1845, viernes por la noche

[...] Diré, debo decirlo, que sus palabras en la última carta me han hecho mucho bien, que le doy las gracias y le bendigo por ellas, y que recibir semejante prueba de afecto por su parte no solo hace que me olvide de cualquier pena presente, sino que compensa plena y ampliamente todos los sufrimientos de mi vida. Eso fue lo que pensé cuando leí su carta anoche. Miré a mi alrededor, buscando los leves disgustos que habían estado amargándome los últimos días, y no encontré ni rastro de ellos. Las marcas de las lágrimas se desvanecieron con la humedad de las nuevas lágrimas de felicidad. ¿Qué otra cosa podría haber sentido? ¿Qué cree usted? ¿Cómo se habría sentido cualquier mujer sensible al oír semejantes palabras dichas (aunque fuese «en un sueño») por semejante orador?

Y ahora, escúcheme usted a mí. Me ha emocionado tan profundamente, que nunca creí que algo así fuera posible. Mi corazón estaba rebosante cuando vino a verme hoy. Desde ahora, soy suya para todo, excepto para hacerle daño, y soy tan suya, con todo mi corazón, que jamás podría volver a hacerle daño. [...] Se lo digo sin disimulo y sin reserva, porque esto es todo lo que puedo decir, y quizá todo lo que podré decir en el futuro. Sea como sea, estas palabras conllevan una promesa: que nadie, salvo Dios y usted mismo, se interpondrá entre usted y yo... Si Él llega a liberarme en un plazo moderado de la extensa cadena de mi debilidad, seré para usted lo que usted decida en ese momento..., amiga o más que amiga..., aunque siempre su amiga hasta el final, pase lo que pase. Depende pues de Dios y de usted, aunque, entretanto, es usted totalmente libre. Ni el más fino hilo le ata a mí, y si llego a saber que no se siente así, no volveré a verle, por mucho que me cueste. Puede forzarme a sentir, pero no puede forzarme a pensar diferente de como he pensado desde el principio: que sería mejor para usted olvidarse de mí de inmediato. Y si eso es mejor para usted, ¿podría ser malo para mí? Todo lo cual me arroja de golpe al suelo empedrado de los filósofos de la lógica.

Y ahora, si le pido un favor, ¿será usted capaz de olvidarse de que se lo he pedido? He estado dudando, pero ahora estoy tirada boca abajo en el suelo empedrado, así que no, hoy no se lo

pediré, será otro día. Y que Dios le bendiga en el de hoy y en todos los que queden por venir, mi más querido amigo.

E. B.

[4]

Wimpole Street, 50
[1 de noviembre de 1845]

[...] Tu carta me llegó muy al fondo del corazón, y mis pensamientos no han dejado de girar en torno a ella desde entonces, en medio de todas las charlas del día. ¡Sí, realmente, sueños! Pero lo que no es un sueño es esto, esto, leer esas palabras, esa prueba de tu afecto, todo lo que eres para mí y que no puedes ni siquiera sospechar, tú, el poeta dramático..., no puedes..., pues no sabes lo que era mi vida antes de que tú la tocaras, ¡mi ángel a la puerta de la prisión!

Mi asombro es mayor que tu asombro: todavía ayer estaba aquí sentada, sola, tan cansada de mí misma que hasta para interesarme en mis propios poemas tenía que alzarlos con un gran esfuerzo y separarlos de mí y alejarlos hacia ese sol bajo el que yo no estaba, sin percibir ni siquiera un poco de la luz que caía sobre ellos, sintiendo cierta simpatía e interés hacia la personalidad ficticia asociada a ellos..., pero sabiendo siempre que todo eso estaba muy lejos y muy fuera de mí..., de mí misma..., sin poder rozarlo ni siquiera con la yema de los dedos..., y sintiendo amargura cuando la gente se empeñaba en confundirnos a la una con la otra.

Quizá te parezca malsano —puede que muy malsano—, pero todos esos montones de cartas que van una tras otra al fuego y que, como soy una mujer y he escrito versos, a los escritores de cartas de tu sexo les resulta divertido escribir para ver «qué pasa con ellas» —algunos, ya lo sé, por buenos motivos—, pues bien..., ¿cómo podía ofrecerme todo eso ni siquiera una franja estrecha de sol como esas que Flush encuentra a veces en el suelo, cuando se echa con el hocico sobre ellas y las orejas en la sombra? Esa luz no era para mí... en absoluto: estaba fuera de mi alcance, me parecía que no podía ni siquiera rozarla. Flush se acercaba a mí, y yo me sentía agradecida..., sí, agradecida..., ¡por no cansarse de mí! Me sentía agradecida y halagada..., sí, halagada..., porque prefería quedarse todo el día conmigo en lugar de irse al piso de abajo. Igual que le estaba y le estoy agradecida a mi familia por no hacer que me sienta como una carga. Así es. ¿Cómo voy a sentirme ahora cuando tú me dices lo que me has dicho, y lo que «podrías y querrías» hacer, lo

que «harás», aunque no debes?... Y aun así me lo dices.

Recuerda solo que esas palabras te hacen aún más libre, si es que puedes ser más libre, igual que a mí cada una de ellas me hace más feliz y más rica, enriquecida por ti, con quien reconozco mi deuda. Que Dios te bendiga siempre. Cuando te escribí aquella carta permitiéndote que me visitaras por primera vez, ya sabes, me puse a llorar... No sé por qué. En parte debió de ser por puro nerviosismo. Pero también me sentía enfadada contigo por querer venir, como hacían otras personas, y enfadada conmigo misma por no ser capaz de negarme, como hacía con ellas.

¿Cuándo sale el libro?

Siempre tuya,

E. B.

Espero que estés haciendo ejercicio, y que tu madre esté mejor. El peor síntoma de [mi hermano] Occy en este momento es su gran apetito..., un apetito de monstruo, la verdad.

[5]

Wimpole Street, 50

[24 de febrero de 1846]

Mi cada vez más querido, solo cuando te fuiste, cuando te fuiste de verdad, alejándote de mi casa y de mi calle, pude levantarme y pensar con serenidad y sentir la gratitud adecuada por tus flores. ¡Qué flores tan bonitas me trajiste esta vez! ¡Parecen el propio verano, y huelen tan bien! Rendir los «honoros debidos» a las flores prolongó un poco tu presencia a mi lado, el sol volvió a brillar sobre la colina en ese momento, y después vino la lluvia, hasta la siguiente carta.

[...] Estoy segura de que tú eres más para mí de lo que yo jamás podría ser para ti. Mister Fox dijo el domingo que soy una «ermitaña» que escribe «poemas que deben ser leídos en una hornacina gótica»; y los ermitaños, cuando aspiran a tener visiones, lo consiguen mejor, según dicen, atándose y flagelándose y aislándose en lugares perdidos. Santa Teresa, por ejemplo, pudo llegar a ver de esa manera una gloria mucho más luminosa que tu sir Moses Montefiore con su telescopio de cien guineas. Piensa pues cómo cada una de las sombras de mi vida me ha hecho ver la luz que me llega de ti de una manera más brillante, con mayor significado..., piensa que es la única luz, y que nada me distrae de ella.

El otro día estuve pensando que sin duda alguna y después de todo (o más bien antes de todo),

te he querido toda mi vida sin saberlo, es decir, he querido la idea de ti. La mayor parte de las mujeres (aunque hay muy pocas que se entreguen a las ensoñaciones), cuando son jóvenes, se dicen a sí mismas que están enamoradas de tal o cual hombre ideal, a veces visto en un sueño y a veces en un libro, pero renuncian a su antigua fe a medida que los años van pasando lentamente. [...] El ideal de una persona debe estar por encima de ella, naturalmente. Tan lejos que solo pueda divisarlo con la mirada (con la mirada del alma), pero no alcanzarlo ni tocarlo. Y aquí está el mío..., ¿qué puedo decirte? Incluso los signos externos del cabello negro y el aspecto (¡puedes preguntarles a mis hermanas!), aunque esto no te lo confesaría si no pudiese decirte después que, aunque hubieras sido pelirrojo, habría dado igual. Solo quería señalar la completa coincidencia y hacerte sonreír un poco.

Sin embargo, ni se me ocurrió pensar que llegaría a enamorarme de ti cuando viniste a verme, no, igual que tú tampoco lo pensaste. Mi única ambición, cuando empezamos la correspondencia, era que te olvidases de que era una mujer (cansada y aburrida de las vacías galanterías que suelen escribirse, quizá en mi caso más de lo normal por mi situación tan especial, lo cual hacía que nunca tuviesen ninguna consecuencia), que te olvidases de eso y llegáramos a ser amigos, y que aceptaras enseñarme todo lo que sabías sobre arte y sobre la naturaleza humana, y me concedieras entretanto tu simpatía. Soy una gran adoradora de los héroes, y admiraba tu poesía desde hacía mucho tiempo, así que fue un placer y un orgullo que te apeteciera escribirme y desearas que yo te contestase, tal y como estoy segura de que ya te he dicho, y entonces resultó que tus cartas no eran como otras cartas, y no hace falta que te lo diga de nuevo.

Ejerciste sobre mí una influencia como nadie había tenido nunca. Por ejemplo, tan solo dos o tres palabras tuyas bastaron para que aceptase verte, mientras que otras personas me han dado auténticas conferencias sobre ese tema sin lograrlo. En casa todo el mundo se quedó sorprendido de que quisiera recibirte. Y después, cuando viniste, ya nunca te volviste a ir. Quiero decir que empecé a sentir tu presencia constantemente. Sí..., y como prueba de que ese sentimiento no tuvo nada que ver con cualquier remoto presentimiento que hubiera podido tener, a la mañana siguiente, en mi absoluta inconsciencia, le dije a papá: «Es extraordinario cómo me he obsesionado con mister Browning; supongo que en cierta medida es porque no estoy acostumbrada a ver a extraños, pero me siento acosada..., es una verdadera persecución». Y él sonrió y dijo que semejantes palabras eran desagradecidas para con mi amigo. Y entonces llegó tu carta...

¿Sabes que me asustabas mucho? Me asustabas por esto que te acabo de decir. Me sentía como si tuvieses poder sobre mí y estuvieses realmente decidido a usarlo, como si no pudiese respirar o hablar al margen de tu voluntad. Me parecía que podías leer mis pensamientos igual que si leyeses un periódico, examinarlos, y sujetarlos retorcidos con tus largos alfileres de entomólogo, ah, ¿recuerdas cuánta entomología hubo entonces?

Cuando utilizaste tu poder, no tuve ninguna duda de que te habías confundido, y de que el más

fuerte de nosotros dos padecía una debilidad excepcional. Dándole vueltas a algo tan asombroso desde todos los puntos de vista, llegué a la conclusión de lo que tú mismo reconociste ayer..., sí, lo supe enseguida..., supe que habías venido dispuesto a enamorarte de aquella a la que encontrases aquí..., y también comprendí que cuando te dije que tal vez estabas exagerando la intensidad de lo que yo era para ti, eso tan solo sirvió para que te decidieses a justificar aún más ante mí tu presentimiento. [...]

Al principio no creía que me amaras de verdad, y pensaba que acabarías por sentirte decepcionado. Pero ahora..., ahora que veo tu vínculo conmigo y creo en él, te aseguro que no hay nada que pueda evitar que siga siendo para mí la mayor causa de alegría. Si se te ocurriera pensar que he recibido este amor de manera superficial, serías injusto, no lo olvides. Afirmino ante Dios y ante ti que de todos los acontecimientos de mi vida, incluyendo sus aflicciones, nada me ha hecho sentirme más humilde que tu amor. Sea acertado o equivocado, es auténtico, y lo reconozco. Tu amor ha sido para mí como el mismísimo amor de Dios, que hace caer de rodillas a quien lo recibe.

[...] Dime cómo estás, amado mío, y no le des demasiadas vueltas a esa *Tragedia del alma* que me gustaría tener ya aquí al lado de [tu obra] *Luria*, porque así no tendrías que volver a ella por lo menos durante un mes. Haz ejercicio y cuídate, y recuerda cuántas cartas necesito recibir antes del sábado. Que Dios te bendiga. ¿Quieres oírme decir:

No podría amarte menos...?

Esa es una frase dubitativa. Y:

No podría amarte más

también lo es, por razones que no voy a explicar. Menos o más, lo cierto es que te amo, pero ni siquiera así suena bien, ¿verdad? Yo sé perfectamente cómo tendría que ser, y lo pondré sobre el «papel», bien «sellado», con el resto de las cosas inefables.[9]

Cariño, no te vayas a San Petersburgo. No pienses siquiera en irte, no vaya a ser que acabe siendo verdad y tengas que ir, y mientras estés allí, ayudando a los judíos y enseñando [al zar] Nicolás, ¿qué sería entonces de tu

BA?

[6]

Wimpole Street, 50,
4 de marzo de 1846, martes por la noche

Sí, pero, cariño mío, o me has malinterpretado, o te malinterpretas a ti mismo. Estoy segura de que no me preocupo en exceso por las formas —no es mi manera de ser—, y en este caso, desde luego..., no. Date cuenta de que aquí hay hechos, además de formas, y hechos que implican una terrible cantidad de inconveniencias (por utilizar la palabra más suave) si son abordados con demasiado apresuramiento. Rechazo la idea de estar buscando alguna «seguridad» para mí misma, pues eso no es más que una mera forma para el corazón y para la felicidad: las ilusiones pueden desvanecerse. Y si tus ilusiones se desvanecieran, deberías ser libre para actuar de acuerdo con tu nueva manera de ver las cosas y para cambiar tu decisión.. ¡piénsalo bien!, pues después ya no podrías cambiarlas, no al menos mientras yo esté viva, aunque quisiera ayudarte. Lo único que podría hacer por ti sería irme. ¿No quieres pararte a pensar en eso? Ah. Yo sí que lo he pensado, y lo único que quiero es prevenirte sobre ese rigor del compromiso legal del cual uno no puede librarse.

[...] No has entendido bien lo que quería decirte sobre el otro asunto. Si [mi padre] se sintió contrariado (algo perceptible en una especie de sombra, como una negación del agrado), no fue porque hubieras venido a visitarme, o porque seas mi amigo. No debes imaginarte algo así. Fue como una especie de rechazo instintivo a verte aquí, algo inexplicable para él mismo, estoy segura, inexplicable, porque si no me habría hecho saber en el acto y sin ningún escrúpulo que no podía recibirte nunca más. Pero, aunque no supo definir sus sentimientos, no le gustó verte aquí: eso hizo vibrar alguna de sus cuerdas, rozándola y tocándola. Oh, en esta casa sabemos bien lo que eso quiere decir. No es un observador fino, pero muy de vez en cuando, se ve afectado por ciertas iluminaciones —llámalas si quieres fantasías—, a veces acertadas y a veces erróneas. Sin lugar a dudas, si se enfadó un poco el lunes no fue porque te vio como a un «simpático amigo». Y, desde luego, no corres el riesgo de que te dé las gracias, ni se le ocurrirá hacerlo. Nuestra reserva, nuestra aprensión —cosas terribles, que profanan nuestra propia naturaleza—, no las hemos creado nosotros, solo las soportamos. La raíz del mal radica en una idea tristemente equivocada sobre los límites y el carácter de los derechos paternos. Es un error de su mente y no tanto de su corazón. Cuando alguien ve a sus hijos como si fueran objetos de su propiedad, los hijos van haciéndose cada vez más pequeños, hasta convertirse de verdad en objetos, y las

exigencias a las que obliga la empatía hacia los seres humanos se vuelven proporcionalmente más difíciles. Además (aunque resulte raro de decir, es verdad), no concibe en absoluto el amor. Tiene sentimientos, puede emocionarse profundamente, es capaz de sentir afecto de una manera muy especial, pero «eso» no lo entiende, igual que no entiende la lengua caldea, aunque a esta la respeta más.

¿Piensas que puedo volver a proponerle lo de Italia? Ya te dije que no volvería a hacerlo. Oh no, no, tenemos aún mucho tiempo, una sobreabundancia de tiempo... «tiempo, tiempos y medio tiempo», y hacer que su cabeza comience a deslizarse hacia el precipicio no es sensato. También está ahí el clamor de la gente, tal y como tú lo oyes y como yo lo he oído desde el principio. No faltarán los «mentira», puedes estar seguro, «pura mentira» incluso, y nada de lo que puedas hacer, mi más querido querido, podrá impedir que yo sea descuartizada por muchos de los especialmente afectuosos amigos que tengo en el mundo. Pero no pienso demasiado en eso, igual que no pienso en Italia. De ti dirían que estás loco, de mí dirían que soy mala... ¡y eso por ser poetas!

«¿Hasta cuándo, dónde estás?» ¡En lo más profundo de mi alma, allí donde brota el manantial del amor! ¡Amado mío, allí estás tú!

Algún día te preguntaré «en la forma adecuada» —ya que, según parece, las formas me preocupan tanto— cuáles son tus «defectos», esos inmensos y multitudinarios defectos tuyos de los que tanto oigo hablar y que nunca, nunca consigo ver. ¿Me regalarás un catálogo razonado de tus defectos? Creo que me gustará. Entretanto, me parece que son defectos en la oscuridad, es decir, defectos invisibles, como esos que hay en la poesía pero que no le impiden volar y que a mí me gusta tanto descubrir.

[...] Ahora debo terminar, ya no hay más tiempo por hoy. ¡Que Dios te bendiga, amor mío! Mejórate..., intenta ponerte bien, como hago yo desde que tú me lo pediste. ¿Alguna vez pude creer que tú me considerarías digna de pedirme algo así? ¡Un sueño que se ha prolongado hasta la mañana! Hoy, sin embargo, no salí de mi habitación, porque hacía frío y el viento se colaba por todas partes. Si mañana puedo salir sin correr riesgos, lo haré..., puedes estar seguro..., puedes estar seguro. ¡Hasta el jueves! ¡Hasta la eternidad!

«¿Hasta cuándo, dónde sino contigo?» Y qué, sino tuya.

Tu

BA

Wimpole Street, 50,
24 de marzo de 1846, martes

¡Qué desagradecida fui ayer con tus flores, olvidándome de mirarlas y alabarlas hasta que las sacaron de mi habitación y tú tampoco estabas ya! Pero fue culpa tuya, que conste, porque empezaste a contarme las buenas noticias sobre Moxon y, con la alegría, se me olvidaron las flores..., aunque solo durante ese rato, por supuesto. Después recibieron lo que se merecían, e incluso más, puesto que tú ya no estabas. Lo primero que hago cuando sales de la habitación y de la casa, y te alejas luego de mi calle, es arreglar las flores y recoger todos los pensamientos que dejas entre las hojas y en el extremo de los tallos. ¿Te cuento lo que ocurrió no ayer, sino el jueves anterior? No, fue el viernes por la mañana, cuando encontré —o más bien encontró [mi doncella] Wilson— un ramillete de violetas azules muertas en mi sillón. ¡Parecían muy muertas! Tú las habías puesto allí sin darte cuenta y yo me senté encima, y allí se habían quedado toda la noche, las pobres, en el mismo sitio donde las matamos.

A Wilson le pareció completamente inútil que yo me empeñase en revivirlas, cortándoles de nuevo los tallos y metiéndolas enteras en agua, pero, claro, no sabía que tú y yo, nosotros, vivimos bajo un designio milagroso, y no pudo más que quedarse atónita cuando comenzaron a renacer como si hubieran recibido el rocío..., sí, y aún más cuando al fin sobrepasaron en esplendor a las violetas blancas coetáneas que florecían en agua desde el principio y que gozaban de la ventaja de que nadie se les había sentado encima.

Ahora tienes que darme las gracias por esta carta, que es entretenida e instructiva a la vez. Al fin y al cabo, es una lección sobre los grandes acontecimientos de mi vida, porque la resurrección de tus violetas sería un gran acontecimiento para mí aunque llevase la vida de un pirata, entre disparos y mares. Pero si tú salieras de mi vida, ¿qué quedaría? El único verdor del que disfrutaba antes de que tú me trajeras tus flores era como la hierba que nace en las calles abandonadas, y que es una prueba, a medida que va creciendo, de cómo se extiende la desolación.

[...] Que Dios te bendiga, lo suplica tu

BA

Wimpole Street, 50,
[13 de agosto de 1846] miércoles por la noche

¿Que si alguna vez recibí una carta así? Nunca, salvo las tuyas. Es una pregunta que tiene una fácil respuesta.

En cuanto a la otra pregunta, sobre la suma de cosas en contra, estoy de acuerdo contigo, idea por idea, en todo lo que piensas al respecto; tan solo añadido una razón más a las razones que tú señalas. En el fondo de todas esas razones, hay otra, pienso —no puedo evitar pensarlo—, y es que, cuando las mujeres son escogidas como esposas, no son escogidas como compañeras. Cuando son elegidas para ser amadas, es algo que está al margen de la vida —«el amor del hombre es algo aparte de la vida del hombre»—. [10] Un profesor alemán elige a una mujer que tan solo sabe cocer ciruelas no porque cocer ciruelas y leer a [el filósofo] Proclo sean dos cosas que conviven en encantadora armonía, sino porque quiere que alguien le cueza las ciruelas mientras él lee a Proclo. La simpatía total, el compartir la vida el uno con el otro... es algo en lo que casi nadie piensa, salvo de una manera estrecha y convencional. A los hombres les gusta llegar a casa y encontrarse el fuego bien atizado y un rostro sonriente y un rato de relajación. Sus pensamientos más profundos, sus más intensas aspiraciones, prefieren mantenerlos al margen. Así es como se desarrollan el amor y el matrimonio en todas partes, y así se degrada a las mujeres.

[...] Sigo pensando, amado mío, que no merezco tu amor por un centenar de razones, aunque creo que tengo una cosa a mi favor, y es que te conozco..., te entiendo, te intuyo..., te llamo con el nombre correcto. Y hay algo más que me hace mirar la vida como tú la miras (¡y esa idea me hace sentirme contenta!). Fuera de ti, no habría ni esperanza ni dolor. Cariño, a veces me digo a mí misma: «No te muevas, no hables, o el sueño se desvanecerá». ¡Tanto miedo tengo de que sea un sueño! O como un reflejo en el agua de un viejo sueño de verdad..., uno muy viejo que a veces acariciaba, y entonces una voz, ahora silenciosa, decía: «¡Esta niña romántica!».

¿Qué fue lo que dijiste ayer de que no confío en tu carácter..., en tus sentimientos...? ¿Qué fue lo que quisiste decir ayer? ¿Fue por culpa de mis palabras sobre tus «ojos serenos»? ¡Ah, tú! Con esas palabras no pretendía decir algo tan profundo. Voy a aclararte el tema, incluyendo lo de los ojos..., «pienses lo que pienses», como tú dijiste ayer con tanta intención.

No —sí—, voy a preguntarte algo. Los ojos normales expresan las emociones del alma, y por eso no son serenos, claro. Los ojos serenos, creo, expresan el alma al completo y la llevan flotando hasta la tuya hasta que pierdes pie... Esto es lo que quería decir con lo de los ojos serenos, así que te pregunto si crees que estaba siendo de verdad injusta con tu carácter.

En este momento estás en casa de mister Kenyon, pero creo que no pasaste por mi calle. Quizá lo hagas cuando vuelvas a tu casa, pero no te veré: no puedo mirar por miedo a que alguien me esté mirando a mí. ¡Que Dios te bendiga, querido mío! ¡Mi corazón está contigo, descansando

entre tus manos! Una vez te dije que solo podría amar (en este sentido) a alguien que estuviera muy alto y muy lejos, pero tú no eres como yo, y le doy gracias a Dios porque puedas amarme a mí. Ámame, tú, el más querido de los hombres, no te canses de hacerlo. Soy tu

BA

[9]

[Esta es la última carta de la correspondencia entre Elizabeth y Robert: no hizo falta ninguna más, puesto que no volvieron a separarse ni un solo día de sus vidas hasta la muerte de Elizabeth quince años después. Fue escrita tan solo unas horas antes de que se fugaran.

La tarde anterior, durante la «inocente» visita semanal de Robert, ella, sin duda presa del pánico o del remordimiento, expresó su temor de que la boda, celebrada siete días antes, no fuera válida.

Afortunadamente, el amor fue más fuerte que cualquier miedo o sentimiento de culpa. Más fuerte que las conveniencias y la terrible autoridad paterna.

Más fuerte incluso, en esta historia feliz, que la mismísima enfermedad.]

Wimpole Street, 50,

[18 de septiembre de 1846] viernes por la noche

Entre las tres y media y las cuatro, entonces; supongo que a las cuatro no será demasiado tarde. No te escribiré más. No puedo. Mañana a esta hora te tendré solo a ti para quererme, ¡amado mío!

¡Solo a ti! Como si dijera solo a Dios. Y le tendremos a Él a nuestro lado, le rezo por ello.

Te mandaré a la dirección de New Cross los poemas de Hammer y los dos libros que me regalaste y que me son tan queridos; no quiero dejarlos aquí y temo estropearlos si me los llevo. ¿Le pedirás a nuestra hermana que meta el paquete en un cajón y nos los guarde?

Me llevo tus cartas, no vaya a ser que las «onzas» se pongan a gritar. Intenté dejarlas, pero no puedo. Mejor dicho, no debo dejarlas: no es culpa mía, no debes regañarme.

¿Será esta la última carta que te escribo, mi cada vez más querido? Oh, si te quisiera menos..., un poco, un poco menos.

¿Por qué tuve que decirte que nuestro matrimonio no era válido, o podía no serlo, y que no

debías recogerme mañana? Es horrible... horrible... haber hecho daño con un acto voluntario por primera vez en mi vida.

Saluda a tu padre y a tu madre con todo mi cariño y agradecimiento. ¡Y a tu hermana! Si ha oído lo de nuestra hermana de la hoja anterior, ¿le habrá parecido demasiado atrevido?

¿Rezas esta noche por mí, Robert? Reza por mí, y quíereme, para que tenga valor sintiendo que somos dos...

Tu

BA

Las cajas han sido enviadas con seguridad total. Wilson está siendo perfecta. ¡Y yo... que la llamaba «tímida» y que tenía miedo de su timidez! Empiezo a pensar que nadie es tan osado como las personas tímidas cuando se las anima con amabilidad.

Cartas de Gertrudis Gómez de Avellaneda
a Ignacio de Cepeda
y a Gabriel García Tassara

(1839-1847)

Hierve la vida en mi agitado pecho,
exuberante por mis venas corre
sangre pura y ardiente,
y el ansia generosa me devora
de admirar y de amar.

Gertrudis Gómez de Avellaneda fue una galerna, un mar agitado, roto por olas muy profundas, que luego se calmó en un agua triste, gris y cansada.

Tula —como la llamaba todo el mundo— tuvo suerte como escritora: aunque ahora apenas la recordemos, su poesía y sus dramas la convirtieron en una de las voces literarias más aplaudidas en la España del Romanticismo y en su Cuba natal.

El amor, en cambio, no la trató muy bien: sufrió enamorándose de quien no le correspondía, tuvo una hija estando soltera —un pecado imperdonable en aquel entonces—, y en dos ocasiones, cuando creyó encontrar la paz y se casó, perdió al marido demasiado pronto.

Gertrudis era exuberante en todos los sentidos. Durante años paseó por los salones un físico poderoso, que hacía que no pasase desapercibida en ningún sitio. Seguramente tampoco lo pretendía: aunque no necesitaba de los ingresos de sus obras para vivir, siempre quiso ser reconocida como poeta y como dramaturga, y luchó por el éxito igual que cualquier hombre de su tiempo, disfrutando como ellos de los aplausos y los honores. También fue temperamental, intensa, probablemente caprichosa: a fin de cuentas, había crecido entre criadas y esclavos, gentes obligadas a desvivirse ante el menor de sus deseos.

Tula nació en Puerto Príncipe (hoy Camagüey) en 1814, cuando Cuba todavía formaba parte del reino de España. Era una auténtica criolla: su madre, Francisca de Arteaga y Betancourt, pertenecía a una rica familia de la isla, de origen vasco. Su padre, Manuel Gómez de Avellaneda, era un teniente de navío sevillano que ejercía como comandante de Marina en la región central de la isla. Murió cuando ella tenía solo nueve años, y el rápido matrimonio de su madre con otro militar, nacido en A Coruña, fue una fuente de conflictos que duraron mucho tiempo: a Tula no le gustaba su padrastro, y se convirtió en una niña rebelde y difícil de manejar.

Cuando toda la familia se trasladó a España en 1836, Tula tenía veintidós años y ya estaba decidida a entregarse a la poesía. Era el momento del estallido del Romanticismo, cuando ser poeta parecía el destino más sublime que podía alcanzar un ser humano: la poesía era la esencia

misma de la humanidad, el deslumbrante nido del Genio. La exaltación de todas aquellas almas temblorosas —y a menudo realmente geniales— había volado sobre el Atlántico, llegando también hasta Cuba. Tula había pasado su adolescencia y su primera juventud, igual que haría el resto de su vida, a medio camino entre la vida social de bailes, paseos y visitas y la vida íntima de la lectura y la escritura, devorando con pasión la literatura francesa que arrasaba en ese momento entre las gentes ilustradas de la isla: George Sand era ya su ídolo, la mujer-genio, la mujer-libre a la que quería parecerse.

Tras una temporada triste en A Coruña, que a Gertrudis nunca terminó de gustarle, la familia se instaló en Sevilla, una ciudad animada, con una intensa vida social y, al mismo tiempo, interesantes círculos intelectuales y poéticos a los que ella se incorporó enseguida, contenta de encontrarse con gentes que compartían su pasión literaria y la aplaudían en las frecuentes lecturas poéticas.

Fue en ese círculo en el que conoció a Ignacio de Cepeda, un joven estudiante de Leyes de familia rica. Tula se enamoró de inmediato. Ya había cumplido veinticinco años, y a esa edad, en aquel tiempo, casi todas las mujeres estaban casadas. Ella permanecía soltera por decisión propia: había estado a punto de contraer matrimonio dos veces, primero en Cuba y después en A Coruña, y en las dos ocasiones había terminado por romper el compromiso, insegura de si la atracción que sentía era suficiente para sustentar una relación que durase toda la vida.

Hacia Cepeda, en cambio, Gertrudis sintió una pasión obsesiva, desbordante, que enseguida le confesó en las cartas que le escribía, sin mantener la «cautela» que las damas españolas de su tiempo solían guardar: Tula desnudó su alma ante el hombre amado. Cepeda también decía que la quería. Pero el amor de aquel hombre dos años más joven que ella era cauto y burgués. Tula, con su vehemencia, sus expresiones exaltadas y sus escenas de celos, debió de asustarle. Quizá también se sintiera amenazado por la inteligencia de aquella mujer tan inusual en la España de la época, que exhibía públicamente, sin ningún pudor, su talento y su indudable deseo de ser protagonista en el mundo literario y no una mera «poetisa» de salón.

La relación duró algunos meses del invierno de 1839-1840. Fue, en realidad, un romance breve, seguramente secreto para el entorno de los protagonistas y, desde luego, casto. La propia Tula le dice en una de sus cartas: «Debo y quiero conservar puro el nombre que mi padre me ha legado, y me moriría mil veces antes de grabar una mancha de vergüenza en mi familia». Su ansia de parecerse a George Sand no llegaba por el momento tan lejos como para vivir con plena libertad el sexo. Tampoco España era Francia, y es justo decirlo: la moral era aquí mucho más estricta, y el cuerpo de las mujeres estaba sometido a un control infinitamente mayor que en el país vecino, en buena medida ejecutado a través de la figura del confesor, esa sombra oscura, de enorme dominio en lo íntimo, que resultaba imprescindible en la vida de cualquier dama española de la época (y de otras muchas épocas, anteriores y posteriores).

Tula fue comprendiendo poco a poco que Cepeda se escapaba, que no respondía a su entusiasmo y su devoción. Incluso le llegaron rumores de que le interesaba otra mujer. Cuando él le anunció que se marchaba para hacer un largo viaje, ella recuperó la dignidad perdida, rompió con él, se tragó el dolor y la humillación y le ofreció seguir siendo amigos.

Ese fracaso la animó a irse a Madrid con su hermano Manuel, dispuesta a hacerse un hueco en las primeras filas de los poetas y dramaturgos de su tiempo. Y lo cierto es que lo logró: bella, rica, educada y provista de un notable talento bien adaptado al gusto de la época, Gertrudis Gómez de Avellaneda fue aceptada en los círculos literarios madrileños sin reticencias y reconocida como poeta y autora teatral —de largos dramas en verso— por muchos de los hombres que en aquel momento marcaban la tendencia tanto en la escena como en la lectura íntima. Zorrilla, Hartzenbusch o el duque de Rivas, famosísimos entre los seguidores del plañidero Romanticismo español, fueron algunos de sus amigos y protectores.

Pero todo aquel éxito no le sirvió de nada cuando en 1853 quiso ingresar en la Real Academia. Era la primera mujer que lo intentaba desde su fundación en 1715, y todos, amigos y enemigos, admiradores y detractores, se pusieron de acuerdo para rechazarla sin ningún problema de conciencia, negándose a abrir aquel santuario de la masculinidad al género femenino: el acceso a lo más sagrado, al meollo mismo del poder sobre la lengua y su utilización, seguía siendo cosa de hombres.[11]

En Madrid, Tula encontró no solo la celebridad, sino también, y de nuevo, el amor. Esta vez, el elegido parecía ser un igual, otro poeta romántico, además de periodista y diputado conservador —y también sevillano—, Gabriel García Tassara. Pero esta vez, ella se olvidó de la «mancha de vergüenza» que podría caer sobre su familia si se rendía al deseo físico. Y que cayó, en efecto, con el enorme peso de la mayor de las deshonras: en el otoño de 1844, Tula descubrió que estaba embarazada. Una verdadera desgracia para una mujer soltera, que ella intentó disimular todo lo que pudo y que terminó por convertirse en una doble tragedia: el católico Tassara —autor de numerosos poemas de contenido religioso— se desentendió del embarazo y de la criatura, una niña que nació en abril de 1845. Tula la llamó Brenhilde, inspirándose en la mitología nórdica, aunque su nombre de bautismo era María.

En contra de lo que era tan común en aquellos tiempos en una dama de «buena familia», Tula no se desentendió de la niña. Al menos, sabemos por una de sus cartas que cuando Brenhilde murió en noviembre de ese mismo año, con tan solo siete meses, estaba en su casa. Para ella aquel fue un golpe terrible, que se vio además obligada a mantener en secreto, esquivando como podía las miradas burlonas y acusadoras, los rumores envenenados que, por supuesto, no dejaron de acompañarla durante mucho tiempo.

Pocos meses después de esa tragedia, Gertrudis —que ya tenía treinta y dos años— aceptó la

inesperada propuesta de matrimonio de Pedro Sabater, un joven diputado en Cortes, admirador de su poesía y enamorado de ella, según parece. Sabater estaba muy enfermo de tuberculosis. Quizá sospechaba que podía morir pronto e intentase así devolverle a la escritora el «honor perdido» y dejarla protegida para el futuro. El matrimonio fue en efecto muy breve: un viaje a París en busca de mejores médicos no sirvió de nada, y Tula se quedó viuda tan solo cuatro meses después de la boda.

Su reacción a aquel año trágico fue, como a menudo ocurre, volcarse en la religiosidad. Siguiendo la perversa lógica de cierto tipo de creencias, le parecía que —como a Eloísa— Dios la estaba castigando por sus pecados de la carne. Durante algún tiempo se refugió incluso en un convento, aunque no llegó a tomar la decisión de hacerse monja: le gustaban demasiado la literatura y la vida social.

Y todavía, a pesar de todo, le gustaba también el amor, que volvió a aparecer en la figura de Ignacio de Cepeda. En los casi siete años que habían transcurrido desde su ruptura, Tula se había mantenido fiel a la promesa de amistad que le había hecho. Ambos seguían escribiéndose a menudo, y en esas cartas ella se mostraba siempre como una amiga cercana y cariñosa, que compartía muchas de sus preocupaciones con aquel hombre al que un día había deseado tanto. Muchas, pero no todas: nunca le confesó su relación con Tassara ni, mucho menos, la historia de su maternidad, que negó como si se tratase de una «calumnia» cuando el rumor llegó a oídos de Cepeda.

En el otoño de 1847, el abogado se presentó en Madrid. Ahora, según parece, el héroe romántico era él: huía de un amor desdichado en Sevilla. Es probable que Tula se hiciese ilusiones sobre la posibilidad de retomar aquella relación frustrada, tal vez incluso de casarse con su amor de juventud. Pero pronto quedó claro que Cepeda seguía como siempre: indeciso y cauteloso hasta la cobardía. Tula terminó por romper definitivamente con él.

A pesar de todo, su vida sentimental aún no había terminado: en 1856, a los cuarenta y dos años, volvió a casarse. Esta segunda boda la acercó a un ámbito por el que sentía una especial simpatía, el del trono: el novio, Juan Verdugo, era gentilhomme de cámara y ayudante del rey consorte, Francisco de Asís, y él y la reina Isabel II fueron los padrinos en la ceremonia, alzando a Tula al nivel más elevado de la sociedad española. Parecía una buena compensación a los años de debilidad y «pecado».

Pero lo novelesco perseguía a la dramaturga: algunos meses después de aquella boda de alto postín, la escritora estrenó *Baltasar*, seguramente la mejor de sus obras dramáticas. En uno de aquellos actos mezquinos que a menudo sucedían entonces en torno al teatro —en el que se jugaba mucho prestigio y grandes cantidades de dinero—, un periodista de cuarta fila soltó un gato en el escenario que provocó las risas del público durante uno de los momentos culminantes de la pieza. Nada extraordinario, nada digno de mención de no haber sido porque, al día siguiente, el

periodista y el marido de la autora se cruzaron en la calle. Juan Verdugo increpó al boicoteador y este esgrimió uno de aquellos estoques que algunas personas llevaban escondidos en su bastón y le atravesó un pulmón.

Verdugo logró sobrevivir con mucho esfuerzo a aquel incidente. En 1859, la reina le concedió un puesto relevante en Cuba. Gertrudis regresó así a su patria, donde fue recibida como una verdadera estrella. Cuatro años después, sin que su marido hubiese conseguido recuperarse del todo de sus heridas, se quedó de nuevo viuda. Volvió sola a España y vivió desde entonces en Sevilla y en Madrid, apaciguadas al fin, según parece, sus ansias de amar. Murió en 1873, a los cincuenta y nueve años, olvidada ya de un público que había pasado la página del Romanticismo y prefería la observación cruda del mundo que le ofrecían otros escritores y escritoras más jóvenes, como Emilia Pardo Bazán.

Ignacio de Cepeda, que se había casado finalmente con una mujer de su círculo social y llevaba una vida de rico terrateniente en Almonte, sobrevivió a su antiguo amor hasta 1906. Aunque Tula le había pedido que quemase sus cartas de amor y una *Autobiografía* que le había enviado poco después de conocerse, siempre conservó aquellos escritos, que fueron publicados por un amigo suyo después de su muerte, en una edición pagada por su viuda.

Gabriel García Tassara, en cambio, nunca se casó. Siguió escribiendo poesía —con talento, aunque sin demasiado éxito— y trabajando como periodista, y finalmente ingresó en el cuerpo diplomático y fue embajador de España en Washington y en Londres. En 1928, el escritor y filósofo sevillano Mario Méndez Bejarano publicó el libro *Tassara. Nueva biografía crítica*, en el que incluyó dos de las cartas que le escribió Tula en medio de su tragedia como madre abandonada. Nunca se supo cómo habían llegado a sus manos, aunque cabe suponer que estarían entre los papeles privados que la familia Tassara debió de permitirle consultar.

Aquí están esas dos cartas trágicas, junto con algunas de las que Tula le escribió a su amado Cepeda, antes y después de su «pecado».

Amor, frustración, sufrimiento y al cabo, también, dignidad.

Cartas a Ignacio de Cepeda

(1839-1847)

[1]

[Sevilla, noviembre o diciembre de 1839]

Hasta hoy sábado que vino el correo general no se me ha traído la carta de usted, querido Cepeda, y para que esta no duerma hasta el miércoles en la estafeta, determino enviarla directamente a su casa de usted.

[...] ¡Una vez por semana!... ¡Solamente te veré una vez por semana!... Bien: yo suscribo, pues así lo deseas y lo exigen tus actuales ocupaciones. Una vez por semana te veré únicamente; pues, señálame por Dios ese día feliz entre siete para separarle de los otros días de la larga y enojosa semana.

[...] Ya lo ve usted, ¡me arrastra mi corazón! No sé usar con usted el lenguaje moderado que usted desea y emplea; pero en todo lo demás soy dócil a su voz de usted, como lo es un niño a la de su madre. Ya ve usted que suscribo a no verle sino semanalmente. Pero ¿no irá usted al Liceo? ¿Ni al baile? Para decidirle a usted, ¿no será bastante que yo le asegure que no habrá placer para mí en estas diversiones si usted no asiste?

[...] ¡Cepeda! ¡Cepeda!, debes gozarte y estar orgulloso, porque este poder absoluto que ejerces en mi voluntad debe envanecerte. ¿Quién eres? ¿Qué poder es ese? ¿Quién te lo ha dado?... Tú no eres un hombre, no, a mis ojos: eres el Ángel de mi destino, y pienso muchas veces al verte que te ha dado el mismo Dios el poder supremo de dispensarme los bienes y los males que debo gozar en este suelo. Te lo juro por ese Dios que adoro, y por tu honor y el mío; te juro que mortal ninguno ha tenido la influencia que tú sobre mi corazón. Tú eres mi amigo, mi hermano, mi confidente, y, como si tan dulces nombres aún no bastasen a mi corazón, él te da el de su Dios sobre la tierra. ¿No está ya en tu mano dispensarme un día de ventura entre siete? ¡Así pudieras también señalarme uno de tormento y desesperación, y yo lo recibiría sin que estuviese en mi mano

evitarlo! Ese día, querido hermano mío, ese día sería aquel en que dejases de quererme; pero yo lo aceptaría de ti sin quejarme, como aceptamos de Dios los infortunios inevitables con que nos agobia.

No me haga usted caso; tuve jaqueca a media noche y creo que me ha dejado algo de calentura: ¿no es verdad? Mi cabeza no está en su ser natural.

Adiós. Lo que es esta noche, si usted me ve, será en casa, porque Concha ha quedado en venir, y no puedo yo ir a su casa sabiendo que ella viene a la mía.

Deseo leer a usted un Himno patriótico que acabo de componer y otros versos a un jilguero.

Adiós otra vez, mi dulce amigo: no conserves esta, rásgala, te lo ruego. Es una carta de dislates, y solo la desconfianza de que todas las que escriba hoy salgan lo mismo me hace mandar esta. Hay días en que está una no sé cómo, días en que el corazón se rompería si no se desahogase. Yo tenía necesidad de decirte todo lo que te he dicho; ahora ya estoy más tranquila. No me censure, por Dios.

[Rúbrica]

[2]

[Sevilla, noviembre o diciembre de 1839]

Voy a probarte que no soy tan dócil a tu antigua orden como anoche me reprochaste. Voy a saludarte con la pluma, ya que verbalmente no puedo hacerlo hoy. ¡Vida mía! ¡Qué mala noche he pasado, qué mala estoy, qué triste!... No tengo vida sino para amarte; para todo lo que no es tu amor estoy insensible. Ni me agrada escribir, ni leer, ni bordar, ni la calle, ni mi casa. Si algún talento he tenido, creo positivamente que lo he perdido ya, porque me encuentro de lo más necia y fastidiada. He leído no sé dónde:

Un momento ha vencido
mi audacia imprudente,
esta alma tan soberbia...
¡Vedla ya dependiente!

Yo he mandado siempre en mi corazón y en mis acciones con mi entendimiento, y ahora mi entendimiento está subyugado por mi corazón, y mi corazón por un sentimiento todo nuevo, todo

extraordinario. ¡Posible es, Dios mío, que cuando yo me creía libre ya del dominio del amor, cuando me persuadía de haberle conocido, cuando me lisonjeaba de experta y desilusionada, haya caído como una víctima débil e indefensa en las garras de hierro de una pasión desconocida, inmensa y cruel!... ¡Posible es, Cepeda, que yo ame ahora con el corazón de una niña de trece años!... ¿Qué es esto que por mí pasa? ¿Qué es esto que siento?... Dímelo, dímelo, porque yo no lo sé. Es harto nuevo para mí, te lo juro. Y yo he amado antes que a ti, he amado, o lo he creído así, y sin embargo, nunca, nunca he sentido lo que ahora siento. ¿Es amor esto? No, hay algo más, no es amor solamente. Es el infierno, que se ha venido a mi corazón. ¡Qué feliz era! ¡Cuán tiernamente te amaba! ¡Los Ángeles me envidiarían! Y ahora, ahora, ¡cuán desgraciada! ¡Cuánto sufro! ¡Cuánto, cuánto, querido mío! ¿Y por qué? ¿Qué ha sucedido? ¿Qué cosa me atormenta? Nada, yo no lo sé. ¿Es acaso que Dios castiga el exceso de amor, haciéndolo un martirio? ¿Es que el corazón humano es estrecho y se rompe cuando está demasiado lleno?... ¿Es un presentimiento de desgracia? ¿Es una plenitud de felicidad? ¿Es un defecto de mi organización, o una inconsecuencia de mi espíritu?... Yo no lo sé, pero estoy abatida, padezco, soy desgraciada.

No te pido que vengas a menudo, no: ni aun el lunes, como has ofrecido. Mejor será más tarde: el martes, el miércoles, el jueves..., en fin, cuando yo esté menos triste que ahora, porque tu presencia tan cara, tan deseada antes, ahora aumentaría mi tristeza. ¡Cuidado! ¡Cepeda, cuidado!... Ten cuidado de mi corazón, tenlo..., mira que puedo morir. Tú no sabes, no puedes saber que puedes matarme, no lo sabes. Pues bien, acaso te es muy fácil. Si quieres mi vida, si quieres conservar a tu amiga, cuídala; dale tranquilidad, dale sosiego. Yo conozco que eres más prudente que yo, y me acuerdo que alguna vez me has pedido paz y olvido. Olvido no, pero paz, yo quiero dártela y quiero tenerla. Tú tenías razón, la tenías. ¡Paz! ¡Sí, paz! Yo la necesito como tú y como tú la demando. De hoy en adelante, de común acuerdo nos daremos paz, bien mío. ¡Desgraciados los que quieren apretar el corazón hasta romperlo! ¡Los que dan impulso a una máquina sin saber si tienen fuerzas para detenerla cuando quieren! Es santa, es sagrada la vida del corazón y nos empeñamos en gastarla. Porque todo se gasta, ¡todo! Hoy no puedo resistir mi corazón: ¡me ahoga! Mañana acaso estará parado y frío. ¡Nada es inexhausto! Se deben respetar los sentimientos y se debe temerlos. Ellos pueden dar la dicha o la desgracia. Tú no querrás darme sino felicidad. Si para dárme la antes bastábase amarme, para dárme la al presente es preciso más. Es preciso que me compadezcas, y acaso... acaso, que dejes de verme. ¡Cuánto me cuesta decirlo! Rompe esta, y adiós.

[Rúbrica]

[Esta fue la carta de ruptura de Tula durante la primera etapa de su relación con Cepeda.]

Sevilla, 15 de abril de 1840

Teniendo la convicción de que habrá usted escrito, aún no he podido ir al correo a sacar la carta, que duerme indudablemente en aquellas cajas. [...] En la separación acaso eterna a que pronto nos veremos condenados será para mí un consuelo recibir algunas cartas de usted y dirigirle las mías; pero es preciso para que esta correspondencia esté exenta de inconvenientes determinar su naturaleza, amigo mío. Nuestras cartas serán las de dos amigos, no amigos como lo hemos sido en algún tiempo, porque aquella amistad era una dulce ilusión; la de ahora será más sólida porque no será hija del sentimiento que antecede al amor, lo será, sí, de aquel que sobrevive a él, y que se funda precisamente sobre sus desengaños. No sé si hablaría así otra mujer en mi posición respecto a usted; pero ya he dicho mil veces que no pienso como el común de las mujeres, y que mi modo de obrar y de sentir me pertenece exclusivamente.

Usted me ha dicho, juzgándome por ajenas opiniones, que soy inconstante, y yo sin negar que en cierto modo merezco este nombre, me atrevo a asegurar a usted con la franqueza que me caracteriza que no lo he sido nunca con usted, ni podré serlo en ninguno de los afectos que justa y profundamente haya sentido mi corazón. Pero soy, como ya le he dicho a usted, incapaz de poner cadenas al sentimiento más espontáneo y más independiente, ni de admitir como amor todavía lo que ya no es más que el esfuerzo de un corazón noble y agradecido, que quiere engañarse a sí mismo. ¡Cuán poco me conoces, Cepeda, si has pensado un momento que podía yo imitar a aquellas que, cuando cesan de ser amadas, aún quieren oprimir con el peso de su cariño! Porque el amor que ya no se participa no es un bien, no, es un mal, una tiranía.

Largo tiempo me he hecho ilusión sobre tus sentimientos y he interpretado lisonjeramente la frialdad de tu conducta. ¡En vano se me decían cosas que debían desengañarme! Pero por fin te he visto anunciarme fríamente una separación acaso eterna, te he visto desechar sin conmoverte las proposiciones que una loca pasión me dictaba, te he oído confesar que tienes secretos que no me juzgas digna de saber... Últimamente he sabido positivamente que otras distracciones más nuevas te ocupaban en las horas en que yo suspiraba por verte, y como no soy tonta, aunque sí sobrado confiada, vi por fin rasgarse el velo que yo misma había puesto sobre mis ojos. ¡Sábelo Dios!

Desde aquel momento miré rotos para siempre todos nuestros vínculos, pero no formé la menor queja de ti. Solo una cosa pudiera reprocharte, y es la falta de franqueza, es no haberme dicho ya no te amo. Porque la inconstancia no es un vicio, ni un crimen, es solamente una debilidad del corazón, o acaso una cualidad inherente a la naturaleza humana; pero la falsedad, el engaño, es un decreto que tiene motivo de quejarse el amante que cesa de ser amado cuando cesa de serlo sin que se le diga.

El amor es un fuego divino que Dios enciende y apaga a su voluntad, y la voluntad del hombre es impotente para mantenerlo o reanimarlo una vez extinguido. Pero cada uno puede ser sincero siempre que quiera, y yo no puedo perdonar al pérfido, mientras que solo compadezco al inconstante. Pero adiviné que si tú no habías sido franco conmigo, era efecto de una suma delicadeza, y quise ahorrarte el embarazo de una declaración penosa, o la perseverancia en una conducta violenta y aun culpable, pues hay culpa donde hay artificio. En efecto, yo me he adelantado a decirte: eres libre; y hoy te lo repito con toda la solemnidad posible.

No es del caso decirte si he padecido mucho o poco al tomar la resolución de romper nuestros vínculos... ¿A qué conduciría eso? Basta que sepas que me hallo con valor para renunciar a tu amor sin morir, y que después de penosas luchas conmigo misma, he triunfado de una pasión insensata. ¿Acaso no te amo ya? Soy demasiado franca para ocultar que te amo tanto como el día en que más te lo haya manifestado; pero confieso también que tengo en mí fuerzas superiores a las que creía encontrar, y que no creo difícil convertir mi amor en el afecto de una hermana. Como quiera que sea, es cierto que solo deseo hoy ver a usted tranquilo y dichoso, y merecer una amistad menos viva, pero más durable, que aquella que me hizo algún tiempo tan dichosa. Todos los otros vínculos que nuestros corazones hayan imprudentemente formado quedan rotos desde hoy... ¡y ojalá pudiésemos aniquilar su memoria! ¡Adiós! Escríbame usted directamente.

[Rúbrica]

[4]

[En el otoño de 1847, Tula y Cepeda intentaron retomar nuevamente su relación. Esta fue la carta de ruptura definitiva.]

[Madrid, octubre de 1847]

[...] Mi carta de ayer, dices, era menos afectuosa que la anterior a ella. Yo te dije más, te dije que era fría: y lo era, en efecto. Para disculpar la inconsecuencia que parece resultar de algunas de sus palabras comparándolas con las que contenía la otra, no te diré que esta última a que me refiero no te fue dada sino que me la quitaste, y que con el hecho de no habértela enviado te di una prueba de que mi corazón no la aprobaba, de que algo de su contenido no estaba acorde con mis deseos. No te diré esto, repito, porque no he menester abjurar o desmentir conceptos que trazó mi mano para probar que no soy inconstante ni contradictoria.

El mismo sentimiento que dictó una carta presidió a la otra. Pero ¿no sabes tú que los mismos vapores que forman las nubes azules y nacaradas son los que tiñen de un color fúnebre o sangriento esos densos nublados que preceden a la tempestad? ¿Es inconsecuente el sol porque tiene el poder de engendrar el rayo, así como el de abrir el delicado capullo de una flor? Ya te lo dije ayer: cuando te escribí mi última carta estaba descontenta de ti; no salió ella fría, fui yo la que hice que lo fuera. ¿Estoy hoy más satisfecha? No; acaso sería más digno de mi orgullo no decirte esto, pero te lo digo, sin embargo.

Voy a ser franca contigo hasta un extremo increíble; escucha.

Tú, según he comprendido, viniste a Madrid huyendo de un amor profundo que acaso quieres vencer, amor que juzgaste tan fuerte que dijiste: yo no viviré mucho; cuando muera, decidle que la he amado. Esto es muy novelesco, muy heroico. [...] Viniste, y, mientras llegaba el caso de morir víctima de tan acendrada pasión, quisiste que mi amistad te endulzara la expectativa, que te entretuviera, como se te escapó decir anoche. Pero era preciso para entretener un alma tan herida por el dardo de Cupido (hablaremos en términos poéticos), era preciso que mi amistad no fuese una cosa vulgar, sino ardiente, exclusiva, profunda. Cuando así la creíste, la aceptaste y aún dijiste: deja correr tu corazón, no le opongas la menor resistencia; ámame cuanto puedas, que así lo necesito. Sí, lo necesitabas para entretenerme. Por eso ayer todo lo más que decías lisonjeramente en tu carta era que me tenías predilecto afecto, en la misma carta en que tan satisfecho te mostrabas de mi amor, tan ciego lo creías que me ofrecías defenderme de mí misma, tomar la responsabilidad de mi destino, o mejor dicho, salvarme con tu respeto de mi propia flaqueza. ¿Sabes que nada tiene de galante? Eres singular. Tu talento se eclipsa a veces de una manera inverosímil. Escucha: tú no me has conocido sino por una de mis fases, por la de mi corazón; ignoras completamente cuál es la de mi cabeza; ignoras que si yo quisiera consultar solamente mi talento y mi conocimiento del corazón humano; si dejase obrar a mi vanidad de mujer y a mi experiencia de filósofo, ni tu amor a esa que lloras, ni tu calma, ni tu hastío, ni nada te salvaría, a ti, que quieres salvarme. Sí, yo te dominaría con mi cabeza fría; te subyugaría a mi placer; te volvería loco si se me antojase. ¡Oh! ¡Guárdate de enfriar mi corazón y de excitar mi orgullo! Guárdate de despertar en mi voluntad un deseo al que nadie ha resistido hasta hoy; porque

yo puedo cuanto quiero: mi voluntad es de aquellas pocas que hallan en su fuerza una omnipotencia terrestre. Pero no, no tienes necesidad de guardarte, no. Al decir esto que acabo de decirte, te he dado una prueba de que no aspiro a lo que creo poder: me desarmo ante ti con la conciencia de la bondad de mis armas; en una palabra, quemó mis naves como Cortés.

Lo hago porque yo no deseo que tú me ames; al contrario: mi razón me dice que sería un mal grande para mí tu amor. Pero ¿por qué quieres tú jugar con mi corazón, como el niño que pone el fuego en la pólvora, sin prever que puede él mismo abrasarse? Tú me agitas, me incitas, me ofendes en mi orgullo, me hieres en mi sensibilidad; todo con una calma admirable; sin comprender siquiera que estás jugando con fuego peligroso. Si yo te amo, tu conducta es cruel; si no te amo, es ridícula. Porque, en fin, ¿sé yo hasta ahora si eres mi amigo, mi amante, o si no eres nada? Como amigo pides mucho al decir que no admites más restricciones que las que yo ponga; porque si yo te amase, acaso no pondría ninguna. Como amante das poco; porque, hasta ahora, todo lo más apasionado que te he oído es que yo te entretengo; que te consume el hastío; que no crees en la felicidad; que te vas a París; y que amaste, o amas, a una mujer de quien huyes. Y para esto, sin embargo, dices que me necesitas, y me buscas, y te enojas porque no estamos solos, ¡y me preguntas si te amo tanto como amé a mi esposo, al hombre que más amó, al más digno de ser amado! ¿Te comprendes tú? Yo confieso que no. Tu amistad sería un bien para mí; tu amor, un mal. No sé empero si yo deseo aquel bien, ni si aborrezco este mal. Sé solamente que tu conducta me hiere, y que no sabiendo qué eres para mí, qué soy yo para ti, comienzo a creer que vale más que no seamos nada el uno para el otro; porque ya sabes que no sufro medianías, que lo indeciso no me place.

Esta carta te va a parecer loca, tonta: vas a leer todas las mías que tienes para notar las contradicciones, las inconsecuencias... Las hallarás, no lo dudo; un célebre moralista ha dicho: «La verdad es una en su esencia y múltiple en sus formas. Solo la mentira es consecuente, porque la mentira no es natural».

Acaso esta es tu propia disculpa; por eso yo no te acuso por inconsecuente, sino por orgulloso y frío. Es preciso que sientas más o que procures inspirar menos. Querer reinar absoluto y no decir siquiera cuál es tu derecho es una tiranía absurda.

He descargado en ti mi bilis, pero con todo, nadie te quiere como yo.

[Rúbrica]

P. D.: Lo ininteligible de esta te probará que aún no he hecho uso de tus plumas. No he querido que me sirvieran de armas contra ti.

Cartas a Gabriel García Tassara

(1844-1845)

[1]

[Madrid, ¿1844?]

Había ofrecido usted venir anoche y yo lo deseaba, no para renovar las escenas del domingo, porque ellas han despedazado mi corazón, y, si se repitieran, caería muerta a los ojos de usted. Deseaba que usted viniese, porque había hallado lo que anteanoche busqué inútilmente; porque usted me dijo palabras que yo puedo probar son injustas y crueles, con solo manifestar a usted algo que usted no ha visto, que yo no debía enseñar, pero que enseñaré, sin embargo.

En fin, deseaba ver a usted, porque usted ha herido de muerte mi corazón y mi orgullo, y es fuerza que yo obligue a usted a hacerme justicia, antes de separarnos para siempre.

No tema usted oír reproches, no. He comprendido perfectamente todo el horror de mi suerte; ha pesado sobre mi alma toda la grandeza de mi desventura; pero las almas fuertes se rompen sin plegarse.

Yo no me quejaré, ni volverá usted a ver correr mis lágrimas, se lo juro a usted, Tassara. Pero venga usted esta noche, me precisa hablar a usted; procuraré hacerlo con serenidad. Después de esta última conversación, usted quedará libre para hacer lo que guste, y dentro de seis días estaré yo lejos de Madrid.

Espero a usted esta noche: nos veremos por última vez acaso, pero es una necesidad absoluta que nos veamos hoy. Repito que no tema usted nada. Reconvenciones mías no las oirá usted, y si usted cree que puede verse comprometido con otro hombre, hace usted una injusticia a mi talento y a mi corazón.

Una mujer como yo sabe pasar por ligera, por loca, por incomprensible, antes que comprometer por su causa a nadie. Tassara, necesito hablar con usted una vez y me explicaré mejor. Adiós, hasta la noche.

[Rúbrica]

Si no puede o ni quiere usted venir, póngame usted al pie de estas líneas la sílaba —no—, no exijo más. Pero por Dios, no me haga usted pasar otra noche como la de ayer. La incertidumbre es un tormento para las almas vulgares, pero para mí es el infierno.

[2]

*[Tula le escribió esta terrible carta a Tassara cuando su hija se estaba muriendo.
No se sabe si él fue o no a verla.]*

[Madrid,
principios de noviembre de 1845]

Tassara, aún vuelvo a escribir a usted y, lo que es más, estoy resuelta, si usted desatiende mi carta, a buscarle por todas partes, y a decir a gritos, donde quiera que lo encuentre, lo que voy a manifestarle por escrito.

Mi Brenhilde, mi hija, se está muriendo: este pobre ángel que, desde que vino al mundo, padece cruelmente de los nervios y de una tos convulsiva que algunas veces le produce alferecía, está malísima ahora, complicándose sus antiguos males con la dentición que se le anuncia con una terrible fiebre y gran inflamación de estómago. Hoy he perdido toda esperanza. Ni Lario ni Escalera, que la asisten, la tienen ya. Voy a enviar por Robiralta, pero nada espero. Se muere mi hija y yo con ella.

Pero no morirá sin que su padre la bendiga, sin que vea este rostro en el cual la naturaleza ha estampado en una maravillosa semejanza la más elocuente condensación de su conducta de usted.

Venga usted, Tassara, de rodillas se lo pediré, si es preciso; para mí no hay nada fuera de mi niña, ni temo desprecios ni evito humillaciones: me arrojaré a los pies de usted para suplicarle dé una primera y última mirada a su pobre hija. Ella no es culpable de mis delitos, si usted me cree cargada de ellos.

Si a usted le es enojosa mi vista, no me presentaré: hallará usted a Brenhilde sola con su nodriza. Pero, por Dios, por su madre de usted, por cuanto ame, le ruego que conceda una mirada

paternal a este ángel que deja un mundo en que tanto ha padecido su madre. En mi desesperación, no retrocederé por conseguirlo ante ningún género de escándalo.

¿Y es tanto lo que pido? Una caricia de piedad para una pobre inocente ¿es sacrificio tan grande para usted que no pueda concederlo? ¿Qué es lo que usted teme? ¿Quiere usted que no piense nadie que usted es padre de mi hija? Y bien, yo publicaré que no lo es; diré que la tuve del verdugo, si es preciso; diré cuanto usted quiera. Pero véala usted un momento, bendígala en su corazón, yo no soy como usted ateo, yo creo en Dios y en la vida eterna: no me resigno a que mi hija muera sin su bendición de usted.

Sea esta condescendencia, Tassara, el último adiós que reciba de usted la mujer que tanto ha amado, y le bendecirá al morir.

Por Dios, venga usted, yo espero y Brenhilde se muere. Nadie verá a usted, lo juro; pero, si no vienes, te buscaré; te arrojaré tu hija moribunda o muerta en medio de tus queridas del [Teatro] Circo, a la hora en que te presentes allí. Esto es tan cierto como lo es que estoy desesperada y que mi hija padece cruelmente y que serás un monstruo de bajeza si me rehúsas este pequeño y tristísimo favor.

Tassara: te espero,

TULA

Vivo calle de la Ballesta, 4, pral.

Son las siete; espero, sea la hora que fuere: la puerta no se cerrará hasta la una; después de esta hora se da un golpe, nadie duerme. Por Dios, Tassara, no deje usted de venir.

10

Cartas de Emilia Pardo Bazán
a Benito Pérez Galdós

(1889)

En algún lugar del Pazo de Meirás —propiedad triste de la familia Franco—, escondidas tal vez en un cajón de viejo castaño torneado, un puñado de cartas amarillentas, sujetas con una cinta ya deshilachada y pálida, esperan, desde hace cien años, que alguien las rescate. Son las cartas que una de las mayores voces literarias del siglo XIX español, Benito Pérez Galdós, le escribió a otra de las mayores voces literarias de su tiempo, Emilia Pardo Bazán.

Eso al menos quiero creer. Pero, en realidad, nadie sabe lo que los Franco hicieron con los papeles de la escritora, que quedaron en su palacio, sin que se les permitiera sacarlos, cuando su hija y su nuera se vieron obligadas en 1938 a malvendérselo a las autoridades golpistas. De hecho, es probable que esas cartas ya no existan: los mejores conocedores de Pardo Bazán creen que todo su archivo fue quemado por orden de Carmen Polo, la mujer del dictador, deseosa de ocupar una casa limpia en lo posible de recuerdos de intelectuales y otras personas impías.

Sí se conocen en cambio las cartas que ella le escribió a él, conservadas en diversos archivos y que desde la década de 1970 han ido saliendo a la luz en ediciones sucesivas, haciendo público el amor entre los dos grandes escritores, que había sido en su tiempo un gran secreto del que nadie, asombrosamente, llegó a sospechar.

Esa relación es realmente extraordinaria. Y lo es tanto por la importancia de sus protagonistas en el mundo literario de la época como por las personalidades de ambos. Galdós —cuarenta y cuatro años cuando comienza la aventura— era un solterón impenitente, y lo siguió siendo hasta su muerte. Uno de esos solterones que dependen de las mujeres para lo cotidiano. Vivía con dos hermanas y una cuñada —además de dos sobrinos—, y ellas se ocupaban de que todo estuviese siempre resuelto. Se le conocían amoríos diversos con mujeres de «comportamiento relajado», en especial actrices del teatro madrileño y modelos de las que frecuentaban los estudios de los artistas. Por lo demás, era un hombre bondadoso, afable, y de firmes ideas republicanas, anticlericales y progresistas.

Emilia Pardo Bazán, en cambio, se mantenía fiel a sus treinta y seis años a sus orígenes sociales e ideológicos: era aristócrata —condesa—, monárquica y católica, aunque algunas de sus ideas y de sus comportamientos se enfrentasen directamente con las reglas de la Santa Madre Iglesia. Y estaba casada, desde los dieciséis años, con José Quiroga, un abogado de su círculo familiar.

Galdós era nervioso, delgado y enfermizo. Pardo Bazán, robusta en todos los sentidos, de cuerpo, salud y ánimo. Galdós se malvestía sin dar ninguna importancia a su aspecto. Pardo Bazán se envolvía en boas, sedas, volantes, lazos y plumas, como una dama elegante y cosmopolita,

aunque un poco rolliza. A Galdós le gustaba pasear por los barrios populares madrileños, respirando los aromas de cocidos y lentejas que salían por las ventanas y observando de cerca la vida de las clases más desfavorecidas. Pardo Bazán —capaz de pasarse días en una fábrica, si hacía falta, con el fin de documentarse para una novela— prefería en cambio asistir a la ópera o a algún baile palaciego y, en cuanto podía, tomaba un tren que la llevase lejos, sobre todo a París, donde solía pasar varios meses al año y donde se sentía libre y feliz.

Y, sin embargo, aquellos dos seres tan diferentes vivieron un amor que, a juzgar por las cartas de doña Emilia, estuvo lleno de pasión, placer, ternura, alegría y complicidad intelectual. Una relación que, en las líneas tan íntimas de la escritora, parece envidiable. Aunque probablemente ella la disfrutó de una manera más sana que él.

Emilia Pardo Bazán y Benito Pérez Galdós se habían hecho amigos a principios de la década de 1880. Para entonces, él era ya un escritor importantísimo, que había publicado parte de sus *Episodios Nacionales* y algunas grandes novelas como *Doña Perfecta*. Ella, por su parte, había comenzado a abrirse camino en el mundo literario desde 1876. Abrirse camino entre ortigas, espinos y plantas venenosas de toda clase, porque el mundo literario, dominado absolutamente por los hombres, no se lo puso nada fácil. Y no solo por el hecho de ser mujer, sino también por su manera de serlo.

A pesar de sus plumas y lazos, de sus títulos y de la fortuna de su familia, a pesar incluso de su ideología conservadora, ella era lo contrario de una dama «como es debido», según la mitología de la época, que pretendía que las damas «como es debido» fueran seres sin sexo ni seso. Que tuviera sexo —y del bueno, por lo que parece— nunca se llegó a saber en su tiempo. Pero de su seso doña Emilia siempre presumió igual que presumían los hombres.

Hija única, tuvo una educación privilegiada, a caballo entre su A Coruña natal, Madrid y los numerosos viajes al extranjero, desde pequeña, en compañía de sus padres. Dotada de una inteligencia y una curiosidad fuera de lo común, aprovechó todo lo que la vida puso a su alcance, en particular devorando libros en los diversos idiomas que dominaba.

Doña Amalia de la Rúa-Figueroa, su madre, y José María de Pardo-Bazán, su padre, fueron las dos firmes columnas sobre las que se asentó su formación y, sobre todo, su autoestima: nadie la convencería jamás de que por ser mujer era tonta. Emilia creció creyendo en sus propias capacidades y en su talento como escritora. Sin embargo, después de una primera explosión de tópicos versos juveniles, pareció abandonar la literatura para dedicarse a su marido y a los tres hijos que fueron naciendo, Jaime, Blanca y Carmen.

Pero a los treinta años volvió al punto de partida. Comenzó publicando un ensayo sobre el padre Feijoo, el asombroso monje benedictino del siglo XVIII, catedrático de Teología en Oviedo y autor de uno de los primeros tratados feministas de España, *Defensa de las mujeres*. La elección

no fue casual, desde luego: doña Emilia fue una de las grandes voces feministas de su época. No solo luchó siempre a favor del género femenino a través de novelas, relatos, artículos y conferencias, no solo dio un gran ejemplo con su propia vida, su seguridad en sí misma y su manera de ocupar el espacio público, sino que probablemente fue la primera persona —o una de las primeras— en emplear en España ese término, que en Francia venía utilizándose desde la década de 1830. Valiente como pocas.

Tras el ensayo llegaron sus novelas, nuevos ensayos, artículos, libros de viajes, reseñas críticas... Doña Emilia no paraba. Había decidido colocarse en las primeras filas de la escritura, y lo hizo sin que nadie pudiese detenerla, demostrando aquella firmeza sorprendente que siempre la acompañó. El empeño le costó, según parece, el matrimonio: aunque nunca se hizo público, José Quiroga y ella se separaron en 1883, manteniendo desde entonces una mera relación cordial. José estaba preocupado por las consecuencias de los escritos de Emilia: aquello era mucho más que publicar unos «femeninos» versitos sobre flores, niños o sentimientos devotos. De hecho, las obras de su esposa, por su contenido y su atrevido estilo naturalista, por su observación de aspectos de la realidad que resultaban siniestros y hasta depravados —y que los delicados ojos de una dama jamás debían contemplar—, comenzaron pronto a provocar reacciones de escándalo en su entorno.

Y no solo entre las familias cercanas, conservadoras y poco intelectuales. Ese círculo, en realidad, a doña Emilia debía de importarle poco. Lo peor fue que el escándalo se produjo también entre muchos de sus compañeros escritores, incluso entre los que más presumían de apertura de mente e ideas progresistas. La escritora consideraba a muchos de ellos buenos amigos, y creía ingenuamente que la trataban como a una igual. Con toda su naturalidad y su valentía, compartía con ellos tertulias, reuniones y actos en el Ateneo de Madrid, muy activo en aquel entonces. Al principio parecieron aceptarla. Pero cuando quedó claro que su ambición literaria no tenía límites, que su talento estaba muy por encima de lo supuesto en una mujer dedicada a las letras —y, sobre todo, muy por encima del de la mayor parte de ellos—, y que, para colmo, no se mordía la lengua a la hora de expresar algunas ideas inaceptables sobre la igualdad de los géneros, doña Emilia empezó a molestar.

Si no lo intuyó al leer las críticas que escribían sobre sus obras gentes como Clarín, si tampoco lo entendió —o fingió no entenderlo— en sus frecuentes encuentros con Marcelino Menéndez Pelayo, Juan Valera o José María de Pereda, debió de darse cuenta cuando en 1889 trató por primera vez de ser elegida miembro de la Academia de la Lengua. Igual que le había sucedido a Gertrudis Gómez de Avellaneda treinta y seis años antes, no lo logró, ni en esa ocasión ni en los dos siguientes intentos. Como casi siempre, doña Emilia prefirió tomarse el asunto con humor —aunque sin desfallecer en la lucha— y terminó autoproclamándose «candidata perpetua». Pero no es de extrañar que un día afirmase: «Si en mi tarjeta pusiera Emilio, en lugar de Emilia, qué

distinta habría sido mi vida».

Por suerte para ella, nunca llegó a leer las cosas que aquellos hombres se decían los unos a los otros, en sus correspondencias privadas, al mencionarla. Por desgracia para ellos, muchas de esas cartas son ahora conocidas. Los adjetivos y las frases dedicadas a «la» Pardo Bazán por aquellos escritores a los que ella creía sus compañeros, cuando no sus amigos, hacen enrojecer de vergüenza ajena. Y no basta para justificarlos la tópica excusa de que «los tiempos eran así»: a esos mismos tiempos pertenecía Benito Pérez Galdós y nunca, ni antes ni después de su relación, ni en público ni en privado, se permitió decir ninguna palabra grosera o misógina sobre ella. En todas las épocas hay personas cuyo pensamiento se amolda cómoda y estúpidamente a la corriente general, y otras que tratan de razonar por sí mismas y desarrollan su propia conciencia, cueste lo que cueste.

La admiración mutua entre Galdós y Emilia era sin duda enorme. Él fue, por ejemplo, uno de los pocos críticos que saludó la publicación en 1887 de la gran novela de la escritora, *Los pazos de Ulloa*, colocándola en el lugar que se merecía y afirmando que era una obra maestra. Para entonces, la amistad entre los dos se había ido estrechando. Ella pasaba cada vez más tiempo en Madrid, huyendo de una Coruña provinciana que la asfixiaba, y juntos daban largos paseos por los barrios preferidos de Galdós, hablando seguramente de libros, como hacían en sus cartas.

A lo largo de 1888, por lo que se puede ver en las cartas, la amistad se convirtió en amor. Amor con sexo incluido. Emilia, que a sus treinta y seis años ya no era joven, se entregó a la pasión con entusiasmo. Los amantes se veían en un piso de la calle de la Palma, que ella llama en sus cartas «el asilo» o «el nido». Un refugio, desde luego, para sus encuentros sexuales y para las charlas interminables que, supongo, mantendrían sobre los temas que tanto les interesaban. Por las cartas sabemos que se leían el uno al otro capítulos de sus nuevas obras y se hacían mutuamente las correcciones pertinentes.

Pero aquel torbellino de energía vital cometió un error: en medio del redescubrimiento de la juventud que parecía estar viviendo, con los sentidos exaltados y el orgullo de sentir deseo y provocarlo, Emilia se permitió tener una breve aventura de dos días con José Lázaro Galdiano, un hombre de negocios, editor y coleccionista de arte que, a pesar de ser once años más joven que la escritora, se sentía fascinado por ella. Lo malo fue que un amigo común de los tres se enteró del asunto y se lo contó a Galdós, sin sospechar la relación de este con Pardo Bazán.

Aquello provocó en febrero de 1889 una crisis en la pareja. La primera carta de esta selección data de esa fecha, y en ella la escritora explica a su amante lo sucedido y le pide perdón. Por lo que se puede leer en las cartas de los siguientes meses, Galdós —que no era tampoco un ejemplo de fidelidad— intentó sobreponerse a la decepción que debió de causarle aquella irrefrenable Emilia, con tanta naturalidad y tanto amor a la vida y sus placeres. El tema, desde luego, es

frecuentemente mencionado por ella, como respondiendo a ciertas charlas que ambos hubieran mantenido, una y otra vez, sobre el asunto.

En septiembre de ese año, 1889, la pareja hizo un viaje por Alemania. La propuesta partió de Galdós. Para ella fue un viaje extraordinario, una especie de «luna de miel» secreta, durante la cual estuvieron al fin solos mucho tiempo, fingiendo ser un matrimonio, pasando juntos las noches —un sueño de amantes ilícitos— y disfrutando de no tener que esconderse.

Pero algo debió de suceder inesperadamente en la mente de Galdós: después de despedirse en París, mientras ella le escribía desde su hotel como una adolescente enamorada, ansiando regresar a Madrid para volver a verle, él hizo una parada en Santander y se quedó allí varios meses.

Por la correspondencia de Emilia, no es posible saber qué ocurrió, si es que ocurrió algo. Ella mantuvo el tono de intimidad de amante todavía durante algunos meses. Después, de pronto, las cartas volvieron a ser, como al principio de la relación, formales y simplemente amistosas.

Él, entretanto, se compró una casa precisamente en Santander, empezó a pasar allí cada vez más tiempo y, en enero de 1891 —dieciséis meses después de aquel viaje glorioso—, tuvo allí a la única hija que se le conoce, nacida de su relación con una modelo de artistas, Lorenza Cobián, a la que conocía desde hacía mucho y con la que quizá siguió encontrándose durante el tiempo de amor con la escritora.

¿Fue incapaz de perdonarle a Emilia la infidelidad, por mucho que lo intentase? ¿Se cansó de ella? ¿Se asustó, quizá, ante la energía y la fuerza de aquella mujer extraordinaria? Si en el Pazo de Meirás se conservan aún por milagro inverso sus cartas, puede que algún día se encuentre en ellas una explicación.

Pero tal vez no importe demasiado: terminó aquel amor, fuera como fuese, y Emilia pareció aceptarlo, como todo, con naturalidad. Si lloró y se le rompió el corazón —y así debió de ser—, lo hizo seguramente en secreto absoluto. Lo cierto es que los examantes siguieron siendo amigos hasta la muerte de Galdós en 1920. Y que, según parece, Emilia no volvió a enamorarse.

Aquí están algunas de esas cartas hermosas, llenas de felicidad, de deseo, de humor y, también, de delicados sentimientos protectores, que una grande le escribió a otro grande.

Que doña Emilia nos perdone por colarnos a través de esta rendija en su corazón y su cama.

[1]

[Madrid, 26 de febrero de 1889]

Hoy, 26, a media noche

Amigo del alma, ante todo, no llares caridad a lo que es acendrada ternura. Tratándose de ti no distingo de acciones, y lo mismo que te abro los brazos, te velaría enfermo o te ayudaría en el trabajo literario. Bien sé, ¿y por qué me lo dices?, que nada premeditaste ni en ningún agravio pensaste. En ti no cabe nada malo, ni te alcanza responsabilidad alguna, ni necesito yo que me digas otra cosa sino esa dulce frase «he dormido bien».

Acabo de leer tu carta. Voy a sorprenderte algo diciéndote que adivinaba su contenido. Sé quién te enteró de todos esos detalles portugueses, y comprendí a qué aludías al anunciarme un cargo grave. Apelas a mi sinceridad: debí manifestarla antes, pues ahora ya no merece este nombre; sea como quiera, ahora obedeceré a mi instinto procediendo con sinceridad absoluta. Mi infidelidad material no data de Oporto sino de Barcelona, en los últimos días del mes de mayo, tres después de tu marcha.

Perdona mi brutal franqueza. La hace más brutal el llegar tarde y no tener color de lealtad. Nada diré para excusarme, y solo a título de explicación te diré que no me resolví a perder tu cariño confesando un error momentáneo de los sentidos fruto de circunstancias imprevistas. Eras mi felicidad y tuve miedo a quedarme sin ella. Creía yo que aquello sería para los dos culpables igualmente transitorio y accidental. Me equivoqué: me encontré seguida, apasionadamente querida, y contagiada. Solo entonces me pareció que existía problema: solo entonces empecé a dejarme llevar hacia donde —al parecer— me solicitaban fuerzas mayores, creyendo que allí llenaba yo mayor vacío y hacía mayor felicidad. Perdóname el agravio y el error, porque he visto que te hice mucho daño; a ti, que solo mereces rosas y bienes, y que eres digno del amor de la misma santa Teresa que resucitase.

Deseo pedirte de viva voz que me perdones, pues aunque ya lo has hecho, y repetidas veces, a mí me sirve de alivio el reconocer que te he faltado, y sin disculpa ni razón. Hasta luego; no me lleves a mal nada de lo que en esta carta te escribo: la recibirás por la mañana (el jueves) y por la tarde podré desahogar un poco el corazón rogándote que no pierdas enteramente el cariño a la que te lo profesa santo y eterno.

Hasta luego, no olvido las señas. Haz por comer y no fumes mucho.

[2]

[En esta carta, Emilia Pardo Bazán habla, sin darle mucha importancia, de su primer intento de entrar en la Academia.]

[Madrid, 13 de marzo de 1889]

Hoy, 13

Amigo mío del alma: su carta de usted del 5 llegó a tiempo y con oportunidad; gracias por su delicadeza y por su bondad, nunca mayor, me parece, que ahora. Creo que hace un siglo que no le veo, ni oigo su voz tan querida, ni comunico con ese espíritu que había llegado a ser como la mitad del mío propio: siento un vacío muy grande, y para mayor desazón, oigo decir que ha estado usted en la cama. ¿Qué ha sido? ¿Jaqueca? ¿Resfriado? Quiera Dios que nada de importancia. ¿Verdad que no lleva usted mal que le escriba con este afecto y este abandono, ni duda usted de que le quiero entrañablemente y de que hace usted falta?

[...] Dios mío, cuánto tiempo ya sin verle. Desde el 17 y estamos a 13. Casi un mes, aunque febrero tiene menos días. Sería para mí una alegría tan grande encontrarle a usted en la calle por casualidad; tenga usted por cierto que le pararía y que me daría el gustazo de verle a usted siquiera diez minutos. Ya verá usted como no tengo esa suerte.

Respecto a Academias y cartas, me sucede lo que a usted; tan aburrida estoy de esas tonterías que ya, después de decir en alto y a voz en cuello que no he gestionado nada, me estomaga que me hablen de eso. He visto la pequeñez de muchas gentes a quienes la fama llama grandes; he oído mentir a varones en el mismo instante en que reclamaban la superioridad de su sexo; he perdido un amigo en quien creía, porque debía creer (hablo de Daniel); ya ve usted si la cuestión es o no es para mí enojosa y amarga. Ojalá nadie resuelle, y no escriban en pro ni en contra. Con mi temperamento batallador, me encontrarán si me buscan, y hoy por hoy preferiría vivir tranquila y cultivar, como Cándido, mi jardín literario.

Lo que me duele es no poder desahogar con usted todas estas cosas. Creo que a eso se debe mi excitación nerviosa cuando de Academia se trata. De lo que usted y yo hacíamos asunto de risa, ahora hago yo tela de mal humor, y me echo a perder el hígado tontamente. ¡De aquí a ochenta años, la gente se reirá de tantas cosas! ¡Y nuestros huesos estarán tan reducidos a polvo!

Amigo querido, por Dios, cuídese usted. Que esa salud sea tan completa como usted merece y

como yo le pido a Dios, aunque no valgan de gran cosa mis peticiones.

Echaré esta carta al correo por la tarde, a fin de que la reciba usted por la mañana: para que yo sepa que ha llegado a manos de usted, contésteme o, por mejor decir, escríbame una carta sin misterio alguno, pública, y que no se refiera a ninguna mía, sino al contrario se extrañe de no haber recibido respuesta mía a la de usted del día 5. ¿Quiere usted hacer esto? Con eso me persuadiré de que lee usted sin enojo estos renglones, y reincidiré.

¡Qué ganas tengo de verle!

Hace un siglo.

Un beso en la mano.

[3]

[A Coruña, abril de 1889]

Domingo

Mi siempre amado (siempre, siempre), ¡tu cartita me da un rato más bueno!

Contaba con ella como epílogo a los sabrosos *marrons glacés* del último día. He encontrado este papel, y por recordar épocas gratas para los dos, y darte a mi modo una sorpresita, en él te escribo.

De mis picardías, ¿qué quieres que te diga? Tú eres más indulgente para ellas que yo misma; tú las explicas y las perdonas, yo tengo instantes en que no las sé perdonar, aunque me las explique aquella lógica interior que nos ayuda a comprender nuestras propias acciones por más disparatadas que sean. Lo que debe constar y lo que no se escapa a tu inteligencia es que nada hay de humillante, para ti, en lo ocurrido. Bien te alcanza la filosofía y la razón para comprender que a nadie humilla lo que hace otro, y que solo las acciones de uno mismo honran o avergüenzan. Máxime aquí, en que no hay que rendir tributo a las preocupaciones de la gente, que ignora el lazo que nos une. Si el público supiese que tú y yo... [dibujo de dos manos con los índices enfrentados], vamos, entonces aún se podría compaginar eso de las humillaciones; pero el público, gracias a tu maquiavelismo, está hecho un papanatas, así que nada de lo malo que yo cometa refluye en desdoro tuyo. Me basta haber lastimado tu corazoncito sin que además tenga sobre mí el remordimiento de haber dado ocasión a que ningún estúpido se permita reírse de ti. Gracias a Dios, eso no sucederá nunca.

Por lo que toca al arrastrado éxtasis de Barcelona, creo que fue una de esas cosas impensadas y

casi inconscientes, que al más pintado le ocurren. Allí sí que no pequé contra el amor que te tuve y tengo, como aseguras tú que no pecaste contra el mío en Nápoles ni en Venecia. [...] En el fondo, fue mi imaginación y no mi alma lo que allí te abandonó o, por mejor decir, te hizo traición. Ante la moral oficial no tengo defensa, pero tú y yo se me figura que vamos un poco para nihilistas en eso.

En fin, tú me has perdonado; tú me has estrechado contra el corazón prodigándome nombres dulces y cariñitos inefables; aquella pasión que yo creía amortiguada se ha revelado como la pasión que debe ser viva, ardiente y hasta absurda, divinamente absurda; tu absolución y mi franqueza, aunque tardía, siempre meritoria, me han reconciliado conmigo misma. Lo imposible y lo temible era que no nos viésemos, que suprimiésemos la comunicación, cuando nuestras almas se necesitan y se completan, y cuando nadie puede sustituir en ese punto a tu Porcia. No deseo ciertamente que me hagas una infidelidad, no; pero aún concibo menos que te echas una amiga espiritual, a quien le cuentes tus argumentos de novelas. A bien que esto es imposible; ¿verdad, mi alma, que es imposible?

Ya veo que tuerces el hocico, pensando «aquí sale el cariño eterno y santo. Reniego de él». No es eso, fachita, no es eso. Es que estimo en ti lo que solo en ti se encuentra, sin dejar de saborear lo otro, que es mejor por ser tuyo. En prueba te abrazo fuerte, a ver si de una vez te deshago y te reduzco a polvo. En cuanto yo te coja, no queda rastro del gran hombre.

[...] A ver cómo vamos sorteando los escollos. El quererme a mí tiene todos los inconvenientes y las emociones de casarse con un marino o un militar en tiempo de guerra. Siempre doy sustos.

[...] Y ¿por qué me quieres tanto, di, ratón? No lo merezco, bien lo sabes, aunque te quiero también mucho y muy hondo. ¿Qué haces? Mira que espero tus letras el sábado. ¿No dijiste que los jueves me escribirías? Dime en qué te ocupas. No hagas conquistas, no te vengues en eso. Lo que te amo te basta, mira que yo en un minuto te puedo dar más bienes y más alegrías que nadie; sobre todo, a mí es a quien quieres; no lo olvides. ¿Cómo andas de sueño? ¿Y de comer? Te muerdo un carrillito y te doy muchos besos por ahí, en la frente y en el pelo y en la boca. Gracias por tus bondades todas, y no me destierres al fin de ese corazón mío.

[4]

[A Coruña, 13 de abril de 1889]

Hoy, sábado

Mi ratonciño amado: aunque esta la escribo hoy, saldrá mañana, y con eso no se alterará la estricta regularidad de nuestra correspondencia. Tendrás ahí el martes esta dedada de miel, entreverada con un poquito de hiel, bien a mi pesar. Te pido una vez más lo que tan abundantemente me ofreces, que es tu indulgencia.

Lo que me dices del estado (material) de tu corazón, me aflige bastante. Esa condenada maquina ya podía funcionar como Dios manda. Sin embargo, si comes y duermes bien, tengo esperanza de que ese estado nervioso no entrañe ningún trastorno grave. No lo quiera el Cielo. De una cosa puedes estar seguro, y es de que yo tomaría bien gustosa el mal por quitártelo a ti. Entre las picardías y maldades que te hice, no se ha contado jamás la de preferir mi salud a la tuya. Y sin embargo, yo contribuí a alterar tus nervios y tu circulación, mi almita. Perdóname.

No te acongojes pensando en el porvenir. Mira, aunque llegues a estar muchísimo menos fuerte que hoy, no solo yo, que a decir verdad siempre vi en ti una porción de cosas más bonitas aún que los éxtasis famosos, sino cualquier mujer mejor que yo (¡y hay tantas!) te querrá entrañablemente. No te preocupes imaginando que se romperán tus relaciones con la diosa Cítrea; al contrario, tú cada día tendrás más posibilidades de ser querido, y querido de verdad. Yo te querré siempre, pero como no tengo derecho de disputarte a nadie, diré cuando me cuentes que has encontrado a Bettina Brentano, que no veía en el pelo blanco de Goethe sino «la aureola de los inmortales».

¡Ay fachiña amado! Yo te daré lo que creas necesites de mí... y en cambio, no te exigiré nada. ¿Conviene el trato?

No me has enviado el retratito mono aquel de la silla. Tenía muchas ganas de verlo y de darle un mordisquito en un carrillo, mentalmente, por no estropear la fotografía. Ya se lo anuncié a [mi hijo] Jaime y está esperándolo.

Vida, yo te dejo a ti que nos resuelvas el problema. Conozco su gravedad, pero si he de ser franca, no veo para él más soluciones que las empíricas. De todos modos, acepto las lecciones de tu sabiduría psicológica y no niego nada de lo que afirmes. Y voy a decirte algo sobre esta especie de pasividad que notas en mí y que se parece (sin serlo) a indiferencia ante estas situaciones tan graves. La lucha interior la hubo en mí en el mes de septiembre y en los primeros días de mi estancia en Madrid ahora; pero desde que «confesé», me he quedado así como muerta; no puedo explicarte este estado moral. Por otra parte, necesito un poco de serenidad para trabajar sin desaliento. Me he propuesto vivir exclusivamente del trabajo literario, sin recibir nada de mis padres, puesto que si me emancipo en cierto modo de la tutela paterna, debo justificar mi emancipación no siendo en nada dependiente; y este propósito, del todo varonil, reclama en mí fuerza y tranquilidad. Si pensase en este dualismo mío interior, no cumpliría mis compromisos editoriales, porque dormiría mal, estaría rendida al día siguiente, y adiós producción y adiós quince cuartillas diarias. Lo dicho; esta especie de trasposición del estado de mujer al de hombre es cada día más acentuada en mí, y por eso no tengo tanta zozobra moral como en otro caso

tendría. De los dos órdenes de virtudes que se exigen al género humano, elijo las del varón... y en paz.

Algo más te diré sobre esto, cuando nos veamos.

También me parece imposible, por ahora, que renuncies a mí enteramente. No sé si algún día la consideración de mis malas partidas llegará a extirpar la inclinación que hoy te inspiro; pero también puede suceder que la comunidad de gustos, de ideas y de almas haga eterna en ti (en mí lo será siempre) la necesidad de un trato que entre los dos siempre ha de teñirse con unos colorcitos de amor muy dulces. ¿Qué, no has sido feliz estas últimas tardes? ¿No me dabas el alma hasta las últimas raíces? ¿Pues por qué te atormentas en batallar con eso? Imagínate —imaginémonos— que estoy casada ante el cura, con todas las formalidades, y que tengo el convencimiento de que un divorcio acabaría, moralmente, con el compañero. Construyamos así, con la libertad del arte, la situación que la sociedad podría darnos hecha y que tendríamos que soportar entonces. Lo que sí es preciso, y se realizará, es que no haya para mí ya ni la contingencia de una nueva aventura. No la habrá, no la habrá, no la habrá.

Respecto a evitar los peligros del escándalo, en eso también me confío a ti. Tú cuidarás del ramo de maquiavelismo, como has cuidado siempre. Ya sabes que yo no sirvo para el caso.

[...] Tiene gracia eso de que van a poner sitio al alcázar de tu honestidad. A otro perro con ese hueso. Ya habrás tú abierto un portillito para que entren las fuerzas sitiadoras, que si no... Pero ahí tienes tú lo que sois los hombres. Os parece más ridícula que ninguna la situación de José y, sin embargo, queréis que nosotras seamos unas estatuas de piedra berroqueña, insensibles a las influencias del «medio ambiente, la noche y la ocasión». ¡Ah, pícaros! Conste que deseo saber cuándo y cómo te seducen, para tener un berrinche expiatorio.

También tiene chiste eso de la «nostalgia estática». Hay momentos en que no te niego que la siento, pero el trabajo me absorbe. Y además, si ni la imaginación ni el corazón están excitados, es fácil no sentir aquel aguijón del que el buen san Pablo se quejaba tantísimo.

Tu cartita hoy me quitará algo de trabajar, distrayéndome el espíritu y llevándome hacia aquel solitario paseo de la Ronda, con tu cabeza en mi hombro y tus brazos alrededor de mi cuerpo. ¡Este cuerpo del diablo! ¿Cómo haríamos para que yo me convirtiera en «aérea sílfide que no dobla con sus pies ni el cáliz de los lirios»? A ver si realizamos esta «metempsicosis».

[...] Mi amigo e inquilino eterno del consabido mío principal, adiós. Escríbeme largo, con franqueza; no temas decirme cuanto sientas y se te ocurra. Te quiero, te abrazo, y pido a Dios que estés hecho una torre de fuerte, aunque sitien esa torre dueñas libertinas y suspironas doncellas. Te como un pedazo de mejilla y una guía del bigote. Envía el retratito mono. Un beso por él.

[A Coruña, 20 de abril de 1889]

Sábado de Gloria

Querido de mi corazón: he recibido tus dos cartitas, la oficial con el retrato mono, al cual hice muchas fiestas, y la de hoy que me lleva a pensar, discurrir y reír tanto. La verdad, no hay plato más sabroso que una carta así. Búrlate lo que quieras; aún se relame una más después de lecturas semejantes que de expansiones «extatiquiformes» (cuyos encantos no niego). Eres tú muy gracioso y muy natural, y cuanto más te revelas más ganas.

Comprendo tu nostalgia del pasado. Lo de ahora necesariamente ha de tener espinas para ti; y aun para mí no deja de ofrecer sus resquemorcillos. Por el ascendiente que ejerces sobre mí y el inmenso cariño que te profeso, puedes tranquilizar o desasosegar mi conciencia con unas palabritas. Pues sábetete que hay ocasiones en que obedeciendo al instinto de echar la culpa a los demás me entran ganas de decirte «Y si me querías tanto, de tan insustituible manera, miquito, ¿por qué no me lo hiciste entender? ¿Por qué a veces parecías, si no cansado, al menos un poco demasíadamente tranquilo?».

Cuando vuelvo los ojos a lo que sucedía antes del «Corpus de sangre»,^[12] deduzco que era absurdo que tú no me quisieses muchísimo, porque lógicamente era difícil que para ti hubiera otra mujer adecuada; pero estas lógicas que descubre la razón estableciendo un juicio comparativo de aptitudes, gustos, ideas, y hasta de ciertas oposiciones y contrastes llamados a resolverse en simpatía profunda, en la realidad fallan muy a menudo, y por cualquier quisicosa, por una deficiencia de ajuste en un terreno insignificante, no se realiza la íntima fusión de los corazones. Soy exigente y donde entro aspiro a llenarlo todo; y te confieso que muchas veces di en creer que a pesar de nuestras similitudes, y con toda la estimación que hacías de mí, yo no te llenaba, al menos pasado cierto tiempo. Parecíame que allá en los primeros años de la juventud habías querido de otra manera más apasionada, y que ahora solo experimentabas necesidad de afecto y comunicación femenina, lo cual conmigo se unía a la «santa amistad» y al trato literario, formando un todo gratisimo, pero no indispensable. Como que al dejarte en el «gabinete instructivo» me pareció que sufría más que tú... Acuérdate de lo mucho que me afecté y de lo impracticable que me parecía la separación.

Vídita, ¿tú me llamas o me rechazas? Así que se cumpla el mes de mi llegada aquí he de volver a esa: de modo que será sobre el 4 o el 5 de Maggio. Y me dirás dónde he de verte, a menos que tu

aversión contra mi judío ser real llegue al punto de no querer salir de esta comunicación que hoy sostenemos. Ya puedes suponer que tengo hambre de oír tu voz.

[...] Estoy resuelta a no ser nunca más Jonás y sobre todo a huir de las ocasiones de serlo. Creo firmemente que no volverá a presentarse ninguna; y a pesar de lo sucedido, creo que no se presentan tan a menudo; porque... en fin, no digo más. No me acuses de mala cristiana a causa de la ofensa a la fiesta del Corpus. Vaya una fiesta para convidar a la devoción. A alegría profana es a lo que convida. Con un clima meridional, un cielo de terciopelo azul, un mar digno de Nápoles, y una lluvia de flores de ginesta de embriagador aroma que caen de todos los balcones e inundan el suelo, y para más la temperatura y la atmósfera recordando aquellos versos de Musset:

*Poète, prends ton luth: le vin de la jeunesse fermenté
cette nuit dans les veines de Dieu...[13]*

En fin, ya se acabó; de hoy más voy a ser muy formal, muy formal: tengo ya tanto pelo blanco, que la juventud se acaba, y esta vitalidad que a veces me ahoga son los últimos resplandores de la lámpara. La guardaré para ti. ¿Cómo me dices que no he de tener nostalgia de tus brazos? Pues a fe que suelo yo estar fría y sin entusiasmo cuando me veo en ellos. Merecerías que te recibiese conyugalmente y no con aquel frenesí nunca amortiguado que para ti tengo. Ahora te desharía a apretones y tú te dejarías hacer.

Acaso ese amor de reverberación que me atribuyes es la forma propia del amor en mí. Jamás he comprendido que pudiese yo estar enamorada y mal correspondida: en cambio la «electrización» (cuando se trata de persona digna y a quien yo en realidad inspiro algo) es instantánea. Para mí el amor es la comunicación de la dicha ajena; es el grupo visto en el espejo que me enloquece. ¿No lo has notado; no has visto cómo tus protestas se me entraban por el alma?

Sí, reconocí la envoltura del retrato mono. ¿De modo que se lo has dado a todo el mundo? Ya no lo beso más. Me desahogaré en el original, porque espero que tu hocico ilustre no lo andará prodigando tanto como la cartulina, y nadie te lo refregará.

[...] Ya sabes que te doy mucho, mucho del alma, mucho de todo. Sostenme y consuélame, porque lo gracioso es que me hace falta un consuelito tuyo, Ratoncillo, adiós, no me quieras mal.

[6]

[A Coruña, 27 de abril de 1889]

Hoy, sábado 27

Miquiño, mi bien: me están volviendo tarumba tus cartitas. Creo que jamás escribiste con tanta sencillez, con una gracia más bonita y más tierna. No sé las veces que he leído esta última epístola, ni el bien que me hizo, ni cuánto se me humedecieron los ojos... Un beso del fondo del alma.

No dudes que te amo: será raro raro, será incompleto, pero es grande mi cariño, muy grande.

Siento al recibir cartas como la de hoy esa misma «alegría triste» de la que tú hablas. Pero acaso esta misma tristeza es sana y fortalecedora. En tan extraña situación como la nuestra, un regocijo brutal o una tosca indiferencia probarían que éramos un par de almas de cántaro; y ciertamente que no lo somos. Solo tú y yo podemos comprender hasta qué punto es disculpable y hasta loable este modo de sentir nuestro: la absolución por consiguiente tiene que venir de nosotros mismos, pues el público no es capaz de entender en qué consiste la «bula» de que disfrutamos.

Yo imagino que en medio de todo te he proporcionado instantes de felicidad en esta última temporada. ¿Te acuerdas de aquella tardecilla en que sin malicia alguna fuimos tan dichosos? Aquella tarde puede titularse «los extasiados sin éxtasis», no tiene más defecto el título que parecerse a la receta del «trufado sin trufas». No, formal: yo estuve en la gloria aquella tarde, y las demás también.

Pues bueno, esas venturas tienen que hacerse con algunas melancolías. ¿No es cierto?

Voy a contestar a tus tres plieguecitos encantadores.

Eres tan indulgente conmigo, que por encontrarme algo bueno te fijas en que pongo cuidado en no herir a nadie con una apreciación indebida o injusta. ¡Bonito papel sería el mío si además de mis gatadas amorosas cometiese delitos groseros, de lesa gratitud! El agradecimiento a los beneficios materiales ya impone deberes muy estrictos; cuanto más el de los bienes morales, el del cariño que a uno le tienen y que uno no merece.

Yo haría por ti no sé qué barbaridad. Ahora conozco que no había frialdad en ti durante aquella época en que se me figuró verte un poco desaborío; pero también yo he de reconocer la verdad de los hechos: cuando adquirí el convencimiento de que te inspiró verdadera pasión, con todos los caracteres de tal, ha sido de dos meses acá; mejor dicho, desde que me escribiste aquellas epístolas que te restituí. Entonces pude cerciorarme de que ese amor moderno, nervioso y hasta con sus ribetes idealistas (que es el misticismo que hoy puede gustarse) lo tenías tú por esta princesa galaica. Ya ves que analizo y que te estudio como estudiaría un caso novelesco. Aquellas cartas, el encuentro a dos pasos del candelero [en la plaza de Colón], junto a aquellos bancos en que yo creía buenamente que nos sentaríamos; tu actitud en el coche, en fin, todas las circunstancias del paseíto me demostraron que eras para mí, que me pertenecía esa alma tan de

primo cartelito. En quererme antes no hacías nada de extraordinario; pero en quererme así, después...

Mira de qué alhaja te has ido a enamorar. Mientras te recostabas confiadamente en la almohada de mi hombro, la almohada se convertía en un saco lleno de serpientes... Esta imagen es bastante cursi; bueno. En cambio tiene algo de exacto y pictórico. Anda, miquito, retuérceme el pescuezo, y me quedaré tan descansada. Te debo una reparación.

Para tenerlo todo en cuenta, hay que decir que tú sabías que yo, a pesar de mis maldades, te quería, te quería, te quería. Ese cabito suelto fue acaso el que tiró de tu corazón hacia el mío.

Algunas veces se me ha ocurrido que es verdad lo que me aseguras: que nadie en el mundo me ha querido como tú. Esta idea, si tomase cuerpo, influiría mucho en nuestro destino. Solo que no puedo admitirla enteramente. Yo valgo muy poco estéticamente considerada, pero he mareado siempre a los que se me acercaron: la diferencia está en que ellos no eran el miquiño tonto, autor de *El Ángel de la muerte* y del *Mártir del Gólgota*. Creo que esta fascinación mía (qué romántico resulta eso de la fascinación) se debe a mi condición moral reverberante y no iniciadora.

Lo que sí juzgo indudable es que nadie me quiere de la manera que tú. Pero esta diferencia de modo, ¿afecta a la cantidad? No lo sé. No tengo ánimos para investigarlo.

Si yo adquiriese el convencimiento firme de que tú me quieres más que nadie, sería para ti solo: lo comprendo. Siempre existiría el peligro de un contagio momentáneo, pero con alguna precaución podría evitarse, pues ese peligro, aunque parece tan inminente e imprevisto, requiere sin embargo muchísimos perendengues para ser verdadero riesgo.

Precisamente lo que a mí me ha desviado del camino en que deseaba seguir, fue el espectáculo de una pasión muy grande. Esto obró sobre mí como sobre el hierro el imán. (Qué comparación tan nueva. A bien que escribo para un acéfalo incipiente y no para el respetable público.)

Mi ratón: lo del viaje tiene la mejor sombra del mundo. No creí palabra (fastídate) de aquello de llevarse a una odiosa rival por frotarme el viaje en los hocicos. No la llevarías; qué ibas a llevarla. Yo sola; yo.

[...] Tú habrás soñado mucho con el esquinazo europeo: más que yo, es imposible. Antes de que me conocieses, cuando no nos unía sino ensoñadora amistad, ya me figuraba yo (con pureza absoluta, que ahí está lo más sabroso de la figuración) las delicias de un paseíto *ensemble* por Alemania. Los que habíamos dado al través de Madrid me tenían engolosinada, y pensaba yo para mí: «Qué bonito será emigrar con este individuo. Me tratará como a una hermana, o mejor dicho, como a un amigo de confianza entera. Le oiré hablar a todas horas. Aprenderé de él cosas de novela, de estética y de arte. Veremos todo con doble interés y con doble fruto. Parece delicado de salud: le cuidaré yo, que soy robusta; me lo agradecerá: me cobrará mucho afecto, y ya siempre seremos amigos. Nos creerán marido y mujer, y como no seremos nada, nos reiremos...». En fin, así, un puñado de tonterías. En otras cosas no pensaba, palabra de honor. Tu aparente frialdad, el

respeto que te tenía, tu aspecto de formal y reservado, me quitaron esa idea enteramente. Creía posible ir contigo a Moscú sin detrimento de tu virginidad.

Después del sillar, mayor deseo de viaje. Calculaba así: «Este pícaro que no me concede ahora sino tres o cuatro horas, entonces me dará por fuerza el día todo. Y la noche también. Dormiremos juntitos y pasaremos las horas de la mañana, esas horas tan íntimas, en brazos el uno del otro».

Cometida la atroz crueldad, poco a poco se me fue imponiendo la idea de que no era posible el esquinado. Y (no sé si lo creerás, pero es verdad) lo sentía tanto que en mi entender quedaba incompleta no solo nuestra página de amor sino toda mi vida.

¡Ya ves! Ahora ¿deseas tú llevarme?

Bien sabes que iré. Serán unos días muy hermosos, y sin *partage* alguno. Me perdonarás entonces la gran perrería del verano pasado, que en mi intención no fue perrería. Arréglalo tú, mico. El maquiavelismo corre de tu cuenta: desempeñas tan bien ese negociado maquiavelistiquitidisimuliforme, que no te daré nunca la cesantía.

¡Como que hasta de maquiavelismo para disimular las perrerías que te hago a ti propio me has dado lección!

[7]

[Esta es la primera carta que Emilia le escribe a Galdós después del viaje que habían hecho juntos por Alemania en septiembre de 1889. Ella se había quedado en París para terminar algunos artículos que debía hacer sobre la Exposición Universal, mientras él regresaba a España.]

[¿28 de septiembre de 1889?]

París, hoy, sábado

«Triste, muy triste»... como diría un orador de la mayoría, me quedé al separarme de ti, amado compañero, dulce vidiña. Soy de tal condición que me adhiero y me incrusto en el alma de los que me manifiestan cariño, y el trato va apretando de tal manera los nuditos del querer, que cuando menos lo pienso me encuentro con que estoy atada y no me puedo soltar. Siendo tú quien eres, y tan amable visto de cerca, este afecto tenía que ser doble o triple de lo que sería en cualquier otro caso análogo, pero con distinta persona. Me quedé —aunque alegrándome de que hubieras cogido

el tren— con un velo de sombra negrísima sobre el espíritu; me retiré a mi cuarto como quien se mete en una tumba; me eché en la cama como si me echase al «turbio Sena» en momentos de desesperación; y desahogué con llanto y traté de olvidar con un sueño oscuro, cargado de pesadillas.

Al otro día me mudé y esto me distrajo un poco: un poco nada más. Ya hago mi vida de costumbre, yendo a la Exposición, viendo gente y comiendo con la Rattazzi todas las noches. Pero ¿quién reemplazará condignamente nuestras expansiones a la mesa y en el execrable puesto; nuestras dulces y disparatadas *causeries*; nuestras charlas ora guasonas ora serias y literarias; nuestra ternura que era la salsa secreta de todo el *compagnonnage* y de toda el alma amistad que nos veníamos mintiendo?

Ahora es cuando la p...ícara imaginación representa con vivos colores toda la poesía de este viaje feliz. Ahora es cuando van idealizándose y adquiriendo tonos color de rosa, azul y oro, las excursiones de Zúrich, las severas bellezas de Múnich, las góticas y místicas curiosidades de Núremberg y en especial la sublime noche de Fráncfort, la noche que he sentido tu corazoncito más cerca del mío y tu amor se me ha aparecido más claro, acompañado, ¡ay me! de remordimientos y escozores de mi conciencia que distan mucho de haberse aplacado todavía.

No sé si algún día dejarás de quererme y la absolución que hoy debo a tu amor vendrá solo de la indulgencia que da nuestro «roío» oficio y el conocimiento de la realidad... No lo quiera Dios. Tengamos esperanzas. Acaso pueda yo ponerme de acuerdo conmigo misma, más tarde o más temprano.

Ayer me han dicho que Zola está a punto de enloquecer por miedo a la muerte. ¡Qué tonto es ese hombre de genio! ¡Miedo a la muerte! Si hubiera vivido en una semana lo que yo... y lo que tú, no le tendría miedo alguno. Nada eleva el espíritu como el amor: estoy convencida de que de él nacen no solo las bellas acciones, como opina Dante, sino el fuego artístico.

Hemos realizado un sueño, miquísimo adorado: un sueño bonito, un sueño fantástico que a los treinta años yo no creía posible. Le hemos hecho la mamola al mundo necio, que prohíbe estas cosas; a Moisés que las prohíbe también, con igual éxito; a la realidad, que nos encadena; a la vida que huye; a los angelitos del cielo, que se creen los únicos felices, porque están en el Empíreo con cara de bobos tocando el violín... Felices, nosotros. ¡Ay, cuándo volveré a estrecharte en mis brazos, mono, felicidad mía, cuándo será! Vente pronto a Madrid, te quiero ahora como nunca, y sin ti ya no me encuentro, sin tus caricias, sin tu charla y la miel hiblea-suiza de tus bromas y de tus agudezas que tienen la sal del mundo. Saldré para Madrid del martes al miércoles: al llegar te escribiré otra vez y te daré instrucciones de cómo has de responderme. Lo arreglaré muy bien, ya verás.

Que hayas llegado al puerto, sin peligro ni molestia, mi bien, mono, compañerito; que te acuerdes mucho, mucho, de mí, y con las mismas *saudades* que yo de ti; que sueñes en renovar

horas tan venturosas, que vayas tramando el modo de realizarlo en compañía de tu

PEINETITA,

que te besa un millón de veces el pelo, los ojos, la boca y el pescuezo.

[8]

[Madrid, 5 de octubre de 1889]

Valle de Mantua, 5

Mi bien, miquiño mío del alma: sin olvidarte un minuto, sin poder apartar las dulces cuanto recientes memorias del pensamiento (esto va primoroso, y me ha salido así, sin arreglarlo), he llegado aquí ayer. Hice un viaje tonto, muy a propósito para recordar el incomparable nuestro. Venía algo indispuesta con un catarro causado por la humedad de la Exposición, y además triste por el contraste de dos viajes tan próximos y tan distintos.

[...] Mi vida, al abrir los baúles fueron saliendo objetos que eran otras tantas reminiscencias de nuestra feliz escapatoria. El librito de pensamiento de Shakespeare; el otro *carnet* del mismo autor; el menú de la comida en Zúrich (¿te acuerdas cuánto te gustó?), [la guía] Baedeker; en fin, mil cositas así que son de repente como si se corriese una cortina y volviesen a representarse las mismas escenas. Pero, sobre todo, la que yo tengo presente es la de Fráncfort, que pertenece al número de las que por rebasar de los límites del «amor nefando» y el «deleite vil», se graban en el espíritu con imborrable huella. ¡Qué cosas más raras estas del alma!

[...] Haz por venir pronto, cielo feo, monigote, y mientras no puedas arrancarte de esas playas, escíbeme bien largo y dime todo lo que haces y piensas. ¡Cuán grande va a ser mi orgullo si me dices que tus *saudades* corren parejas con las mías, y que tú también has encontrado en mí la compañera que se sueña y se desea para ciertas escapatorias en que burlamos a la «sociedad impía» y a sus mamarrachos de representantes!

¿Cómo estás de apetito y sueño? ¿No se resiente tu salud de los extraordinarios «deportes viatorios»? ¿Cómo anda la viuda del palillo? ¿Has estrenado (para otras) mi corbata?

Imposible parece que después de lo muchísimo que charlamos ya en los fementidos y angostos lechos germánicos, ya en los lujosos vagones, al amparo de los feld-mariscales que nos abrían la portezuela y nos llamaban príncipes, quede todavía una comezón tan grande de charlar más y un

deseo tal de verte otra vez en cualquier misterioso asilo, apretaditos el uno contra el otro, embozados en tu capa o en la mía los dos a la vez, o tumbados en el impuro lecho, que nuestra amistad tiernísima hace puro en tantas ocasiones. Sí, yo me acuesto contigo y me acostaré siempre, y si es para algo execrable, bien, muy bien, sabe a gloria, y si no, también muy bien, siempre será una felicidad inmensa, que contigo y solo contigo se puede saborear, porque tienes la gracia del mundo y me gustas más que ningún libro. Yo sí que debía renunciar a la lectura y deletrearte a ti solo. ¿Qué mejor obra, entre las tuyas, que tu espíritu mono, simpático y fresco? Ven luego, ven, que me haces falta. Hay mil corrientes en mi pensamiento que solo contigo desahogo. Ven, Santander ya debe de estar feo, frío, gris y aburriente.

Habla de Alemania lo menos que puedas, a tu vuelta. Aquí no hay sospecha alguna respecto a ti; pero hubo extrañezas por retrasos de cartas, dudas acerca de la realidad de mi estancia en las orillas del Sprudel o de como se llame aquel chorro caliente, en fin, principios de escama que, como mil veces hemos dicho, con cualquier motivillo insignificante pueden convertirse en escamadera enorme. Me preguntaron por ti: contesté que una sola carta tuya había recibido, en la cual te manifestabas satisfecho de mis crónicas y me rogabas que desde fines de septiembre te las dirigiese a Santander; que así lo había hecho y que no sabía más.

[...] Adiós, miquiño, corazón, adiós. Estoy viendo que esta no podrá ir hoy al Correo por tener yo que echarla en persona: pero irá mañana y en vista de ello me ocurre que esperaré la tuya el miércoles. No dejes de escribirme ese día, mi bien, y con todo el cariño que tú sabes destilar. Hasta el miércoles que venga la cartita.

Te amo.

[9]

[Madrid, 16 de octubre de 1889]

Miquiño mío del alma: yo tampoco estuve bien hoy; tuve una de mis jaquecas clásicas, aumentada por la niebla. Pero tú, bobito, ¿qué haces ahí? ¿Cómo no has de padecer neuralgias en ese húmedo clima y sin distracción? ¿Sin mí? Tan pronto convalezcan los tuyos, vente, vente sin tardar más; vente en «alas del vapor», que ya me faltas.

Cada tarde que salgo por esas calles de Dios, regularmente sin objeto y con pretexto de alguna tienda, echo de menos aquellas salidas misteriosas en busca de las dulzuras de nuestra intimidad, en busca del asilito nuestro, del tugurio encantador.

Ante todo, mira, toma un abrazo por el párrafo relativo al niño. No sabes lo que me halaga y lisonjea el que le quieras, comulgando conmigo en el afecto más puro de todos los que he sentido en mi vida. Tengo carta diaria de allá, es una fiebre palúdica, originada por las emanaciones de unos desmontes que se hicieron en la granja en el mes de septiembre. Ya ha remitido con el sulfato de quinina, pero a pesar de las noticias tranquilizadoras, yo sigo con el deseo de irme allá así que me reclamen indispensablemente, salvo caso mayor, las pruebas, y así que tú hayas vuelto y te haya visto y estrechado contra mi corazón una y mil veces.

¡Cuánto siento no tenerte cerquita para aplicarte la doble cocaína de la botica y de mis zalamerías y halagos!

Hoy le dijeron a mi marido, no sé quién ni dónde, que tú andabas por el Rin y que no se tenían noticias tuyas; al participármelo añadió una broma diciendo que sin duda seguías mis huellas. Te lo advierto, para que haya, cuando del caso se trate, cuidado en retrasar la fecha tuya y en variar el itinerario. Creo que muchas cosas son fáciles con un poco de habilidad. También sería conveniente, para prevenir toda contingencia, que al enviar las pruebas de *Realidad* pienses una cartita maquiavélica, contando el viaje por Colonia y Schaffhausen y pidiéndome consejos reservados sobre *Realidad*.

[...] Mi compañerito, querido, tú bien sabes —porque lo sabes todo— que yo tengo que quererte mucho, no por haberme ido contigo por esos mundos de Dios, sino por haber sido tan feliz durante la escapatoria. Esta felicidad culpable fue muy grande, muy grande desde el punto de vista del espíritu, nunca fatigado, nunca indiferente a tus gracias (que las tienes, vaya si las tienes), pero tampoco era chiquita la ración de ventura torpe de la vil materia. ¡Bah! Como si no lo hubieses visto, y así palpado. Yo no sé qué afinidades o encajes o «quitaposiciones» hay entre nosotros, que cosa más completa, reiterada y deliciosa, no cabe que se pueda dar. Conste, sin embargo, que no por eso solo, ni aun creo que principalmente por eso, te amo yo. Enfermito como te supongo ahora, y necesitado de cariño y de suavidad, te quiero lo mismo, te siento con más vida dentro del corazón. Pero enfermo, cuando me figuro que estás sano y que no puedo dañarte con mi entusiasmo... entonces pierdo los estribos, como los perdería ahorita mismo, si los hados lo consintiesen. ¿Por qué? No lo sé: que tienes un privilegio en este punto, es evidente para mí desde hace algunos meses.

Dirás, ¿y por qué me pareciste fría alguna vez? Ratoncito mío, porque se me figuraba que no era yo para ti lo necesario, lo indispensable, la pareja. No eran tus abstenciones, por causas higiénicas, las que así me hacían pensar. No. Era más bien cierta sensatez que si en parte aplaudo, en otra parte me sublevaba... Pero ¿a qué seguir?, parecería que te hago cargos, cuando aquí no hay más culpable que yo.

Ven, no se me ocurre otra cosa. Ven a tomar posesión de estos apuestos escultóricos. Aquí está una buitra esperando por su pájaro bobo, por su mochuelo. Yo no sé cómo es esto del amor; se me

figura (sin ánimo de blasfemar) que en algo se parece a la eucaristía: *non confractus, non divisus*. Hay en mí una vida tal afectiva y física, que puedo sin mentir decir que soy tuya toda: toda, me has reconquistado de muchas maneras y más que nada porque nunca me habías perdido; porque te quise ayer y te querré mañana; y quién sabe si mañana te querré de tal manera que no tengas queja alguna de mí, que ninguna espinita se te clave en el alma, y ¿que pasemos juntos los últimos días de la vida amorosa?

Ven, anda.

Pon la cabecita aquí (ya sabes dónde) y yo te pasaré los labios suavemente por encima de la sien, y de las mejillas. ¿Así?

Otra vez.

Esta sale el jueves, la recibes el viernes. Espero la tuya el lunes.

[10]

[Esta es la última carta en la que Emilia conserva el tono de complicidad y cercanía con Galdós. Su última carta de amante.

A partir de aquí, la correspondencia que siguieron manteniendo durante años es simplemente amistosa, aunque ella nunca dejó de expresarle el cariño y la ternura que sentía hacia él.]

[Madrid, 15 de diciembre de 1889]

Hoy, domingo

Minino:

Ayer nos convidaron al Real: mamá en tales casos se pone como una niña: quiere abrir el telón. «Demás de esto» (como dirían tus colegas), me dijo R. López que andabas vuelto loco con la crisis. Al ver esto, y ver que en el fatídico reloj sonaba la media, y transcurría tiempo, y las siete se apropiaban, hui del impuro nido. El martes allí tendrás a tu Suriña. Se me hace el tiempo largo; la meta de mis deseos, ¡cuál huye ante mis asombradas pupilas! ¡Ah! ¡Oh! ¡Seducitor, no me fascines con tu serpentina lengua!

Adiós, mono, hasta el martes — loco citato, all'ora stessa:

En cuantique te vea te como.

11

Cartas de Katherine Mansfield
a John Middleton Murry

(1913-1923)

Mi amor por ti no puede expresarse con combinaciones de frases; o chilla muy fuerte o se queda dolorosamente callado, y te prometo que es más fuerte que las palabras.

Las cartas de amor de Katherine Mansfield parecen flechas: a veces son lanzadas con una fuerza sobrehumana, a veces, más debilitada la mano, se zarandean en el aire, inseguras. Pero siempre llegan, implacables, a su único objetivo, el corazón de John Middleton Murry.

Katherine y John se conocieron jóvenes. Fue en el Londres bohemio de 1912, en el que ambos intentaban salir adelante como escritores. Él era un intelectual al uso, que aún no había terminado su carrera en Oxford. Ella, una mujer que parecía haberse despistado en el camino hacia la gloria, una piedra que alguien había tirado al aire y que trataba de llegar a algún sitio.

Llevaba cuatro años dando vueltas por Londres, procedente de Nueva Zelanda, donde había nacido en 1888. De pequeña había sido un patito feo, la niña gordita y «rara» de una familia rica e influyente de aquellas islas del Pacífico que aún formaban parte del Imperio británico. Había descubierto Inglaterra en su adolescencia, cuando los padres la mandaron junto con sus hermanas a un internado. Indomable, precoz —a los quince años ya publicaba artículos y relatos—, se había sentido fascinada por la agitación artística de aquel mundo que se internaba en la modernidad. Y decidió que ese era el espacio en el que quería desarrollarse como ser humano y como escritora, a pesar de no contar para ello con el apoyo de su familia.

Pero Katherine no pactaba nada con nadie. Instalada en Londres a los veinte años, con una pequeña renta de cien libras anuales que le concedió su padre y que apenas le llegaba para sobrevivir, aquella chica tan joven, apasionada, exageradamente emocional, se incorporó a los ambientes vanguardistas de Londres y se dedicó, como era lógico, a enredarse en la vida: se enamoró y se desenamoró varias veces —de hombres y de mujeres—, tuvo un embarazo y un aborto espontáneo, se casó con un hombre al que abandonó el mismo día y, por supuesto, apenas escribió.

Cuando conoció a John, fue como si llegara a casa: ambos se enamoraron de una manera profunda, trascendental. Katherine sentía que, juntos, formaban algo que estaba fuera del mundo, aparte de las vidas comunes y los sentimientos comunes. Ella concebía su amor —su casa— como un recinto aislado y exigente, un paraíso para ellos solos, y cualquier intento ajeno por entrar en él la perturbaba: incluso los amigos —Virginia Woolf, D. H. Lawrence, T. S. Eliot— la hacían sentirse insegura, como si su infancia de niña incomprendida y rechazada siguiera perviviendo en

ella.

Pero, al mismo tiempo, no podía evitar huir incesantemente del mismo círculo de amor y exclusividad que tanto ansiaba: empujada por una fuerza que parece patológica, se empeñaba en alejarse una y otra vez de John, pasando largas temporadas en París o en el sur de Francia con la intención de concentrarse en escribir. Después perdía aliento, se sentía sola y deprimida, y entonces gritaba, muy alto y muy fuerte, para que él fuese a buscarla. Luego se arrepentía de haberle puesto en esa situación, y la espiral volvía a empezar.

Todo se agravó aún más a finales de 1917, cuando Katherine, que llevaba tiempo sufriendo fuertes dolores en el pecho, fiebre y tos, fue diagnosticada de tuberculosis, esa terrible enfermedad que vuelve a aparecer una vez más en las páginas de este libro, como un *fatum*.

Tampoco en esta ocasión fue capaz de pactar con la vida: los siguientes cinco años, hasta su muerte, los pasó indignada, hundida, rebelándose contra aquel destino injusto y haciendo sufrir a los demás por su rebelión. A John, por supuesto, a quien exigía cada vez más, y también a Leslie Moore, una amiga de la adolescencia que la acompañó como una especie de ama de llaves y enfermera durante sus largas estancias en climas más cálidos y saludables que el de Londres.

Solo durante los últimos meses de su vida Katherine pareció encontrar un poco de paz: aferrándose a la esperanza de un milagro, se instaló en el Instituto Gurdjieff para el Desarrollo Armonioso de Fontainebleau, cerca de París, un centro dirigido por una especie de gurú armenio que empleaba ideas y técnicas orientales, basadas en la espiritualidad budista, y que lograron, parece, calmar su angustia.

A principios de enero de 1923, John recibió una de las habituales llamadas de socorro de Katherine. Sería la última: él llegó al Instituto Gurdjieff el día 9 de enero y esa misma noche, como si hubiera estado esperándole, ella murió. Acababa de cumplir los treinta y cuatro años.

Desolado, John encontró la salvación en la espiritualidad, igual que ella los últimos meses. Pero mientras que Katherine había buscado una manera diferente de entender la vida, él se volvió profundamente cristiano. Un cristiano primitivo, comprometido con las causas sociales y el antibelicismo, que terminó sus días dirigiendo una comunidad agraria.

Sumergirse en los textos de Katherine —casi todos inéditos— fue para él también una ayuda. John Middleton Murry se convirtió en el albacea literario de Katherine Mansfield, que logró de manera póstuma la fama como escritora que se merecía, pero de la que no había gozado en vida. John publicó dos volúmenes con sus extraordinarios relatos —la mayor parte de ellos escritos en los últimos años, como si la percepción de la muerte cercana hubiera impulsado su inspiración—, un libro de poemas, sus críticas literarias y parte del diario que había llevado durante mucho tiempo.

También editó su correspondencia, los cientos de cartas que él y Katherine habían

intercambiado durante los once años que duró su relación, recogiendo sobre el papel toda la exaltación de los sentimientos amorosos de aquella mujer vulnerable y quizá también avasalladora.

El testimonio bellissimo, literariamente hipnotizante, de un amor reluciente y afilado. Como un cuchillo.

[1]

[Esta carta fue escrita por Katherine durante los primeros tiempos de su relación con John. La situación económica de la pareja era complicada: el dueño de la revista literaria que dirigía John había huido, dejándole a él una deuda muy importante, que tardó muchos años en pagar.

Como no podían vivir en la ciudad, en marzo de 1913 alquilaron una casita de campo cerca de Londres. Ella solía quedarse allí escribiendo, mientras que John pasaba unas noches allí, a menudo con amigos, y otras en la oficina.

Las quejas de Katherine por tener que ocuparse de los asuntos domésticos resuenan todavía con fuerza más de un siglo después.]

[The Gables, Cholesbury,
mayo o junio de 1913]

¿Soy de verdad una tirana —querido Jack— o lo dices más que nada por molestarme? Creo que no me organizo bien, y cuidar de la casa exige mucho tiempo y algo de método. Quiero decir... que cuando tengo que volver a limpiar lo que ya limpié o fregar otra vez las cosas me siento terriblemente impaciente y lo que quiero es estar trabajando. Esta semana os oía muchas veces a Gordon y a ti hablar mientras yo fregaba los platos. De acuerdo, alguien tiene que fregar los platos y ocuparse de la comida. Si no, «para comer solo hay huevos». Sí, odio, odio, ODIO hacer esas cosas que tú recibes exactamente igual que todos los hombres las reciben de sus esposas. Solo puedo interpretar el papel de criada, y con poca gracia, la verdad. Todo eso está bien para las mujeres que no tienen nada más que hacer... ¡Y luego dices que soy una tirana y te sorprende que esté tan cansada por la noche! El problema de las mujeres como yo es que no podemos mantener nuestra cabeza lejos del trabajo que tenemos entre manos. Y el lunes, cuando tú y Gordon y Lesley os fuisteis, yo anduve deambulando por ahí con la mente llena de fantasmas de cacerolas y camping-gas y «habrá bastante para todos»... y tú llamándome (esté haciendo lo que esté haciendo), Tig, ¿no vamos a tomar el té? Son las cinco. ¡Como si fuera una doncella lenta! Hoy me aborrezco a mí misma. Detesto a esa mujer que se ocupa de ti siempre con prisas, dando portazos y derramando agua, con la blusa por fuera y las uñas sucias. Me siento indignada y asqueada con la criatura que te grita: «¡Por lo menos podrías vaciar el balde y lavar las hojas de té!». Sí, no me

extraña que «lo aguantes sin rechistar».

Oh, Jack, me gustaría que sucediese un milagro, que me abrazaras y besaras mis manos y mi cara y cada pedazo de mí y dijeras: «Está bien, cariño mío. Te entiendo».

Supongo que todo esto es porque no tenemos dinero.

Pero te quiero, y me siento humillada y orgullosa a la vez. Que no lo veas, que no lo entiendas y sin embargo me quieras es algo que me desconcierta...

Nos vemos el miércoles por la noche hacia las diez y media en el café Royale. Si no puedes, házmelo saber el miércoles por la mañana... Iré y dormiré en el «57», si puedo, aunque no viva allí.

Jack — Jack — Jack.

Tu esposa,

TIG

[2]

[En febrero de 1915 —en plena Primera Guerra Mundial—, Katherine se marchó a Francia para vivir lo que creía que iba a ser un romance con el poeta Francis Carco, al que había conocido meses antes.

John la esperó en Londres, seguro de que volvería. La aventura fue en efecto un fracaso, pero Katherine se quedó algunas semanas en París escribiendo, ajena a la guerra.]

[París, 19 de marzo de 1915]

Querido mío:

Fui a comer a Chartier y tomé un maquereau grillé et épinards à la crème. Fue muy raro estar allí sola, me sentí como una niña diminuta sentada en una silla mirando un acuario. No era un sentimiento triste, solo extraño y un poco «femme seuleish».[14] Cuando salí, empezó a nevar. El viento cortaba las calles como un cuchillo afilado, y todo el mundo echó a correr. Yo me metí en un café, me senté y tomé un café solo muy caliente. Entonces me sentí por primera vez en París. Era un café pequeño y espantoso, con una barra de mármol negro adornada con rombos blancos y dorados. Había chóferes con sus mujeres y hombres gordos con inmensos aparatos de foto, y una

perra fox terrier blanca, delgada y nerviosa, que corría entre las mesas. Una sucia bandera francesa golpeaba la ventana, deshilachándose en el viento y ondeando luego contra el cristal. ¿Crees que el café solo te emborracha? Me sentía borracha (oh, Jack, no voy hacerlo. Como George Moore. No te enfades) y podría haberme quedado allí sentada durante años, fumando y dando sorbos y pensando y mirando los copos de nieve. Ya sabes cómo es ese extraño silencio que cae sobre tu corazón, el mismo silencio que se hace justo un minuto antes de que se abra el telón. Sentí eso y supe que debería escribir allí. Me gustaría que alguna vez escribas un poema sobre el silencio, duende mío. Es tan especial..., hasta el cuerpo al completo parece detenerse. Es un poco como morir antes de volver a respirar otra vez. Mientras escribo casi puedo ver el poema que vas a hacer, veo al Señor descendiendo sobre el pecho del hombre, y es muy fiero. (¿Te estás riendo de mí?) Después de esa intensa emoción me largué del café, compré varias naranjas y un paquete de biscotes y volví al hotel. Me voici. El garçon acaba justo de limpiar las manillas de la puerta. Resplandecen y huelen fatal. El cielo todavía está lleno de nieve, pero todo está claro, los árboles contra las altas casas, tan exquisitos y delicados, y en las calles grises los brillantes sombreros negros de los cocheros son como manchas en una pintura de Lawrence. Todo está tranquilo. Un pájaro chilla, pasa un hombre con zuecos de madera. Ahora tengo que empezar a trabajar. Adiós, querido mío.

La misma noche

Qué raro es mi amor por ti esta noche —no lo psicoanalices—, te vi de pronto tumbado en un baño caliente, parpadeando mientras me mirabas, con tu espléndido y bello cuerpo a medias dentro del agua. Me senté a un extremo de la bañera con mi camiseta interior mientras esperaba para meterme yo también. En el cuarto todo estaba húmedo del vapor y era de noche y tú estabas más bien lánguido. «Tig, tírame esa esponja.» No, no seguiré pensando en ti de esta manera, cerraré la boca y no escucharé a mi corazón. Está empezando a llorar como si fuera un niño en una habitación vacía y llama a la puerta y dice Jack — Jack — Jack y Tig —. Me sentiré mejor cuando reciba una carta tuya. Ah, Dios mío, cómo puedo quererte así. ¿Te quiero yo mucho más a ti de lo que tú me quieres a mí, o tú también sientes lo mismo?

TIG

Sábado por la mañana

Salgo solo para ver si hay alguna carta. Estoy bien, cariño.

[3]

[En febrero de 1915, el único hermano varón de Katherine, Leslie —llamado familiarmente Chummie—, llegó a Inglaterra para entrenarse como oficial de un regimiento británico que debía participar en la guerra.

Chummie murió durante unas maniobras en octubre, dejando a Katherine destrozada. Para animarla, John y ella se fueron juntos a Bandol, en el sur de Francia.

John regresó a Londres a mediados de diciembre, mientras ella se quedaba unos meses en un hotel de Bandol, haciendo planes para alquilar una casa cuando él pudiese volver.]

[Hotel Beau Rivage, Bandol,
19 de diciembre de 1915]
Domingo antes de Navidad

Mi querido amor:

Acabo de recibir la carta que me escribiste el jueves por la noche —con el dinero dentro. También me han llegado algunos periódicos que aún no he abierto y otras cartas están esperando —, pero quiero hablarte très sérieusement. Tu carta te hizo «real» en el sentido más profundo de la palabra, creo, casi por primera vez. Dices justo las cosas que yo había sentido. Soy tuya mientras escribes igual que tú eres mío.

Ahora ya puedo decir toujours [siempre] porque ahora al fin te conozco. Estamos en un mundo aparte y siempre estaremos en un mundo aparte, en nuestro propio Reino, que es hermoso y raro. Cierra las puertas por un momento, y quedémonos ahí. Besémonos el uno al otro. Sí, Bogey, te querré siempre.

TIG

Más tarde

[...] El otro día le escribí [a D. H. Lawrence] una carta desmedida y no muy agradable para con «nosotros», creo. ¿Lo entiendes? Fue después de haber estado enferma y sin carta tuya y tenía un ataque de desesperación, me parecía que mi vida se había terminado, y escribí en ese estado. Te lo cuento porque cuando he leído tus cartas desesperadas a tus amigos siempre he sentido que estabas traicionándonos a nosotros y a nuestro amor un poco, y creo que si tú vieras la mía (¡no lo hagas!, no es nada, y mencionarlo lo está convirtiendo en una montaña) te sentirías un poco igual. Siento haberla escrito. Para decirte la verdad, he llegado a la conclusión de que nuestra felicidad descansa en nosotros y en nadie más y que debemos construirla nosotros solos y para nosotros. Juntos somos muy ricos, porque somos verdaderos amantes, y somos jóvenes y nacemos el uno del otro. Por eso creo que debemos desarrollarnos juntos, mantenernos muy juntos (espiritualmente, mon cher) y construir en nuestra isla un palacio y jardines y glorietas y barcos para ti y arbustos de flor para mí, y no debemos salir con otras personas durante un tiempo. Después será diferente. ¿Entiendes lo que quiero decir, estás de acuerdo conmigo? Mientras te escribo te amo simplemente sin límites. Mi amor por ti es siempre un recién nacido; el rocío del cielo cae sobre él y cada día es una flor diferente. ¡Ya ves cuánto creo en ti! ¡Tengo un almacén de confianza en ti que no puede agotarse! ¡Cuánto te admiro! Cuánto te amo —somos dos niños caminando con nuestros brazos (que casi ni llegan) encima de los hombros del otro y diciéndose el uno al otro secretos y parándose a mirar cosas—. No debemos fallarle a nuestro amor.

Al final de tu carta me preguntas cuánto tiempo me voy a quedar. No lo sé, amado mío. Mejor dime qué piensas tú. Mañana añadiré unas palabras.

Lunes por la mañana

Un precioso día envuelto en «polvo dorado». Desde muy temprano, los pescadores han estado pasando, y barquitos con velas rojas desplegadas al amanecer. Estoy vestida para ir al correo con mis dos envíos.

[...] Ahora debo atar mis botas y salir.

Adiós, querido amor.

TIG

[A finales de diciembre de 1915, desde Bandol, Katherine le envió a John un dramático telegrama: ENFERMA VEN INMEDIATAMENTE URGENTE KATHERINE.

Después se arrepintió y le escribió con más calma. Cuando esta carta y las siguientes llegaron a Londres, John ya viajaba hacia el sur de Francia, en medio de los peligros y las dificultades de la guerra.]

[Hotel Beau Rivage, Bandol,
27 de diciembre de 1915]
Lunes por la mañana

Aunque nunca vinieses, solo podría amarte aún más por la tarde y la noche y la mañana que he pasado pensando que vas a venir. Era domingo, así que no podía mandarte un telegrama hasta hoy. Conseguí pasar la noche de ayer —oh, ¿cómo pude?— sentada en el salón entre personas irreales y fantásticas, cosiendo y hablando. Porque sabía que no iba a dormir. Una alegría somnolienta dormía en mi pecho. Oh, Jack, casi ni me atrevía a respirar. Una mujer me explicó cómo comprar en la tienda y cuánto hay que pagar y cómo hacer una sopa con dos tipos de huesos, y qué día está en el mercado la mujer que tiene las mejores manzanas y cómo manejar a una asistenta. Mientras la oía —no me atrevía a mirarla—, vi la villa [que vamos a alquilar], quizá un cactus junto a la verja, tú escribiendo en una mesa pequeña, yo arreglando algunas flores y después sentándome también a escribir. Los dos recogiendo piñas y leña seca y brezos para nuestro fuego. Pensé en lo que prepararía para ti, sopa y quizá pescado, café, tostadas, porque el carbón vegetal, que es mucho más barato que el otro carbón, hace unas tostadas riquísimas, lo oí, y un tarro de mermelada, un jarrón de rosas. Y luego pensé en nuestra cama tibia y en nosotros dos, yo sola escondida en la noche —el fuego quizá parpadeando, sin más—, el mar sonando fuera y vous et moi, mon chéri... felices, dormidos sobre el tejado con la cabeza bajo el ala, como una paloma. Y luego nos vi despertándonos por la mañana y poniendo al fuego una gran tetera y abriéndole la puerta a la asistenta. Cuelga su manto en la puerta de la cocina. «Vous savez, il fait beau.»[15]

Al final no pude soportarlo más. Subí a mi habitación y tomé un baño caliente y me tumbé en la cama y fumé e intenté leer otro Dickens. No sirvió para nada. El mar era demasiado fuerte. Miré el reloj y vi que eran las doce menos veinticinco y luego me dormí. Cuando volví a mirar eran casi las cuatro. Así que encendí la luz y leí y esperé, esperé el día. Nunca olvidaré cómo cambió la luz. Me puse mi gran sombrero rojo y abrí los postigos y me senté en el alféizar de la ventana.

Todo estaba dorado y las montañas negras. Un barco salió a navegar. Vi a los hombrecillos a bordo y cómo despleaban las velas y cómo cuando lo alcanzó el viento empezó a ir muy rápido. Dos de nuestros grandes barcos [de guerra], con un traqueteo de cadenas, izaron el ancla y salieron al mar. Vi los cuerpos zigzagueantes y en tensión de los hombres. Y luego llegaron los pescadores con sus cestas. Después el primer pájaro. A las siete oí a mi camarera encendiendo la estufa y corrí y le pedí el desayuno, me lavé con agua fría, besé mis rosas, me puse mi sombrero de duende y salí al jardín. [...] Te mandé el telegrama corriendo, para que llegue cuando las doncellas estén batiendo las alfombras y el perro blanco todavía duerma y finja que lleva horas despierto en el balcón.

Esta carta quizá nunca te llegará, porque no la mandaré hasta que reciba tu respuesta. Oh, amor mío, no puedo caminar lo suficientemente rápido. Mi corazón está siendo devorado por el amor, y el niño espartano que hay dentro de él también. El amor devora y devora mi corazón y creo que todo el mundo debe saberlo. Pienso que iremos juntos a Sanary, ese pueblecito en la montaña. «Le enseñaré todos los caminos», y luego pienso y pienso en el largo viaje y que tal vez no vengas. Si lo haces, será un milagro.

Hay hadas, hay hadas por todas partes. No me sorprendería verlas poniendo ramas de higuera en el vestíbulo, y coronas en los pomos de las puertas y festones y guirnaldas en las ventanas.

El amor me aprieta la frente como una corona. Me pesa la cabeza, me pesa, no debo pensar en ti... Pero sigo hablándome a mí misma con mi voz de Tig, como si tú pudieses oírme... Todo fue tan raro, tan incierto y tan falta de alegría... ¿Lo fue? O es mi imaginación. Me parece como si fuera la primera vez que vamos a vernos. En tu carta dices «debemos ir día a día». Sí, eso es justo lo que yo siento. Hoy, mi hermano también sonríe. Dos nuevos barcos han salido al mar. Uno tiene once velas y el otro doce. Y ahora ha llegado a toda velocidad un pequeño destructor. Mi único pensamiento es: ¿estás tú en ese destructor? Un barquito gris que corta el agua como un par de tijeras.

[5]

[Hotel Beau Rivage, Bandol,
29 de diciembre de 1915]
Miércoles por la noche

Soy como aquel discípulo que dijo: «Señor, creo en ti. Pero impídeme dejar de creer». Cuando ya

estaba vestida y había puesto el sello en tu carta, oí unas pisadas fuertes recorriendo el pasillo, la llamada a la puerta, el anciano con el papel azul doblado que apenas me atreví a coger y, después de haberlo cogido no podía abrir. Oh, me senté a un lado de mi cama y lo abrí, poco a poco. Leí todas esas indicaciones de envío de telegramas urgentes y telegramas nocturnos. Al final dije: No va a venir, y lo abrí y leí tu mensaje. Desde entonces no he dejado de temblar ni un momento. No volveré a estar tranquila hasta que pueda descansar sobre tu corazón.

[...] No sé ni qué hice el resto del día. Un día maravilloso y puro, rebosante de color y luz. Encontré el camino más corto hacia nuestra casa por un sendero que no conoces, entre campos de junquillos, más allá de los olivos que hoy eran plateados y negros. Hay altos muros junto al camino y no pasa nadie. Pensé, nos pararemos aquí y nos besaremos. Y entonces pensé, y si lo hacemos, creo que me desmayaré de alegría. Sí, he encontrado un camino precioso. Y he hecho la lista de nuestras modestas provisiones, que compraré el viernes. En realidad, he hecho más de una lista. Porque no puedo ni escribir ni leer. Esta noche en el salón alguien dijo que habían empezado los reclutamientos en Inglaterra. Oh, Dios, ¿es demasiado tarde? ¿Estás viniendo?

Durante tres años te he querido con todo mi corazón y mi cabeza, pero me parece que nunca te había querido avec mon âme[16] como ahora. Te quiero con toda nuestra vida futura, nuestra vida juntos, que solo ahora ha enraizado y está viva, creciendo al sol. No te quiero, sino que el Amor me posee por completo, amor por ti y por nuestra vida y por toda nuestra riqueza y nuestra alegría. Nunca había sentido algo así. Ni siquiera imaginaba que algo así pudiera existir. Me parece que solo he estado jugando en el borde del amor y viviendo una especie de vida reflejada que no era en realidad la mía, sino que venía del pasado. Ahora todo eso ha terminado. Oh, alma mía, si vienes viviremos algo que me parece que nunca ha existido antes de nosotros, tanta calidez y tanta riqueza y tanta virtud como hay en ti y en mí. ¿Es demasiado tarde? ¿Estás viniendo de verdad?

Esta mañana fui a la iglesia y recé. Es muy bonita. Recé por nosotros tres, por ti y por mí y por Chummie. Todo era muy alegre y al mismo tiempo muy solemne.

Bogey, ven rápido, rápido. Mi corazón va a romperse.

[6]

[En 1917, tras haber vivido juntos algún tiempo en el barrio londinense de Bloomsbury, frecuentado por artistas y escritores, Katherine y John alquilaron casas separadas en Fulham, cerca el uno de la otra.]

[Redcliffe Road, 47, Fulham,

19 de mayo de 1917]

Sábado por la noche

Querido mío:

Vas a encontrarte esta carta dentro de tu diario. Pero no pienses que he violado tu intimidad. Sabes que no lo he hecho. ¿En qué otro sitio podría dejarte una carta de amor? Y quiero escribirte esta noche una carta de amor. Para mí lo eres todo. Me parece que te respiro, que te oigo, que te siento dentro de mí y desde mí. ¿Qué estoy haciendo aquí? Tú no estás. Te he visto en el tren, en la estación, subiendo a bordo, sentándote bajo la lamparilla, hablando, saludando a gente, limpiándote las manos... Y yo estoy aquí —en tu estudio—, sentada a tu mesa. Hay algunos pétalos de alhelí sobre la mesa y una cerilla usada, un lápiz azul y un *Magdeburgische Zeitung*. Me siento en casa, igual que se sienten todas esas cosas.

Cuando llegó la oscuridad, fluyendo a través del jardín silencioso y lamiendo las ventanas, se despertó mi perpetuo terror. Estaba haciendo café en la cocina. Fue tan violento, tan horrible, que dejé la cafetera y eché a correr. Salí corriendo de mi estudio y corrí por la calle, con el bolso bajo un brazo y un montón de papel y una pluma bajo el otro. Me pareció que si podía llegar hasta aquí y ver a [la gata] Fraulein, me sentiría «a salvo». Y sí, aquí estaba, así que encendí tu gas, di la cuerda a tu reloj, corrí tus cortinas y me abracé a tu abrigo negro antes de sentarme, ya sin miedo. No te enfades conmigo, Bogey, ça a été plus fort que moi...[17] Esa es la razón por la que estoy aquí.

Cuando llegaste a tomar el té esta tarde, cogiste un bollo, lo partiste a la mitad y estuviste amasando aquel trozo pastoso con dos dedos. Siempre haces eso con las magdalenas, los bollos y los trozos de pan. Tienes esa manía, y ladeas un poco la cabeza mientras lo haces...

Cuando abriste la maleta, vi tu viejo sombrero, un libro en francés y un peine, todo revuelto. «Tig, solo tengo tres pañuelos.» ¿Por qué ese recuerdo me resulta tan dulce?...

Ayer por la noche, hubo un instante antes de que te fueras a la cama. Estabas de pie, desnudo, inclinándote un poco hacia delante, hablando. Solo fue un instante. Te vi. Te quise tanto, amé tu cuerpo con tanta ternura. ¡Ah, vida mía! No hablo de «pasión». No, hablo de esa otra cosa que me hace sentir que cada milímetro de tu cuerpo es tan valioso para mí. Tus hombros suaves, tu cálida piel cremosa, tus orejas frías como conchas, tus largas piernas y tus pies, que tanto me gustan cuando se abrazan a los míos, la percepción de tu vientre, y tu espalda estrecha y joven. Justo debajo de ese hueso que sobresale en la parte de atrás de tu cuello, tienes un pequeño lunar. Parte de esta ternura tiene que ver con nuestra juventud. Me gusta tu boca. Si yo fuese Dios, no soportaría que la rozase siquiera un frío viento.

Tú y yo, lo sabes muy bien, lo tenemos todo ante nosotros, y haremos grandes cosas. Tengo una fe perfecta en nosotros, y mi amor por ti es tan perfecto, que hasta mi alma está calmada y silenciosa. Solo te quiero a ti como amante y como amigo, y a nadie más le seré fiel.

Soy tuya para siempre,

TIG

[7]

[En enero de 1918, cuando le diagnosticaron la tuberculosis, Katherine se marchó de nuevo a Bandol, mientras John se quedaba en Londres trabajando como traductor para el Ministerio de la Guerra.

En esta ocasión, la experiencia fue muy dura: Katherine estaba enferma, el tiempo era malo y la guerra dificultaba la vida cotidiana, las cartas y los viajes. Su regreso a Londres exigía el permiso de la Policía Militar británica, y terminó por convertirse en una pesadilla que la mantuvo retenida durante semanas, primero en Bandol y después en París, bajo las bombas.]

[París, 2 de abril de 1918]

Martes

Amor mío:

Tampoco hubo carta hoy, aunque no la esperaba. Quiero decir que sabía que el correo no funcionaría bien en Inglaterra a causa de la Pascua. Mañana tal vez tenga por lo menos dos. Eso es todo lo que espero hoy.

Desde ayer sigue la «lutte», como ellos la llaman. Disparos ayer por la noche, y a las tres y cuarto de la mañana me despierto oyendo el aire aullar. Eso es lo que parecen las sirenas; tienen un sonido diabólico. Me levanté y bajé al refugio. Estaba abarrotado de gente, una humanidad espantosa. Tan espantosa que pensé que si les cayera una bomba encima, después de todo no sería algo tan cruel. Creo que no soy capaz de ir de nuevo al refugio. El frío y la agonía en esos polvorientos escalones de piedra y esa gente asquerosa fumando en aquel aire. Me arrastré de nuevo hasta la cama y me dormí y me desperté en medio de un perfecto rugido ensordecedor de bombas. Le siguió el sonido de la gente corriendo por las calles. Me levanté de nuevo y fui a

mirar. Muy feo, horrible. La parte de arriba de una casa totalmente mordida, todas las ventanas rotas y la calle, claro, cubierta de ruinas. Había árboles a ambos lados de la calle, y acababan de brotar. La mayor parte de las ramas se habían roto, y de otras colgaban extraños trozos de ropas y papel. Un camisón, una camisa, una corbata, parecían extraordinariamente patéticos bajo la luz. Es algo que de nuevo confirma mi terrible sentimiento de que, donde quiera que esté, vivo en un nuevo Sodoma y Gomorra. Sí. Llegaron dos trabajadores a limpiar los escombros. Uno encontró bajo el polvo un sujetador de seda. Se lo puso y dio uno o dos pasos de baile mientras la gente se reía. Eso me causó tanto espanto que nunca lograré alejar de mi mente el movimiento de sus pies y su sonrisa y los árboles rotos y la casa rota.

[...] Te estoy escribiendo en el café Mahieu. Es un sitio precioso y cálido. Solo pienso y pienso en ti, cariño mío, y deseo y deseo, ya sabes qué. Esta mañana fui a [la agencia de viajes] Cook. Parece que el empleado cree que los barcos saldrán de nuevo a finales de esta semana, pero no, no me atrevo a esperar nada hasta que vaya mañana a la Policía Militar.

[...] Bogey, la terrible belleza de esta primavera me aterroriza y Bogey cariño, Corazón, me pregunto si has empezado las vacaciones. ¿Dónde estás? ¿Has visto flores o abejas? ¿Qué puedo decir? Nada salvo que estoy lejos de mí misma y nada más importa. Quizá mañana, es mi único grito. Mañana, mañana.

Oh, por favor, no me abandones, no me cierres tu corazón. Mantenlo muy cálido y dispuesto, ¿lo harás? Mi corazón es ahora tan frágil. Late muy rápido si miro el estante de las cartas y apenas late si no lo miro.

Que Dios nos ayude.

Tuya,

WIG[18]

que te quiere horriblemente.

[8]

[Tras regresar a Londres, Katherine y John se casaron, algo que, por lo que parece, ella deseaba intensamente.

Aquella primavera de 1918 la pasó en Cornualles, atendida por su amiga Leslie Moore. John, estresado por ella y por su intenso trabajo, terminó por enfermar.]

[Cornualles, 27 de mayo de 1918]

Mientras leas esto, siente mis brazos a tu alrededor y tu cabeza protegida —todo esto te lo digo con cada parte de mí.

Lunes

Cariño mío:

Leyendo esta mañana tus tres cartas creo que he sufrido cada átomo de lo que tú has sufrido. No, más, porque soy yo quien te ha causado esto, y tú empezaste a gritarme: «¡Esto es lo que me has hecho! ¡Esto!»». Ni siquiera ahora consigo calmarme y estoy rota en pedazos por el amor y el espantoso remordimiento y el arrepentimiento. Debo intentarlo y explicarlo todo y es muy difícil, muy difícil, con estas torpes palabras. Podría hacerlo si estuviera contigo, un momento, un suspiro. Solo una cosa. Nunca, nunca he pensado: «Termina ya, llévate tu amor». Si has sentido eso, no me lo digas a menos que te lo lleves de verdad. Eso casi me mata. El cielo, el mundo entero se derrumbaron. Antes de que siga hablando, debes saber que eres para mí la vida misma. Dios, ¿no te han dicho eso mis cartas? ¿No ha sido por eso todo mi sufrimiento y mi dolor, por mi terrible, agotador, totalmente INTENSO amor? Tienes que haberlo entendido. Eso era todo, el por qué y el para qué.

Mira, estuve en el sur de Francia desde diciembre hasta abril. Fue un INFIERNO. Como bien sabes, casi termina conmigo. Luego volví para descansar junto a ti. Todas mis ansias, todos mis deseos, todos mis sueños y esperanzas eran tan solo estar contigo y volver a casa. ¡Bien! Volví. Fíjate lo enferma que estaba que me parece que apenas logré verte, salvo a través de una neblina de ansiedad. Recuerda que tu ÚNICA idea era que me fuese de nuevo al campo. Bien, lo entendí, pero, por favor, intenta tú entender el golpe tan terrible que fue para mí tener que irme de nuevo, y tan pronto, sin apenas haber hablado nada. Por favor, intenta entenderlo. Además de la confirmación de que estaba más enferma de lo que había creído y de que toda mi apreciada «privacidad», mi amor por una vida «autosuficiente» —hacerlo todo a mi manera, hacerlo todo— únicamente significaba para ti alejarte de mí y eso únicamente era «malo» para mí.

En cualquier caso, solo iba a estar sola un mes o mes y medio. Luego viniste de vacaciones, y después descubrí que tenía que quedarme aquí (sin una palabra explicando el porqué de ese cambio) POR LO MENOS cuatro meses, hasta el final del otoño. Ni una palabra de que vayas a

venir, ni una palabra de nada más. Fue el colmo. Me dejó completamente a solas conmigo misma. Me sentí desesperada, como bien sabes, y empecé a ver la Vida de una manera muy diferente. Sentí que todo lo que había pedido y manifestado, oh, con tanta pasión, sin vergüenza ni temor de mi amor —mi ansia de llevar una vida de casados lo antes posible—, tenía que retrasarse, sin comprender por qué. No pude más, y me desplomé en ese oscuro agujero que siempre me está esperando, el viejo agujero, y te escribí desde allí. Sentí que él no tiene la misma necesidad grande y devoradora de mí que yo tengo de él. Él puede existir lejos de mí. Estuve cuatro meses en el sur de Francia y ahora me tocan otros cuatro. Él nunca va a comprender que solo estoy BIEN cuando estamos «juntos». Todo lo demás es una pantomima en la que finjo tener buen ánimo. Yo dependo de él como una mujer depende de su hombre y un niño de su compañero de juegos, pero él, mientras crea que yo estoy bien, puede jugar «aparte».

¿Lo entiendes ahora un poco? ¿Está un poco más claro? Pero tengo más cosas que decir.

Nuestro matrimonio. No puedes ni imaginarte lo que debía haber sido para mí. Es fantástico, seguro. Tenía que haber sido mucho más importante que cualquier otra cosa en mi vida. Pero tan solo fue una parte de la pesadilla. Ni una sola vez me abrazaste y me llamaste «esposa». Todo fue en realidad como mis tontos cumpleaños. Tengo que esforzarme para que los recuerdes.

Y está también toda esa manía de L[eslie] M[oore], que solo quiere quitarme las riendas de las manos. Tengo que quedarme sentada, callada, mirando el campo. No puedo. No puedo. ¿No sabes que lo que quiero es la VIDA, la VIDA de casada contigo, iguales, compañeros, celosamente solos, celosos de cualquier otra criatura cercana?

Siento celos, celos de nuestra privacidad, igual que un águila. Si viese que tú y ella discutís, aunque fuese por mi propio bien, huiría del nido volando y me estrellaría contra las rocas ahí abajo.

Mi pequeño Boge-esposo, todavía no me conoces. Te adoro a ti y solo a ti. Nunca me llevaré mi amor lejos de ti, ni siquiera después de muerta. Sobre mi tumba crecerán absurdas florecillas con Bogy escrito en sus pétalos... ¿Lo entiendes ahora? (Maintenant, c'est moi qui pleure.)[19]

Esta es mi respuesta para siempre.

[...] Debes intentar venir, tal y como habíamos quedado, aunque solo sea una semana. Tendremos un barquito de vela y «apestaremos a abadejo». Estoy trabajando mucho y Pagello dice que estoy mejorando mucho.[20]

Y ahora, quiera Dios que nos tranquilicemos de nuevo. No voy a estar triste. Tranquiliémonos. Querámonos de manera tranquila y segura, como dos niños en un enorme campo silencioso, sentados allí, escondidos entre las flores y la hierba.

Oh, tú que posees todo mi corazón. Acéptame.

Soy simplemente por siempre y siempre tu pequeña

Le he dicho a la propietaria [del hotel] que me quedaré aquí todo el mes de junio, por lo menos.

Llegaron los libros y los cigarrillos, gracias, amor. Cuéntame todas las cosas prácticas. No me las ahorres. Cuéntame todos los problemas. Tengo DERECHO a vivirlos. Los viviré y hablaré contigo de ellos. NO debes guardarte ningún problema.

[9]

[Katherine nunca llegó a enviarle a John esta dolorosa carta en la que le confesaba su temor a la muerte y su necesidad de sentirse acompañada por él. Su marido la encontró entre sus papeles después de su fallecimiento.]

[Cornualles, 9 de junio de 1918]

Domingo

Amado mío:

Acabo de terminar de escribir sobre Gus Bofa.[21] Ahora quiero escribirte a ti. Todo parece hoy muy diferente; ha estado lloviendo y hace un viento adoorable, como dice miss Honey. No hay sol, más bien hace frío, las cortinas vuelan, me siento desolada y muy lejos de todo el mundo, a once mil quinientas millas por lo menos... ¡Oh, cariño! Me gustaría estar en Londres (pero tú estarías enfadado). Me gustaría tomar un poco de té (pero tú no me dejarías ir a la cocina). En mitad de la noche, ayer, decidí que no podía soportarlo más, ni un día más, ni una hora más, pero ya he decidido lo mismo otras muchas veces. En Francia y en Looe. Y he seguido soportándolo. «Así que eso demuestra —dirán— que era una falsa alarma.» No lo es. Todas esas veces decidí que ya había muerto. Piensa en las nueve vidas de un gato: yo debo de tener novecientas. Casi todas las noches, a las once, empiezo a ansiar que sean las once de la mañana. Camino por la habitación, miro la cama, miro la mesa donde escribo, miro el espejo y me asusto de esa chica con los ojos ardientes, pienso «¿durará la vela hasta que sea de día?» y entonces me siento mirando durante un largo rato la alfombra, tanto rato que solo puedo volver a mirar hacia arriba de milagro. ¡Y oh, Dios! Esa idea tan terrorífica de que debo morir y de que quizá voy a morir... En las Clovelly Mansions, en el sur de Francia escribiendo «unas últimas palabras»... Esto sonará a

exageración, pero no lo es. ¡Si supieses con qué sentimientos veo cómo se desvanece el último resplandor de la luz!... Si pudiese darme una vuelta por tu habitación, aunque estuvieses dormido, y ESTAR contigo un momento, «todo estaría bien». Pero sufro tal ANGUSTIA por la soledad y la enfermedad mezcladas, que creo que nunca volveré a ser yo misma al completo. Siempre pienso que no volverá a repetirse. ¡Que a los Hados sonrientes no se les ocurra decir que no hago lo posible por recuperarme! Durante el día, claro, sonrío y charlo y digo que todo está bien, pero ¡Dios! ¡Dios! Chéjov me entendería; Dostoievski no. Porque nunca se vio en la misma situación. Fue pobre y estuvo enfermo y tuvo problemas, pero su mujer estaba siempre allí para vender hasta su ropa interior, o sino había un buen vecino. Nunca estuvo solo. Pero Chéjov supo EXACTAMENTE lo que yo sé. Lo encuentro a menudo en sus obras.

He descubierto que el ÚNICO TRATAMIENTO para la consunción NO es alejar al enfermo de la vida; ni en un sanatorio, ni en una tierra con ríos de leche, montañas de mantequilla y valles de nata. Lo uno y lo otro son igualmente inútiles. Los boquerones de Johnny Keats son más nutritivos que ambos remedios juntos. ¿¿¿NO ESTÁS DE ACUERDO???

No obstante, esperaré pacientemente hasta el viernes, pero ni un día más. ¡Mírame, cariño! Por favor, concédeme toda tu atención tan solo para oír esto. NO DEBES DEJARME SOLA. Y no me refiero a L[eslie] M[oore] o a una enfermera, ya lo sabes. Es otra cosa. Esto ES realmente un grito de socorro. Recuérdalo.

Tu WIGESPOSA

Esta carta no quiere ponerte triste. Espero que mañana me parezca que no es verdad. Pero no sucederá. Todo esto está dentro de mí todo el tiempo y debo contártelo.

[10]

[En octubre de 1919, cuando los médicos la avisaron de que no soportaría el invierno británico, Katherine alquiló una casita en Ospedaletti, en la Riviera italiana, y se fue en compañía de Leslie Moore, que se había convertido para ella en una auténtica obsesión, como si volcase todo su enfado con la vida contra la persona que tenía más cerca.

Se suponía que no regresaría a Londres hasta mayo y que en todo ese tiempo no vería a John.]

[Ospedaletti, 7 de noviembre de 1919]

180, 181[22]

Viernes

Querido:

Ella volvió con tus cartas del sábado por la noche y del domingo (envolviendo a Butler). Las cartas amontonaron brasas ardientes en mi cabeza. Pero debo decirte que tu carta del sábado hablando de cuando éramos amantes fue como un credo: creo en mí. Me pareció que traía con ella el futuro, cercano y cálido y por un momento humano. Al divisarlo, los pájaros retrocedieron, echaron a volar y se alejaron. Y además me hablabas tanto de las cosas que estabas haciendo, que me sentí en casa. ¡Nuestra diminuta [gata] Wing, blanca a trozos!

Todas las mañanas del verano, piensa en ello, un día ante nosotros, en el jardín y en casa. Paz. Abrazándonos, besándonos hasta que somos un único mundo.

Ahora todo son recuerdos, radiantes, maravillosos y lejanos recuerdos de felicidad. Ah, qué terrible puede ser la vida. A veces veo un inmenso muro de roca negra que brilla en algún lugar, quizá justo después de la muerte, y sonríe, la persistencia del deseo. Vivamos en nuestros recuerdos y, cuando llegue el momento, vivamos de una manera tan total que los recuerdos estén tan lejos como las más lejanas montañas.

[...] Esto no es una carta. Es más bien unas palabras contigo, mi adorado amante.

[...] Piensa en mí como tu

RATÓN

[11]

[En octubre de 1919, el padre de Katherine y algunas de sus hermanas, de viaje por Europa, pasaron unos días en Niza y aprovecharon para verla.]

[Ospedaletti, 8 de noviembre de 1919]

Mi Bogey:

Le daré esta carta a L. M. para que la eche al correo en San Remo. Hoy salí y me pesé y descubrí que en estos quince días he ganado unas dos libras. Peso 46,70 kilos, y la última vez eran justo 45.[23] Como ves, es extraordinario. Ahora creerás por fin que estoy descansando. Fui a correos y encontré tu carta del lunes, escrita después de tres mías horribles. ¿Qué podía hacer? Solo pude mandarte eso. Ahora quiero decirte que me da miedo que abandones la revista y vengas aquí corriendo, como si todo estuviera perdido. En cierta manera, todo estaría perdido; sería como dar por descartado nuestro futuro. No lo pienses; no lo hagas. No puedo imaginar nada más horrible para los dos que eso. Eso sería, mirándolo desde cualquier ángulo, un golpe para nosotros, y sería..., oh, no puedo ni imaginarme algo así. Preferiría vivir aquí dos años. Esta es la solemne verdad. Ya lo ves, estoy mejorando; mi cuerpo está mejorando. Tengo la teoría de que quizá el chirrido y el dolor que tenía hayan sido causados por esa mancha húmeda que se iba secando en mi pulmón malo. Es posible. El viejo [doctor] Bobone no lo cree en absoluto. Pero es que, siendo tan bueno como es, piensa que la tuberculosis es incurable; evidentemente, es una locura suya. Lo que dice es: «Más pronto o más tarde, coma provocado por la fiebre». Pero no vengas, no renuncies a nada ni me mandes dinero, no te sientas obligado a nada diga lo que diga ahora o en el futuro. Por favor, cariño mío, no lo hagas NUNCA. Debemos pensar que todo esto terminará bien; no hay otra manera de verlo. Tan solo debes aceptar el hecho de que no estoy muy alegre, ¿de acuerdo? Intentaré no hablar de mi soledad ni de depresión ni de L. M. Hoy hace un día soleado y brillante, y no estoy nada cansada después del paseo, tan solo hambrienta. (Como siempre, pensaba que sería capaz de solucionarlo todo a mi manera, curarme, ser feliz, terminar con el horror de mi enfermedad —que es un horror—, estar en paz con L. M. y poder trabajar bien. ¡Qué cabeza hueca soy! Pero me pondré bien, y eso es todo, suficiente. Que los demás esperen. El trabajo, claro. El trabajo está ahora en segunda fila. Cuando escribiste sobre plantar un árbol de esperanza, yo pensé, oh, solo tú puedes hablar así. Plántalo, plántalo, cariño. Yo no lo sacudiré. Deja que me sienta bajo él y lo mire, extiéndelo sobre mí y reúnete allí conmigo a menudo y abracémonos y miremos las grandes ramas en busca de capullos y flores. No, Dios no existe. Es raro. Esta mañana deseaba decir: «Que Dios te guarde» o «Que el Cielo nos guarde». Y entonces pensé en Los Dioses, pero no son más que estatuas de mármol con las narices rotas. No existe Dios ni el Cielo ni ningún tipo de ayuda más que el Amor. Quizá el Amor pueda lograrlo todo. ¡Amor! He hecho del amor mi religión. ¿Quién dijo eso? Es simplemente maravilloso.)

L. M. ya se va. Tengo todo esto para mí sola. Es agradable. Entonces me convierto en un verdadero ratón y hago el menor ruido posible para no molestar a la vida a mi alrededor.

No vamos a aceptar ni un céntimo más de mi padre, querido, bajo ninguna excusa. Me gustaría que le mandases una nota de despedida al hotel Westminster, ¿lo harás? Quiero que se vuelva a Nueva Zelanda entusiasmado con nosotros. Lo está. Lo malo de eso es que no para de decir que debemos ir. «Le ruego a Dios que ese día no esté lejos.» Pues está muy lejos. Lo único que quiero

ahora es Sussex y tú y Arthur y los gatos, pero solo tú.

[12]

[En diciembre de 1919, Katherine le escribió a John pidiéndole que fuera a verla porque no soportaba más su ausencia. Después, como solía suceder, se arrepintió y le mandó un telegrama para que no hiciera el viaje.

A pesar de todo, John pasó las Navidades con ella en la Riviera.]

[Ospedaletti, 11 de diciembre de 1919]

Amor mío:

He estado esperando todo el día a que sonase la campanilla que indicaría tu respuesta a mi telegrama diciéndote que no vengas. A veces, durante muchos días, esa campanilla no suena: hoy ha venido una anciana y un niño con uvas y una doncella que preguntaba por la señora y un mendigo. Cada vez que la campanilla sonaba, mi corazón se sentía sofocado-desvanecido y cuando llegó L. M., me pareció que transcurría una era hasta que vino a mi habitación, una era. ¡Tengo que haberte detenido! Pienso en ti saliendo de casa, tu frío, todo ese terrible y feo viaje ante ti, tu cansancio. Pienso en ti arreglándolo todo antes de abandonar la revista, trabajando y trabajando muchísimo a toda velocidad. Te veo sentado en uno de esos asquerosos trenes, mi chico cansado y pálido, deseando dormir, envuelto en tu abrigo, las corrientes de aire, el traqueteo y tu ansiedad, tu preocupación. Oh, ¿puede el Amor evitarte ese horror? Volveré a telegrafarte mañana si no tengo noticias. ¡Estate tranquila, estate tranquila, espera su respuesta! Tiene que llegar. Te veo con tu pasaporte abierto sobre una mesa, explicando que tu mujer está enferma. Te imagino retenido aquí, sin poder volver. ¡Si tan solo pudiera salvarte de todo eso con esos mensajes! Esta noche te prometería quedarme aquí un año entero a cambio de que tú no vinieras.

Mi amor camina hacia ti, corre hacia ti a lo largo de un sendero oscuro diciéndote: «No te acerques, ¡no te acerques, Bogey!». ¿Puedes oírlo? ¿Entiendes mi alivio cuando sepa que llegué a tiempo? Creo que va a hacer que me ponga de nuevo bien.

Que Dios me perdone por lo que he hecho. Esas son las palabras que [mi hermano] Chummie dijo mientras moría. Desde que he recibido tu telegrama, son también las mías. ¿Puedes perdonarme tú? Aquí estoy, quieta, preguntándomelo. ¡Oh, mi amor, mi amor, quédate en

Inglaterra! Tu verdadero amor,

WIG

[13]

[En enero de 1920, tras la visita de John a Ospedaletti, Katherine se mudó a Menton, en Francia, a una casa de reposo donde las condiciones de vida eran mucho mejores.

Sin embargo, estaba cada vez de peor humor, y las discusiones con John empezaban a ser frecuentes. Se sentía herida, abandonada, y celosa de la vida que él llevaba mientras ella estaba enferma y recluida.]

[Menton, ¿7? de febrero de 1920]

En respuesta a tu carta del martes

Mi querido Bogey:

He recibido tu carta del martes por la noche. Que hayas pensado que mi carta se refería sobre todo a cuestiones de dinero es horrible. De todas maneras, te responderé primero a eso. Te devuelvo el cheque de veinte libras. Dado que has ingresado veinte libras en mi banco, usaré diez libras al mes y cuando se hayan terminado, es decir, a finales de marzo, espero que me paguen por el libro y no tener que pedirte nunca más dinero. Me preguntas si no nos conocemos lo suficiente para mandarte un telegrama pidiéndote veinte libras. Pero, Bogey, nos conocemos lo suficiente para que me hubieras dicho: «Entiendo que necesitas dinero. Pero este mes estoy sin blanca. Te mandaré algo el mes que viene». No pensaste en mí, no me imaginaste: eso es lo que me duele.

Dices que tendría que haber dado por supuesto que lo entenderías mal. ¡Maldito dinero! No se trataba de dinero. Se trataba de simpatía, de comprensión, de preocuparte por lo menos UNA VEZ por saber cómo estoy. Qué pensé, qué sentí, qué hice, si estaba bien. No puedo sobreponerme al hecho de que no se te ocurra nada de eso, y me hace pensar que no quieres mi amor, no mi amor real, que solo quieres una «idea». Cuando comenzó la huelga [de correos] —tonta de mí—, mi primer pensamiento fue «Lo que yo sienta no es importante. Jack debe de estar terriblemente preocupado. Cuando no sepa nada de mí, intentará mandarme un telegrama, y en correos le dirán que no se entregan los telegramas, y sabe que estoy enferma». Pero llegó tu carta llena de

«embriagado con la magnificencia de los Downs», «la alegría de un día compartido», «el tono histérico desapareció de mi trabajo», «encajamos muy bien». Y se terminó tu ansiedad —bien— y no volviste a mencionarme. Así que debo hacer frente al hecho de que por ahora me has alejado —tú te has replegado y te contienes— y, en el sentido más amplio y profundo de la palabra, no quieres ser molestado. Mientras yo esté más o menos bien y TÚ NO ESTÉS preocupado, ça va! Por supuesto que sigo queriéndote. Te quiero igual que siempre. Pero saber todo eso es una tortura.

«Un amor que se derrumbaría, si ella lo admitiese, en medio del espantoso terror de su soledad.» ¿No lo demuestra eso? ¿Quién podría escribir palabras tan increíblemente crueles si amase? Sugieres que yo misma me he creado mi propio sufrimiento, pues ha sido por no amar lo suficiente. Si te hubiera amado solo lo suficiente, no habría sufrido como lo he hecho. Bogey, debes creerme cuando te digo que esa idea es TOTALMENTE falsa. Un ser que está vivo, que ama, que es cálido, no puede creer o decir algo así. Es una idea intelectualmente mezquina y me deja consternada. No puedo escribir la palabra «amor» por su causa. (Por supuesto que puedo, por supuesto que lo haré. Tú me amas; es solo que no me amas ahora mismo.) Expresar mi angustia fue no amar lo suficiente, eso es realmente excesivo.

[...] Adiós. Estoy amargamente decepcionada con tu respuesta a mi carta, pero debo soportarlo. Dices que no te avergüenzas. No quiero que te avergüences. Y luego dices que mandaste las veinte libras en cuanto las tuviste. El 1 de febrero era demasiado tarde. Malditas veinte libras. Supongo que te ves a ti mismo como alguien de quien han abusado, tú hiciste todo lo posible, pero el DESTINO y tu mujer no podían esperar. Es COMPLETAMENTE falso. Lo que yo quería era amor y simpatía y comprensión. ¿No tuviste las veinte libras hasta el 1 de febrero? Esto es una pesadilla que tú no vas a entender.

Tuya,

WIG

Por supuesto que me quieres, por supuesto que sí. Es solo que desde que estoy fuera, te has alejado de mí y que desde que me derrumbé en Ospedaletti y te llamé, las cosas no han sido iguales. Es solo que EN ESTE MOMENTO no me quieres. Oh, cariño, sigue adelante, sigue. PIÉNSALO. Es tan difícil... Espera hasta que yo me sienta fuerte antes de alejarte, es tan horrible... Bogey, tienes que quererme.

¿Estaría aquí si no pensase que —en algún lugar muy profundo— me quieres?

[Katherine pasó el verano de 1920 en Inglaterra y en septiembre volvió de nuevo a Menton con Leslie Moore.]

[Menton, 6 de octubre de 1920]

Miércoles

Tu carta del sábado por la noche

Cariño:

Perdona mi indignidad y mi debilidad de estos últimos días.

Tu carta —sin duda la carta más hermosa que un hombre le haya escrito nunca a una mujer, o un Boge a una Wig— casi me hizo gritar: «Perdóname, perdóname».

Esto es lo que mi sufrimiento me ha dado, esta carta es la compensación. Me parece que veo un destello de algo que aún no conozco mientras estoy aquí sentada, pensando en ti y en mí y en nuestro amor... ¡Es como si mirase más allá de una llanura! Lo que creí que era una nube se disuelve, se levanta, y tras ella hay montañas. Siempre un silencio nuevo, un nuevo misterio.

Mi adorado amor.

HAS venido hasta aquí. Quiero decir que el dolor de la separación ha terminado. No estoy sola. Claro que me gustaría que estuvieses aquí, compartiendo mi vida diaria, pero no voy a decirte «ven». Y no es solo por el dinero, Boge. Si en este momento pensase que voy a morir, te diría por supuesto «ven», porque sería insoportable que no te despidieras de mí para ese viaje en el que el tren desaparece dentro de un inmenso agujero negro.

(No, creo que ni siquiera en ese caso podría decir «ven».)

¿Y por qué? Me parece que nuestra «salvación», nuestro «futuro», depende de que no hagamos nada desesperado, sino que resistamos, manteniéndonos tranquilos (¡yo!) y que no dejemos nada en desorden, nada sin hacer. La «revista» no es realmente una revista, creo. Es una de esas batallas que los caballeros deben emprender, y el caballero somos tú y yo, es nuestro espíritu. Y, cariño, tengo también la rara sensación de que si «resistimos», estaremos declarando nuestra fe en el futuro, nuestro poder para vencer. Este es el año más importante para nosotros. Por tu futura libertad, debes estar donde estás, por EL FUTURO debes mantener la revista abierta un año más.

Y también ocurre lo siguiente. Y ahora estoy hablando conmigo misma. Para ser como realmente quiero ser, no debo ser rescatada. Esta es la absoluta verdad. Bogey y yo nos hemos elegido el uno al otro como amantes en este mundo, y yo creo de manera absoluta en nuestra elección. Pero creo también que la razón más profunda por la que nos hemos elegido el uno al otro es porque juntos nos sentimos LIBRES. Sé que yo no le tengo encadenado a él, y él no me tiene encadenada a mí. Siento que, si él tuviese que venir ahora, si yo me rindiese y dijera «ven», estaríamos en peligro. En realidad, mi auténtico grito es una negación de lo que de verdad de verdad pienso.

Todo es misterioso: parece que pertenece a otro universo. Este discurso no consigue explicarlo. Hay signos, silencios, como un fluir desde la luz a las sombras. Solo puedo decir, amor mío, seguiremos tal y como estamos.

Vivo para ti. Me prepararé a mí misma para nuestra vida. Mira dentro de mi corazón. Cree en mí. ¿Querría tener ahora aquí a Bogey? NO (¡qué aspecto más gracioso tiene ese no, un poco gótico!). Oh, cariño, cariño. Abrázame. Ven en Navidades con la cabeza llena de pequeñas velas. Quiero abrazarte muy fuerte. Quiero hacerte sonreír. Cuando me escribes de esa manera, me parece que somos inmortales. Ya HAS venido, Bogey; lo vuelvo a decir. Estás aquí, y ahora tengo que levantarme y trabajar.

No permitas que vuelva a romperme. Mi sueño es quedarme aquí sola hasta Navidades y hacer mi trabajo, y tener un libro terminado para entonces. Voy a empezar el libro hoy. Es como si el barco estuviese navegando hacia el puerto... Ahora, quédate tranquilo, piloto, hasta Navidad. Yo puedo arreglármelas sola con las rocas, los bancos de peces y las tormentas, con todo. (Pero incluso ahora, no he respondido a tu carta. Es un REGALO. El tiempo demostrará cómo voy a usarlo.) Amor mío, ¿te sientes feliz? ¿Me entiendes?

Tu

WIG

[15]

[Menton, 18 de octubre de 1920]

Mi querido Bogue (sí, está bien, es tu otro nombre, ya sabes):

[...] Sabes, cariño últimamente he sentido a menudo que el silencio tiene algún significado más allá de lo que insinúa. ¿Es posible que, si me rindo a él, haya un mundo entero allí que me acoja?

Está tan cerca y, sin embargo, soy consciente de que me resisto a entregarme a él. ¿Cuál es ese misterio que me espera, que me hace señas?

Y este sufrimiento, el sufrimiento del cuerpo, tal y como lo conozco desde hace tres años. Lo ha cambiado todo para siempre, incluso la apariencia del mundo es diferente. Algo se le ha añadido. Todo tiene una sombra. ¿Está bien resistirse a este sufrimiento? Sabes, me parece que ha sido un inmenso privilegio. Sí, a pesar de todo. ¡Qué ciegos somos, pobres pequeñas criaturas! Cariño, en la vida tan solo nos sirven de verdad los cuentos de hadas. Deberíamos entregarnos al viaje más maravilloso, al tesoro, a la inmensidad, a las tentaciones y los peligros que llegarán. Y cuando alguien se rebela y dice La vida no es lo bastante buena, deberíamos decirle: «¡Sí lo es!». No me malinterpretes. No me refiero a «las espinas clavadas en la carne», cariño. Es algo un millón de veces más misterioso. He necesitado tres años para entenderlo, para conseguir verlo. Nos resistimos, estamos horriblemente asustados. El barquito entra en el terrible golfo oscuro y nuestro único grito es para escapar, «llévame de nuevo a tierra». Pero es inútil. Nadie escucha. La figura borrosa sigue remando. Solo podemos sentarnos tranquilos y destaparnos los ojos.

Creo que el mayor error de todos es tener miedo. El Amor perfecto expulsa el Miedo. Cuando pienso en mi vida, veo que todos los errores que cometí se debieron a que tenía miedo... Por eso tuve que mirar de frente a la muerte. ¿Algo podría curarme? A veces, ya sabes, no puedo evitar preguntarme... No, no un Dios personal, ni ningún otro sinsentido. Me refiero a algo como la elección desesperada del alma...

¿Me equivoco si pienso que también a ti te ha dominado el Miedo (aunque otro muy diferente)? Y que ahora se ha alejado de ti, y te sientes completo. Me parece que solo ahora posees toda la fuerza posible, como una especie de liberación.

Somos muy diferentes, pero creo de verdad que tenemos los mismos demonios y los mismos dioses.

[...] Cuidate mucho, mi niño querido, de todos esos salvajes que tiran piedras y dan golpes. Hazte pequeño, pliégate. Me horroriza pensar (sé que no sirve de nada decirte estas cosas en privado) que a la hora de la comida cojas unas galletas y salgas a la calle y te veas atrapado en medio del gentío y sigas caminando. Come, no cojas frío hagas lo que hagas. Quiero poner mis manos sobre ti, tocarte, con ansiedad, durante mucho tiempo. Te echo de menos. ¿Tú me echas de menos a mí? Echo de menos tu voz y tu presencia y todas tus encantadoras manías.

Tuya,

WIG

[16]

[Esta es la última carta de Katherine, su última petición a John para que fuese a verla, escrita nueve días antes de morir.]

[Fontainebleau, 31 de diciembre de 1922]

Domingo

Querido Bogey:

No sé dónde está el tintero, y como me urge escribirte, perdóname por usar este lápiz.

¿Te importaría venir el 8 o 9 de febrero y quedarte hasta 14-15? Monsieur Gurdjieff aprueba mi plan y dice que te aceptará como huésped. El 13 inauguraremos nuestro nuevo teatro. Será una experiencia maravillosa. Pero no voy a contarte mucho. Solo que, por si acaso vienes, voy a decirte qué ropa tienes que traer.

Un traje de sport con buenos zapatos y calcetines y un chubasquero y un sombrero cualquiera. Un traje «pulcro» con tu cuello blando o cualquier cuello que tengas y corbata (ya ves, eres mi marido, y no puedo evitar querer verte guapo, ¿qué quieres?), unas zapatillas y todo eso. Con eso basta. Si tienes una chaqueta de lana, tráela, y unos pantalones de franela, por si te mojas y quieres cambiarte.

[...] Hay un tren desde Londres que llega a París a las cuatro y algo. Así podrías llegar a Fontainebleau el mismo día. Si no, es mejor que pases la noche en París, porque los taxis no van al último tren.

Te bajas en Avon y tomas un taxi hasta aquí, cuesta ocho francos con la propina. Llamas al timbre en la caseta del portero y yo te abriré la verja.

Espero que decidas venir, cariño. Házme saber tan pronto como puedas, ¿de acuerdo? Espero que esté aquí la mujer de Chéjov. He vuelto a la habitación grande y preciosa, así que tendremos mucho espacio. También podremos ir al establo y sentarnos a tomar *kiftir*.

No puedo seguir escribiendo. Espero tener noticias tuyas pronto. Tu siempre amante,

WIG

12

Cartas de María Zambrano
a Gregorio del Campo

(¿1922-1927?)

Hay que arder para convertirse en lámpara. Hay que quemarse lentamente para convertirse en pan.

El amor de María Zambrano y Gregorio del Campo fue durante casi noventa años un secreto escondido, guardado en un cajón de una familia originaria del pueblo aragonés de Ambel. Una familia diezmada y destruida por la Guerra Civil: Gregorio, capitán de Artillería fiel a la República, fue asesinado por los franquistas en septiembre de 1936, y enterrado como una mala bestia —igual que miles y miles de españoles— en algún lugar todavía desconocido. Dos meses después, fue fusilada su hermana. Un hermano moriría de tuberculosis tras haber pasado muchos años en la cárcel. El otro, en el exilio, en Francia.

Pero las cartas que María, la jovencísima María, le había mandado al que fue su novio durante unos cinco años sobrevivieron a la tragedia y a la diáspora familiar, cuidadosamente conservadas por la madre de Gregorio y, después, por su única hermana viva y las hijas de esta. Un tesoro legado entre mujeres, las palabras de amor de otra mujer que, con el tiempo, llegaría a ser muy grande, aunque la pequeñez de aquella España triste no fuera capaz de verlo en su momento.

María Zambrano, la alumna brillante de Ortega y Gasset y de Javier Zubiri, la filósofa-poeta, la republicana fiel, vivió cuarenta y cinco años de exilio, de lejanía de «la luz necesaria», de estrecheces económicas, de búsqueda desenraizada de nuevas raíces, país tras país: México, Cuba, Puerto Rico, Italia, Francia, Suiza, una y otra vez, una y otra vez... No regresó a España hasta 1984, anciana, enferma, brillante, seguramente sabia.

Jamás mencionó a Gregorio del Campo. Ninguna de las personas que la visitaron antes o después del regreso, que se escribieron con ella, grabaron sus palabras o anotaron sus recuerdos la oyó nunca hablar de aquel amor de juventud, ni del niño que ambos tuvieron y que murió a los pocos días de nacer. Un niño sin nombre. El único hijo que tuvo María Zambrano.

Solo en 2012, veinte años después de la muerte de la filósofa, María Teresa Villa del Campo —sobrina de Gregorio— entregó las setenta cartas custodiadas por las mujeres de la familia a la escritora María Fernanda Santiago Bolaños. El secreto, entonces —como tal vez diría la propia María Zambrano—, se alzó desde la oscuridad de la memoria íntima y asustada hasta la luz.

A María se le conocían hasta entonces dos relaciones amorosas. En septiembre de 1936 —ocho

días después del asesinato de Gregorio, ya en plena guerra— se casó con el diplomático e intelectual Alfonso Rodríguez Aldave. Alfonso —siete años más joven que ella— era compañero suyo en las Misiones Pedagógicas, aquel extraordinario intento de un grupo de jóvenes intelectuales españoles para acercar la cultura al pueblo, uno de los proyectos más hermosos que se llevaron a cabo durante la Segunda República.

Recién casados, María y su marido se marcharon a Chile, donde él había sido nombrado secretario de la embajada de España. En 1937, cuando la guerra se volvía cada vez más difícil, regresaron, leales y valientes, para sumarse al bando republicano. Alfonso se fue al frente, y María colaboró con el Gobierno en Valencia y Barcelona, como Consejera de Propaganda primero y después como Consejera Nacional de la Infancia Evacuada.

El día en que cayó Barcelona, el 25 de enero de 1939, cruzó como miles de personas la frontera con Francia, en un tremendo esfuerzo por sobrevivir. Tras reunirse con Alfonso en París, ambos partieron a México, uno de los pocos países que quiso acoger con los brazos abiertos a los intelectuales españoles que huían del franquismo. En 1945, mientras María iniciaba su vida errante como profesora y conferenciante, de país en país, Alfonso decidió quedarse en México, donde comenzó una nueva relación. Tras años de separación, se divorciaron en 1953.

Antes de Alfonso, antes incluso de Gregorio —y también después, porque aquel fue uno de esos amores que se alejan y vuelven a lo largo del tiempo—, María estuvo enamorada de su primo Miguel Pizarro. En todas las biografías sobre ella, Miguel aparece mencionado como «el amor de su vida», aquel cuya sombra oscureció cualquier otra relación que María hubiese podido tener: el mito del hombre perfecto y al mismo tiempo inalcanzable, que deja a la mujer amante sumida en una perpetua frustración.

El enamoramiento entre María y Miguel empezó alrededor de 1920, cuando ella tenía dieciséis años y él quizá veintidós. Intentaron, como entonces se decía, hacerse «novios formales». Pero parece ser que al padre de María le dio miedo la consanguinidad —eran primos hermanos— y prohibió el noviazgo. Blas Zambrano —maestro, intelectual profundo, íntimo amigo de Unamuno y, sobre todo, de Antonio Machado— fue un padre cariñoso y estimulante para sus dos hijas, María y Araceli, a las que animó a estudiar, a ser independientes y a sentirse iguales a los hombres. Pero en aquella ocasión impuso su autoridad.

Miguel se marchó en 1922 a Japón para dar clases de español. María, supuestamente, se quedó desolada: durante un año abandonó los estudios y desapareció de la vida, enferma, deprimida por la ruptura forzosa, según afirmaron siempre sus biógrafos.

Miguel regresó en 1928, cuando ella ya había terminado la carrera de Filosofía y empezaba a destacar en Madrid como intelectual. Esta vez, el padre fue más tolerante, probablemente porque había visto sufrir muchísimo a su hija. Sin embargo, la pareja volvió a separarse, sin que se sepa por qué. En 1934 retomaron por tercera vez la relación y estaban a punto de casarse, pero de

nuevo ocurrió algo. Al año siguiente, Miguel Pizarro se casó con una antigua alumna a la que había dado clases en Rumanía. Según este relato, el matrimonio de María con Alfonso habría sido una especie de respuesta desesperada al último y definitivo abandono por parte de Miguel.

Sin embargo, la aparición de las cartas a Gregorio del Campo obliga a revisar toda esa historia de amor persistente, único y desdichado. Porque lo cierto es que, poco después de que Miguel se marchase en 1922 a Japón, María y Gregorio estaban juntos. Dado que muchas de las cartas no están fechadas, no es fácil reconstruir la cronología con exactitud. Pero el niño nació en diciembre de 1923, y eso hace pensar a la editora de las cartas que el año vacío de María, aquellos largos meses de ausencia de los estudios y de la vida social, no se debió a la pena causada por la lejanía de Miguel, sino a un embarazo que, lógicamente, la familia trató de esconder: los Zambrano vivían por aquel entonces en Segovia, una ciudad de provincias, conservadora, llena de conventos y curas, donde la maternidad de una muchacha soltera de diecinueve años habría generado un verdadero escándalo.

La manera habitual de resolver ese tipo de situaciones era organizar una boda rápida. En este caso no se hizo, aunque no se sabe cuál fue la razón. Gregorio había estudiado en la Academia Militar de Zaragoza y era alférez de Artillería, alguien con la suficiente seriedad profesional para poder generar confianza en la familia Zambrano. En sus cartas, María menciona una y otra vez el momento futuro en que al fin estarán casados y juntos, pero no da la sensación de que hubiera ningún compromiso firme al respecto. Quizá, como ella misma parece sugerir en algunos pasajes, los Zambrano esperaban que él estuviera más asentado y que ambos demostrasen la firmeza de su enamoramiento. Tal vez, pienso, querían que María pudiese terminar sus estudios de Filosofía — que realizaba de momento como alumna libre en Madrid— antes de convertirse en la esposa de un militar, obligada a acompañar al marido en sus destinos cambiantes.

Gregorio, que había estado destinado en Segovia algún tiempo, acabó marchándose, aunque no sabemos si lo hizo antes o después de enterarse del embarazo. Estuvo una temporada en su pueblo de Aragón y después en algunos destinos militares, en particular en Ceuta, donde debió de participar en la guerra del Rif.

Durante cuatro o cinco años, María le escribió con frecuencia. Él le contestaba, aunque, como todas las novias anhelantes, ella se quejaba a menudo de las pocas cartas que recibía. Lo que llama poderosamente la atención es que ni una sola vez menciona su embarazo o su parto. Sí que se refirió en cambio en varias ocasiones a las «cosas» que habían hecho juntos, es decir, a sus encuentros sexuales, y se sintió obligada a defenderse frente a las críticas que Gregorio debió de hacerle después de haberla dejado embarazada, en una actitud característica del patriarcado conservador: la culpable del «desliz», a fin de cuentas, era ella, pues las mujeres eran las únicas responsables de mantener su cuerpo cerrado y firme como una muralla frente a la débil carne de los hombres.

El silencio de María en torno a las infinitas realidades físicas y psíquicas de una experiencia tan crucial como un embarazo y un parto —las molestias y la alegría, los momentos de angustia y los de infinita esperanza— resulta sorprendente. Las cartas están llenas de intimidad, de confesiones, de muestras de cariño, y el absoluto mutismo sobre ese asunto, la inexistencia de su gravidez en su diálogo con Gregorio, quizá se deba a la vergüenza, al deseo más o menos consciente de no poner por escrito algo tan perturbador.

De repente, en diciembre de 1923, aparece mencionado el niño, que, por lo visto, acababa de nacer. Un niño al que ella se refiere con mucho cariño pero al que no llama de ninguna manera — más allá de «nene» o «morrongo»—, como si nadie se hubiera decidido a darle un nombre a una criatura que probablemente no nació en buenas condiciones: ponerle un nombre a un bebé es sin duda una primera prueba de amor y de esperanza, y parece sujetar al recién nacido a la vida, individualizándolo.

Por lo que María cuenta, ya en aquellos primeros días el bebé no estaba con ella. Supongo que, para mantenerlo oculto, lo llevarían a casa de algún familiar o, tal vez, de un ama de cría discreta, como tantas veces hacían en casos semejantes las familias que disponían de medios económicos. Pero a las pocas semanas de nacer, el niño sin nombre murió. María le escribió a su hijo muerto una carta llena de pena, la número 4 de esta selección, que debió de enviarle a Gregorio, puesto que apareció entre sus papeles. Volvió a mencionárselo en un par de ocasiones a su novio, y después, la criatura se desvaneció por completo. Nadie supo nunca que María Zambrano había tenido a los diecinueve años aquel único hijo que se le murió. Y nadie sabrá nunca qué dolor se le pudo quedar a ella por dentro.

Una vez resuelto por sí mismo el asunto que más le comprometía, parece que Gregorio se fue alejando más claramente de María. O quizá fuera ella, cada vez más madura, quien empezara a ver ya no el amor que los unía, sino las diferencias de carácter que los separaban. Aquella muchacha enormemente cariñosa y cercana, todavía un poco infantil en la expresión de sus sentimientos, terminó por darse cuenta de que su novio era como «una roca desolada sin agua ni vegetación».

Durante años —quizá hasta 1926 o 1927, no se sabe muy bien—, intentó ser la fuente que pudiese suavizar las aristas de su carácter seco y duro. Pero a medida que avanzaba en sus estudios de Filosofía, que sus ideas se volvían más claras, que se le abrían nuevas perspectivas intelectuales y vitales y que cuajaba dentro de ella el respeto hacia sí misma y hacia su propia sensibilidad, terminó por renunciar y rompió con él.

Gregorio del Campo y el niño sin nombre dejaron de existir, innombrados. No sabemos cuánto influyó aquel episodio en la vida de María la mujer o en el pensamiento de María la filósofa. Pero me gusta pensar que, cuando en 1963 le escribió estas palabras a una joven amiga, la poeta venezolana Reyna Rivas, estaba hablando tal vez de sí misma y de su propio pasado secreto: «No

tienes ni siquiera que tener ánimo, porque no tienes que luchar ni que vencer ninguna dificultad. Solo dejar que una puerta que hay dentro de ti se abra de par en par. A veces se cierra y te deja fuera, en un espacio desierto o en la niebla, sintiéndote tú casi sin dueño. Deja que se abra y que la vida y el amor que mora en ti te infundan y todo sea resuelto».

De todo aquel tiempo de ternura y de drama, quedaron solo, escondidas por amor maternal, estas cartas de amor.

[1]

[Segovia] Hoy, 9 de diciembre [¿de 1922?]

He sentido hace un momento unas ganas muy grandes de escribirte porque me daba cuenta, fuerte y serenamente, de que te quiero y de que estoy para siempre unida a ti. ¡Si tú supieras lo que he cambiado desde que te conozco y te quiero! Para que luego, querido, me digas que no soy más que un amasijo de ideas. Quizá tengas razón, pero entonces habría que convenir en que las ideas son la medida de la persona, su razón que las une a la vida y que es su vida.

Mira, dirás que soy rencorosa, pero en esos momentos en que veía con claridad y espontaneidad lo unida que estoy a ti, lo que soy y lo que he evolucionado, en esos instantes, digo, han sonado en mis oídos aquellas trágicas palabras y... no sé cómo decirte... Pero no, no quiero hablar nada de eso porque mi orgullo y mi sentido aristocrático de la vida me impide el defenderme de una injuria. Y, es más, me molesta decirte cosas buenas, que te hagan recordar aquellas molestas frases y ver su injusticia.

Verdaderamente, si a mí alguna vez me procesaran, como no tuviese yo algo que representara para mí más que ningún otro sentimiento mío, sería capaz de dejarme condenar por no defenderme.

Y si vieses con la indiferencia que miro todo y lo apartada de todo que estoy. Me encuentro por completo en tu manera de pensar y de ver la vida; lo noto en cualquier detalle (que son los que revelan la verdad) y en el estado general de mi alma, en las impresiones que me dan las cosas; en fin, en todo. Por eso me indigna el que nosotros mismos, que debemos mirarnos como una sola y misma cosa, tengamos esas disputas tan agrias, es gana de fastidiarnos nosotros mismos. Mira, en verdad te digo que entre nosotros dos no nos debemos ofender y molestar por nada; cuando procedamos mal en algo, eso sí, avisarnos y detenernos, pero serenamente y sobre todo sin enfadarnos el uno contra el otro; eso es lo único, lo verdaderamente malo, lo que puede tener importancia; lo demás con cariño y confianza se resuelve todo muy fácilmente.

Y pensar, querido, que a estas horas irás solito en tu asiento del tren, hacia tu tierra, hacia tu madre, y yo aquí escribiéndote...

Si vieras cómo he sentido tu falta hoy; esta noche, cuando tomaba café después de cenar, ¡qué penica me da!, cuánto sentí la falta, tan bien como estuvimos anoche. Y pensaba en cuando lo tomemos todas las noches junticos, después de haber trabajado en el día, ya solicos, entregados solo a querernos, ¡qué bien!... Parece que ya siento la emoción de esas horas de dulzura y de paz,

todo estará calladico a nuestro alrededor, y el aire y las cosas todas tendrán un aroma y una expresión de esa calma llena de efluvios de pureza y de felicidad. Mira, será una habitación no muy grande, con mucha luz, pero velada de un tono claro para que nos envuelva y nos recoja mansamente en una atmósfera que nos aisle del mundo; allí estaremos queriéndonos. Y en invierno tendremos una chimenea encendida, ¿verdad? Y todo será muy bonito, muy bonito, y nosotros más. (Oye; ¿verdad que me quieres?)

¡Qué penica este tiempo que tendremos que estar separados y con pocas esperanzas de vernos! Pero, mira, yo creo que nos servirá para trabajar y probar la fortaleza de este querer, y yo creo que para llegar a esa dicha es menester antes merecerla en días duros de trabajo y ausencia. En ese tiempo, desde que tú acabes hasta que nos unamos para siempre, debemos forjar nuestra vida futura y nuestra dicha; porque, querido de mi alma, hasta ahora poco hemos hecho; todo ha sido sentir y esperar, pero hacer, poco, querido, o mejor mucho, porque hemos hecho que nos sintamos en condiciones para trabajar nuestro ideal y hemos hecho el ideal; y ahora, a trabajar para conseguirlo.

Si te tuviera a mi lado, ¡con qué fe te abrazaría, y con qué pureza! Te abrazaría solo con el alma. ¡Qué hermoso es, queridísimo mío, sentirse el cuerpo transparente y sin peso, sin personalidad propia, solo sostén del alma, su expresión material! Pero esto no ocurre siempre, ¿verdad? ¡Y qué le vamos a hacer!... Si eso fuera siempre, entonces, trabajo, lucha, purificación, redención, serían palabras huecas y sin sentido. Nuestra marcha sobre la tierra se funda precisamente en que hay mal, en que hay instintos bajos que espiritualizar, que redimir; nuestra labor es esa: elevar lo inferior, hacer de las cosas materiales cosas transidas de espíritu, de alma, de pureza. Pero eso es difícil y no se consigue siempre, y sobre todo, tenemos que ver una cosa: que llevando la marcha de querer elevar y purificar cosas bajas, no es nada extraño que muchas, muchísimas veces lo consigamos, pero en cambio otras, bien porque nuestra energía espiritual esté un poco apagada o porque la material esté en auge, no nos sea posible corregirlo y nos veamos reducidos en vez de a dos almas sin cuerpo, a dos cuerpos sin alma. Debemos deplorarlo, sí, porque es triste, pero no desesperar por ello, porque nos pasará, querido, nos pasará. Es fatal.

En fin, que estoy contenta, muy contenta, muy contenta y lo estaré aún más. Solo deseo, queridísimo de mi alma, que tú veas todo lo que digo tan claro como yo, no por mis pobres palabras sino porque te nazca de adentro y te inunde el alma de luz, como una bendición de Dios.

[...] Muchos besicos a tus hermanicos. ¿Les gustará el retrato? A tu madre un abrazo fuerte, muy fuerte, y a ti otro fuerte también y puro y un besico en el que va lo mejor de mi alma. Tuya que te quiere,

MARÍA

Perdóname si en algo te molesto. Adiós, querido de mi alma. Adiós. Te vuelvo a besar y también a tu madre.

[2]

[Segovia] 12 de mayo [¿de 1923?]

Te voy a escribir, quizá por última vez, cuando el estado de mi alma es menos a propósito para hacerlo, cuando el dolor callado y profundo, ese dolor que no salta, ha sustituido en ella a otros sentimientos menos duraderos, pero más asequibles a ser expresados.

Sin embargo, así lo he querido; he contenido dentro de mí en estos días todo un volcán de sentimientos ardientes y exaltados que surgieron en mí al conocer todo el valor de mi desgracia, pues al leer tu carta el jueves, no me di cuenta de todo lo que significaba y ¡cómo me la iba a dar! Cómo iba a ver yo que tú, que mi niñico en quien yo tenía todas mis esperanzas, en quien confiaba como en un Dios, cómo iba yo a creer que me iba a juzgar de una manera tan injusta y tan soez. Han pasado ya dos días y aún no lo creo, ni podré nunca creerlo en la vida. Di, ¿es posible que insultes de ese modo a quien no ha tenido más pecado que el quererte con toda su alma, a quien te hubiera dado su sangre gota a gota, a quien ahora mismo te perdona todo el destrozo que has hecho en lo más delicado y noble de su alma, en aquello que por mejor he tenido consagrado a ti? ¿Y es que tú no sabes, di, no lo recuerdas? No recuerdas que esas cosas que ahora «te da asco el recordar» y que has hecho por transigir «conmigo», han partido casi siempre de ti y se han realizado por ser esa tu voluntad, y demasiado sabes que para mí, a veces, han sido verdaderos sacrificios, pues yo ni lo deseaba ni sacaba nada de ello, más que la satisfacción de haberte complacido y de servirte de algo. ¡Que te he ensuciado yo!, yo, que en esos momentos he albergado en mi alma sentimientos tan puros e inegoístas como tú, «el limpio», jamás podrías ni soñar. Y si ha habido disparidad en esos actos, es a mi favor, puesto que tú, según se deduce, los hacías empujado por la vil necesidad material y por debilidad de oponerte, y yo, la «sucia», ni sacaba nada materialmente y los hacía solo, ¿entiendes?, solo por cariño hacia ti y por no negarte nada. Y eso tu conciencia lo sabe.

Y además, si yo hubiera pretendido engañarte y hubiese hecho esas cosas como las hacen esas que tú nombras tanto, por estar en espíritu cerca de ellas (aunque te creas lo contrario), no te hubiese hecho alto a cada momento para hacerte examen de conciencia. ¿Es que también se te ha

olvidado que yo siempre he hecho todo lo posible por mantenerte despierta y tranquila la conciencia, así como las seguridades que tú me dabas acerca de ello?

Y a ti que tantas náuseas te producen los demás, ¿no te da ahora mismo, di, ¿no te da asco y vergüenza de decirme lo que me has dicho tan sin justicia y tan sin razón, descargando con una pobre mujer que solo tiene fuerza para quererte y admirarte, descargando en ella toda la hiel de tu alma? Di, sé bueno una vez más (ya que otras muchas veces lo has sido, y ya ves cómo a mí la pasión no me ciega) y baja a tu conciencia, a la verdadera conciencia reflejo de la verdad y no de las pasiones egoístas y malas, y ella te dirá cómo has faltado con tus palabras injustas y soeces ante todas las cosas buenas y profundas de la tierra. Mira cómo yo, siendo tan sucia, me desnudo de todo rencor, de toda indignación, para hablarte con la verdad y porque no ves mi corazón, que en estos momentos está lleno de ternura hacia ti.

Dime, queridico mío, ¿qué es lo que hay en tu alma para que se te nuble la razón de ese modo? Porque una de dos: tú has estado conforme durante meses enteros con ciertas cosas (y no por estar envuelto en ellas, pues han transcurrido muchos días sin que ocurran), y hasta contento, y me has alentado a mí muchas veces, y ahora te da asco solo el recordarlas, ¿cómo explicarlo?

En fin, tengo la cabeza hecha un bolo, me duele y me duele todo el cuerpo y toda el alma. No te digo lo que quisiera decirte, pero comprendo que tampoco me es posible ahora el hacerlo. Además, que Leandra sigue mala y te tendrá que mandar esta con su hermana, que se irá enseguida.

Y no tengo fuerza para decirte todo tu proceder, pues estoy completamente agotada por el dolor, y llena de cariño y de ternura hacia ti, tanto que, como tu madre en una carta que yo tengo, te digo que si me matases, te lo perdonaría y moriría con gusto.

Solo te deseo una verdadera conciencia y limpia y sana, y una vida buena y feliz.

No tengo fuerzas para decirte más, ni para sostener la pluma siquiera.

MARÍA

Ayer no me levanté; estuve bastante mal; hoy estoy mejor, pero abatidísima; el médico lo ha notado.

[3]

[Segovia, ¿diciembre de 1923?]

Querido morronguico:

Qué poco te escribo, ¿verdad? Ya pasaron aquellos buenos tiempos en que cada día y aun cada hora escribía «latosas» cartas que te enviaba para tu castigo y desesperación. ¡Qué feliz serás ahora! No solo estás lejos de mí, sino que tampoco te molesto con mis cartapacios, ya estás casi libre de mí y, si seguimos así, pronto te verás libre del todo.

No estoy en plan para escribirte; no siento ni pienso cosa digna de contártela, y lo que puedo decirte es tan vulgar y tan sin importancia, que me molesta el hacerlo y no creo valga la pena de que ni yo lo cuente, ni tú lo leas. [...] Tú eres, nenico, el que debes escribirme, mucho, todo, y transmitirme esas buenas emociones que llenan tu alma; no seas malo, majico, comparte conmigo tus bienes espirituales, que yo en esta ocasión lo mejor que puedo hacer es guardar silencio y escuchar recogida lo que tú me digas.

[...] ¿Y tú y yo, nene, qué haremos? (¿muchos morronguicos majos y buenos?). Desde luego que, para crear, hace falta un exceso de energías que ha de salir de la propia alma de uno; el hacer algo es muy parecido, lo equivalente en lo moral a tener un hijo; y, ¡claro!, quien no tiene esta sobreabundancia de alma, la siente en sus obras y se queda sin ella para su vida. Nosotros haremos como dice el viejo adagio, «Primero vivir y después pensar», aunque pensar es vivir también.

Noche del 24

Querido feíco mío: esta mañana he recibido tu carta del 19. ¡Válgame Dios, que haya sido yo tan mala que te haya hecho que no te atrevas a abrazarme, por mis acusaciones! Ahora yo tampoco me atrevo a abrazarte hasta que tú me perdones de haberte afligido tanto, nenico, y si a ti te sucede lo mismo, tú verás, vamos a estar sin abrazarnos toda la vida por culpa mía.

Mira, guapico, estoy muy tontica, ¿sabes? Tampoco estoy sola, sino con mi madre, Pepito (el nene de mi tía Asunción) y Leandra. Probablemente si me acuesto, estaré mucho rato despierta, pensando en mis nenes guapicos. Entonces me entran ganas de levantarme a escribirte, pero hace tanto frío y está tan oscuro, que temo venga alguien por mí y te deje sin chonflica. ¿Qué harás tú ahora, en tu cabaña solico, todo recogido entre el silencio y las sombras que por todas partes te envolverán? ¿Pensarás en tu nene y en tu mujercita? Y no me atrevo a pensar en verte y tenerte conmigo, me he vuelto tan pesimista que nada querría expresar con ilusión. Dime, ¿será posible, mi nenico, que estemos juntos alguna vez, como maridico y mujercita, con nuestro nene chiquitín? Yo mientras eso no llegue estoy en suspenso, ¡nada siento, ni puedo decir que vivo en el sentido espiritual! Ahora mi idea es trabajar y buscarme un porvenir, ser algo y estar fuerte. Todo el fuego de mi alma está apagado en espera de tu presencia y la de mi nene para volver a brillar; mis

energías duermen porque no pueden realizar su función apropiada; no puedo sentir y vivir aquello que debía, y mi conciencia —sin necesidad de mi voluntad— no me permite vivir otra cosa.

Pero cuando vengas, haremos cosas, ¿verdad? No permaneceremos parados, seguiremos nuestro camino adelante, nuestra vida siempre la misma y distinta, la misma porque nada hará cambiar nuestra fe y nuestros ideales, pero cada día nos traerá una nueva inquietud y una nueva verdad. No quiero, nene, que nos petrifiquemos como buenos burgueses, no: los espíritus fuertes, a medida que la vida les va arrojando el peso de sus desengaños y vulgaridades, son más jóvenes guardando intacto, nítido, el germen de su idealidad y de su fe en los más altos valores de la vida. Pero hay que reconocer que, nene —y no te me enfades—, que lo que la gente entiende por normalidad es la vulgaridad perfecta y el materialismo más estúpido. No, la gente que ha sentido en sí vibrar la voz del espíritu, no ha sido nunca del todo normal como el vulgo entiende. ¿No ves, nenito, que la gente, la gente materialista y cobarde, entiende por normalidad el espejo de sus egoísmos y ramplonerías y tiende siempre a rechazar todo aquello que puede elevarlos un poco despegándoles del suelo donde con tanta fuerza están agarrados?

Bueno, no estoy contenta de cómo te escribo. Lo dejo; si recibes con menos frecuencia cartas mías, piensa que tu chonflica está recogidica en espera de días mejores en que te pueda abrazar a ti y a su nene, que está lejos de ella: que su alma está sequita esperando a su maridico, que venga a infundirle nueva vida, y mientras tanto no producirá, será estéril, pero nada malo hará tampoco y, sobre todo, probará en el crisol de la ausencia la pureza de su amor y la virtud de su fidelidad. (¡Ahora suenan en la calle unas panderetas!) Que Dios te bendiga a ti y proteja el sueño de nuestro nene, hasta que otra nochebuena más dulce nos junte a los tres. ¿Recuerdas el año pasado? ¡Quién nos diría que tan pronto íbamos a tener un nene! Adiós, perdona esta carta tan tonta. Te quiere y te abraza tu chonflica.

[4]

(Al niño muerto)

[Segovia, ¿genero de 1924?]

Nene, ¿por qué te has ido sin despedirte de tu madre, por qué te has ido sin que tu padre te dé un beso? Hijito, ¿por qué te has ido donde tu madre no te puede ver, donde vas a estar solo? Aunque hayas ido al cielo, ¿qué te importa a ti Dios y esa gente? ¿No estarías mejor con tu madrecita, que

pronto iba a ir contigo? Nene, ¡qué solito estarás! ¿Tendrás frío debajo de la tierra, echarás de menos tu cunita y tu manta y tu toquillita blanca? Ay, si yo estuviera ahí te lo pondría todo, todo para que no tuvieras frío: tus faldoncitos que tu madre te hizo, toda tu ropita, y te metería en tu cunita para que te siguiera arrullando y meciendo. ¿Me traerá mi madre un pelito tuyo, ese pelo tan negro que tenías, como el de tu padre? ¡Qué pena, si me aprieto los pechos aún sale leche, la leche que era para ti, nene, y que no llegaste a tomar! Nene, hijito mío, nene pequeñito, dónde estás y por qué te has ido, di, por qué te has ido, si eras muy guapo y tenías unos ojicos negros muy grandes llenos de inteligencia, todavía los tendrás, nene, ya cerradicos; tu carita tan mona parecerá de cera, tus manitas chiquininas que sostenían tu cabecita cuando tenías un día, aquellos ojos que iban a la luz, nene, pobrecito nene, ya no verán más la luz, la tierra caerá sobre ellos, y una eterna oscuridad.

[5]

[Después de la muerte del niño, María debió de pasar una época muy mala, agravada por el hecho de que Gregorio apenas le escribía.]

[Segovia] 30 de enero de 1924

Desde el 24 de diciembre hasta hoy, 30 de enero, son treinta y siete días, treinta y siete, y en ellos he recibido dos cartas tuyas, es decir, una cada diecinueve días.

Estoy verdaderamente desesperada; no recuerdo jamás haberlo estado tanto, se agitan desde ayer en mí tantas cosas, que soy más que persona un torbellino. Todo el tiempo lo paso maldiciendo de todo, hasta de la hora en que nací, y todo, hasta el escribirlo, es ridículo, ¿a qué, si nada te puede dar sensación de lo que por mí pasa? ¡Bien consigues ponerme al borde del abismo, del abismo en todo! Te juro que otro ser más débil no saldría de esta sin ser un canalla o algo aún peor. Así leyendo esto te parecerá una cosa tonta, porque no puedes imaginarte lo que he llegado a pensar. No soy mala; no lo seré nunca, no porque no pueda, que sí que puedo; pero hay algo en mí que aun en los mayores momentos de desesperación se interpone y me hace amar la bondad y la excelsitud más que nunca. Pero hay en mí materia de sobra, te lo aseguro, para ser mala, mala a conciencia, ¡ya lo creo! Si es que tú has creído alguna vez que yo soy algo blandito, una cosilla de nada que es buena porque no puede ser otra cosa, te has equivocado de firme. ¡Yo

soy lo que me da gana ser! Así, en absoluto, y tengo la conciencia de una vez queriendo llegar hasta donde me lo proponga, porque sí, porque tengo conciencia de ello y también alguna prueba [*sic*]. Así, si ahora a pesar de todo te sigo fiel y te amo, es porque me da la gana, tenlo así entendido. Puedo en este momento olvidarte para siempre sin odio ni rencor, puedo odiarte y vengarme de ti, ¡vaya si puedo vengarme! ¡Si yo quisiera, te lo aseguro, esto que me haces ahora, lo habías de pagar bien caro, pero bien caro, pues como si me da la gana soy mala, no dejan de ocurrírseme medios para herirte en lo más vivo de tu corazón! Sin duda tú debes de haberme tomado a mí por un mequetrefe de nada, pues no se comprende que me trates así. Ahora me dices que me ha dado el nervioso y que soy una ridícula. Poco me importa, porque sé que estoy bien lejos de ello. Si te quiero, te quiero a conciencia, porque quiero quererte, y este amor es tanto más desesperado cuanto más consciente. ¡Con qué firmeza, con qué enorme firmeza te sigo y te entrego mi alma! No habrá ser en este mundo que con más sinceridad haga una completa entrega de sí mismo como yo lo he hecho contigo. ¡Con qué infinita emoción me he sentido yo desnuda de alma frente a ti! He sido sincera contigo hasta lo último, te he dicho cosas y si no te las he dicho de palabra todas, las he sentido desnudas frente a ti, que de otro modo hubiesen sido un enorme impudor, y sin embargo contigo no han sido más que sinceridad.

Y con las ganas de vivir y de quererte que ahora tengo, y sin embargo deseo a veces con más fervor la muerte; ahora mismo pensaba en ella con verdadero cariño. ¡Si yo me muriera y me enterraran con mi nene, qué feliz iba a ser, durmiendo eternamente, sin sentir nada, ni pensar nada, tranquila, descansada en paz con mi nene de mi vida junto a mí! Qué bien dice la Iglesia cuando alguien muere «descanse en paz». En esta frase se resume todo el sentido cristiano de la muerte: la muerte no como vida, sino como descanso eterno, ¡qué bien!, como privación del sentir sobre todo, ¡qué felicidad no sentir nada, nene, privado al fin de la conciencia y de esto tan estúpido y tan inútil que tenemos que se llama corazón! Qué vida más estúpida esta, ¿verdad, nene mío? ¿No lo reconoces tú así?

Mira, dos seres que se quieren intensamente como tú y yo, ya ves, nos hacemos mutuamente desgraciados, desgraciados y felices al mismo tiempo, ¡qué estupidez! Esta mañana estaba yo al sol en la galería y, bueno, yo no sé lo que me pasa, pero no te puedes imaginar cómo estoy y lo que siento, a no ser que estés tú lo mismo. Sobre todo como haga un poco de luz y vida en el ambiente, es que no sé..., bueno, me deshago; si tú estuvieras conmigo entonces, no sé, no sé lo que me pasaría.

Con que me miraras solo me había de deshacer. Y no pienso nada, nada; es que estoy así, no lo puedo remediar, tengo en el fondo más ganas de vivir, y de vivir bien, que nunca, y odio el dolor más que nunca. ¡Ay, yo quisiera ahora estar contigo en algún sitio hermoso, en el campo, donde todo respirase vida y belleza, y tú me quisieras mucho, mucho, como me dices en algunas cartas! ¡Qué sería de mí! Me moriría sin remedio, no creas que exagero.

Sí, aspiro a la vida y a la felicidad más que nunca, y por eso al tropezar con el dolor me desespero más, no, odio el dolor y la tristeza; quiero la vida, la vida buena y alegre, buena. Sí, nene, ciertos sentimientos son buenos, o si no, marcharme con mi nene. O soy feliz contigo, o me voy con mi morronguito; una de dos.

Pues no digo nada ahora cuando entre la primavera, con lo sensible que yo soy a la vida de la Naturaleza, cada aliento suyo me hace vibrar toda; yo no sé lo que va a ser de mí lejos de ti, me moriré, me consumiré. ¿Y por qué no habíamos de estar juntos ahora, vamos a ver? ¿A qué perder tan tontamente nuestra juventud? Y no me digas, queridito mío. No son malas ciertas cosas, no; mira, yo no me siento, ni con mucho, embebida en los sentimientos de la carne, a lo bestia; no, no es nada de eso. ¿Tú no recuerdas algunas veces cuando tú venías a casa y estando yo al lado tuyo, pero separada —cuando echaba la cabecica en la mesa— sin que tú me hicieras nada, lo que me pasaba? Pues así es lo que me ocurre ahora, lo que me ocurre a medias, naturalmente. ¿Qué culpa tendrán las flores de sentirse agitadas por el viento y de sentir el sol? Pues algo así es, nenico.

Yo no soy mala por eso, no, y aunque estuvieras tú y estuviéramos junticos, no sería malo tampoco; al contrario. ¡Si vieras, es algo tan fino, tan dulcecico! Tan inmaterial, me siento yo más bien, más inocente y más lejos de la bestialidad que nunca. Y mucho mejor sería si estuviese contigo, pues después de sentirme así de bien, me quedaría luego tranquilica y contenta, más inocente y más alegre que una niña, ¡qué bien estaríamos! ¿Cuándo llegará eso, llegará alguna vez?

Escríbeme, nene; te lo pido por todo, mira que lo necesito por todos lados. Mira que me desespero cuando me veo en este abandono que me tienes. Por Dios, nene, no seas tan malo y tan cruel conmigo, dos cartas, dos en treinta y siete días. ¡Por Dios! Mira, lo necesito por todo: para estar animada, para ver que me tienes en algo, para que en mi casa tengan más prisa en arreglarnos. ¿Qué prisa van a tener si ven que tú no te acuerdas de mí? Y por eso también, nene. Mira que es muy triste estar con esta sensibilidad tan fina, tan enorme, y sentirse sola; siquiera una carta, nene, una cartica. Mira que me haces pensar cosas malas y me pones al borde de muchas cosas. Te lo advierto, nene: hay en mí más peligros quizá de los que tú creas; hay en mi alma muchas cosas, muchas, que quizá tú ignores. Yo ni soy una tranquilita y recogidita como tu novia de Zaragoza (no significa esto que yo la desprecie, ya sabes que no). Tienes que pensar que tratas con una mujercita que tiene en sí muchas cosas; que te quiere con toda su alma y que, «a conciencia» y por propia decisión, te es fiel como nadie y te ha entregado su almita, que es buena porque quiere serlo, y que sigue el camino que tú le has mostrado porque quiere seguirlo, pero que no es una persona que, como los caballos de coche, tiene orejeras, ¡no, yo no tengo orejeras! Las tengo cuando yo a conciencia las quiero tener, ¡cuando a conciencia quiero ser solo para mi feíco, y soy por entero de él! Cuando no, el mundo, la vida toda es gozo para mí, y no tengo limitaciones. Ya lo sabes, nene. Te lo doy todo, todo, tú tienes que someterme con algo. Ya ves santa Teresa y san Juan de la Cruz, que pusieron su vida en Dios y aún a sabiendas de que lo alcanzarían en la

otra vida, a veces desfallecían y Dios bajaba a mostrarles su presencia y a confortarlos; por fuerte que yo sea, mi nene, no lo seré más que santa Teresa, y tú estás en este mundo, aunque en Adris, y puedes escribirme y darme unas palabras de consuelo.

Adiós, vidita, no abandones a quien te quiere con toda su alma y su cuerpo y se siente morir solo de soñar contigo. Adiós.

Un abrazo y muchos besos de tu

MARÍA

[6]

[Segovia] Hoy, 1 de diciembre [¿de 1924?], por la noche

Querido nenico mío:

Estoy aquí por la noche estudiando como «antes»; me siento animada estos días y bastante bien físicamente. Hoy he leído en el periódico que hay por ahí unos horribles temporales que han dejado a algunas posiciones sin tiendas de campaña, teniendo que soportar las tropas la lluvia que caía a torrentes. Quizá alguna de esas será la tuya y aunque no, siempre se dejará sentir el temporal y, sin embargo, no me puede dar lástima de ti, al contrario, casi me alegra siempre que no te ocurra nada, porque sé que estas cosas a ti te animan y te hacen sentir.

Tengo ganas, muchas ganas de vivir contigo viéndote, porque sin verte ya vivo contigo, para hacer cosas y sentirnos bien, para vivir en suma a nuestro gusto, verás, nene, qué felices vamos a ser; lo seremos en cuanto tú quieras, que sí querrás, ¡claro!, porque yo no puedo estar en mejor disposición. No puedes imaginarte lo compenetrada que estoy contigo; en estos días desde que he vuelto a la normalidad, me voy abandonando poco a poco cada vez más en un sentido de la vida nuevo, que tengo de ti; cada vez me siento más segura de mí y de la bondad de lo que quiero, y todo lo veo más claro, ¡lástima que no sea yo más buena, que no posea en realidad tanta virtud y fortaleza como vislumbro en ideal! ¿Por qué será esto así, por qué estaré yo condenada a ver más de lo que poseo? Pero no me desespero porque comprendo que al par que avanzo en lo ideal, le seguiré lo real, como la sombra al cuerpo, y así, aunque siempre sea peor en acciones y sentimientos corrientes de lo que mi alma en momentos privilegiados sea capaz de concebir, mejoraré y no perderé, ni con mucho, el tiempo.

Porque ahora, hace un momento, me he dado cuenta de la primacía que para mí tiene, ante todo

y por cima de la inteligencia, una cosa: la virtud o la bondad, como se le quiera llamar a eso espontáneo y profundo que nace de esa alma o razón universal que da vida y aliento a todo. Para que luego me taches de «intelectual»; hoy en mí, nenico, no queda nada de eso en ese sentido, si es que alguna vez lo hubo, porque si bien es verdad que yo fui en aquella época trágica de mi vida algo así, cuando hoy he llegado a no serlo de manera tan perfecta y absoluta, será porque en el fondo entonces sería yo así también, pues no se cambia, no se puede cambiar tan radicalmente. Si hoy, y aunque sea por tu ayuda, he llegado a ser como soy, algo tendría dentro de mí, mío innato, espontáneo, que sería así también: semilla escondida que no podría germinar por falta de fuerza, por sobra de obstáculos.

En fin, voy a acostarme. ¡Hace un frío! Y pensar que en noches crudísimas como esta nos hemos estado tú y yo en el balcón hasta las dos de la mañana, charlando, sintiendo al par nuestras almicas llenas de entusiasmo, sin darnos cuenta de nuestros cuerpos heladicos de frío; luego yo me acostaba y no podía entrar en calor en toda la noche. Ya eso no nos volverá a pasar cuando estemos juntos, no volveremos a pasar más frío por las noches charlando, separados por una atmósfera helada; estaremos junticos y a lo mejor seremos malos, pero no, ¿verdad?

[7]

[Segovia] 11 de diciembre de 1924

Mi querido nene:

Ayer te escribí un poco quejosilla de ti; no hagas mucho caso, mejor, sí, es cierto que pienso en tu frialdad, pero esto no quita para que yo te quiera mucho y nunca sienta lo más mínimo el exceso más grande a que tu amor me lleve. Solo me remordería el traicionar por amor tuyo —que en este caso ya no sería tampoco amor— algún principio central de mi existencia, alguna ley esencial de la vida. No siendo así, nada, nada me pesa. Tú puedes pensar de mí lo que quieras, pero cada cual, nenico, lleva en sí mismo el camino que al andar se traza, cada cual en su corazón lleva su vida, como según la superstición gitana se lleva el destino trazado en la palma de la mano. Yo soy así, y si rebelándome contra el ser que Dios me ha dado quisiera sentir y obrar de otro modo, ni sería buena ni sería yo misma. ¿No te parece que debe de haber en todo mucha libertad, libertad, sí, para todo, menos para el crimen, y llamo crimen a todo lo que ofenda a alguna idea fundamentalmente reguladora de la vida?

Tú eres demasiado exigente, nenico mío; quizá sin pretenderlo, tal vez sin darte cuenta, me has

constreñido un poco, me has ajustado las cuentas demasiado estrechas; déjame que viva, nenín, que vuele por todas las cosas de la vida, que de todas ellas sacaré jugo para quererte; ¿qué importan los «enamoramientos» parciales —entiendes en qué sentido? No pensarás que es de mujer a hombre—. Para no «solidificarse» es preciso «viajar» —¿y hay algo más grato que los ratos de descanso casero, de paz de hogar, tras de un viaje?—. Tú eres de los que solo viven el «descanso», lo viven realmente. Hay que sentir, intensamente, fuertemente, las grandes emociones de la vida y siempre con una idea reguladora; con ella acompañados nunca nos arrepentimos de haber vivido demasiado. Claro que también sucede que a veces los que creen «vivir» son los que menos viven; yo, que para todo el mundo paso por una niña aburrida, o al menos con exceso formal, creo no haber pasado en balde estos años de mi primera juventud. Y digo de mi primera, porque creo —hay algo que me lo deja vislumbrar— que ahora comienza una segunda. Más que nunca, tu nena quiere sentir, vivir: un largo y bello camino, bello hasta en las espinas, se abre ante mi mirada ya algo experta, pero no cansada.

Que lo pasado nos sirva de lección, no de renunciamento.

Muchos besos, ya con un sabor algo distinto, de vida nueva, de alborear, de tu

MARÍA

No dejes de escribirme.

[8]

[¿Madrid?] Hoy, 2 de marzo [¿de 1925?]

Mi querido nenico:

Recibo tu carta del 26, ¡cuidado que eres bueno, hijito! Hay que ver, que yo te suponía enfadadico por no tener cartas mías, y mira el pobrecín cómo me escribe.

Bueno, pasemos a explicarte mis frases que no entiendes: en efecto, no quiero ser ni tu mujer ni tu señora, en el sentido oficial de la palabra, pues esto significa una concreción, una cristalización completa y definitiva del amor (tomándolo como la vida íntima de dos personas). La mujer, según Cajal, consiste en que las células cerebrales se anquilosan, se hacen duras e inelásticas para variar de forma; así también con los sentimientos, cuando se fijan definitivamente perdiendo su fluido, cuando dejan de estar siempre creándose para ser ya creados de un modo definitivo, viene inevitablemente la vejez, lo que lógicamente debía ser la muerte, pues muerto está todo lo que no

produce; la vida es esencialmente nacimiento, constante nacimiento y reproducción, cuando esto termina, es la muerte.

Por eso mueren algunos insectos nada más tener hijos, y es lógico. Pero como las personas tenemos algo más, que es el espíritu, se infiere que cuando este no es ya capaz de producir, está virtualmente muerto, y como el amor es para mí una actividad espiritual, se deduce que cuando el amor no sea esa continua creación, no nazca cada día como la luz del sol, habrá muerto, será solo un recuerdo, pues el pasado es un mito, como lo es el porvenir, solo existe el presente, y el porvenir en cuanto está contenido en él.

Y como para la gente el casarse supone esta cristalización (se trata no más que de una honda pereza espiritual), yo te he dicho que no quiero ser tu señora en el sentido que la gente da a esta palabra; pero no significa que yo no quiera casarme contigo, pues me es algo sagrado y que me estremece en mis fibras más hondas, en aquello que me une a la Naturaleza toda, a la vida de los astros, a la vida del cosmos, al gran principio universal de la feminidad —lo femenino tiene más honda esencia que lo masculino—, la Naturaleza toda debió de sentirse mujer al ser fecundada por el soplo divino del Creador. ¿Y la tierra? Cuando le depositan la semilla, ¿qué es eso para el sembrador? (algo grande de todas maneras), pero para la tierra, ¿cuando se sienta estremecida al acoger amorosa la semilla que la hace fecunda, que la hace ser tierra, sin la cual sería un pobre peñasco! Y eso soy yo, vidita, contigo soy mujer, soy tierra que produce y da fruto, sin ti sería un pobre peñasco árido y estéril, un peñasco más o menos fuerte y de valor, pero un pobre peñasco sin fecundar, seco y árido.

¿Y aún te parecerá mal que desee ser tuya? Nada, es fatal, para un hombre no es eso más que... lo que sea, que de seguro no sé lo que será, pero algo bastante pobre y material; para una mujer como yo —aunque no sienta— es, ahí es nada, lo más profundo y biológico de su ser, ahí es nada, cuando la materia terrestre sintiera sobre sí el soplo de Dios que le hizo ser lo que es sacándola de «la nada» —ahora veo clara esta expresión bíblica—, de la nada porque aunque existiera, nada era antes de recibir la forma.

Lo mismo que la Venus de Praxíteles no era nada antes de que Praxíteles la hiciera estatua, forma viviente de Belleza.

Pero, claro, estas cosas solo una mujer las puede sentir; el hombre, ¡está tan lejos!

Adiós, riquito, vidita, «hombrecico»; tu mujercita, que se siente muy mujercita y muy tuya, te abraza con todo su cuerpo y su alma, con todo lo que tiene de espíritu y con todo lo que tiene de mujer (no confundas),

tu MARUJICA

Contéstame, nene, que yo sepa lo que te hace pensar este «sermón». Contéstame.

[9]

[Madrid] Hoy, 22 de abril de 1925

Queridísimo nene:

Hoy recibo la tuya del 18, que me ha dado un grandísimo disgusto. ¡Conque a las casas de asalto, eh! ¡Tú debes de tener muchas ganas de marcharte de la vida y muy pocas de verme a mí! No me cabe la menor duda. Parece mentira que hagas eso, sabiendo que luego voy a ser yo la que va a pagarlo en todas formas. Una prueba más de lo poco que te importo y de la absoluta despreocupación con que procedes en tus actos respecto a mí.

Todo ello me deja una impresión muy amarga, pues veo que cada vez te alejas más de mí. Esa idea tuya de vivir estancados, en «espera», es totalmente falsa, la vida es todo lo contrario, cambio, devenir. No se puede estar parado, hay que ir hacia adelante o hacia atrás, en una dirección o en otra. Y a mí me parece que, desde hace algún tiempo, tú y yo estamos viviendo en sentidos divergentes. De ahí mi insistencia por que vengas; es que es necesario de toda precisión para que nos volvamos a poner a la par. Es mucho tiempo veinte meses ya para pasarlos el uno lejos del otro, y si no hay infidelidad ninguna, material ni espiritual, sí es lógico que haya por parte de los dos un cambio, un avance o retroceso aún dentro de la misma dirección.

Por lo que a ti toca, yo creo que esa larga estancia en el campo y la vida salvaje te ha sumido más en ti mismo, te ha hecho reconcentrarte, encerrarte en tu fondo, como una planta que cría una certeza impenetrable para resguardarse del exterior y guardar toda su savia allá en el último rincón de la raíz.

Pero la savia ha menester también del aire de fuera para alimentarse y enriquecerse con nuevos elementos que sustituyan a los gastados, y si no los recibe, lógico es pensar que se empobrecerá y acabará por agotarse.

Por esto es necesario —a ti más que a mí— que vengas, que vuelvas a la vida civilizada; es lo que necesitas. Me supongo que debes estar en una situación muy parecida a la que estarías cuando estuvieras en tu pueblo, antes de ir a estudiar a Zaragoza. Es menester que vengas cuanto antes y que te hagas a la idea de trabajar, de llevar una vida activa, que te haga entrar de nuevo en reacción, que te despierte todas las potencias dormidas. Para ello, te lo repito: Madrid, y Madrid. El irte a Zaragoza, a dormirte de nuevo en la vida monótona del cuartel, sería hundirte más en el

estado en que hoy te encuentras. Y además —atiende a esto—, te alejaría más de mí. Nada hay que pueda detener a una flecha cuando se dispara; y yo he de seguir mi vida, no porque quiero deliberadamente, sino porque soy así y no puedo ser de otra manera. Tú ya sabes que yo necesito una vida activa, espiritual, por eso contra todos los obstáculos —que son muchos—, sigo mi carrera. Y no estaría bien que una mujercita de tantas ambiciones tenga un marido dejado y holgazán. Si quieres permanecer cerca de mí, vivir conmigo, has de cultivar tu espíritu, has de tener una actividad; de no ser así, fatalmente, necesariamente, sin que nosotros podamos impedirlo, nos alejaremos cada día más uno del otro hasta que acabemos por ser unos extraños.

La cuestión —como ves— es un poquito digna de ser pensada y tenida en cuenta en tus decisiones.

Por lo demás, te quiere y te da muchos besicos —más aún te guarda,

tu MARÍA

[10]

Hoy, 8 de septiembre [¿de 1926 o 1927?]

Mucho me extraña la absurda carta que me escribes: ¿es que aún no sabes nada de la situación en que estáis todos los oficiales y jefes de Artillería? ¿No van periódicos a tu pueblo, o qué? ¿En dónde vives?

Supongo que a estas horas estarás enterado de todo; yo creía que al menos te habrían fusilado y tú sin enterarte siquiera; ¡tiene gracia!

Muy bien; comprenderás (si es que estás en situación de comprender algo) que no hay derecho a tenerme esperándote y no tener la atención de avisarme que no venías; es un atropello sencillamente que creo no debo tolerar. Además de que tú tengas quince días para pasarlos conmigo y prefieras no venir; entonces, ¿qué interés tengo yo para ti? Ninguno, ¿verdad? Y no teniéndolo, a qué seguir. ¿No es lo lógico que terminemos desde ahora mismo? ¿Qué significa para mí estar sujeta a un señor que no solo se comporta como un perfecto grosero (lo que eres de pies a cabeza), sino que tiene días para verme y no me ve? Comprenderás que sea lo que sea lo que nos ate, debemos romperlo. Pues si no quieres pasar conmigo quince días, menos querrás toda la vida.

Y para no casarnos, ¿a qué perder más tiempo? Si, ahora, tú tienes conciencia, ya comprenderás todo el daño que me has hecho material y moral; deberías indemnizarme por ello, mantenerme

toda la vida si yo no me casara..., algo así, sin pasión ninguna lo digo; en cierto modo, eres un criminal conmigo, no me quitas la vida, pero me la has estropeado para siempre. ¡Quién va a querer casarse conmigo! Lo mejor sería, de poder ser, de haber en España divorcio, casarnos y al mes divorciarnos, eso era lo legal.

En resumidas cuentas, el señor puro, sin mancha, ha sido conmigo lo más parecido a un canalla, ¿no? Cuánto mejor para mí que hubieras sido un golfo. ¡No me hubieras hecho tanto daño!

En fin, ya no tiene remedio. Adiós. Ya lo sabes: ahora ya tienes libertad para hacer lo que quieras; libertad por tu cargo, pues ya estás en medio de la calle y no tienes que obedecer a nadie, libertad por mí... Ahora haz lo que quieras. Yo estoy aquí hasta el 20, o así. Después me iré a Madrid. Si quieres venir, vienes; si no, me envías las pocas fotos que tienes mías, también la grande que tiene tu madre, pues ya no la querrá para nada; las cartas, las quemas; yo haré lo mismo. De todas formas, me escribes con lo que pienses.

MARÍA

Cartas de Marina Tsvietáieva
a Konstantín Rodzévitch,
Rainer Maria Rilke y Borís Pásternak
(1923-1927)

¡Amor! ¡Amor! En los estertores de la muerte y en el ataúd
estaré alerta — transida — atolondrada — dispuesta a ir a ti.

Esta es una historia muy triste.

La de una mujer-pájaro que sobrevoló un mundo que no le pertenecía, sin encontrar un lugar en el que posarse.

La de una poeta inmensa cuya voz todos intentaron amordazar —los de un lado y los del otro— en uno de los momentos más sórdidos de la historia de este mundo, que le era tan ajeno.

Marina Tsvietáieva, como las antiguas sibilas, nació poeta. La poesía fue el único rincón en el que encontró alegría. El único hilo que la unió a la vida.

También el amor. O quizá, por decirlo mejor, el enamoramiento, los enamoramientos sucesivos, porque solo en ese proceso de exaltación de su alma —mucho más que de su cuerpo— encontraba inspiración para sus versos infinitos y complejos: amar a alguien hasta perder la cabeza —casi siempre hombres, pero también algunas mujeres— era el mecanismo que empujaba su pluma mientras marcaba duramente, con su viejo alfabeto cirílico, las hojas de papel adquiridas en medio de su pobreza al altísimo precio del agotamiento.

Y eso que, en realidad, su poesía habló de todo —o de nada, quizá de nada más allá del misterio de la vida— y pocas veces le cantó al amor. Pero el amor fue su fuente y su catástrofe. Y de catástrofes, Marina Tsvietáieva supo mucho: como tantas personas de su generación, las tragó hasta el fondo, hasta que no le quedó tal vez más salida que morir.

Marina todavía nació en un mundo que parecía plácido, al menos para la gente acomodada. Era 1892, y era Rusia, un lugar donde la poesía significaba muchísimo más que un simple adorno de salón o un rato de lectura en soledad. La poesía era —todavía es, en buena medida— un gesto público, importante, incluso vital. Creció en un ambiente que favoreció su amor por las palabras y el ritmo, con un padre profesor y fundador del Museo Pushkin de Moscú y una madre pianista. Y comenzó a publicar, con mucho éxito, a los dieciséis años.

Pero el amor también empezó a tenderle muy pronto sus trampas recubiertas de esplendor: a los diecinueve años se casó con Serguéi Efron, un escritor en ciernes, enfermo de tuberculosis, que debió de despertar en ella —y para siempre— aquel feroz instinto maternal al que sacrificó tantas cosas a lo largo de su vida. En uno de sus primeros poemarios, *Álbum vespertino*, Marina dejó

por escrito ese sentimiento del que sería para siempre prisionera:

Amo a aquellas que nunca temieron la batalla,
que supieron la lanza manejar, y la espada.
Mas solo en la prisión de una cuna, lo sé,
está mi — femenina — común felicidad.[24]

Dividida entre lo masculino y lo femenino, un ser perpetuamente escindido. Estaba la Marina madre, siempre al cuidado de Serguéi y de sus hijos, y la Marina escritora, ansiosa de dedicar todas las horas del día a su trabajo. Estaba la esposa devota y la infiel compulsiva. La mujer eternamente enamorada de alguien y la que detestaba el sexo. La poeta que bebía del pasado y la que escribía al ritmo atonal de la vida contemporánea. La rusa que anhelaba una vida mejor para su pueblo y la que lloraba por el mundo perdido del ayer. Todas esas Marinas confluyen en su extraordinaria obra, de la que forman parte fundamental sus cartas de amor.

Marina y el amor, siempre. Las primeras infidelidades a Serguéi llegaron pronto. La más conocida, la más tormentosa, la protagonizó otra mujer, la también poeta Sofía Párnok. Durante dos años, Sofía despertó en Marina un deseo como nunca antes había conocido. También el monstruo insensato de los celos, que siempre la acompañó, empeñada en ser única y excluyente hasta un punto enfermizo. Igualmente, hizo nacer en ella un fuerte sentimiento de culpa respecto a Serguéi, al que no quería abandonar. En una carta a su cuñada, hablándole de su amor tanto hacia su marido como hacia Sofía, confesó con el corazón roto: «No puedo soportar causar dolor y no puedo evitar hacerlo».

Entretanto, casi sin que ella se diera cuenta —inmersa en su propia tormenta personal—, Rusia se fue hundiendo penosamente en los fracasos y el hambre de la Primera Guerra Mundial, hasta que estalló la Revolución marxista. A Marina y Serguéi, el creciente poder de los bolcheviques les provocaba rechazo. Él decidió unirse al Ejército Blanco, que luchaba a favor del régimen zarista. Marina se quedó en Moscú con sus hijas, aislada durante cinco años, en plena guerra civil. Sola, sin noticias de su marido y sin recursos económicos.

Ella y la niña mayor, Ariadna —llamada Alia en la familia— sobrevivieron al frío, el hambre, las carencias de bienes básicos y las epidemias gracias a la ayuda de sus vecinas y de algunos buenos amigos. Pero la pequeña, Irina, murió de inanición con tan solo dos años en un orfanato en el que su madre se vio obligada a dejarla, creyendo que allí podrían cuidar mejor de ella. Quizá la dañina sobreprotección en la que Marina siempre envolvió al hijo que tuvo en 1925 fuera consecuencia de aquel terrible trauma.

En 1922, llegaron al fin noticias de Serguéi, que se había refugiado en Praga y estudiaba Historia del Arte en la universidad gracias a una beca. Marina y Alia lograron un visado de salida

y corrieron hacia él y hacia el bienestar que la Europa no bolchevique parecía ofrecerles. Junto con Berlín y París, Praga se había convertido en una de las ciudades que acogían a un mayor número de exiliados rusos. Durante algunos años, la familia sobrevivió gracias a las ayudas económicas que les ofreció el Gobierno checo. Además, los rusos de Praga recibieron a Marina como a una gloria de la poesía rusa —gloriosa y antibolchevique—, y sus textos empezaron a ser publicados en las diversas revistas que aquellas personas despojadas de su patria habían creado.

En septiembre de 1923, mientras Alia estaba en un internado y Serguéi pasaba una temporada en un sanatorio a causa de uno de los recurrentes accesos de tuberculosis que padeció toda su vida, Marina —que tenía entonces veintinueve años— se quedó sola en un pequeño piso en el barrio de Smíchov, en lo alto de una colina que dominaba la ciudad. Entonces comenzó una de las relaciones de amor más importantes de su vida, la que vivió brevemente con Konstantín Rodzévitch y que quedaría reflejada en sus cartas y en dos de sus obras más famosas, *El poema de la montaña* y *El poema del fin*.

Rodzévitch era amigo de Serguéi. Compartían los estudios en la universidad y, según algunas versiones, habían combatido juntos en el Ejército Blanco, aunque otros biógrafos de Marina Tsvietáieva aseguran que había sido por el contrario miembro del Ejército Rojo. Los relatos y opiniones sobre Rodzévitch son de hecho contradictorios. Muchos años después de los sucesos, Alia Efron —la hija de Marina y Serguéi— lo recordaba como un hombre «caballeroso» y «noble», pero otras personas que le conocieron reflejaron en cambio la imagen de un vulgar seductor.

No es eso desde luego lo que Marina Tsvietáieva transmitió sobre él en sus cartas y poemas. Pero, como dijeron algunos de sus amigos, ella era una mitómana patológica, alguien capaz de imaginar por completo al otro/la otra y dotarle de una belleza inexistente. En su poesía, esa idealización extrema produjo frutos extraordinarios. En la vida real, en cambio, la llevó a dar infinitos traspies en sucesivos acercamientos amorosos a personas que no la deseaban, y terminó por convertirla a veces en una mujer de trato difícil.

Serguéi siempre había conocido los enamoramientos de Marina, pero, en esta ocasión, ella decidió que era mejor que no se enterase para no herirle más de la cuenta. Sin embargo, alguien se lo contó, y estalló el drama: Serguéi le pidió a su mujer la separación, aunque después se arrepintió, porque, según les dijo a sus amigos, estaba seguro de que Rodzévitch la abandonaría enseguida y ella se moriría de pena.

Ella, por su parte, les confesó a los suyos que no podía dejar a su marido porque él no sobreviviría, y decidió romper con su amante tan solo tres meses después de haber iniciado su relación. Marina y Serguéi, como harían toda la vida, se sacrificaron el uno por el otro y continuaron juntos un camino que cada vez se volvía más sombrío y embarrado.

Del reencuentro del matrimonio tras la ruptura nació, un año después, el hijo menor de la pareja, Georgui —llamado por ellos Mur—, al que Marina, según muchos testimonios, quiso siempre de forma exagerada y hasta irracional, «como una hembra a su cachorro», dijo un amigo.

A finales de 1925, la familia se trasladó a París, donde la poeta de nuevo fue muy bien recibida por los compatriotas exiliados y sus revistas. Sin embargo, las condiciones económicas de la familia eran cada vez peores, algo que se intensificaría en los años por venir. Obligada a compartir un piso en un barrio obrero con otros expatriados, Marina se sentía incapaz de escribir poesía por falta de intimidad, aunque sí hacía artículos y textos que le daban algo de dinero.

En una entrevista en la que le preguntaron cuáles eran sus deseos para 1926, afirmó que solo quería «una habitación toda mía y un escritorio». Solo tres años después, en 1929, Virginia Woolf publicaría *Una habitación propia*, su famosísima reivindicación de autonomía y privacidad para las mujeres intelectuales. La vida de Marina Tsvietáieva, cada vez más atormentada por la falta de espacio y por la exigencia de cuidar de su familia y de su casa, es un ejemplo de lo que Virginia condenaba en su ensayo.

En la primavera de 1926, Marina y los suyos se fueron a pasar unos meses en la costa atlántica. Alquilaban una choza de pescadores en el pueblo de Saint-Gilles-sur-Vie, y allí comenzó uno de los triángulos amorosos más extraordinarios de la literatura. Un triángulo puramente platónico —pues sus tres protagonistas estaban muy lejos los unos de los otros—, pero que se plasmó de forma asombrosa en sus cartas y poemas. Un momento único de admiración, amor, búsqueda y rechazo entre tres de las mayores voces literarias de su siglo: Marina Tsvietáieva, Borís Pásternak y Rainer Maria Rilke.

Marina y Borís se conocían desde jóvenes. Él —autor de la novela *Doctor Zhivago* y premio Nobel en 1960— se había quedado en Moscú después de la Revolución y siempre había mantenido el contacto por carta con Marina. En aquel año de 1926, le llegó una copia del *Poema del fin* que ella había escrito tras su ruptura con Rodzévitch. Borís se sintió conmovido por la radicalidad de aquellos versos, e intensificó su correspondencia con la autora. Enseguida le confesó que estaba enamorado de ella y comenzó a hacer planes para abandonar a su esposa y a su hija y reunirse con su amada en algún lugar de Europa.

Por una vez, Marina pareció reaccionar a estas propuestas con cierta sensatez, tratando de apaciguar al ardiente Pásternak. Entretanto, su necesidad de amor se centró en ese momento en Rainer Maria Rilke, aquel al que muchos —incluidos ella misma y Borís— consideraban el mayor poeta vivo.

Rilke había nacido en Praga y había llevado siempre una vida errante. En 1926, con cincuenta años, vivía en un castillo medieval en Muzot (Suiza), que uno de sus ricos protectores le prestaba.

Pásternak lo conocía desde muy joven, y justo poco antes, aquel mismo año, había iniciado una relación epistolar con él. En abril, cuando sus sentimientos hacia Marina estallaron, le pidió que le enviase a ella un ejemplar dedicado de su último poemario, *Elegías de Duino*. Era una ofrenda de su amor: ponerla en contacto con el Poeta. Nunca imaginó, por supuesto, que Marina se enamoraría de Rilke.

Durante algunos breves meses de 1926, los tres poetas se escribieron entre sí —y escribieron sobre lo que sentían—, ofreciéndose los unos a los otros en sus cartas un amor que, en realidad, ninguno era capaz de recoger: Borís amaba a Marina y quería ir con ella. Marina amaba a Rainer y quería ir con él. Y Rainer no amaba a nadie. Ya no podía, aunque hubiese querido: estaba demasiado enfermo. Eran, como el propio Rilke dijo en el poema que le dedicó a Marina, tres «hacedores de señas», tres seres aislados, que trataban de comunicarse los unos con los otros desde la lejanía, agarrando los unos «el extremo del cabo del alma» de los otros, buscando razones para vivir.

Todo terminó el 31 de enero del mismo año, cuando se conoció la noticia del fallecimiento de Rilke, que había padecido una leucemia nunca diagnosticada. Toda aquella energía amorosa que se entregaron entre ellos regresó al espacio que le pertenecía, el de la poesía, en el que dejó su eco imborrable.

El final de Marina Tsvietáieva fue hondamente trágico: en 1937, cuando se supo que Serguéi se había convertido, sorprendentemente, en espía y asesino a cargo del régimen estalinista, él y su hija Alia regresaron a Moscú. Marina —ahora una apestada entre los expatriados— volvió con Mur en 1939. Apestada también entre los soviéticos, se convirtió en una no-voz, una de las infinitas no-presencias de aquel tiempo impío.

Poco después de su regreso, Alia fue detenida y enviada a un campo de trabajos forzados, en el que pasaría los siguientes diecisiete años de su vida. Pocas semanas más tarde, fue el turno de Serguéi, del que Marina no volvió a saber nada: quizá muriese unos días después a consecuencia de las torturas o dos años más tarde, fusilado. Así era la no-vida en aquella Rusia que tanto habían amado: en esos años, el Gran Terror estalinista encarceló, torturó y asesinó a cientos de miles de personas —quizá a millones— simplemente porque sí.

Marina, a quien ya solo le quedaba aquel adorado hijo suyo, adolescente y tiránico, sobrevivió todavía algún tiempo gracias a la ayuda de Borís Pásternak, que le consiguió pequeños trabajos como traductora y lectora editorial. En 1941, cuando los nazis invadieron la Unión Soviética —que hasta entonces había sido su aliada—, todavía luchó por proteger a su hijo, y logró que ambos fuesen evacuados de Moscú con un grupo de escritores, a los que el régimen quiso poner a salvo en la lejana República Tártara.

Pero cuando comprendió que sus compañeros —demasiado ocupados en salvar su propio

pellejo— no la ayudarían a sobrevivir, cuando vio que le negaban incluso un empleo como friegaplatos en el comedor común que habían organizado, entre las quejas y las protestas incesantes de Mur, decidió irse de este lado del mundo: el 31 de agosto de 1941, se ahorcó en la cabaña de la aldea de Elábuga en la que había alquilado una habitación.

Quizá su alma desterrada volvió al fin a sus orígenes.

En su despedida no hubo cortejo, ni flores, ni llantos. Ni siquiera se sabe en qué lugar del cementerio están sus restos: fue enterrada en una fosa común, sin nombre, sepultada bajo el más cruel de los silencios.

Su voz permaneció silenciada hasta muchas décadas después, olvidada de todos.

Ahora, casi cien años más tarde, resuena al fin con toda su potencia, como el canto salvaje de un pájaro sin nido.

Cartas a Konstantín Rodzévitch[25]

[1]

[Praga], 27 de agosto de 1923

Mi querido Radzévich:[26]

Ayer, por el gran camino, bajo la luna, cuando me despedía de usted y sujetaba su fría mano (¡NB!, ¡fría de hambre!) con la mía, tenía unas ganas locas de besarla, y si no lo hice, fue solo porque la luna era ¡demasiado grande!

Mi querido amigo, amigo inesperado, ni deseado ni adivinado, querido extraño, que para siempre te has convertido en hermano, ayer, bajo la luna, de camino a casa (el sendero volaba bajo mis pies, la luna volaba por encima de mis hombros), pensaba: «¡Gracias a Dios, gracias a los sabios dioses, que no amo a este muchacho encantador, peligroso, extraño! Si lo amara, no me separaría de él. Yo no soy una jugadora, mi apuesta es ¡mi alma!, y enseguida perdería mi apuesta. ¡Que ame a otras, a todas! Y yo, ¡a otros, a multitudes! Así él, en los momentos más ricos de su alma, será mío para siempre»...

Y pensé muchas cosas más.

Radzévich, esta mañana he recibido una carta urgente. Cuando venga la leeré. Estoy profundamente feliz, desde hace un mes respiro por primera vez. (No, ayer, bajo la enorme luna, sujetando su mano en la mía, también respiraba, aunque... ¡con menos tranquilidad!) Admire ahora el juego del destino: durante un mes entero, día tras día, yo callaba: he vivido apretando los labios y los dientes, y tenía que ser el último día, en el último instante...

No sé qué fuerza me lanzó hacia usted. Usted fue sabio y bondadoso, escuchando como un anciano y sonriendo como un joven. Siento por usted, por esa tarde, una enorme ternura y una gratitud eterna.

Ahora, Radzévich, un ruego: en los momentos más difíciles, en los más inconsolables para su alma, acuda a mí. Que eso no hiera su orgullo masculino: sé que usted es fuerte (¡y CÓMO!), pero para cada fuerza existe su momento. Y en ese momento, que, amándolo a usted no le deseo, y que

amándolo a usted, no obstante, le deseo, y aunque lo desee o no, tarde o temprano llegará; en ese momento, dondequiera que esté usted, y sea lo que fuere que sucediera en mi vida, haga una señal: responderé.

No es el pathos, son simplemente mis sentimientos, que siempre son más GRANDES que mis palabras.

No meta esta carta dentro de un libro, como las cartas de sus amigas alemanas, a no ser que esta le resulte menos convincente que aquellas.

De momento, estrecho su mano y le espero, tal como convinimos.

M. T.

[2]

[Praga], 5 de octubre de 1923, viernes

Mi amor, mi querido, mi adorado y —lo más importante, y lo más tierno— ¡mío!

Ayer me estaba adormeciendo y pensaba en usted..., hasta que la pluma se me cayó de la mano. También por la tarde, subiendo por nuestro oscuro camino, a lo largo de toda esa escalinata. Y por la noche, al despertarme: estaba soñando algo, y ¡de repente, otra vez tú! Y también ahora por la mañana, en esta hora maravillosa y lúcida.

Me has dicho palabras que hasta entonces nunca había oído de nadie: grandiosas, por su sencillez, esa es la mayor grandeza, y he aquí que, a pesar de todo tú y toda yo, yo creo en ti (en mí). ¿Qué saldrá de todo esto?

Azulados humos en las ventanas: la gente comienza su vida. ¡Oh, si entraras ahora en la habitación! Iría corriendo hacia el armario (¡el sombrero!), el bolso en la mano, ¿dónde están las llaves?, ¡que no me olvide de los cigarrillos! ¡Hacia la libertad! Iríamos al Hradčany, me harías volar, pues tú me haces sentir aquello que nunca he querido ser: ¡FELIZ! (Mi réplica antigua: «Je vaux mieux que ça!»)[27]

Y allí, en el Hradčany, a lo largo de los viejos muros, bajo los viejos árboles, caminando por las viejas, viejas piedras..., ¡tanta juventud!

(Tú ahora estarás estudiando como un loco, gatito mío, y yo tengo que ir al mercado. Grrr.)

Espero el día 8, ¡vivo para el día 8! Veo tu sonrisa que se insinúa a lo lejos. Todo en usted sabe

insinuarse: el modo de andar, la voz, el modo de besar la mano. Usted se insinúa en el alma. ¡Ladrón! «Besa la mano maravillosamente», fue una de mis primeras apreciaciones.

«¡Todo eso ya me lo habían dicho antes!» Lo sé. «¡Y no será la última vez que me lo digan!» También lo sé. En eso consiste nuestro destino, querido. Todos son tan diferentes y todo es tan igual. No obstante, oímos de forma diferente. Y eso también es nuestro destino.

No sé si el lunes podré ir a despedirle a la estación, ya me he puesto totalmente en evidencia (¡con el corazón!). Solo sé que pensaré en ello constantemente, cuando le hable y le mire. ¡Mi sonrisa! (Antes nunca me habían atraído unos «labios sonrientes».)

Gatito mío, mi cabecita morena y perversa.

Acabo. Tengo que ir a la ciudad. Y no debo molestarle mientras estudia. Espero el día 8. Venga lo antes posible. Hasta el día 8 de nuevo queda el mismo intervalo: ¡cinco días! Si usted viviera en la ciudad, estaríamos siempre juntos, a pesar de todas nuestras decisiones, de toda nuestra voluntad: de la suya hacia mí, y de la mía hacia usted. (La VOLUNTAD, con frecuencia, es lo contrario de una decisión. Existe la voluntad VOLITIVA; es decir, violenta, ¡aunque sea incluso benévola! Y nuestra voluntad va solo hacia... ¡la existencia! Pues bien, mi voluntad va hacia usted. ¡Al diablo con las decisiones!)

Y, seguramente, a pesar de todo, iré a despedirle a la estación.

¡Mi adorable alegría!

M. T.

[3]

[Praga] 9 de octubre de 1923, por la mañana

Cariño mío:

Me gustó mucho la despedida de ayer. ¡Encontrarse es más difícil que separarse! En la despedida me encuentro a mí misma y también al otro, y hallo las palabras necesarias, y la ausencia necesaria de palabras. La despedida es... poder, pero si al despedirnos pudiésemos seguir caminando juntos...

Existe algo más grande que las palabras. Por ejemplo, ayer, cuando nos paramos bajo el árbol, eso era más certero que las palabras, más eterno que las palabras, con las palabras únicamente tanteamos el fondo. Recuerde su «¡Por fin profundidad!» (en el mar).

Las palabras te arrastran, como las rimas, sobre todo a mí, que conozco su vida propia. Nos perdemos en las palabras (yo, usted no). Son como profundas tinieblas, y en ocasiones terribles bancos de arena. A veces a causa de las palabras se me seca la boca, como si me hubiera tragado el Sáhara.

Admiro su serenidad. (¡Si supiera lo maravilloso que es usted!) Ya que yo en realidad soy un caballo y hago caer de la silla a cualquiera, Radzévich —quizá sea toda una manada—, es difícil estar conmigo, pero ha de saber una cosa: quiero convertirme en un ser humano, responder por mis propias palabras; quiero dejar de sufrir de este modo, y sufrir de otra manera. Mate el dolor que hay en mí, el sinsentido de mi dolor, aniquile esa fisura que me atraviesa toda entera (¡a lo largo de todo el corazón!). Esa fisura que surge únicamente en el amor. (¡Eso es lo más terrible!) Pues en todo lo demás soy feliz.

Habiendo comenzado por ser Teseo, sea ahora Dionisos. (¡Oh, no bromeo. Todo esto no es casual, y el sentido de todo lo descubriremos en el futuro! ¡Nosotros estamos al comienzo del camino, al igual que yo estoy al comienzo de una tragedia! Reunifíquelo. Por supuesto, hace falta un milagro. Permítame que crea en ello. Oh, he encontrado la palabra: en el amor soy el caos, solo en el amor. Y el Caos, ¿sabe qué es?: lo que aún no ha despertado, lo que no se ve claro. El caos debe ver claro en las estrellas.)

Ahora hablemos de usted. ¿De dónde le viene la calma, la paciencia, la ternura? Usted me transmite tal torrente de luz y de fuerza que, sencillamente, me avergüenzo de mí misma. Yo a su vida le causo zozobra. Me es indispensable entregarme a usted. Usted, en este momento de su vida, es perfecto. No tengo ningún reproche que hacerle, nunca, en ningún instante, yo, como santo Tomás, he tenido esa sensación: es mentira. (No me refiero a una mentira consciente, sino a esa parte de la literatura que abarca los fracasos momentáneos y los sentimientos vacíos. ¡Cuando es MEJOR callar!)

Usted no me ha ofendido ni una sola vez. Ni una sola vez me ha hecho daño; siempre ha estado a la altura de las circunstancias, a pesar de las noches de insomnio, de las preocupaciones y de las dificultades de cada día y de cada momento. Con usted soy profundamente dichosa, ¡cuando estoy con usted!

Tal vez...

Y otra cosa más: jamás he estado tan íntimamente unida a nadie. Mi pena es no estar con usted. (¡Qué pena tan simple!) Según usted, es falta de amor, pero a mí a veces me parece que es un exceso de amor. Seamos precisos: es una enorme tensión, simplemente: ¡ME ABALANZO hacia usted! Me abalanzo de tal modo que, cuando le veo, no me alegro de inmediato, algo se desgarrar, yo me precipito hacia usted y al principio no reconozco nada, no encuentro nada, es como una especie de ceguera (¡el Caos!), y, poco a poco, recobro la vista (¡las estrellas!) y ya es hora de separarnos.

Es un torrente y hay que mantenerlo entre las orillas. Las orillas de la vida. Una mesa en un café no es una orilla, es una isla diminuta, ¡una simple piedra en mitad de un mar agitado!

Puedo ser serena y alegre, viviríamos felizmente juntos. Solo le pido un favor: ¡ame mis versos! ¡No me deje sola con mis versos! Cuestioneme, reafirme su dominio también en esto. Yo voy a su encuentro por todos los medios, le tiendo las manos, le llamo, le conduzco hacia mis versos. No quiero que cualquiera me ame (¡me oiga!) mejor que usted. Quiero...

Todo esto es complicado, es duro, pero pasará. Recuerdo unas palabras tuyas, las palabras más profundas que haya escuchado jamás sobre el amor: «Para amar también es necesario ser fuerte».

Y aquí estoy, repleta de ansia y de humildad (¡quizá, al comienzo de la fe!), rezando a ese dios desconocido:

«Danos fuerza y firmeza en el curso de este aprendizaje».

Pero el día 13 le veré y, conteniéndome, me alegraré y apaciguaré mi corazón (¡mi mar!) tempestuoso ¡para que ni usted ni yo sintamos dolor!

M. T.

Tráigame aquella carta que no me envió, ¡se lo ruego! ¡Cómo se puede rogar así!

[4]

Praga, 20 de noviembre de 1923, martes

Mañana nos veremos.

Cariño mío:

No sé cuándo recibirá mi carta. ¡Si la recibiera mañana por la mañana sería fantástico! No es nada urgente, simplemente tenía ganas de que su día comenzara conmigo (¡igual que todos mis días comienzan con usted!). ¡Hace mucho tiempo que no le veo! He visto a todo el mundo menos a usted, ¡y no me hace falta nadie más!

He decidido firmemente una cosa: usted tiene que trasladarse a la ciudad. ¡NO SOPORTO más que nos veamos en los cafés! Solo de pensar en la inevitable mesita que nos separa me angustio. No es humano. No puedo mostrarme en público como siempre, no puedo hablar sin parar, en los cafés hay que sonreír (de otro modo resulta absurdo), no puedo sonreír continuamente; de pensarlo

me entra angustia. Así que, mientras usted me aporta alegría, «el lugar y el tiempo» me horrorizan, eso envenena nuestros encuentros, me marcho envenenada.

No sé si es por delicadeza o por respeto a las conveniencias (¡solo Dios lo sabe!), pero las idas y venidas para poder verle no son una solución. Ir en tren significa tener que volver. (Igual que llegar andando, marcharse.) Sí, pero en la misma ciudad, sin ese sendero que conduce lejos, sin el zumbido de los trenes, sin toda esa trágica escenificación de la despedida. Es más fácil estando en la misma ciudad. Tendría la sensación de que en algún lugar, en alguna calle, dondequiera que esté, habría una casa, pero sería ¡una casa con usted! Una casa donde podríamos sentarnos juntos, cogernos la mano, sujetarla y acercarla a los labios.

Una casa a la que yo podría llevarlo todo: desde los más pequeños objetos cotidianos ¡hasta las últimas tempestades de mi alma! Una casa en la que le leería mi *Teseo*.

No importa que no sea a menudo: soy muy paciente, pero pensar que es posible... Mi niño, no puede imaginar cómo le quiero.

«Un sabor amargo», me dijo la última vez que estuvimos juntos. ¡Cómo nos parecemos! ¡Hace tanto, tanto tiempo que lo siento! Es una comparación muy banal, pero ¡es como tener agua y no beber! Así le miro a través de la mesa.

Se puede y se debe renunciar a muchas cosas, pero no al último derecho de las almas, de la una hacia la otra; las almas, que siempre pasan a través de las manos. Exactamente eso: una mano en la otra mano, yo no puedo, no quiero renunciar. Su mano es mía: larga, delicada, siempre un poco fría; una mano por la que tan irresistiblemente (incansablemente)

se sienten atraídos
y siempre se sentirán atraídos

mis labios.

También quiero lámparas, calor, un buen ambiente, y, ¿por qué no?, un gato sobre las rodillas. (¿Tendremos un gato?) Quiero, las pocas horas que esté con usted, sentirme en casa. Que no haya esta agitación: beber, pagar y marcharnos. No quiero beber todo el tiempo; me he hartado de ver una taza o un vaso siempre que bajo la vista. (No, no, gatito mío, no temas: beberemos té o lo que quieras, pero no por obligación, ¡sino por deseo!)

Quiero existir un poco en su vida: saber dónde duerme, dónde escribe, qué ve cuando mira por la ventana. Y que algún objeto en su habitación le hable de mí. Para que al entrar en casa entre en mi casa, en mí.

En este momento yo no le puedo ofrecer una casa, ¡ofrézcamela usted a mí! Si ahora yo no puedo vivir su vida, ¡deme al menos la posibilidad de velar por ella! Desde la lejanía no es posible. Se puede..., pero: ¡ahora todo esto todavía duele demasiado, quema demasiado!

¿Le parezco tonta con mis peticiones?

Tengo una agradable noticia que darle. Dos. Mañana se lo contaré. Le espero mañana (el

miércoles) en el dentista, tal como acordamos. Pero después del dentista, y es más, tras la anestesia, habrá que ir a casa; ¡es natural, ¿no?! Pero no tenemos casa. Tenemos las farolas y los charcos. Y las malditas mesas con las malditas tazas.

Tu sonrisa. La veo. ¿Dónde y cuándo podré rodear tu cuello con mis brazos y estrecharte así...? ¡Escuchar tu corazón, aunque sea un momento! Desabrocharte la camisa y, en tu pecho, escuchar tu corazón con los labios.

¡Ya lo sabes, te recuerdo!

M.

Cartas a Rainer Maria Rilke y a Borís Pásternak

[La extraordinaria correspondencia entre Marina Tsvietáieva, Borís Pásternak y Rainer Maria Rilke fue escrita entre la primavera de 1926 y diciembre de ese mismo año, cuando Rilke murió. La relación se convirtió en un triángulo amoroso a partir de mediados de junio, cuando Marina, instigada por Borís, le envió a este las dos primeras cartas de Rainer.]

[1]

A Rainer Maria Rilke[28]

Saint Gilles-sur-Vie,
14 de junio de 1926

Escucha, Rainer, para que lo sepas de entrada. Soy mala. Borís es bueno. Y como soy mala, no le dije nada, solo unos cuantos tópicos sobre tu rusismo, mi germanismo, etcétera. Y de pronto la queja: «¿Por qué me excluyes? Yo le quiero tanto como tú».

¿Qué sentí? ¿Arrepentimiento? No. Nunca. Nada. Sin convertirse en sentimiento, pasó a ser acción. Copié tus dos primeras cartas y se las envié. ¿Qué más podría hacer? Oh, soy mala, Rainer; no quiero cómplice alguno, ni siquiera el mismísimo Dios.

Yo soy muchos, ¿comprendes? ¡Quizá innumerables! (Una multitud insaciable.) Y ninguno debe saber del otro, eso me molesta. Cuando estoy con mi hijo, él (¿ella?), no, aquello que te escribe y te ama no debe estar presente. Cuando estoy contigo, etcétera. Exclusividad y reclusión. Ni siquiera en mí —no solo en torno a mí— quiero un cómplice. Por eso en la vida soy mentirosa (es decir, taciturna y, cuando me obligan a hablar, mentirosa), aunque en otra vida tengo fama de sincera y lo soy. No puedo dividirme.

Y lo hice (dos o tres días antes de recibir tu carta). No, Rainer, no soy mentirosa: soy demasiado sincera. Si yo pudiese encubrirlo con palabras sencillas, permitidas: intercambio epistolar, amistad..., todo estaría bien. Pero sé que tú no te llamas intercambio epistolar ni amistad. En la vida de las personas quiero ser aquello que no causa dolor y por eso miento, a todos salvo a mí misma.

Situación falsa durante toda mi vida. «Porque donde me doblego, estoy falseado.»[29] Falseada, mentida, Rainer, mas no mentirosa.

Cuando abrazo a un extraño, es algo natural; cuando lo relato, es algo no natural (¡para mí misma!). Pero cuando lo transformo en poesía, vuelve a ser natural. Es decir, la acción y la poesía me dan la razón. Lo que se encuentra entre ambas me acusa. Mentira es lo que está en medio, no yo. Cuando relato la verdad (el abrazo), es mentira. Cuando lo callo, es verdad.

Derecho interior a conservar el secreto. Esto no tiene nada que ver con nadie, ni siquiera con el cuello que rodean mis brazos. Es mi asunto. No olvides tampoco que estoy casada, tengo niños, etcétera.

¿Renunciar? ¡Ah!, nunca es tan necesario para que merezca la pena. Renuncio con demasiada facilidad. Y al contrario, cuando hago un gesto, me alegro de hacer otro gesto. Muy rara vez mis manos quieren alguna cosa.

Sumergirme profundamente en mí misma y después de días o años, en algún momento, súbitamente, devolverlo como una fuente, profundidad convertida en altura, con el dolor mitigado, transfigurado. Pero no relatar: he escrito a este, he besado a aquel.

«Alégrate, pronto llegará el fin», dice el alma a mis labios. Abrazar a un árbol o a una persona, para mí es lo mismo. Es lo mismo.

Esto es un aspecto. Ahora el otro. Borís te regaló a mí. En cuanto te recibí, quise tenerte para mí sola. Bastante feo. Y bastante doloroso para él. Por eso le envié las cartas.

Tus queridas fotografías. ¿Sabes qué aspecto tienes en la grande? Como si estuvieras al acecho y de repente te llamaran. La otra, la más pequeña, es un adiós. Un hombre que parte y por última vez, de forma aparentemente fugaz —los caballos están listos— echa un vistazo a su jardín como a una hoja escrita antes de despacharla. No separándose con brusquedad: desprendiéndose. Un hombre que deja caer —con suavidad— todo un paisaje.[30] (Rainer, ¡llévame contigo!)

Tienes los ojos claros, transparentes como el agua, como los de Ariadna; y la arruga (¡vertical!) entre las cejas te viene de mí; ya de niña la tenía, siempre fruncía las cejas cuando estaba pensativa o enojada.

(Rainer, te amo y quiero ir a ti.)

Tu elegía.[31] Rainer, toda la vida me he regalado en mis poesías, a todos. También a los

poetas. Pero siempre he dado demasiado, siempre he acallado la posible respuesta. La respuesta se asustaba. Toda resonancia era anticipada por mí. Por eso los poetas jamás me han escrito versos, nada (los versos malos también son nada, ¡menos que nada!), y yo sonreía pensando: «Ceden la posibilidad a quienes vivan dentro de cien años».

Y he aquí tu poema, Rainer; el poema de Rilke, del poeta, de la poesía..., poema. Y mi mutismo, Rainer. La situación inversa. La situación como debe ser.

Oh, te amo, no puedo llamarlo de otra manera, son las primeras palabras que me vienen a la mente, las primeras y las mejores.

Rainer, ayer por la noche salí de la casa para recoger la ropa porque amenazaba lluvia. Recibí en mi abrazo el viento todo..., ¡no!, el norte todo. Y se llamaba Tú. (¡Mañana será el sur!) No lo hice entrar en casa, se quedó en el umbral. No entró, pero en cuanto me quedé dormida, me llevé consigo al mar.

«Hacedores de señas, nada más.»[32]

Y sobre los amantes, sobre su inclusión y exclusión («desde el centro del siempre...»).

Y el largo y silencioso camino bajo la luna.

Y sin embargo, se llama solo así: te amo.

MARINA

Amado: quiero regalarte una frase que quizá no conozcas.

«Dolor es una palabra verdadera, dolor es una palabra buena; dolor es una palabra misericordiosa.» (Santa Cunegunda, siglo XIII.)

Todavía no tengo la fotografía, te la enviaré apenas la reciba. Escríbeme sobre Muzot: ¿se han ido ya los albañiles? ¿Y ha salido el sol? Nosotros no tenemos ni una hora soleada. Querría enviarte el sol entero, clavarlo en tu trozo de paisaje.

¡Sí, Rainer! Si escribiera algo sobre ti se llamaría: *Por encima de la montaña*. [33]

El primer perro al que acaricies después de leer esta carta seré yo. Fíjate en sus ojos.

[2]

A Borís Pásternak[34]

[A principios de julio, Borís le contó a Marina que se había quedado solo en Moscú mientras su mujer y su hija se iban a pasar el verano fuera; estaba intentando ganar dinero para poder reunirse con ella.

En su carta le hablaba de las constantes tentaciones que sentía viendo por las calles a tantas mujeres y regresando solo a casa, y que únicamente lograba vencer gracias a sus arraigadas creencias religiosas.]

[Saint Gilles-sur-Vie]

10 de julio de 1926, sábado

Yo no podría vivir contigo, no por incomprensión, sino por comprensión. Sufrir porque el otro tiene razón, una razón que es a la vez tuya, sufrir por estar en lo justo es una humillación que no soportaría.

Hasta el momento he sufrido solo por la injusticia, yo era la única que estaba en lo justo, y aunque se encontraran palabras análogas (raramente) y gestos análogos (más frecuentemente) parecidos a los míos, el motor siempre era diferente. Además, lo que es tuyo pero no está a tu nivel no es del todo tuyo, es menos tuyo que lo opuesto. Encontrándote me encuentro a mí misma, con todos los agujones vueltos en mi contra.

Borís, yo no habría podido vivir contigo en julio en Moscú porque lo habrías descargado todo contra mí.

[...] ¿Qué haría yo si estuviera contigo, Borís, en Moscú (en todos lados, en la vida)? ¿Acaso una unidad (cualquiera que sea) puede dar una suma? Es otra la cualidad. Otra la división de los átomos. La existencia no puede desmembrarse en aquello que tiene vida. El héroe no hace la escena. La escena es necesaria para que una vez más y de forma nueva surja el héroe (uno mismo).

Rectifico a propósito de la comprensión. Yo te comprendo desde lejos, pero si viera lo que te seduce, me inundaría de desprecio como el ruiseñor de canto. Me regocijaría con él, me curaría de ti de inmediato. Como me curaría de Goethe o de Heine de haber visto a sus *Kätchen-Gretchen*.^[35] La calle como una pluralidad, sí, pero la calle encarnada en una sola, pluralidad

que se supone (¡y serás tú mismo quien la convenza!) única, es una calle con dos manos y dos piernas.

Compréndeme: el insaciable, el eterno odio de Psiqué por Eva, de quien no hay nada en mí.[36] De Psiqué, por el contrario, lo tengo todo. ¡Psiqué contra Eva! Comprende la altura como de catarata de mi desprecio. (No se cambia a Psiqué por Eva.) El alma por el cuerpo. Ya no habría *mío y tuyo*. Inmediatamente eres condenado, no comprendo, me retiro.

[...] ¿Celos? Sencillamente, me retiro, como el alma se retira siempre delante del cuerpo, sobre todo del cuerpo ajeno, por mero desprecio, por inaudita inconmensurabilidad. En la paciencia y en la indignación se diluye cualquier dolor que hubiese podido existir.

Todavía no he encontrado a nadie ocurrente que me diga: «Te cambio por la fuerza de la naturaleza: la pluralidad: lo impersonal. Te cambio por mi propia sangre». O, mejor aún: «Tengo ganas de calle». (Nadie me ha tratado nunca de tú.)

Me desmayaría por la sinceridad, me admiraría por la exactitud, y quizá comprendería. (No existe calle masculina, existe solo la femenina. Hablo de su composición. El hombre la crea con su avidez. También existe en pleno campo. Ninguna mujer (las excepciones son antinaturales) se iría con un obrero; todos los hombres se van con prostitutas, todos los poetas).

Yo tengo otra calle, Borís, que fluye casi como un río, Borís, sin gente, con el fin de los finales, con la infancia, con todo menos con varones. Nunca los miro; sencillamente, no los veo. No les gusto: tienen olfato. No le gusto al sexo. No me importa perder ante tus ojos: los hombres han sido encantados por mí, pero casi nunca se han enamorado. Ni un solo tiro en la sien, ¡date cuenta!

¡Pegarse un tiro por Psiqué! Pero si nunca existió (forma particular de la inmortalidad). Se suicidan por la dueña de la casa, no por una invitada. No dudo que en las memorias seniles de mis jóvenes amigos seré la primera. En lo que se refiere al presente masculino, nunca he formado parte de él.

¿Es el *Leitmotiv* del universo? Sí, el *Leitmotiv*, lo creo y lo veo, pero es un *Leitmotiv*, te juro, que nunca he oído resonar más en mí misma. Pienso que es... un *Leitmotiv* masculino.

Mi lamento: la imposibilidad de convertirme en cuerpo. La imposibilidad de ahogarme («Si alguna vez fuera a las profundidades...»).

Borís, todo esto es tan frío y tan racional..., pero detrás de cada palabra hay un caso viviente, vivido, instructivo en su reiteración. Quizá, si tú pudieses ver con quién y cómo, declararías mi instinto (o mi falta de instinto) justo: «No es prudente...».

Ahora, la conclusión.

La carta se abre con: «no por incomprensión, sino por comprensión». Se cierra con: «No comprendo, me retiro». ¿Cómo ligar ambas cosas?

Diferentes impulsos al mismo nivel: ahí están tu pluralidad y la mía. Tú no comprendes a Adán,

que amaba únicamente a Eva. Yo no comprendo a Eva, amada por todos. No comprendo la carne como tal, no le reconozco ningún derecho, sobre todo el de la voz, que nunca he oído. A ella —evidentemente, la dueña de la casa— no me la han presentado. (La sangre me es ya más cercana como algo que fluye.) «Tu sangre que se abstiene...» ¡Ah, si mi sangre tuviese de qué abstenerse! ¿Sabes qué quiero yo cuando quiero?, oscurecimiento, iluminación, transfiguración. El extremo del cabo del alma ajena, y el de la mía. Palabras que nunca oirás, que nunca dirás. Lo inaudito. Lo monstruoso. Lo milagroso.

Lo recibirás en mano, Borís —porque por supuesto lo recibirás, ¿no es cierto?—, un monstruo extraño, triste, sombrío, sonoro, que se debate entre tus manos intentando huir. [...]

Borís, Borís, qué felices seríamos en Moscú, y en Weimar, y en Praga, y en este mundo, y sobre todo en el otro, que ya está en nosotros. Tus eternos viajes (así lo veo yo), y algo que me mira desde el campo con tus ojos. Tu vida por correspondencia con todas las calles del mundo, y... a mi casa. Yo no puedo con las presencias, y tú tampoco. Nos entenderíamos.

Querido, arráncate el corazón lleno de mí. No te atormentes. Vive. No te sientas consternado por tu mujer y tu hijo. Te concedo el indulto de todos y de todo. Toma todo lo que puedas mientras tengas deseos de tomarlo.

Recuerda que la sangre es más antigua que nosotros mismos, sobre todo la tuya, semita. No la domesticques. Toma todo esto desde una altura lírica; no: ¡desde una altura épica!

Escríbeme o no me escribas sobre todo esto, como quieras. Yo, además de todo..., no, antes y después de todo (¡hasta la primera luz del amanecer!), soy tu amiga.

M.

[3]

A Rainer Maria Rilke

Saint Gilles-sur-Vie,
2 de agosto de 1926

Rainer, recibí tu carta el día de mi onomástica: el 17/30 de julio;[\[37\]](#) yo también tengo una santa, aunque me sienta la primogénita de mi nombre, como a ti te siento el primogénito del tuyo. El

santo de nombre Rainer se llamaba sin duda de otra manera. Rainer eres tú. El día de mi onomástica, pues, el regalo más bello: tu carta. Inesperada, como siempre. Nunca me acostumbraré a ti (¡como a mí misma!), ni a este asombro, ni a mis propios pensamientos sobre ti. Tú eres aquello con lo que soñaré esta noche, aquello que me soñará esta noche. (¿Soñar o ser soñado?) Una extraña en un sueño ajeno. Nunca te espero, siempre te reconozco.

El día en que alguien nos sueña juntos nos encontraremos.

Rainer, quiero ir a verte; lo quiero también por esa nueva Marina que puede realizarse únicamente contigo, en ti. Y también, Rainer (Rainer, el *Leitmotiv* de la carta), no te enfades conmigo, se trata de mí: quiero dormir contigo, conciliar el sueño y dormir. La hermosa expresión popular, tan profunda y exacta, tan falta de doble sentido, tan precisa en su significado. Sencillamente, dormir. Y nada más. No, algo más: hundir mi cabeza en tu hombro izquierdo; mi brazo, en torno a tu hombro derecho, y nada más. No, algo más: saber, aun en el sueño más profundo, que eres tú. Y algo más: escuchar el sonido de tu corazón. Y besarlo.

A veces pienso: «Debo aprovechar el azar de ser todavía (¡pese a todo!) un cuerpo. Pronto no tendré brazos». Y algo más —suena como una confesión (¿qué es una confesión?, ¡jactarse de las negruras propias! ¿Quién puede hablar de sus sufrimientos sin sentir entusiasmo, es decir, sin ser feliz?) O sea, lo que ahora te diré no debe sonar a confesión—: conmigo los cuerpos se aburren. Algo notan y no creen en mí (en el mío), pese a que todo lo hago como los otros. Demasiado... altruista, quizá; demasiado... benevolente. Y confiada, ¡demasiado! Solo son confiados los extranjeros (los salvajes), ignorantes de las leyes y de las costumbres. Los locales no confían. Esto no tiene nada que ver con el amor: el amor se escucha y se siente solo a sí mismo, está muy atado al lugar y a la hora, y yo eso no lo puedo fingir. Y la gran compasión, llegada quién sabe de dónde, bondad infinita y mentira.

Me siento cada vez mayor. Demasiado seria; el juego de niños, no soy suficientemente seria.

Siempre percibí mi boca como un mundo: bóveda celeste, caverna, desfiladero, abismo. Siempre he traducido el cuerpo en alma (lo he desencarnado), he glorificado a tal punto —para poder amarlo— el amor «físico» que de repente no quedó nada de él. Al sumirme profundamente en él, lo he socavado. Al penetrar en él, lo he apartado. No quedó de él nada salvo yo misma: alma (así me llamo, de ahí el asombro: ¡el día de mi onomástica!).

El amor detesta al poeta. No quiere ser glorificado («¡glorioso por sí solo!»), se considera absoluto, lo único absoluto. No confía en nosotros. En el fondo de su ser, sabe que no es glorioso (¡por eso tan caprichoso!), sabe que toda la gloria es alma, y que donde empieza el alma termina el cuerpo. Envidia, Rainer, pura envidia. La misma que siente el alma por el cuerpo. Pero es que siempre he tenido envidia del cuerpo, ¡tan celebrado! El breve episodio de Paolo y Francesca.[38] ¡Pobre Dante! ¿Quién recuerda aún a Dante y a Beatrice? Siento envidia de la comedia humana. Nunca se ama el alma como el cuerpo; a lo sumo, se la alaba. El cuerpo es amado por miles de

almas. ¿Y quién se ha condenado alguna vez por un alma? Y aunque así lo quisiera, es imposible: amar un alma hasta la condena eterna significa ser un ángel. ¡Nos han estafado y privado del infierno!

(... trop pure—provoque un vent de dédain!)[39]

¿Por qué te digo todo esto? Quizá por temor a que me tengas por una apasionada en términos generales (pasión: servidumbre). «Te amo y quiero dormir contigo», esta concisión no le está permitida a la amistad. Pero lo digo con otra voz, casi en un sueño, en un sueño profundo. Yo sueño a algo muy diferente de la pasión. Si me llevaras contigo, te llevarías «los lugares más desiertos». Todo aquello que nunca duerme querría dormir a gusto en tus brazos. Hasta el alma (la garganta) llegaría el beso. (Incendio no: abismo.)

Je ne plaide pas ma cause, je plaide la cause du plus absolu des baisers.[40]

Tú estás siempre de viaje, no vives en ningún sitio y te encuentras con rusos que no son yo. Escucha, para que lo sepas: en el país de Rainer solo yo represento a Rusia.

[...] Rainer, está anocheciendo, te amo. Un tren aúlla. Los trenes son lobos, los lobos son Rusia. No un tren: toda Rusia aúlla llamándote.

Rainer, no te enojas conmigo; te enojas o no, esta noche dormiré contigo. Cierro, porque hay estrellas, el desgarró en la oscuridad: la ventana. (En la ventana pienso cuando pienso en ti y en mí, no en la cama.) Los ojos abiertos de par en par, ya que fuera está aún más oscuro que dentro. La cama es un barco, nos vamos de viaje.

... mais un jour on ne le vit plus.

Le petit navire sans voiles,

Lassé des océans maudits,

Voguant au pays des étoiles,

Avait gagné le paradis.[41]

(Canción infantil de Lausana)

No tienes que responderme, seguir besando.

M.

[4]

A Rainer Maria Rilke

[Al no recibir respuesta a su carta anterior (la n^o2), Marina volvió a escribir a Rainer doce días después, insistiéndole en que debían verse en otoño, quizá en Saboya.

Rilke, ya muy enfermo, contestó a esta segunda carta y a sus propuestas: «Sí y sí y sí, Marina, todos los síes a lo que quieras, a lo que eres, tan grandes como el sí a la vida misma...: pero en ellos están también los diez mil noes, los imprevisibles».

Ella le mandó entonces, a finales de agosto de 1926, una nueva carta, proponiéndole que se viesen en noviembre y pidiéndole que se hiciera él cargo de todos los gastos.

Rilke nunca contestó: probablemente se sintió asustado por la vehemencia de Marina, él, que siempre había huido del compromiso. Además, debía de estar ya demasiado débil para responder a sus expectativas.

En noviembre, instalada de nuevo en un barrio de París y sin noticias suyas, Marina le envió esta postal.]

Bellevue (Seine et Oise), cerca de París
Boulevard Verd, 31
7 de noviembre de 1926

Querido Rainer:
Aquí es donde vivo.
¿Todavía me quieres?

MARINA

[5]

(Carta póstuma a Rainer Maria Rilke)

[El 31 de diciembre de 1926, Marina Tsvietáieva supo por un vecino que Rilke acababa de morir en el sanatorio suizo de Val-Mont.

Esa misma noche le escribió su última carta.

Al alma desterrada de la poeta no le resultó extraño escribir a otra alma definitivamente desterrada.

Para la poeta-sin-patria, la relación con el poeta-sin-patria, simplemente, tomaba otro rumbo.]

¿El año termina con tu muerte? ¿Es el final? ¡El principio! Tú eres para ti mismo el Año Nuevo. (Amado, lo sé, ahora me lees antes de que escriba.) Rainer, estoy llorando. Tú te derramas por mis ojos.

Querido, si has muerto, es que no existe ninguna muerte (¡o ninguna vida!). ¿Qué más da? Un pueblecito en Saboya, ¿cuándo?, ¿dónde? Rainer, ¿y nuestro nido del sueño? Ahora sabes ruso y sabes que nido es ГИЗЕПО, y muchas cosas más.

No quiero (re)leer tus cartas, porque entonces querré ir a alcanzarte, querré ir... allá, y no me atrevo a querer; tú sabes lo que está unido a este «querer».

Rainer, te siento constantemente detrás de mi hombro derecho.

¿Alguna vez pensaste en mí? Sí, sí, sí.

Mañana es Año Nuevo, Rainer, 1927. 7. Tu número preferido. ¿Naciste en 1875 (el periódico)? ¿Cincuenta y un años? Joven.

Pobre nieta, que nunca te vio.[42]

Pobre yo.

Pero no debo afligirme. Hoy, a las doce de la noche, brindaré contigo. (Tú sabes cómo: chocaré tu copa sin rozarla.)

Amado, haz que te sueñe con frecuencia. No, no es exacto: vive en mi sueño. Ahora tú tienes derecho a desear y a hacer.

Tú y yo jamás creímos en un encuentro aquí, en la tierra, como tampoco creímos en la vida de este mundo, ¿no es cierto? Tú te me adelantaste (¡y resultó mejor!), y, para recibirme bien, has reservado no una habitación, no una casa: todo un paisaje.

¿Te beso en los labios? ¿En las sienes? ¿En la frente? Naturalmente, en los labios, querido; como a un ser vivo.

Amado, ámame de manera diferente, más que los otros. No te enojés conmigo: has de acostumbrarte a mí, a como soy.

¿Qué más?

¿Demasiado alto, quizá? No, tú no estás todavía ni muy alto ni muy lejos; estás aquí, junto a mí; tu cabeza está en mi hombro. Tú nunca estarás lejos: nunca inaccesiblemente alto.

Tú eres mi querido niño-adulto.

Rainer, ¡escíbeme! (¿una súplica demasiado estúpida?).

¡Feliz Año Nuevo y un bello paisaje celestial!

MARINA

Bellevue, 31 de diciembre de 1926,
a las diez de la noche

Rainer: aún estás en la tierra. No ha pasado un día entero todavía.

[6]

A Borís Pásternak

[Al día siguiente de la noticia de la muerte de Rilke, Marina escribió a Borís.]

Bellevue, 1 de enero de 1927

Eres el primero a quien escribo esta fecha.

Borís, él murió el 30 de diciembre y no el 31. Un error más de la vida. La última pequeña venganza de la vida contra el poeta.

Borís, nunca iremos a ver a Rilke. Ese lugar ya no existe.

Borís, ahora los pasaportes cuestan menos (lo leí ayer). Y anoche (la noche de Año Nuevo) soñé con un barco de vapor en el océano (yo iba en él) y con un tren. Significa que vendrás a verme y que iremos juntos a Londres. Piensa en Londres, piensa en Londres; hace mucho tiempo que creo en esa ciudad. Pájaros en el tejado, ventisca en el río Moscova, ¿recuerdas?

Nunca te he llamado, es tiempo de hacerlo. Estaremos solos en la inmensa Londres. Tu ciudad y la mía. Iremos a ver los animales. Iremos a la Torre (ahora cuartel). Delante de la Torre hay un pequeño jardín abrupto, desierto, solo un gato que se asoma por debajo de un banco. Ahí nos sentaremos. Y en la plaza se ejercitarán los soldados.

Qué extraño. Apenas terminé de escribirte estas líneas sobre Londres, fui a la cocina y la vecina (vivimos aquí dos familias): «Acabas de recibir una carta de...», y menciona un apellido que desconozco. Yo: «¿De dónde?». «De Londres.»

Y ahora, cuando paseaba con Mur (primer día del año, el pueblecito está desierto), asombro: ¡las copas de los árboles están rojas! ¿Qué es? Ramas jóvenes (la inmortalidad).

Mira, Borís: los tres, vivos, no habríamos hecho nada. Yo me conozco: no habría podido dejar de besar sus manos, no habría podido dejar de besarle ambas manos, incluso delante de ti, casi incluso delante de mí. Me habría desfigurado y destrozado, me habría desgarrado en dos, en cuatro, Borís, porque aún estamos en este mundo. ¡Borís! ¡Borís! ¡Cómo conozco el otro! Por los sueños, por el aire de los sueños, por la liviandad, por la esencialidad de los sueños. ¡Y qué poco conozco este, qué poco lo amo, cuán ofendida he sido en él! Aquel mundo, entiéndeme: es luz, iluminación, entes iluminados de diferente manera por tu luz, por mi luz.

El otro mundo: mientras exista esa expresión, existirá también el pueblo. Pero ahora no quiero hablar de los pueblos.

De él. Su último libro fue en francés: *Vergers*.

Estaba cansado de su idioma natal.

Harta de vosotros, enemigos,
Y de vosotros, amigos,
Y de la ductilidad de la lengua rusa...[43]

Estaba cansado de la omnipotencia, tenía ganas de aprender, se propuso domesticar el idioma más desagradecido que hay para el poeta —el francés (*poésie*)— y lo logró, una vez más lo logró, y de inmediato se cansó. El problema no era el alemán, sino lo humano. Su sed de francés resultó ser sed de lo angelical, del más allá. En su libro *Vergers* se soltó a hablar en el lenguaje de los ángeles.

¿Ves?, es un ángel; lo siento siempre detrás de mi hombro derecho (que no es mi mejor lado).

Borís, me alegro de que lo último que escuchó de mí haya sido Bellevue.[44]

Esa es la primera palabra allá, al mirar la Tierra. Es indispensable que vengas.

14

Cartas entre Virginia Woolf
y Vita Sackville-West

(1925-1941)

Están su madurez y su total generosidad; su manera de navegar plenamente en alta mar, mientras yo vadeo en los estanques; su capacidad de dominar el terreno en cualquier compañía, de representar a su país, de controlar la plata, a los criados, a sus perros chow; su maternidad, su manera de ser (lo que yo nunca he sido) una auténtica mujer.

VIRGINIA sobre VITA

Virginia es muy dulce, y yo me siento extraordinariamente protectora con ella. Esa combinación de cerebro brillante y cuerpo frágil es adorable.

VITA sobre VIRGINIA

Virginia y Vita —o Vita y Virginia— fueron dos árboles juntos en medio de un campo.

Dos hermosos ejemplares, quizá, del jardín botánico de Kew, que tanto les gustaba a ellas: una pequeña morera péndula y una secuoya grande y muy anciana. Eso me parecen.

Sus ramas se entrecruzaban en lo alto, acariciándose, y, bajo el suelo, las raíces se enredaban, nutriéndose del mismo pedazo de tierra.

Esta es la historia de dos mujeres únicas, geniales, que se quisieron con una ternura infinita y un deseo tal vez efímero.

Y que, juntas, fueron más ricas, más firmes, mejores, sumando sin duda mucho más que dos.

Antes de enamorarse, o de que ambas aceptaran al menos vivir ese momento de debilidad —¿o es de fortaleza?— que supone la confesión al otro —la otra— del amor, Virginia Woolf y Vita Sackville-West fueron amigas durante mucho tiempo.

Las dos compartían muchas cosas: el combate interior por liberarse de los restos podridos de la educación victoriana, el círculo londinense de amigos, los intereses artísticos y, sobre todo, la pasión por la literatura: en 1925, cuando su amistad se convirtió en una relación de amor, Virginia tenía cuarenta años y era una de las voces literarias más innovadoras y admiradas del mundo anglosajón. Vita tenía treinta, y había publicado con gran éxito varios poemarios, ensayos y novelas.

También compartían la respetabilidad social, la protección y la compañía que a ambas les

habían proporcionado sus respectivos —y poco comunes— matrimonios. Virginia —cuyo apellido de soltera era Stephen— se había casado en 1912, a los treinta años, con Leonard Woolf, un amigo de sus hermanos que esperó pacientemente, durante mucho tiempo, hasta que ella le aceptó. Leonard formaba parte de aquel clan de jóvenes intelectuales, escritores y artistas que solían reunirse en la casa de los hermanos Stephen, en el barrio londinense de Bloomsbury, a los que pronto se conocería justamente como el Grupo de Bloomsbury. Inteligentes, cultísimos, llenos —y llenas— de talento, todos ellos desarrollaron carreras brillantes, renovaron el arte y la literatura ingleses y trataron de llevar vidas privadas libres, sobre todo en lo referente a las relaciones sentimentales y al sexo.

Leonard fue un gran compañero para Virginia. Juntos montaron la editorial Hogarth Press. Él la apoyó intelectualmente y, además, cuidó siempre de ella con una infinita ternura. Sobre todo en las frecuentes depresiones y crisis de Virginia, que la llevaron a sufrir de una manera terrible, mental y física a la vez. Desde la muerte de su madre, cuando ella tenía trece años —seguida no mucho después por la de su padre y la de su hermana mayor—, Virginia se hundía con cierta frecuencia en las profundidades del agua: ella misma, extrañamente, utilizó a menudo para referirse a su enfermedad esa metáfora que terminó siendo real en el momento de su suicidio.

Tratada por los psiquiatras de manera torpe y patriarcal, Virginia fue ingresada en alguna ocasión, e incluso en sus mejores momentos vivía aterrada por el miedo a «volverse loca» de nuevo. Sin llegar hasta ese abismo terrible, a menudo se sentía deprimida y angustiada. Además de su hermana Vanessa, Leonard fue el apoyo que siempre estuvo ahí para ella, la rama firme que acudía una y otra vez en su ayuda y volvía a sacarla a flote.

Sin embargo, y a pesar de que todo hace creer que Leonard era heterosexual —y de que no se le conocen infidelidades—, es probable que nunca tuvieron relaciones íntimas. Virginia parece haber vivido una traumática forma de rechazo a las relaciones sexuales, tal vez causada por los abusos de los que fue víctima durante su adolescencia. Como la mayor parte de las historias de ese tipo, esta también yace escondida en las tinieblas de la confusa privacidad familiar: es difícil establecer los hechos con exactitud, pero parece seguro que sus dos hermanos mayores, George y Gerald, abusaron junto con un primo de todas las niñas de la familia.[45]

El matrimonio de Vita era igualmente exitoso, pero mucho menos tranquilo. Se había casado a los veintiún años, en 1913, con un joven diplomático, Harold Nicholson, con quien tuvo dos hijos. Se adoraban y permanecieron juntos la vida entera, compartiendo, entre otras cosas, la dedicación a la literatura y al paisajismo. Pero los dos tuvieron a lo largo del tiempo relaciones homosexuales, de las que siempre informaban —con plena lealtad— al otro miembro de la pareja.

Harold nunca puso en peligro su matrimonio, pero Vita lo hizo en una ocasión, todavía muy joven. Fue en 1918, cuando reapareció en su vida un amor de la adolescencia, Violet Keppel. Conocida después como escritora por su apellido de casada —Trefusis—, Violet acababa de

comprometerse, pero no quería celebrar la boda, así que buscó a Vita y la encontró dispuesta a romper con su existencia convencional. Las dos huyeron juntas a Francia y durante un par de años vivieron una pasión tempestuosa, que llevó a Vita al borde del suicidio. Al final, regresó junto a Harold, que la esperó entretanto pacientemente y corrió a recogerla cuando supo que estaba hundida.

Poco después, a finales de 1922, ella y Virginia se conocieron en el círculo de intelectuales y artistas que ambas frecuentaban y establecieron, en principio, una relación de amistad. Vita, maternal y protectora, se sentía atraída por la fragilidad física y mental de Virginia y, al mismo tiempo, admiraba profundamente su inteligencia, su talento literario y su formación, por más que esta fuera en su mayor parte autodidacta: una de las más intensas protestas vitales de Virginia Woolf, reflejada en *Una habitación propia* y en otros escritos, fue la de no haber podido ir a la universidad, como sí hicieron en cambio sus hermanos varones.

A Virginia le deslumbraba de su amiga lo opuesto: su personalidad imponente y sus orígenes sociales. Vita Sackville-West era desde luego todo un personaje. Pertenece a una familia de la alta aristocracia, aunque le gustaba presumir de que su abuela materna había sido una bailarina española, Pepita de Oliva, muy famosa en la Europa de mediados del siglo XIX, que le había dado varios hijos a su abuelo noble.[46]

Vita se había criado en una de las mansiones más impactantes de Inglaterra, Knole, en el condado de Kent, regalada en el siglo XVI por la reina Isabel I a uno de sus antepasados. Era una mujer fuerte física y mentalmente, algo andrógina, segura de sí misma, brillante en la vida social, elegante y rica, que vivía envuelta en el halo que proyectaban a su alrededor sus apellidos y su fortuna. Virginia, con sus problemas económicos perfectamente burgueses, sus continuas enfermedades y su falta de «mundanidad», admiraba todas esas características de Vita.

En los diarios de Virginia —que escribió sus vivencias y sentimientos constantemente desde 1915—, se puede ver la imagen que tenía de aquella mujer imponente: «Me hace sentir virgen y tímida, como una colegiala... Es un granadero; dura; guapa, masculina...».

Parece que, desde el principio, Vita despertó el deseo en Virginia, que también dejó escrito en su diario en aquellas fechas: «Es una conocida practicante del safismo, y quizá... haya puesto sus ojos en mí, a pesar de que ya soy tan mayor. La naturaleza debe de haber refinado sus facultades. Siendo tan esnob como soy, puedo rastrear sus pasiones hasta quinientos años atrás, y me parecen románticas, como el viejo vino dorado».

Entretanto, nada más conocerse, Vita le escribió una carta a Harold hablándole de su nueva amiga: «Simplemente, adoro a Virginia Woolf, y a ti te pasaría lo mismo. Caerías de rodillas ante su encanto y su personalidad [...]. Lo de mistress Woolf es muy sencillo: da la impresión de ser alguien muy grande. No tiene ninguna afectación. [...] Al principio parece una mujer simple, pero

luego se te impone por una especie de belleza espiritual, y te resulta fascinante mirarla [...]. Es al mismo tiempo distante y humana, se queda callada hasta que tiene algo que decir, y entonces lo dice magníficamente bien. Es bastante mayor. Pocas veces me ha gustado alguien tanto, y creo que yo le gusto a ella. Por lo menos me ha pedido que vaya a verla a Richmond, donde vive. Querido, casi me he enamorado».

Aquel deseo mal disimulado de Virginia y aquel «casi» enamoramiento de Vita tardaron tres años en concretarse en algo más que una amistad. Fue en diciembre de 1925. Vita estaba a punto de irse unos meses a Teherán, donde su marido había sido nombrado embajador del Reino Unido ante el nuevo shah. A punto de despedirse, Virginia tomó la iniciativa. Las dos amigas se fueron a pasar juntas unos días a Long Barn, una de las residencias en el campo de Vita, y allí debió de ocurrir su primer encuentro sexual.

Pero el sexo, realmente, nunca fue la clave de aquella relación. Algunos meses después de aquellos días en Long Barn, Vita le escribió a Harold: «Me aterra despertar sentimientos físicos en ella a causa de la locura. No sé qué efectos podrían tener: es un fuego con el que no quiero jugar. Le tengo demasiado cariño y afecto... Además, Virginia no es la clase de persona a la que veo de esa manera. Hay algo incongruente y casi indecente en esa idea. He dormido dos veces con ella, pero eso es todo. Ahora ya lo sabes todo, y espero no haberte escandalizado».

Quizá Vita solo intentara tranquilizar a su marido, preocupado ante la posibilidad de que ella pudiera de nuevo perder el control por una mujer, como le había ocurrido hacía unos años con Violet Trefusis. O quizá fuera verdad: aunque las dos hicieron alusiones a su intimidad física en sus cartas —a menudo en tono de broma—, ninguna de ellas fue explícita sobre sus posibles —o no— encuentros sexuales. Así que ¿a quién le importa? Si ellas no quisieron contarlo abiertamente, no parece demasiado respetuoso tratar de indagar sobre si se acostaron, o no, o medio se acostaron pero no del todo, o cuántas veces llegaron a hacerlo. Lo que es evidente es que se querían, se acompañaban en su respectiva soledad, se entendían intelectualmente, se gustaban, se deseaban —hasta donde pudiera o quisiera llegar aquel deseo— y que, a lo largo de los siguientes dieciséis años, hasta el suicidio de Virginia, fueron fundamentales la una para la otra.

Y lo fueron en muchos sentidos: Vita le dio a Virginia, además de cariño y cuidados casi maternos, mucha autoestima y vitalidad. La animó a no sentirse enferma, a salir y a viajar. Luchó contra la idea de los médicos que la trataban de que leer y escribir eran malos para ella, animándola a que lo hiciera, puesto que eso era realmente lo único que parecía salvarla de sus depresiones.

También le aportó —y sin duda fue algo muy importante— tranquilidad económica. A Virginia no le gustaba del todo la literatura de su amiga —y este era un juicio excesivamente crítico, pues Vita Sackville-West fue una extraordinaria escritora, aunque no alcanzase el prodigio innovador

de Virginia Woolf—, pero desde 1924, su editorial, Hogarth Press, publicó algunos de sus exitosos libros, ganando gracias a ella mucho dinero.

Virginia le dio a Vita una cantidad infinita de admiración en lo personal y seguridad en sus capacidades intelectuales, algo fundamental para moverse en el círculo de los brillantes y a menudo crueles miembros del Grupo de Bloomsbury. La ayudó a mejorar como escritora, contribuyendo a que perdiese buena parte de su antigua «verborrea» —como ella decía en privado— y se centrara mucho más en lo esencial y lo profundo de sus personajes.

Pero quizá el don más duradero que Virginia le hizo a Vita —al menos en el terreno público— fue el regalo de una de sus novelas más emblemáticas, *Orlando. Una biografía*. Como dijo Nigel Nicholson, el hijo de Vita, *Orlando* «es la más larga y más hermosa carta de amor de la literatura». Seguramente Virginia la concibió de esa manera cuando comenzó a escribirla en octubre de 1927, al sentir que Vita se alejaba de ella entre los brazos de una nueva amante, Mary Campbell. Fue su manera de rendirle homenaje, de tratar de decirle cuánto la admiraba y lo mucho que le importaba. Y lo hizo dándole en ofrenda lo mejor que poseía, su propio talento literario.

El largo éxito de *Orlando* —que no es por otra parte la mejor de las obras de Virginia— se debe a sus implicaciones en torno a las cuestiones de género: el/la protagonista, Orlando —trasunto más que evidente de Vita—, comienza siendo un hombre en el siglo XVI, un poeta de gran éxito, favorito de la reina Isabel I. Pero a los treinta años se convierte en mujer, una mujer que atraviesa los siglos, hasta llegar al XX, amando tanto a hombres como a otras mujeres y planteando numerosas cuestiones y dudas relacionadas con el género, entendido como una construcción social.

Orlando se publicó en octubre de 1928. Como se puede leer en la carta número 15 de esta selección, Vita, aparentemente, se sintió orgullosa de haber sido capaz de inspirar un libro así. Y también emocionada por las referencias a su mansión de Knole, que acababa de perder: su propio padre consideró que una mujer no podía heredar un mayorazgo tan importante como aquel y, al morir, le dejó en herencia esa propiedad que ella adoraba a un sobrino, junto con el título de barón al que estaba unida.

Sin embargo, algo muy profundo, ambiguo e inconsciente debió de moverse en aquel momento en el interior de Vita. Quizá el homenaje de su amante le resultara excesivo: a veces, el amor que no es correspondido con la misma intensidad termina resultando un peso enorme para la persona amada. Vita quería a Virginia, y la siguió queriendo siempre, pero da la sensación de que el enorme halo que *Orlando* creó en torno a ella le resultó abrumador.

Ya las aventuras con otras mujeres la habían «distráido» en los tiempos anteriores a la publicación de la novela. Desde ese momento, Vita se alejó un poco más de Virginia, viéndola y escribiéndole con menos frecuencia y también con menos pasión. Es cierto que tenía otros asuntos

de los que ocuparse: su querido Harold había regresado definitivamente a su lado, tras abandonar su carrera diplomática. En 1930, el matrimonio compró un castillo casi en ruinas en Kent, Sissinghurst Castle, compensando así la dolorosa pérdida de Knole. Vita y Harold se dedicaron a restaurarlo y, en especial, a diseñar, plantar y cuidar juntos un extraordinario jardín que los convirtió a ambos en paisajistas admirados y que todavía hoy está considerado como uno de los más bellos jardines de Inglaterra.

Cuando estalló en 1939 la Segunda Guerra Mundial, los contactos entre ellas se intensificaron, unidas ahora en el dolor y el espanto. Vita, siempre generosa, ayudó a Virginia y a Leonard enviándoles o llevándoles personalmente alimentos de los que ella disponía en su granja, como la adorada mantequilla, que ya no se podía encontrar en ningún sitio, y que los Woolf y su criada Louie disfrutaban como si fuera el más exquisito de los manjares. Además demostró que seguía siendo la mujer activa y valiente que siempre había sido: mientras las bombas alemanas caían alrededor de su castillo, se ofreció como voluntaria para conducir la ambulancia del pueblo y realizar otras actividades del servicio civil, como hicieron tantas y tantos británicos, demostrando una resistencia, una conciencia democrática y una capacidad de organización asombrosas.

Virginia, que se acercaba ya a los sesenta años, se hundió en cambio más que nunca en su frecuente oscuridad. La guerra la espantaba. Sus comprometidas ideas pacifistas la hicieron sentirse muy sola en medio de un país entregado a defenderse del enemigo, incluso en su propio círculo: hasta Leonard se unió a la Home Guard, la organización de voluntarios ocupados de la defensa. Para colmo, su casa de Londres fue bombardeada, obligándoles a instalarse en su propiedad en el campo, Monk's House, en el condado de East Sussex.

Todo eso, sin duda excesivo para cualquier persona de equilibrio frágil, se sumó al agotamiento que debió de causarle la creación de su última novela, la compleja *Entre actos* (*Between the Acts*). La palabra «depresión», junto con las constantes referencias a la muerte —masivamente presente durante aquellos años espantosos de la guerra—, comenzaron a aparecer cada vez más en su diario.

El 28 de marzo de 1941, Virginia Woolf caminó hasta el Ouse, el apacible y profundo río que transcurre junto a Monk's House, se llenó los bolsillos de piedras y entró en el agua, hundiéndose, como en sus metáforas, más allá de todo lo visible.

Su única carta de despedida, llena de generosidad y agradecimiento, fue para su marido:

Querido mío:

Estoy segura de que otra vez me estoy volviendo loca. Creo que no podemos volver a vivir de nuevo esos momentos horribles. Y esta vez no voy a recuperarme. Estoy empezando a oír voces, y no puedo concentrarme. Voy a hacer lo que me parece más adecuado. Me has dado la mayor felicidad. Has sido en todos los sentidos lo mejor que una persona puede ser. No creo que haya dos personas más felices de lo que

hemos sido nosotros hasta que llegó esta terrible enfermedad. No puedo seguir luchando. Sé que estoy destrozando tu vida, que sin mí podrías trabajar. Y lo harás, lo sé. Ya ves que ni siquiera puedo escribir bien esto. No puedo leer. Lo que quiero decirte es que toda la felicidad de mi vida te la debo a ti. Has sido absolutamente paciente conmigo, increíblemente bondadoso. Quiero decírtelo, y todo el mundo lo sabe. Si alguien hubiera podido salvarme, habrías sido tú. Todo se ha desvanecido en mí, salvo la certeza de tu bondad. No puedo seguir estropeando tu vida. No creo que dos personas puedan ser más felices juntas de lo que hemos sido nosotros.

V.

Las cenizas de Virginia fueron enterradas bajo un olmo en el jardín de Monk's House. Las de Leonard se unieron a las suyas veintiocho años después, cuando murió en 1969.

Las de Vita Sackville-West reposan desde 1962 en la iglesia de Withiam, cerca de su adorada mansión de Knole.

Todavía muchos años después del suicidio de Virginia, a la que había visto por última vez cinco semanas antes, escribió a su marido: «Sigo pensando que habría podido salvarla si hubiera estado allí y hubiese comprendido cómo se estaba hundiendo su mente».

¿Quién puede saber si lo hubiera logrado?

[1 y 2][47]

Virginia a Vita

Tavistock Square, 52,
22 de diciembre [de 1925], martes

Salgo corriendo a comprar un par de guantes. Estoy sentada en la cama: estoy encantadora; y Vita es un viejo y querido perro pastor de pelo duro; o, por el contrario, cubierta de vides, rosácea como una perla, refulgente, iluminada con velas, espera en la puerta de una mercería de Sevenoaks. Le preguntaré a Vanessa si nos vemos el sábado o el domingo y te escribiré a Knole. Pero no consumas todo el maloliente sebo de tu corazón, deja que la pobre Virginia lo vea, y también la perra Grizzle (que se dedica a rascar mis sábanas en la cama). Ahora tomo un autobús a Southampton Row.

Ah, pero me gustaría estar con Vita.

BERG[48]

Vita a Virginia

Sherfield Court, Basingstoke,
3 de enero de 1926

Debe de parecer raro, a primera vista, que haya hablado tan poco de ti cuando he pensado tanto en ti. A fin de cuentas, tenía a Clive [Bell] pegado a mí, y no es solo tu cuñado, sino una autoridad que en su día estuvo enamorado de ti, pero decidí no sacar partido de su presencia.[49] Algo me retuvo; y ahora, por supuesto, me arrepiento de la oportunidad perdida. No, no es verdad: no me arrepiento. Si volviese a vivir estos tres últimos días, haría lo mismo.

Creo que prefiero explorar por mí misma. Y además no me gusta la idea de jugar con ventaja.

De todas formas, fui más bien indiscreta.

La conversación de anoche fluyó libremente. No sé qué habrías pensado tú, o qué habrías aportado. Me lo pregunté varias veces. Me pregunté qué te contaría Clive, si te cuenta algo. ¿Puedo verte el miércoles? ¿Por la tarde? He pedido una cita para que me vacunen (¡maldita vacuna!) a las cinco. La puse lo más tarde que pude, porque supongo que tendré que irme directamente a casa después, ¿no crees? Esa vacuna sin sentido me pone furiosa.

Un montón de niños ruidosos aquí, dando golpes por la casa. Mi cabeza da vueltas con ellos.

Guarda algunos folletos [de la editorial] para que yo pueda meterlos en los sobres. Me encantó hacer eso contigo en el suelo de tu casa. O, si quieres, podemos ir al acuario y mirar los peces, que, a fin de cuentas, se parecen tanto a nuestros amigos.

Del miércoles en quince días me iré [a Persia]. La melancolía desciende sobre mí; pero quizá sea algo bueno. ¿Qué efecto produce en ti la ausencia? ¿Es como el encanto menguante de tu perra Grizzle, que te hace quererla aún más?

Espero que sí, porque si no...

V.

[3 y 4]

[En febrero de 1926, Vita partió hacia Persia, donde la esperaba su marido, para un viaje de seis meses.

La nostalgia de la una por la otra se expresó a través de una frecuente correspondencia.]

Vita a Virginia

Milán,

21 de febrero de 1926, jueves

He quedado reducida a una pobre cosa que tan solo desea a Virginia. Te escribí una preciosa carta en las horas de pesadilla y desvelo de la noche, pero fue inútil: simplemente, te echo de menos, de

una manera sencilla y desesperadamente humana. Tú, con tus cartas tan inteligentes, nunca habrías escrito una frase tan elemental como esa; quizá ni siquiera sentirás lo mismo. Aunque creo que percibirás un pequeño vacío. Pero lo revestirías con una frase tan exquisita, que perdería parte de su realidad. En mí, en cambio, el sentimiento es totalmente crudo: te echo de menos más de lo que yo misma hubiera creído, y eso que estaba preparada para ello. Esta carta es realmente un grito de dolor. Es increíble hasta qué punto te has vuelto esencial para mí. Supongo que estás acostumbrada a que la gente te diga estas cosas. Maldita seas, criatura mimada; nunca más intentaré que me quieras entregándome a ti de esta manera. Pero, oh, cariño, contigo no consigo ser ingeniosa y distante: te quiero demasiado. Realmente demasiado. Ni te imaginas lo distante que puedo ser con la gente a la que no quiero. Lo he convertido en un auténtico arte. Pero tú has roto todas mis defensas. Y la verdad es que no lo siento...

No voy a aburrirte más.

El tren ha vuelto a iniciar el viaje, y vuelve a sacudirse. Voy a tener que escribir en las estaciones, que por suerte son muchas a lo largo de la llanura de Lombardía.

Venecia

Las estaciones eran muchas, pero no negocié que el Orient Express parase en ellas. Ahora estamos en Venecia solo diez minutos, un tiempo mezquino para intentar escribirte. No hay tiempo ni para comprar siquiera un sello italiano, así que tendré que mandarla desde Trieste.

Las cascadas en Suiza estaban heladas, como sólidas e iridiscentes cortinas de hielo que colgaban sobre las rocas; precioso. Italia toda blanca de la nieve.

Vamos a arrancar de nuevo. Tengo que esperar hasta Trieste, mañana por la mañana. Por favor, PERDÓNAME POR ESCRIBIRTE UNA CARTA TAN LAMENTABLE.

V.

Virginia a Vita

Tavistock Square, 52,

26 de enero de 1926, martes

Tu carta de Trieste llegó esta mañana. Pero ¿por qué piensas que yo no siento, que solo hago frases? «Preciosas frases», dices, que le roban la realidad a las cosas. Es justo lo contrario. Siempre, siempre, siempre intento decir lo que siento. ¿Podrás creer que cuando te fuiste el martes pasado, hace exactamente una semana, estuve paseando por los suburbios de Bloomsbury en busca de un organillo? Pero no me hizo sentir más alegre... Y desde entonces no ha pasado nada importante. Todo está gris y húmedo. He estado triste; te he echado de menos. Te echo de menos. Te echaré de menos. Y si no me crees, es que eres una lechuza de orejas largas y una burra. ¿Preciosas frases?...

Por volver a tu carta, siempre supe de tu distanciamiento. Pero me dije a mí misma: «Insistiré más allá de lo cortés». Con esa pretensión fui a Long Barn. Desabrocha el botón de arriba de tu chaqueta y verás, anidada ahí dentro, una ardilla alegre, con las costumbres más curiosas, pero una criatura cariñosa a pesar de todo.

BERG

[5 y 6]

Virginia a Vita

Tavistock Square, 52
[19 de noviembre de 1926]

Eres un milagro de discreción: una carta dentro de otra. Nunca vi cosa igual. Te contestaré cuando nos veamos, quiero decir a la invitación. Oh, querida, Sibyl me ha puesto un dolor de cabeza tremendo. Es un fastidio no poder escribir, salvo a ti. Estoy tirada en una silla. No está tan mal: pero te lo cuento para ganarme tu simpatía: para que te vuelvas protectora: para implorarte que traces algún plan para que cese el continuo decaimiento que me causa la gente: Sibyl, sir Arthur, Dadie, añadiéndose los unos a los otros. ¿Por qué te lo cuento a ti? Supongo que es alguna necesidad psicológica: una de esas cosas íntimas que nos permitimos por puro instinto en una relación. Soy más bien cobarde para enfrentarme a esa carga: tú lo harías como una heroína...

¿No te das cuenta, monito West, de que vas a cansarte de mí cualquier día (soy mucho mayor que tú)? Por eso tengo que tomar algunas precauciones. Esa es la razón por la que pongo el énfasis en «tomar nota» y no en sentir. Pero el monito West sabe que ha derribado más murallas que nadie. ¿Y no hay también en ti algo poco claro? Hay algo en ti que no vibra. Quizá lo hagas a propósito: no permites que eso fluya. Lo veo con otra gente y lo veo conmigo: algo reservado, mudo, Dios sabe qué... También está en tu escritura, por cierto. Eso que yo llamo la transparencia central a veces te falta. [...]

BERG

Vita a Virginia

Mount Street, 66,

[27 de noviembre de 1926] sábado por la noche

Mi amada Virginia, estoy preocupada por ti. Me pareció que estabas cansada y deprimida. ¿Qué te ocurre? ¿Solo estás cansada? He sido una bruta al pedirte que vinieras. ¿Era tan solo tu menstruación? No debería haberte permitido venir. ¿Acaso no sabes que no hay nada que yo no hiciera para ahorrarte un momento de dolor, fastidio, fatiga, irritación? ¡Y voy y te obligo a hacer todo ese recorrido para verme! Podría darme una patada a mí misma por ello. Por favor, perdóname: el único consuelo es que pudiste venir en el automóvil. Cariño, voy a intentar hacer algo para compensarte por este fin de semana. Te llamaría por teléfono y te diría todo esto en vez de escribirte, pero es obvio por qué no lo hago. Iré a verte y a cenar contigo el sábado. Te echo de menos, cariño. ¿Te veré quizá el lunes? Te llamaré el lunes a las 2.30. Esta noche no puedo sacarte de mi cabeza; la esquina del sofá donde te sentaste me persigue con tu presencia, y el piso entero parece lleno de ti.

Tuya,

V.

[7 y 8]

[El 28 de enero de 1927, Vita volvió a irse a Persia para reunirse con Harold.]

Vita a Virginia

Ebury Street, 182, Pimlico

[28 de enero de 1927]

Amada Virginia, un último adiós antes de irme. Me siento rota en mil pedazos. Es terrible. No puedo ni expresar lo que me duele dejarte. No sé cómo me las voy a arreglar sin ti. De hecho, creo que no voy a ser capaz. Te has convertido en alguien esencial para mí. Te bendigo por toda la felicidad que me das. Te escribiré desde el tren. Te bendigo, mi querida, mi amada Virginia.

Tu VITA

¡Pasarán años hasta que vuelva a tener noticias tuyas! Por favor, escíbeme pronto, de inmediato. No puedo soportar tener que esperar mucho para recibir una palabra tuya. Por favor, por favor. Pon «cielo» cuando escribas.

Cariño, por favor, sigue queriéndome. Estoy deshecha. No me olvides.

Virginia a Vita

Tavistock Square, 52,

lunes 31 de enero [de 1927]

Cielo mío:

Fue estupendo recibir tu telegrama y tus cartas. Escríbeme todas las que puedas. Son un estímulo para mí. Lo único bueno que me pasó es que, en cuanto te fuiste, me vi envuelta en una serie de llamadas telefónicas, notas y escenas entre Clive y Mary, todo muy emocional, y me sentí tan enfadada, tan «sordidificada», tan exacerbada, que solo podía pensar en ti como alguien muy distante y bello y tranquilo. Un faro en aguas limpias... Clive invita a Mary a cenas con champán. Me divertíó pensar en lo mucho que te hubieran enfadado ciertas acusaciones que Mary ha hecho contra mí. Dios, si estuvieras aquí, cómo nos hubiéramos reído.

Lo mejor es que esto me ha mantenido dando brincos de un sitio para otro todo el rato, así que he estado entretenida y dispersa; es como tomar pastillas para dormir: hago todo lo que puedo para evitar pensar en ti...

[...] Es muy bueno ser un eunuco como yo, ya sabes: quiero decir que ni siquiera sé cuál es el lado correcto de una falda. Las mujeres se fían de mí. Si consigues dejar en sombra la furia del sexo, aparecen todas las vetas y el jaspeado, que son tan fascinantes entre mujeres. Desde mi sótano, veo muchas cosas que vosotras, las bellezas refulgentes, hacéis invisible con la luz de vuestra propia gloria.

[...] No estoy resfriada, pero me siento como si lo estuviese, aquí sentada escribiéndote mientras todo está hecho un desastre. Me siento disipada y sin rumbo por alguna razón... Y además, tu partida. Estoy a merced de la gente y de mi estado de ánimo, me siento sola, como una persona penosa que no sabe expresar lo que desea. Cómo me has desmoralizado. Yo antes era una mujer leal y honorable. Y luego está lo de no poder escribir una novela. Esto del periodismo es una cosa trabajosa y sucia, y me esfuerzo por alzar la tapa y mirar dentro de mi mente para ver si algún pececillo lento aparece por ahí, algún nuevo libro. Pero no: por el momento no hay nada.

Sí, me gusta que escribas buena poesía. Mi discurso de despedida no fue muy coherente. Estaba intentando agarrarme a algo antes de que todo se desvaneciera: la emoción, la idea. El peligro que tú corres, con tu sentido de la tradición y todas esas palabras —que sin duda son un regalo de los Dioses—, es que les facilites demasiado la existencia. [...]

BERG

[9 y 10]

Vita a Virginia

Sherfield Court, Basingstoke,
[11 de junio de 1927] domingo

Así que estás sola, en tu paisaje de Constable lleno de olmos y prados, con tu nido azul entre las tetas («¿el nido de un pájaro salvaje en el pecho de Helen?»)[50] y tu río Ouse y tu torre de iglesia cubierta de cantos rodados; y yo estoy aquí con toda esta gente, un poco desconcertada y perpleja por todo lo que hablan, como está también Harold después de aquel aire tan fresco de Asia. Todo me parece un poco rancio, cauto, ¿muerto? ¿Estamos equivocados nosotros o ellos?

¿Sabes lo que haría si no fueras una persona tan estricta? Mañana sacaría mi coche del garaje a las diez de la noche, estaría en Rodmell a las once y cinco (sí, cariño: batí un récord el viernes, llegando de Lewes a Long Barn en una hora y siete minutos), lanzaría guijarros a tu ventana, y entonces tú bajarías y me dejarías pasar; me quedaría contigo hasta las cinco y a las seis y media estaría en casa. Pero, tratándose de ti, no puedo hacerlo; qué lástima. ¿Leíste mi libro? Me refiero a *Challenge*. [51] En esa época sí que viví la vida. Pero no me parece que haya perdido impulso; no, lo juro; y si Virginia fuese diferente, volaría hasta Sussex por la noche. Es solo que con la edad, la sobriedad y la cada vez mayor consideración, me refreno. Pero la tentación es grande.

¡Oh, Señor! Ya vienen a recoger las cartas para el correo.

Tuya,

V.

Virginia a Vita

Tavistock Square, 52,
[4 de julio de 1927] lunes

Sí, eres un animal muy ágil, no hay ninguna duda, pero no estoy tan segura de que tus saltos resulten divertidos en Ebury Street a las cuatro de la mañana. ¡Mala, bestia malvada! ¿Que para qué he vuelto [a Londres]? Recibí un mensaje de Dodie, que va a llegar en un momento, y estoy sola, Leonard anda por ahí conduciendo, y vamos a pasar dos o tres horas juntos, Dodie y yo. ¡Ja,

ja! Mala bestia malvada.

[...] Cielo, ¿te acordarás de traerme mi impermeable (rosa) y mis guantes (rojos)? Me los dejé en el vestíbulo, creo. [...]

BERG

[11 y 12]

[En noviembre de 1927, Virginia logró hacer confesar a Vita que tenía una relación con Mary Campbell.]

Vita a Virginia

[11 de noviembre de 1927]

Viernes por la mañana

Desde anoche me siento muy desdichada. De pronto me parece que toda mi vida ha sido un fracaso, pues no soy capaz de mantener ni una sola relación estable. ¿Qué debo hacer, Virginia? Lograr que mi mente sea más fuerte, supongo. Bueno, al menos ya no crearé más malentendidos. Cariño, te estoy agradecida; hiciste bien; ha sido un buen golpe: me dejó llevar con demasiada facilidad.

Pero mírame, recuerda y cree que eres alguien absolutamente vital para mí. No exagero si digo que no sé qué haría si dejara de gustarte, me enfadaría, me sentiría fatal. Me preocupaste un poco también con lo que me dijiste sobre Clive. No será nada serio, ¿verdad? Oh, no, no puedo ni imaginarlo. No voy a preocuparme por eso. Hay demasiadas cosas ya por las que preocuparse.

Cariño, perdona mis errores. Yo misma los odio, y sé que tienes razón. Pero solo son tontas cosas superficiales. Mi amor por ti es absolutamente real, vivo e inalterable.

V.

Virginia a Vita

Tavistock Square, 52,
[11 de noviembre de 1927] viernes por la noche

Mi querida Criatura:

Me haces sentir como una bruta, y no pretendía serlo. No puedo regular el tono de mi voz, imagino; pero nada de lo que dije puede hacerte sentir desdichada ni siquiera medio segundo. Es solo que no puedes evitar atraer a las que van por ahí dando saltitos. [...] Y me siento a medias, o en una décima parte, celosa cuando te veo con las Valeries y las Marys: descuenta pues esa parte.

Y esto es todo al respecto en lo que a mí concierne. Me alegra pensar que vas a tener cuidado; porque a menudo me veo vieja, irritable, quejumbrosa y difícil (aunque encantadora) y me entran las dudas. [...]

BERG

[13 y 14]

[A finales de septiembre de 1928, Vita y Virginia viajaron juntas a la Borgoña, en Francia. Fue su único viaje solas y, según parece, disfrutaron mucho.

Estas dos cartas fueron escritas al regreso del viaje.]

Vita a Virginia

Long Barn,
[5 de octubre de 1928] viernes por la noche

Cariño:

Estaba disfrutando esta noche del melancólico placer de echar un vistazo a tus cartas, cuando me dio por pensar que hacía bastante tiempo que no recibía una, pero no, porque me escribiste a Berlín.

[...] Fue raro leer algunas de tus cartas después de haber estado tanto tiempo contigo estos últimos días. Había una luz intermitente sobre ellas, como el alumbrado de un cruce, proyectada en parte por la incierta iluminación del pasado y en parte por la plena iluminación del presente. No pude dejar de preguntarme qué iluminación prefiero, porque vi que al unirse ambas creaban una luz límpida y hermosa en la que yo estaba inmersa y en la que me sentí extremadamente feliz. Pero ya dejo esto, porque vas a pensar que soy una sentimental (cosa que juro que no soy) y te respeto lo suficiente para no aspirar a que me desprecies.

[...] La Borgoña me parece un sueño. «Antes, una alegría propuesta; después, un sueño.»[52] Fui muy feliz. ¿Y tú? He leído lo que escribió Walter Pater sobre Vézelay. Me refiero a aquel pórtico que tanto me preocupaba y que parece que es una de las glorias de Francia. Y no llegamos a verlo. Pero creo que vi lo suficiente para construir una docena de pórticos. Sea como sea, he vuelto a casa muy cambiada. Durante todo el verano estuve nerviosa como una gata, empezando algo, luego fantaseando, y dándole vueltas a todo. Ahora estoy llena de vigor y robusta, y de nuevo hambrienta de vida. Todo gracias a ti, creo. Así que ya ves que esta carta es un collins.[53]

Es la una menos cuarto, casi dos horas después de que Virginia se haya ido a la cama. Cariño, te quiero. Todas las Sibyls y Tom Eliots del mundo no te quieren tanto como yo. Te bendigo por todo lo que has sido para mí. No es una broma, es una verdad muy sobria.

Tuya,

V.

Virginia a Vita

Tavistock Square, 52,
[7 de octubre de 1928] domingo

Mi muy querida Criatura:

Qué carta más bonita me escribiste a la luz de las estrellas, a medianoche. Deberías escribir siempre a esa hora, porque tu corazón requiere de la luz de la luna para licuarse. El mío se fríe a la luz del gas: son las nueve, y tengo que irme a la cama a las once. Así que no diré nada: ni una palabra sobre el bálsamo para mi angustia —siempre estoy angustiada— que eres para mí. ¡Cómo he pensado en ti! ¡Cómo he sentido —ahora— lo que todo esto ha sido! He visto en algún lugar una pequeña pelota borboteando arriba y abajo en el chorro de una fuente: la fuente eres tú; la pelota, yo. Solo tú me produces esa sensación. Es físicamente estimulante, y al mismo tiempo relajante. [...]

BERG

[15 y 16]

[El 11 de octubre de 1928 se publicó Orlando. Ese mismo día, Vita recibió un ejemplar cuidadosamente encuadernado, con sus iniciales en la portada.]

Vita a Virginia

Long Barn, Sevenoaks,
11 de octubre de 1928

Cariño:

[...] Por el momento solo puedo decir que estoy completamente deslumbrada, embrujada, hechizada, como bajo un conjuro. Me parece el más maravilloso, inteligente y suntuoso libro que he leído nunca, sobrepasando incluso tu *Al faro*. Virginia, realmente no sé qué decir. ¿Tengo razón? ¿Estoy equivocada? ¿Tengo prejuicios? ¿Mantengo el juicio o no? Realmente me parece que has encerrado esa «cosa dura y rara» en un libro; que has tenido una visión; pero que cuando te pusiste a hacer la ardua tarea de ponerla por escrito, no la perdiste de vista ni flaqueaste en la ejecución. Se me vienen tantas ideas a la vez, que se tropiezan las unas con las otras y las pierdo antes de haber podido captarlas; quiero decir tantas cosas, pero solo puedo volver a mi grito

inicial, estoy embrujada. Te llegarán cartas de muchas personas, muy reflexivas y clarificadoras; yo ahora no puedo escribirte una carta así, solo puedo decirte que estoy conmovida; te resultará inútil y tonto, pero es un tributo mayor que páginas y páginas de tranquila valoración. Y, a fin de cuentas, esto me afecta personalmente, y tampoco sé qué decir respecto a eso, tan solo que me siento como una figura de cera en un escaparate sobre la que tú hubieras puesto una túnica hecha con joyas. Es como estar sola en una habitación oscura con un cofre lleno de rubíes y perlas y brocados. Cariño, no sé qué escribir, casi ni me apetece de tan abrumada como estoy, ¿cómo has podido ponerle un ropaje tan espléndido a una percha tan pobre? De verdad que no es falsa humildad; de verdad que no. Pero no puedo escribir sobre eso, ni menos aún decírtelo verbalmente.

Debes de estar pensando que estoy demasiado confusa, que soy una iletrada, así que deslizaré aquí la idea de que el libro (en su atmósfera) parece tener lo mejor de sir Thomas Browne y de [Jonathan] Swift, la abundancia del uno y la franqueza del otro.

Hay una docena de detalles en los que me gustaría entrar [...], pero es muy tarde; he estado leyendo todo el día sin interrupción, y ahora son las cinco y quiero llegar al correo, pero mañana intentaré escribirte con más sensatez. Es culpa tuya, por haberme conmovido y deslumbrado de tal manera que todas las facultades me han abandonado y me han dejado desnuda.

Esta mañana se me pasó por la cabeza una cosa horrible: ¿no pensarías que si no fui ayer a Londres fue por indiferencia? No puedes haber pensado eso. Tenía tan grabado en mi mente que el día en que iba a ver por fin el libro era el 11 de octubre, que me había resignado a esperar hasta entonces. Pero esta mañana, cuando lo vi con su preciosa encuadernación y mis iniciales encima, surgió esa idea en mi cabeza y me dejó consternada. Aunque luego pensé que tú no podías haberlo malinterpretado así. Sí, volveré a escribirte mañana, con más tranquilidad, espero. Ahora estoy de verdad escribiendo contra el tiempo y, como ya te he dicho, con el juicio perdido.

Has inventado una nueva forma de narcisismo: lo confieso, estoy enamorada de Orlando, y esta es una complicación que no estaba prevista.

Virginia, cariño, solo puedo darte las gracias por derramar tanta riqueza.

V.

Me hiciste llorar con los pasajes sobre Knoke, malvada.

Virginia a Vita

Tavistock Square, 52,
[12 de octubre de 1928] viernes

¡Qué enorme alivio! [...] Estaba horrorizada pensando de pronto que podías sentirte herida, o enfadada, y no me atrevía ni a abrir tu sobre. Ahora que ladren y muerdan: eres un ángel. Tengo prisa y solo puedo escribirte estas líneas. Las ventas van mucho mejor. Entusiasmo en el *Birmingham Post*. Han descubierto Knole. Insinúan que eres tú.

BERG

[17]

Virginia a Vita

[A medida que pasaban los años, Vita, ocupada con diversas aventuras, su marido y su jardín, parecía alejarse cada vez más de Virginia. Esta añoraba a veces los viejos tiempos.]

Tavistock Square, 52,
[15 de febrero de 1935] viernes

[...] Estoy deseando tener una aventura, querida Criatura. Pero me gustaría que quedasen establecidos al menos cuarenta y ocho minutos y medio a solas contigo. Sin decir ni hacer nada en especial. Mero cariño, en memoria de la marsopa de la ventana rosa.

He estado enterrada bajo polvo y basura. Pero ahora ha llegado la primavera...

Mi cabeza está llena de sueños de encuentros románticos. ¿Recuerdas aquella vez cuando estuvimos en Kew, sentadas en medio de una tormenta de flores? [...]

Mándame noticias, y quíereme más y más, pon otro peldaño en la escalera y déjame subir. ¿Ya

te he hablado de mi nuevo amor?

BERG

[18 y 19]

Vita a Virginia

Sissinghurst Castle, Kent,
13 de noviembre de 1937

Mi (una vez) Virginia:

Me dijiste que era una tonta por no escribirte cuando mi pluma se retuerce por hacerlo.

Pues ahora se está retorciendo. Te escribo desde la torre rosada, que tanto te gusta.

Me llegan ecos de tu vida; a través de Eddy, por ejemplo, que dice que fue a tomar el té contigo. Me sentí celosa. Pensé que yo hubiera podido tomar el té contigo en condiciones más íntimas que Eddy. ¿Por qué no lo hago? Solo porque no estoy en Londres, y Eddy está ahí muy a menudo. ¿No es una pena que la distancia geográfica suponga semejante diferencia?

Demos un paseo de los que nos gustan en enero, ¿te parece? ¿Adónde iremos? ¿A Kew? ¿Piensas alguna vez en mí?

Si lo haces, ten a bien imaginar un Sissinghurst embarrado, con muchas tareas, como ocuparse del jardín (pregúntale a Leonard, que es jardinero, y te contará que todos los jardineros viven una orgía de plantar y trasplantar en esta época del año. Debes de haber visto cómo él y Percy lo hacen).

Tuvimos un grupo de gente muy desagradable, con las manos temblorosas por el alcohol o las drogas, no sé cuáles; los odié; me causaron una impresión de esas de las que nunca te olvidas.

¿Es esta una de esas cartas que pones debajo del pisapapeles en la repisa de la chimenea para contestarlas algún día? Si es así, mejor ni contestes. ¿O con las cartas de Ethel? ¡Qué idea tan horrible!

No, Virginia, por favor, no contestes. Ya sé que la carta llegará y que te darás cuenta de que es un pensamiento amoroso de tu Orlando.

Los criados hicieron una gran hoguera el día de Guy Fawkes. Me acordé de ti mientras las

llamas se alzaban. También tuvieron fuegos artificiales, y toda la fachada de Sissinghurst se volvió rosa, como si se hubiera sonrojado. Pusieron los fuegos en un cubo de basura, y lanzaron la tapa al cielo.

Más allá de todas estas bobadas, está el horror de España. Me preocupa muchísimo. Y el resto del mundo también. Pero, por el momento, es España la que está en primer plano.[54]

Esta es una carta más bien inconsecuente (la he leído por encima, ya sabes cómo es eso, al terminar la hoja), pero al menos que sepas que siempre me vuelvo hacia ti cuando me siento como el cubo de basura con los fuegos artificiales dentro de él.

Tuya,

V.

Virginia a Vita

Tavistock Square, 52,
15 de noviembre [de 1937]

¿Por qué «una vez» Virginia? ¿Por qué no debo responder a tu carta? Claro, esa es la mejor manera de hacer que me sienta y me ponga de inmediato a contestarla. ¿Por qué eres un cubo de basura? ¿Y por qué no habríamos de ir a dar un paseo? ¿Por qué, por qué, por qué?

Solo porque tú hayas decidido sentarte en medio del barro en Kent mientras yo lo hago sobre los adoquines de Londres, no es razón para que el amor desaparezca, ¿o sí? ¿Por qué las perlas y la marsopa deberían desvanecerse? [...]

Termino. Pero si tu pluma vuelve a retorcerse, déjala estar.

Porque, mi querida Vita, ¿a qué viene decir «una vez Virginia» si estoy viva aquí y ahora? También lo está [mi perro] Potto, por cierto.

BERG

[20 y 21]

[Estas dos cartas fueron escritas durante la Segunda Guerra Mundial, en una situación muy difícil para ambas escritoras.

Desde que los Woolf perdieron su casa de Londres en los bombardeos y se fueron a vivir a Monk's House, Vita los visitó en tres ocasiones, llevándoles productos de su granja para aliviar el duro racionamiento al que los británicos estaban sometidos.

Las dos escritoras tenían siempre la sensación de que, con sus vidas amenazadas por las bombas, aquel podía ser su último encuentro.]

Virginia a Vita

Monk's House, Sussex,
[30 de agosto de 1940] viernes

Acabo de dejar de hablar contigo. Me resulta tan raro... Todo está tranquilo. Están jugando a los bolos. Acabo de poner flores en tu habitación. Y tú estás allí sentada con las bombas cayendo a tu alrededor.

Qué puedo decir. Únicamente que te quiero y que tengo que vivir en medio de esta tarde rara y tranquila pensando en ti sentada allí sola.

Cariño, mándame unas líneas...

Me has hecho muy feliz...

BERG

Vita a Virginia

Sissinghurst Castle, Kent,
1 de septiembre de 1940

Oh, cariño, tu carta me emocionó muchísimo esta mañana. Casi dejé caer una lágrima en mi huevo pasado por agua. Tus raras expresiones de cariño siempre han tenido el poder de conmoverme, y como supongo que ahora estoy hecha un manojo de nervios (de manera más bien subconsciente), resuenan contra mi corazón como una bala que cayera en el tejado. También yo te quiero; ya lo sabes.

No quise irme de aquí el viernes pasado porque no había ningún otro conductor de ambulancia en el pueblo más que yo, y hubo combate aéreo todo el día y siniestros golpes secos a lo lejos, aunque no tan lejos. Pero ahora me he asegurado los servicios de una dama que podría conducir la ambulancia en mi lugar si hace falta. Tiene una vida muy romántica que a ti te gustaría. Incluye un viñedo en Córcega que llevó durante cinco años hasta que unos bandidos le hicieron la vida imposible. Pero eso no es nada comparado con sus tragedias matrimoniales.

De cualquier modo, ahora puedo moverme. ¿Podría llamarte por teléfono una mañana y preguntar si sería adecuado que fuese?

[...] Tu amante, profunda y permanentemente amante,

V.

[22]

Virginia a Vita

[Esta es la última carta de Virginia a Vita. En el mismo sobre, incluyó una carta que alguien le había mandado por error a ella, creyendo que la famosa escritora que criaba periquitos era ella en lugar de Vita.]

De pronto, en medio de unas líneas sin importancia, surge inesperadamente la idea de la muerte.

Seis días después, el 28 de marzo de 1941, Virginia se suicidó.]

Monk's House, Sussex,
[22 de marzo de 1941] sábado

Mira qué carta me ha llegado dirigida a «Miss Virginia Woolf». ¡Qué transferencia tan rara! No, no soy tú. No, no crío periquitos.

Los de [mi criada] Louie todavía están vivos: los alimenta con restos. Imagino que son de clase baja, humildes, pájaros. Si vamos a Sissinghurst, ¿podría traerle una pareja, si es que sobrevive alguna? ¿Mueren todos en un momento? ¿Cuándo iremos? Dios sabe.

BERG

15

Cartas de Simone de Beauvoir
a Jean-Paul Sartre y a Nelson Algren

(1930-1950)

Pensábamos que había que reinventar constantemente las relaciones humanas; que, a priori, ninguna forma debía ser preferida, y que ninguna era imposible.

Durante muchos años, en las décadas centrales de ese siglo XX en el que la vieja moral voló por los aires, la pareja que mejor simbolizó la idea del amor vivido en plena libertad fue la formada por los filósofos Simone de Beauvoir y Jean-Paul Sartre: dos personas que permanecieron juntas la vida entera, pero que se negaron a aceptar la exigencia burguesa del matrimonio; dos escritores que, unidos siempre en lo ideológico, mantuvieron sin embargo sus espacios propios, viviendo en casas separadas; y que fueron además capaces de que su relación, básica y fundamental en la vida de ambos, conviviera con otras relaciones paralelas. Sin tragedias: una verdadera pareja mítica, el ejemplo a seguir para muchos y el caos pecaminoso que evitar para otros tantos.

Simone y Sartre —que siempre fue para todo el mundo Sartre, como si no tuviera nombre— se conocieron en 1929, siendo muy jóvenes: veintiún años ella, veinticuatro él. Los dos procedían de la burguesía acomodada parisina, fueron alumnos brillantísimos en sus estudios de Filosofía y aprobaron la oposición a profesores de la enseñanza secundaria —Sartre el primero de la convocatoria, Simone la segunda— el mismo año en que se enamoraron.

Simone, educada en una familia estirada y rigurosa, con una madre profundamente católica, descubría en aquel momento, junto a sus brillantes y rebeldes compañeros de oposición, que había formas mucho más apasionantes de vivir que la existencia que había llevado hasta entonces, sometida a toda clase de normas morales y de comportamiento.

Si al principio se sintió asustada por el carácter insumiso de Sartre y sus amigos, pronto se convirtió en una más de aquel grupo de jóvenes intensos, que se pasaban horas y horas sentados en los cafés y los bares nocturnos de Montparnasse debatiendo profundos temas filosóficos y literarios pero también bebiendo, escuchando música de jazz y metiéndose en toda clase de complicaciones vitales, incluidas por supuesto las más deslumbrantes de todas, las del amor y el sexo.

Sartre era un hombre poco atractivo físicamente, pero tenía un enorme poder de seducción con las mujeres que se basaba sin duda en su inmensa inteligencia y su extraordinaria elocuencia. Tenía ese poder y lo ejercía de manera absoluta: Sartre fue un eterno polígamo, siempre envuelto en diversas historias sentimentales a la vez. Era uno de esos hombres que parecen necesitar la

perpetua admiración de las mujeres, por no decir su amor, para sentirse vivo. Algunas personas apuntan a una necesidad compulsiva de compensar de esa manera la «pérdida» simbólica de su madre en la infancia: el niño infinitamente mimado por una madre viuda se vio obligado a «compartirla» desde los doce años con un padrastro al que siempre odió. Según esta teoría, su obsesión por la conquista se debería a ese trauma infantil. Aunque creo que resulta difícil hacer encajar esa explicación con el hecho de que las mujeres que le gustaban fueran siempre jóvenes, mucho más que él, y que, con el tiempo, esa diferencia de edad fuera haciéndose cada vez mayor.

Casi desde el principio, en los comienzos del enamoramiento mutuo, Sartre le dejó claro a Simone que su relación nunca sería exclusiva. Como filósofo y alquimista de las palabras, buscó incluso una nueva denominación para lo que otros llamarían simplemente infidelidades: según él, la relación entre ellos dos era «el amor necesario». Las otras que pudiesen existir pasaron a llamarse en la terminología propia de la pareja «los amores contingentes». Pero no se trataba de seguir el tradicional cauce burgués, es decir, el hombre permitiéndose engañar a la mujer. Los dos eran libres de hacer lo que quisieran. Eso sí: la sinceridad entre ellos debía ser total.

Simone, decidida a huir de todo lo que sonara a convencional y dispuesta quizá a seguir junto a su admirado/amado Sartre costara lo que costara, aceptó aquellas condiciones. En realidad, las relaciones sexuales entre ellos nunca fueron del todo satisfactorias. De creer lo que ella misma le contó años después a Nelson Algren, el suyo era un amor que «se parece más a una total fraternidad. Sexualmente, nunca fue un éxito, básicamente por su culpa: no es apasionado en su sexualidad [...]. Es un hombre ardiente y animado en todo, salvo en la cama. Me di cuenta pronto, a pesar de mi escasa experiencia, y poco a poco empezó a parecernos inútil, incluso indecente, seguir acostándonos juntos. Lo dejamos después de unos ocho o diez años, poco coronados en ese territorio por el éxito». En el fondo, es como si la constante necesidad de Sartre de conquistar escondiera cierta forma de impotencia. Él mismo dijo que «era más un masturbador de mujeres que un practicante del coito».

Pero aquella necesidad estaba siempre allí, rodeándolos a ambos y convirtiéndolos en el centro de una larga serie de relaciones confusas y perturbadoras, cuando no abiertamente perversas, en las que Simone desempeñó a veces el raro papel de una especie de proveedora de jovencitas. Al menos en dos ocasiones, de sobra conocidas por los testimonios de todos los participantes, Simone sedujo a alumnas suyas —Olga Kosakiewicz y Bianca Bienenfeld— y luego se las pasó a su pareja, aunque en el caso de Olga, esta se resistió durante años. Sartre terminó por conquistar a su hermana menor, Wanda. Simone, a su vez, como puede leerse en la carta número 2 de la selección, inició una relación con el que era por entonces el novio de Olga, Jacques-Laurent Bost.

Desde finales de la década de 1930, aquel edificio confuso, lleno de profundas zonas en sombra, estaba plenamente construido: grupos de jóvenes de ambos sexos gravitaban alrededor de la «pareja real», como la llamaría años más tarde Bost. La propia Olga confesó, pasado mucho

tiempo, el raro y asfixiante ambiente que se respiraba en aquel círculo: «Éramos todos como serpientes hipnotizadas. Lograban hacer con nosotros lo que querían porque nos excitaba que se interesasen por nosotros; nos sentíamos privilegiados porque nos concedían su atención». Simone y Sartre llamaban a aquellas chicas y chicos su «familia». Los ayudaban económicamente y los albergaban bajo su manto protector, cada vez más influyente. Pero, al mismo tiempo, los cosificaban, utilizándolos en beneficio de su propio narcisismo. Hoy, términos como «acoso» o «abusos» serían sin duda utilizados contra dos personas que se comportasen de semejante manera. Ellos —que incluso llegaron a firmar un manifiesto a favor de las relaciones sexuales entre adultos y adolescentes— prefirieron justificarlo como un esfuerzo por boicotear las estrecheces de la moral burguesa.

La Segunda Guerra Mundial rompió de alguna manera aquel ritmo. Al menos, la implicación afectiva y sexual de Simone en las relaciones de Sartre. Fue después de esa terrible experiencia, después de que él pasara por un campo de prisioneros y de que la ocupación nazi de Francia y las bombas los expulsaran de su torre de marfil, arrojándolos en medio de un mundo cubierto de cadáveres, cuando comenzó su compromiso político con la izquierda. Ambos dejaron de ser intelectuales puros, escritores del concepto, perseguidores de la estética, para mirar a la Historia cara a cara.

Entretanto, mientras desarrollaban juntos la corriente filosófica del existencialismo, mientras escribían sin parar libros y artículos, asistían a reuniones y manifestaciones, vivían dudas sobre si estaban a favor o menos a favor del comunismo, intentaban formar nuevos partidos políticos, apoyaban —más tarde— al maoísmo y disfrutaban de una influencia cada vez mayor, Simone y Sartre prosiguieron con su rara vida común.

En 1945, recién terminada la Segunda Guerra Mundial, Sartre pareció poner en peligro el «amor necesario» al enamorarse de una francesa que vivía entonces en Nueva York, Dolorès Vanetti. Simone, esta vez, sufrió y tuvo miedo. Pero, poco después, fue ella la que se enamoró. Curiosamente —y quién sabe si por casualidad o como una rara respuesta inconsciente—, el hombre amado por ella también vivía en Estados Unidos. Se llamaba Nelson Algren y era uno de esos tipos peculiares que a veces produce la cultura estadounidense. Un escritor de origen obrero, autor ya de dos novelas relevantes, que había llevado una vida errante y aventurera antes de instalarse, ya con cierta aura, en Chicago.

Se conocieron en febrero de 1947, mientras Simone hacía una larga gira de conferencias por Estados Unidos. En mayo, a punto de regresar a París, Sartre le hizo saber que no era bienvenida —seguramente Dolorès Vanetti estaba allí con él— y que debía aplazar su viaje de regreso una semana. Lo raro es que esa mujer que ya había cumplido los cuarenta años y empezaba por esas

fechas a trabajar en la que sería una de las grandes obras del feminismo del siglo XX, *El segundo sexo* (*Le Deuxième sexe*), aceptó aquella tiránica exigencia y cambió el billete. Aunque Simone jamás reconoció en sus escritos, ni públicos ni privados, la menor alteración de sus sentimientos, es probable que se sintiera enfadada y buscara una especie de venganza. El caso es que telefoneó a aquel escritor tan atractivo con el que había pasado unas horas tres meses antes y fue a verle a Chicago.

Simone y Nelson estuvieron juntos ocho días, entre Chicago y Nueva York, que les sirvieron para enamorarse. Pero la manera de vivir cada uno de ellos aquel amor fue muy diferente: Nelson quería a Simone en exclusiva. Ella, en cambio, no estaba dispuesta a abandonar a Sartre por mucho que quisiera a Nelson. Quizá no se tratase solo de la persona de Sartre, sino de todo lo que él significaba: el apasionante mundo intelectual de París, la vida magníficamente compartimentada entre trabajo y diversión, todo el resplandor que emanaba de aquel ombligo del mundo que Sartre y ella encarnaban.

Entre la primavera de 1947 y el verano de 1950 se desarrolló por lo tanto una relación desequilibrada. Por mucho que en sus numerosas cartas le confesara el amor más absoluto y lo llamara «mi marido» —ella, que se negaba a las relaciones convencionales—, en realidad Simone parecía estar disfrutando de unas maravillosas vacaciones cada vez que se veía con Nelson, una «luna de miel» —ella misma utilizó esa expresión— que se veía interrumpida por la cotidianidad de su interesante existencia en París y sus apasionantes viajes junto a Sartre. Para Nelson, solitario y realista —a la específica manera de los estadounidenses—, aquello no era suficiente.

En la primavera de 1948, Simone volvió a Estados Unidos para viajar junto a su amante por Louisiana, México y Guatemala. Pero los tres meses que tenía previsto pasar con él se convirtieron en dos: Sartre le pidió que volviese para ayudarle con un guion de cine. Una vez más, ella se plegó a su voluntad. Ese momento, dramático y humillante para Nelson, cambió para siempre su relación.

Aun así, el escritor siguió intentándolo algún tiempo: al año siguiente, fue él quien viajó a París para recorrer después junto a ella Italia, Túnez, Argelia y Marruecos. Durante ese viaje, Simone le presentó a Sartre. Para ella debía de ser algo normal: sus dos hombres lo sabían todo el uno del otro desde el principio, y ella se creía capaz de compartirlos, como había compartido a Sartre, a Olga, a Bianca o a Bost. Pero Nelson no debió de sentirse cómodo: no solo se le exigía que viviera la mayor parte del tiempo lejos de la mujer amada, no solo se le pedía que aceptara la existencia de aquel otro Amor que parecía gozar de todas las mayúsculas del mundo, sino que, además, Simone intentaba ahora mezclarlos, obligarles a cenar juntos y tomar después largos vasos de whisky o vodka en las *caves* de Montparnasse mientras hablaban de la Historia —de la Guerra Fría y la mezquindad del Gobierno estadounidense—, como si entre ellos tres no existiera

ninguna tensión.

Nelson no estuvo dispuesto a soportarlo más. A medida que se acercaba el siguiente viaje de Simone a Chicago, previsto para el verano de 1950, las cartas de su amante se volvieron menos frecuentes y más frías. Ella comenzó a sospechar que algo estaba pasando. Y, como le contó a Sartre en la carta número 9 de este capítulo, nada más llegar descubrió que, en efecto, él ya no quería seguir manteniendo aquella relación que tanto daño le causaba. Los meses de separación y reflexión le habían servido para dejar de amarla.

La reacción de Simone fue, una vez más, extraña. Lo lógico habría sido que hubiera regresado de inmediato a París. O por orgullo —su amor había sido rechazado—, o por generosidad —mejor dejar en paz a un hombre que estaba sufriendo por su causa—. Pero no lo hizo: se quedó los tres meses previstos en la casa de campo de Nelson, afirmando que no quería renunciar a él y que el amor podía convertirse en una simple amistad. Y luego volvió al círculo mágico de su vida en París, sollozando al despedirse, pero feliz al aterrizar de nuevo en su mundo, cerca de Sartre.

Simone y Nelson se reencontraron a lo largo del tiempo en alguna ocasión, durante algún viaje de ella a Estados Unidos o de él a Europa. Pero Nelson terminó, por lo que parece, odiándola. En 1954, ella obtuvo el premio literario más prestigioso de Francia, el Goncourt, por su novela *Los mandarines* (*Les Mandarins*), inspirada en su relación con Sartre y con Nelson Algren, y también en la amistad de Sartre y Albert Camus, rota por razones políticas. Cuando la novela se tradujo en 1956 en Estados Unidos, a Nelson no le gustó lo que leyó, ni mucho menos la idea de haberse convertido en un personaje literario.

Aún fue mucho peor en 1965. Ese año se publicó en inglés *La Force des choses* (*La fuerza de las cosas*), las memorias que Simone de Beauvoir había escrito sobre su vida entre 1945 y 1960 y en las que contaba su relación con él, esta vez sin nombres supuestos ni disimulos de ningún tipo. Nelson se sintió indignado al comprobar que algo que para él era tan íntimo —y quizá también tan humillante— podía ser aireado de esa manera, convirtiéndose en pura materia literaria. Publicó un artículo virulento contra ella y, por supuesto, la relación se terminó para siempre.

Nelson Algren, tras dos matrimonios que terminaron en divorcio, murió solo, de un ataque al corazón, en 1981. En ese momento, Simone era la «viuda» de Sartre, que había muerto el año anterior. Pero lo sería por poco tiempo: en 1982 publicó *La Cérémonie des adieux* (*La ceremonia del adiós*), donde describió los diez últimos años de vida de un Sartre prematuramente envejecido y enfermo, sin ahorrarse ninguno de los más humillantes detalles de la vida de una persona que se había vuelto dependiente.

Como le había ocurrido a Nelson Algren, la mayor parte de los amigos y discípulos del filósofo nunca se lo perdonó. Para muchos, aquella fue la inesperada y suprema venganza de una mujer que quizá había fingido aceptar con alegría y plena libertad muchas cosas inaceptables.

En ese momento, Simone vivía protegida por su último amor, la profesora de filosofía Sylvie Le Bon, con quien compartió la vida desde 1965 hasta su muerte en 1986 a consecuencia de una cirrosis que, por cierto, siempre fue mantenida en secreto para no dar pistas sobre el mucho alcohol que había ingerido a lo largo de los años.

Sylvie Le Bon fue finalmente adoptada por Simone de Beauvoir, igual que Arlette Elkaïm lo fue por Sartre, después de haber sido durante años una de sus amantes: ambos se aseguraron de esa manera de que su legado literario quedaba en buenas manos.

Ella, Sylvie Le Bon de Beauvoir, fue la responsable, después de la muerte de Simone, de publicar las cartas que esta les había escrito tanto a Sartre como a Nelson Algren. En esta selección he mezclado ambas correspondencias, colocando las cartas por orden cronológico. Resulta sorprendente leer lo que Simone de Beauvoir les escribía, al mismo tiempo, a los dos «hombres de su vida».

Nadie sabría decir si estas cartas son absolutamente sinceras, las palabras de una mujer enamorada de dos hombres a la vez, o son —como algunas personas opinan— ejemplos de manipulación emocional por parte de alguien que parecía quererlo todo, el brillo olímpico de Sartre y al amor terrenal de Nelson Algren.

Solo ella misma tuvo la respuesta a este interrogante. Si es que la tuvo: a veces, los sentimientos, por muy fuertes que sean, fluyen inaferrables, como una niebla que flota y se funde con otras nieblas.

[1][55]

A Sartre

[Esta carta fue escrita por Simone de Beauvoir siete años después de haber iniciado su relación con Sartre, y muestra el tono de intimidad y cercanía, el tono de mujer amante, que ella siempre mantuvo en su correspondencia con él.]

[¿Principios de 1937?]

Amor mío:

He tenido un sueño entrecortado de pequeñas *Erlebnisse*[56] apasionadísimas por usted,[57] que han hecho que durmiese muy mal. Y un sueño encantador en el que Maurice Chevalier era a la vez Colette y decía, muy sorprendido: «Pero ¿soy una mujer?». No me siento demasiado espabilada, pero no estoy triste en absoluto. Solo quisiera estar junto a usted —muy guapo con su pijama azul— y abrazarlo con fuerza. Le quiero. Tengo ganas de llorar por no poder verle hoy (siento también el abatimiento que anuncia las lágrimas, pero no de tristeza, sino de ternura). Temo no poder estar muy despejada esta noche, pero seguro que estaré profundamente feliz de verlo. Le amo apasionadamente. Lamento no haber estado muy amable. A usted, que tan amable es, le beso su carita tan querida.

Su encantador CASTOR[58]

P. D.: ¿Ha anulado el telegrama?

Trabaje bien, le quiero.

[2]

A Sartre

[En julio de 1938, Simone se fue a los Alpes con Jacques-Laurent Bost, alumno de Sartre y persona muy cercana a la pareja.

Durante ese viaje, ambos iniciaron una relación que se prolongaría a lo largo de varios años, con la complicación añadida de que Bost era el novio —y más tarde marido— de Olga Kosakiewicz, que había sido amante de Simone y a la que Sartre perseguía infatigablemente.]

Hôtel de la Gare

Albertville, Savoie

[27 de julio de 1938] Miércoles

Querido pequeño ser:

No le escribiré mucho, a pesar de que tengo un montón de cosas que contarle, pero prefiero contárselas el sábado de viva voz. Mientras tanto, sepa que:

1) Ante todo, que le amo profundamente. Estoy emocionadísima al pensar que el sábado lo veré apearse del tren con la maleta y mi sombrerera roja en la mano. Casi puedo vernos, instalados en nuestro transatlántico, frente a un bello mar azul y hablando incansablemente, ¡y me siento tan contenta!...[59]

2) Ha sido usted muy amable al escribirme esas cartas tan largas. Esta noche espero encontrar otra en Annecy. Me anuncia mil noticias agradables, pero la mejor de todas es que haya encontrado un tema. El título causará impacto en la cubierta, de acuerdo con lujuriosas referencias: *Lucifer*. Por mi parte, no hay enmienda alguna.[60]

3) Me ha pasado una cosa muy agradable y que al partir no podía ni imaginar: hace tres días me acosté con el pequeño Bost. Naturalmente, fui yo quien lo propuse, pero el deseo era compartido y durante el día manteníamos serias conversaciones mientras que las veladas se hacían intolerablemente pesadas. Una noche lluviosa, en una granja de Tignes, estábamos tumbados de espaldas a diez centímetros el uno del otro y nos estuvimos observando más de una hora, alargando con diversos pretextos la hora de dormir, él parloteando sin cesar y yo intentando dar con la frase descuidada y propicia que no conseguía articular... Ya se lo contaré mejor. Al final me puse a reír tontamente mirándolo, y él me dijo: «¿De qué se ríe?». Y le contesté: «Me pregunto qué cara pondría si le propusiera acostarse conmigo». Y replicó: «Yo estaba pensando que usted pensaba que tenía ganas de besarla y que no me atrevía». Remoloneamos aún un cuarto de hora

más antes de que se atreviera a besarme. Le sorprendió muchísimo que le dijera que siempre había sentido mucho cariño por él y anoche acabó por decirme que hace tiempo que me quiere. Le he tomado mucho cariño. Estamos pasando unos días idílicos y unas noches apasionadas. Sin embargo, no tema encontrarme taciturna, melancólica o incómoda el sábado; me parece una cosa preciosa e intensa, pero es leve y tiene un lugar muy determinado en mi vida: la feliz floración de una relación que siempre me había sido grata. Ahora me parece extraño, por ejemplo, pensar que voy a pasar dos días con Védrine.

Hasta la vista, querido pequeño ser; el sábado estaré en el andén, y si no estoy en el andén estaré en la cantina. Tengo ganas de pasar unas interminables semanas a solas con usted. Lo abrazo fuertemente.

Su CASTOR

[3]

A Sartre

[En 1947, al final de su estancia de varios meses en Estados Unidos y a punto de regresar a París, Simone le escribía esta carta a Sartre desde Nueva York.

Tan solo unas horas después, él la presionó para que retrasase su viaje una semana. Fue entonces cuando llamó a Nelson Algren y se marchó a verlo a Chicago.]

Hotel Brevoort
Fifth ave. at Eight Street
New York 3
[30 de abril de 1947] Miércoles

Mi amor, mi dulce pequeño:

No sabe lo feliz que soy desde el lunes; había una larga y tierna carta suya, sentí que reencontrarnos va a ser algo muy cálido; hay un lugar en su corazón que me está esperando, en París, y eso hace que marcharme no solo me resulte más fácil, sino hasta delicioso. Así que es cierto, mi amor, dentro de diez días estaré ahí, le tocaré, podré hablarle; cuando lo pienso me

siento arrebatada. ¿Se da cuenta?, más que la Liberación, más que el viaje a Nueva York, sigue usted siendo la experiencia más sorprendente, más intensa, más profunda y más auténtica de mi vida. Mi amor, soy tan feliz al sentirle tan cerca que la dicha se extiende también a Nueva York. Esa partida inminente no amortigua en absoluto el encanto de Nueva York; al contrario: Nueva York nunca me había parecido tan maravilloso, y el hecho de que me vaya es motivo suficiente para que cada paseo, cada mirada tengan un sentido más pleno. Viene a sumarse a ello que la primavera es dulce y tierna, y que me están lloviendo dólares de todas partes y empiezo a comprarme cosas bonitas. La novedad es que desde el lunes, en lugar de esas noches atormentadas que solía tener, duermo como un ángel con esa justificación que me da su presencia.

[...] Lo primero que haré será terminar mis artículos antes del domingo, así estaré realmente libre. Y luego usted, mi amor. Telegrafieme al Brevoort para decirme dónde me espera. Le aconsejo que lo haga en el Louisiane. Organíceme un buen regreso. Le quiero tanto a usted, mi amor...

Su encantador CASTOR

[4]

A Nelson Algren[61]

[Esta es la primera carta que Simone le escribió a Nelson tan solo unas horas después de despedirse al final de su primera semana juntos, durante una escala del avión que la llevaba de vuelta a París.]

A bordo de la K. L. M.

Terranova

[17 de mayo de 1947] Sábado por la tarde

Mi muy grato, maravilloso y querido jovencuelo:[62]

Me hiciste llorar una vez más, aunque fueron lágrimas dulces, como dulce es todo lo que recibo de ti. Nada más sentarme en el avión me puse a leer el libro, y entonces tuve ganas de ver tu letra,

y volví a la primera página y lamenté no haberte pedido que me escribieras algo, y allí me encontré las tiernas, amorosas, deliciosas líneas que me habías escrito. Apoyé la frente contra la ventanilla y lloré mientras veía el hermoso mar azul allá abajo, y las lágrimas fueron dulces porque eran de amor, tu amor y mi amor, nuestro amor. El taxista me preguntó: «¿Es su esposo?». «No», respondí. «¡Ah! ¿Un amigo? ¡Qué triste parecía!», añadió con tono de gran simpatía. «Es que nos entristece mucho despedirnos. París está muy lejos», le dije sin poder contenerme, y él me habló muy bien de París. Me alegro de que no vinieras conmigo. En Madison Avenue y en el aeropuerto de La Guardia me encontré con gente conocida, voces francesas y caras francesas, las peores voces y las peores caras francesas, que de veras pueden llegar a ser penosas. Estaba un poco aturdida, ni siquiera pude llorar; tan solo estaba aturdida. Luego despegó el avión. Me encantan los aviones. Creo que cuando uno se encuentra en un estado de emoción aguda, es la única forma de viajar que se adecua a ese estado de ánimo. El avión y el amor, el cielo y la tristeza y la esperanza eran una y la misma cosa. Pensé en ti, lo recordé todo con esmero, y leí el libro, que me gusta aún más que el otro, y tomamos un whisky y nos sirvieron un agradable almuerzo: pollo a la crema y helado de chocolate. Pensé que te habría gustado mucho el paisaje, las nubes y el mar, la costa, los bosques y los pueblos; se veía todo muy bien, y tú habrías esbozado tu sonrisa más cálida, tu sonrisa bella y aniñada.

Cuando llegamos a Terranova ya caía la tarde, aunque en Nueva York solo fueran las tres. La isla es muy hermosa, toda cubierta de pinos negros y de lagos melancólicos, con algunas manchas de nieve aquí y allá. A ti también te gustaría. Aterrizamos, y haremos aquí una escala de dos horas. ¿Dónde estarás ahora? Tal vez también estés en un avión. Cuando vuelvas a nuestra casita, allí estaré, escondida debajo de la cama y en todas partes. Ahora ya siempre estaré contigo. En las calles tristes de Chicago, bajo el «tren elevado», en la habitación desierta estaré contigo, amado mío, como lo está la amante esposa con su amado esposo. Ya nunca más tendremos que despertar, pues no habrá sido un sueño. Es una maravillosa historia real que solo acaba de empezar. Te siento a mi lado, y allá adonde yo vaya vendrás tú conmigo, no solo tu presencia, sino todo tú. Te amo. No hay más que decir. Me tomas en tus brazos y me abrazo a ti y te beso tal como te besé.

Tuya,

SIMONE

A Nelson Algren

[A finales de aquel verano de 1947, Simone volvió a Chicago y pasó algunas semanas en casa de Nelson, en la calle Wabansia.

A su vuelta a París, se sentía profundamente enamorada.]

[París] 3 de octubre [de 1947], viernes

Nelson, mi amor, esta mañana he recibido una agradable carta y la he leído con todo mi cariño, pero ahora tendré que esperar una semana antes de recibir otra, y una vez más siento con amargura que estés tan lejos. En una ocasión me preguntaste si soy una niña o una mujer sensata. No me siento niña, pero estoy segura de que no soy muy sensata. Una mujer sensata no te extrañaría de forma tan dolorosa.

Algo sucedió cuando nos dijimos adiós en Nueva York, y ese algo fue el comienzo del amor. Pero también sucedió algo cuando volví a encontrarte en la casa de Wabansia y me quedé estremecida en tus brazos, y ese algo fue la plenitud del amor. No, no soy sensata; si acaso, un poco cobarde, y hasta mi vuelta a París estuve reacia y temerosa de admitir el amor con toda su profundidad y toda su fuerza. Quererte tanto significa que puedo sufrir mucho por tu culpa, ya sea cuando tenga que despedirme, cuando estés de mal humor o, sobre todo, si resulta que tú no me quieres tanto. Eso significa que ahora mi felicidad está en tus manos y que, en cierto modo, habría preferido retenerla en las mías, pero bueno, ya está hecho, ahora no hay vuelta de hoja, tengo que reconocer esta dependencia y lo hago de buena gana, porque te quiero. Desde una de las noches que pasamos en Wabansia hay algo que me inquieta, y necesito compartirlo contigo: cuando hablé de mi viaje a Norteamérica en primavera, no sé por qué hablé sin darle importancia de pasar una larga temporada contigo, y hablé de otras cosas al mismo tiempo: viajar, ver a gente en Nueva York, dar conferencias, etcétera. Pero esa no es la verdad, debes saberlo. Aparte de mi vida dedicada a mi trabajo, aquí, en Francia, en realidad no me importa nada salvo tú. Hay una cosa que sí tendré que hacer en Norteamérica, que es ver a mi amiga de California, que es casi como una hija. En cambio, Canadá, Nueva York, los viajes y los amigos, todo eso no me importa nada, podría prescindir de todo con tal de pasar una larga temporada contigo. Podría alquilar una habitación para que tú pudieras trabajar con toda tranquilidad y estar a solas cuando quisieras. Y seré muy amable: lavaré los platos y fregaré el suelo, e iré a comprar huevos y pasteles al ron, no te tocaré el pelo, ni la mejilla ni el hombro si tú no me lo permites; procuraré no estar triste

cuando tú estés de mal humor por culpa del correo o de cualquier otra razón. No me entrometeré en tu libertad... Bueno, ni siquiera tienes que contestar a todo esto, aún falta mucho para marzo y todavía no hay nada seguro; tendrás que ver qué puedes hacer y qué quieres hacer. Sin embargo, me siento mejor habiéndote dicho la verdad: yo desde luego deseo con toda mi alma y todo mi corazón quedarme contigo todo el tiempo que sea posible, me da lo mismo ir a tal o a cual sitio, o quedarnos en Chicago. Vivir cerca de ti es lo único que me importa. Así fue como me atrapaste, así es como ahora te quiero. Pero no temas: te pertenezco, me alegro de que así sea, lo deseo. Sin embargo, te aseguro que mi amor nunca será una carga para ti, nunca seré una Mary G.,^[63] ni haré otras cosas que tú no quieras que haga.

Mi querido Nelson, mi dulce cocodrilo, puede que estés sonriendo al pensar en mi seriedad, puede que todo esto no sea más que la cháchara de una ranita parlanchina, y puede que tengas razón. Por eso me da un poco de miedo el amor, me hace sentirme como una estúpida. De todos modos, te digo las cosas tal como las siento. Y te diré una cosa más, porque la tengo en el corazón: Nelson, ahora que te quiero tanto, no empieces a quererme menos.

¡Querría enviarte todo el encanto de París! Hace una mañana tan cálida, tan azul, tan liviana... Sopla una ligera brisa cargada de recuerdos y de esperanzas estremecidas. Pero no puedo hacerlo.

Sí, conozco muy bien a Henry James, de joven me volvía loca. No sé por qué ahora lo veo un poco igual que tú. Sin embargo, también pienso que *Otra vuelta de tuerca* es una de sus mejores obras. Me alegro de que sigas escribiendo tu libro, me gusta. Me gustaría saber qué les sucederá a la cuarentona y al narcotraficante. La idea del programa radiofónico sobre la droga me pareció muy buena, y espero que funcione bien.

Ya te dije por qué no me he ido al campo: aquí tengo demasiado trabajo. La anciana encantadora ha venido a París, y [Sartre y yo] trabajamos en su casa por la tarde, pues resulta muy tranquila y muy cómoda. Nos ofrece té y algunas cosillas que comer, charlamos con ella un rato y luego nos sentamos cada cual en su mesa a escribir nuestros libros. Por la mañana escribo en mi habitación, por la tarde veo a gente. El martes vi a [Arthur] Koestler y a su mujer, y también estaba Sartre. Koestler es un hombre extraño e interesante; a veces, cuando está borracho, es muy presumido y suele sentirse como un mártir, y se toma tan en serio que es espantoso. En cambio, el pasado martes estuvo muy sincero, muy sencillo, muy amistoso. Creo que intenta empezar de nuevo una relación conmigo, pero, tal como te dije, a mí no me apetece por múltiples razones, y, sobre todo, porque mi amor por ti acaba con toda la curiosidad y toda la apetencia que pudiera tener por las aventurillas.^[64] Así pues, no pasó nada. Ayer por la noche cenamos y tomamos un par de copas con Camus, que estuvo muy amable y muy amistoso. Es un individuo interesante, pero difícil de tratar. Si no se siente satisfecho con el libro que está escribiendo, se muestra arrogante; ahora que ha cosechado un gran éxito y se ha vuelto muy modesto y muy sincero resulta divertido. Percibo con mucha agudeza la mezquindad, el espíritu tortuoso de estas personas, sobre

todo después de vivir contigo, que no eres mezquino ni tortuoso, sino generoso y genuino.

¿Preguntaste por *Politics*, el número correspondiente a julio-agosto? ¿Leíste mi artículo? Koestler y Camus me han dicho que parezco más joven que antes y «asquerosamente feliz». La juventud y la felicidad me las has dado tú. Y es verdad: es felicidad lo que siento, aunque sea a través de tantas lágrimas. Nunca olvidaré, hasta que me muera, el minuto en que dejé el equipaje en el suelo y sentí tus brazos en torno a mí.

Sábado

Ayer trabajé a gusto, y por la tarde fuimos a la radio y pasamos cuatro horas preparando la breve charla del equipo de *Les Temps Modernes*, que también grabamos.[65] Saldrá todos los martes. Por la noche fui al primer pase de una nueva película francesa que se titula *En legítima defensa*, una absurda película policíaca, aunque el director ha hecho un trabajo espléndido. Ahora debo trabajar un poco más. No estoy contenta con esta carta, aunque siempre será difícil hacer el amor sobre el papel, sobre todo si me acuerdo de Wabansia. Wabansia no me parece un sueño, sino que se me antoja de verdad, mientras que París es a menudo un triste sueño. Buenas noches, cariño, te pertenezco, eres mi amor.

[6]

A Nelson Algren

[En enero de 1948, Simone y Nelson hacían planes para primavera: viajarían en barco por el río Mississippi hasta Nueva Orleans y después recorrerían México y Guatemala.]

[París, 13 de enero de 1948]

Martes

Querido:

Tu carta me ha liberado de la tristeza: era tan alegre, tan cálida, que sentí toda su calidez a mi

alrededor. ¿Compartiremos el mismo camarote en el barco de Cincinnati, teniendo en cuenta que no estamos casados? Sería tristísimo que me tocara dormir con las viejas señoras y a ti con los viejos barbudos. Me interesaría saber si serás capaz de «estropear nuestro amor», tal como te propones; no estoy muy segura de que vayas a tener ocasión. En cualquier caso, debemos intentarlo. Querido, en principio la fecha del 15 de mayo en Cincinnati me parece bien, pero es preciso que entiendas que vivo bastante lejos, y que no me resulta tan fácil como tú crees combinar todos los detalles de un viaje tan largo; no te puedo garantizar con toda exactitud que sea tal o cual día. Hay muchísimas cuestiones pendientes. De todos modos, parece prácticamente seguro que llegaré a Chicago a comienzos de mayo, digamos que el 8 o el 10, y que pasaremos dos meses de viaje. Iré a Sudamérica a dar conferencias con Camus y con Sartre,[66] y al cabo de tres meses volveré a estar contigo, a pasar contigo un mes o algo más, no lo sé. No se trata exactamente del viejo plan; creo que viajaré directamente de París a Chicago, y que dejaré las visitas a Nueva York y a California para el otoño. Mientras tú perdías cuarenta dólares,[67] yo estaba ganando cincuenta sin hacer nada: haré que te los envíen para nuestra hucha, pero te advierto que estos cincuenta no tienes derecho a jugártelos. Creo que también te enviaré otros doscientos cincuenta, pero nada de jugártelos: es mi dinero, para mi viaje, con mi marido. Cariño, a veces te siento demasiado virtuoso, y eso me avergüenza. Me conmueve que hagas algo por mí (nunca olvidaré que dejaste de llevar ligas en los calcetines, ni cómo me dijiste con toda tu simpatía: «¡Si fuiste tú quien me pidió que no las llevara!»), pero me da vergüenza pensar que no te permites ni mujeres ni juego, que vives como un monje. Por favor, no lo hagas. De verdad, te lo digo en serio; si no lo pensara muy en serio no te lo diría. Lo he pensado muy a fondo, y he llegado a la conclusión de que debía decírtelo, decirte que sé que no hay nada que pueda echar a perder nuestro amor, que puedes llevarte a Wabansia a todas las mujeres que quieras, y que si no te apetece ni siquiera tienes que decírmelo. Y es que si te dijera que hagas lo que quieras pero que por favor me lo digas, sería como si todo el asunto tuviera demasiada importancia, y puede ser que a ti no te agrade decírmelo, ni tampoco mentirme al no decírmelo. Por eso no quiero que pienses que has de decírmelo; quiero que hagas lo que te plazca y cuando te plazca. Sé que me quieres, sé que tienes verdadera fidelidad, lo siento en lo más hondo, y lo siento con tanta calidez que no hay otra cosa que me importe. No creo que tengas que vivir como un monje, pues no lo eres, y me alegro de que así sea. Que tu vida no sea demasiado aburrida, cariño; no quisiera privarte de nada. Puedes darte un poco al juego y a las mujeres, eso no te hará daño, y a mí tampoco. Mi corazón te bendecirá por igual en el vicio y en la virtud, ya que siempre serás mi preciado cocodrilo. Mi cálido y soleado esposo, ¡cuánto te quiero! Te costaría mucho trabajo aburrirme y cansarme con tus besos, mucho me temo que no lo consigas nunca. La verdadera hazaña será sacarme de la cama para subir a los volcanes de México.

Ahora llevo una vida muy ordenada. Todas las mañanas paso unas cuatro horas en la Biblioteca Nacional,[68] luego almuerzo con una amiga u otra, trabajo por las tardes en el despacho de Sartre, cenamos juntos en algún restaurante y tomamos whisky con soda en un bar. Me acuesto a media noche y vuelta a empezar.

Mis amigas no son muy reconfortantes, que digamos: mi amiga rusa vuelve a estar muy enferma, con mucha fiebre por las tardes, y sabe que posiblemente muera dentro de un año.[69] Espera que llegue algún remedio de Norteamérica, que a veces hacen milagros, aunque no sea muy a menudo. Mi amiga judía está tan mal como siempre. Hace diez años estuvo profundamente enamorada de mí, cuando era muy joven y aquello no tenía demasiada importancia. Ahora, como se está psicoanalizando, vuelve a menudo al pasado, y ayer mismo me dijo, con todo el cuerpo tembloroso, que mucho se temía que sigue amándome tan profundamente como antaño, por más que ahora tenga marido e hija. Fue desagradable, ya que se trata de un asunto que no me gusta recordar (como el de Mary G. en tu caso), y sobre todo porque no entiendo qué podría hacer yo ahora; ya ni siquiera me gusta mucho mi amiga, y ella no debe aferrarse a mí, ha de vivir por sus medios, pero parece que no puede. Las personas que se psicoanalizan, los verdaderos neuróticos que se pasan la vida meditando sobre sus problemas, son espantosamente deprimentes.

Bueno, para variar te diré que nos emborrachamos una noche con Camus, Koestler y su mujer. Empezó de maravilla en un pequeño restaurante del Barrio Latino, cuya propietaria es una espléndida chica negra: estupenda cocina criolla, estupendas canciones, Koestler contando historias divertidas sobre el «cine azul» de Marsella, muy atento con todos. Luego nos llevó a beber a uno de esos absurdos establecimientos rusos que tanto le gustan, y bebimos vasos y más vasos de vodka, oyendo espantosas canciones rusas, muy sentimentales; se puso tan violento como siempre que bebe, aunque de forma un tanto infantil e incluso femenina: lanzó varios vasos a la cabeza de Sartre y golpeó a Camus como si quisiera ponerle un ojo a la funerala. El pobre Camus se volvió loco de ira y quiso dar una paliza a Koestler, pero se lo impedimos, y Koestler terminó por desaparecer en la noche cuando todos nos marchamos a casa. Sartre estaba borracho como una cuba, y alguien le había robado muchísimo dinero. A Koestler también le robaron: perdió unos doscientos dólares en cheques de viaje. Camus está de veras enojado con él, y K. no recuerda nada; llamó a Sartre para hacer las paces. Es un hombre terrible, a todas horas tiene peleas con su mujer o sus amigos. No fue una noche muy divertida, son cosas que a mí ya no me gustan. Bebí mucho, pero no llegué a emborracharme. Igual que tú, ahora detesto perder el tiempo; mi tiempo será tuyo y no tengo ningún derecho a arrebatártelo si no es para hacer algo realmente bueno, algo que merezca tu aprobación. Por eso, todo el asunto me dejó un desagradable sabor de boca.

El sol que has puesto en mi corazón no ha desaparecido, así que, a pesar de todo, las cosas no van tan mal como podría parecer. Estás cerca de mí noche y día. Amo tu amor y te amo a ti.

Tu SIMONE

[7]

A Sartre

[En la primavera de 1948, mientras viajaba con Nelson por Nueva Orleans, Guatemala y México, Simone escribió varias cartas a Sartre compartiendo con él los detalles de todo lo que veía, recordando otros viajes que habían hecho juntos y tranquilizándole sobre la persistencia de su amor por él. En ellas, Nelson aparece mencionado como A., por la inicial de su apellido.]

Hotel Colón, Mérida, Yucatán (México)

27 de mayo [de 1948], jueves

En lo sucesivo, escíbame a
Guatemala, Lista de Correos

Mi querida almita, mi corazón:

¿Sabe?, fue maravilloso dejar Nueva Orleans ayer a las ocho y al mediodía aterrizar en el corazón de Mérida. Realmente es como saltar con los pies juntos de un mundo a otro. El avión vuela sobre esa extraña tierra lisa y acuosa que va de Nueva Orleans al mar; desde las alturas se ve un paisaje magnífico, ríos, meandros y estanques invadidos por lenguas de tierra negra y cenagosa; y el océano; y de pronto las brumas del Yucatán, y sumida entre más brumas, una ciudad solitaria bajo el sol: Mérida. [...] En cuanto llegué a la aduana me sentí inmersa en esa atmósfera miserable, perezosa y turbia de los países mediterráneos. [...] No fuimos al [hotel] Mérida, que es más lujoso; nos quedamos en el Colón, que es encantador; tiene unos baños turcos de una perfección parecida a los de la Alhambra; con solo abrir la puerta, el vapor te tumba de espaldas. No entiendo por qué los países cálidos cultivan lo de los baños turcos si la calle ya es un horno.

Aunque también tiene una piscina de agua fría bajo las palmeras y puede una bañarse bajo la mirada fija de grandes pájaros negros (grandes como pavos) que se posan en el muro. La habitación es fresca, embaldosada, una delicia. En cuanto al tiempo, hace calor, pero hemos soportado climas peores. A. me somete al suplicio de hacerme caminar bajo el sol del mediodía para que él pueda tomar fotos; no —ni de lejos— es tan asfixiante como en Roma, por ejemplo; sopla un poco de brisa y a partir de las seis de la tarde la temperatura es absolutamente deliciosa. [...] Ayer en cuanto estuvimos instalados nos fuimos a almorzar bajo los arcos, en un restaurante popular, y comimos pollo a la catalana con una cerveza negra excelente que fabrican aquí. [...] Luego nos bañamos en la piscina. Al atardecer estuvimos dando vueltas y cenamos en el bello hotel Mérida. [...] Por la noche estuvimos en un combate de boxeo que enfrentó al campeón local y a su adversario; fue muy divertido, ya que dos días antes habíamos visto un gran combate en Nueva Orleans. Sentíamos la diferencia de civilizaciones. El ambiente era parecido al de una corrida de toros. Había una estridente orquesta, con címbalos, y cada dos minutos explotaba algún petardo; los boxeadores se subían al ring cuando les apetecía y el vencedor daba la vuelta al ring saludando como un torero. Y al vencido, si se había portado bien, le tiraban pesos al vuelo para consolarle de su derrota. [...] Ahora es la una y me voy a comer. A las cuatro nos iremos a Chichen-Itzá en un coche para turistas; es una antigua ciudad maya deshabitada que por las fotos parece impresionante: pirámides, tumbas y templos. Nos quedaremos uno o dos días. Después más ruinas; el domingo corrida de toros aquí, y creo que el miércoles que viene habremos visto el Yucatán (lo que se puede ver, porque no es muy accesible) y nos marcharemos a Guatemala, que está a dos horas en avión.

Ando un poco mareada con tantos idiomas; intento expresarme en el poquito español que recuerdo, y cuando tengo que hablar con A. vuelvo al francés. O, por el contrario, pensando que tengo que hablarle en una lengua exótica, le hablo en español. Estoy hecha un lío.

Acerca de los dos últimos días en N. O., no hay gran cosa que contar; fueron muy agradables: paseos en tranvía, en taxi, a pie, combate de boxeo, risas, whiskies, bares. Y una suculenta cena en Antoine. A A. se le pusieron los ojos en blanco, no sabía ni que existiera una cocina como aquella. Y el local es de lo más agradable; me pregunto cómo pude perdermelo la primera vez. No recibí ningún telegrama suyo, así que quizá no haya ido a Londres. Espero recibir carta suya dentro de tres o cuatro días. Siga trabajando bien, mi pequeño; prepárenos un magnífico verano: me alegraré trabajar otra vez como en Abisko. Piense en su Castor, repítase que es feliz y que aún lo será más cuando vuelva a verle a usted. No le he abandonado, mi pequeño aliado, corazón mío. Lo abrazo con toda mi alma.

Su encantador CASTOR

[8]

A Nelson Algren

[El viaje de Simone y Nelson por Guatemala y México terminó mal: cuando ella le confesó que debía regresar un mes antes de lo previsto a París para ayudar a Sartre, él se enfadó y estuvo de muy mal humor los últimos días.

Antes de despedirse, Nelson le dijo que estaba dispuesto a casarse con ella. No sabemos lo que Simone le contestó, pero en su primera carta a su vuelta a París le explicó las razones por las que nunca podría abandonar a Sartre.

Pocas horas después, cuando supo que el guion en el que debía trabajar con Sartre no se haría, le mandó un telegrama a Nelson preguntándole si quería que volviese a Chicago. Él le respondió que tenía mucho trabajo.

[París]

19 de julio [de 1948], lunes por la noche

Nelson, mi querido amor:

Sí, ha sido muy dulce la carta que recibí esta mañana, muy apacible y amorosa. «Se la ve a usted muy feliz hoy», me dijo mucha gente. Y es verdad que lo estaba. Ahora es medianoche, no estoy excesivamente cansada, apenas he bebido un poco de ginebra con zumo de pomelo (no hay whisky en París), y te daré un beso de buenas noches antes de acostarme. [...]

[...] Me he despedido de mi amiga rusa, que se va una temporada a descansar al campo. [...] Ayer cené con su marido, Bost, el joven que escribió *Le Dernier des métiers*. Cenamos en Montmartre, y había un gran festejo en la calle: en medio de la velada, gris y sombría, los tiovivos y las montañas rusas, los trenes mágicos, los juegos malabares y otros espectáculos parecían muy tristes, me llegó a lo más profundo del corazón. Además, es el chico con el que me acosté durante muchos años antes de conocerte, pero lo dejé el año pasado a mi regreso de Nueva York, ya sabes por qué. Para mí había dejado de ser un asunto importante, de modo que la ruptura no me costó mucho esfuerzo, por eso ni siquiera te lo había comentado. Hemos seguido siendo amigos íntimos, pero él ahora no es muy feliz en sus amoríos, y estar casado con semejante mujer impide que sus

amoríos sean realmente satisfactorios, de modo que la tristeza reinó durante toda la velada. Además, cuando le dejé, no se enojó; sabía que yo no le quería, pero tampoco le hizo gracia, así que persiste cierta incomodidad entre los dos. Te lo cuento porque tú me preguntas qué sucede en mi loca cabecita, y me gusta que sepas de mí tanto como sea posible.

¿Sabes?, podría renunciar a mucho más, no solo a un joven simpático, siempre que fuera por ti: por ti podría renunciar a la mayor parte de las cosas, pero es evidente que no sería la Simone que a ti te gusta si renunciara por ejemplo a mi vida con Sartre. Solo sería una sucia criatura, una mujer desleal y egoísta. Al margen de lo que decidas en el futuro, quiero que lo sepas: no es por falta de amor por lo que no me quedo contigo. Incluso estoy segura de que despedirnos es para mí más duro que para ti, estoy segura de que te echo de menos de forma mucho más dolorosa que tú a mí. No podría amarte, quererte y extrañarte más de lo que te amo, te quiero y te extraño. Puede que lo sepas, pero lo que también tienes que saber, aunque pueda parecer una presunción por mi parte, es cuánto me necesita él. De hecho, está muy solo, atormentado en su interior, muy desasosegado, y yo soy su única amiga verdadera, la única que realmente le entiende, le ayuda, trabaja con él, le proporciona algo de paz y de equilibrio. Durante casi veinte años él ha hecho todo por mí, me ha ayudado a vivir, a encontrarme a mí misma, y ha sacrificado muchas cosas por mí. Desde hace cuatro o cinco años, y hasta ahora, por fin disfruto de la oportunidad de devolverle todo lo que ha hecho por mí, y de ayudar a quien tanto me ayudó. No podría abandonarlo. Podría dejarlo durante períodos más o menos prolongados, pero no podría entregar mi vida entera a otra persona. Aborrezco tener que hablar de esto otra vez, sé que corro el peligro de perderte, y sé muy bien lo que significaría perderte. Pero has de entender cómo es, Nelson; debo estar segura de que entiendes la verdad: sería muy feliz pasando los días y las noches contigo hasta que me muera, sea en Chicago, en París o en Chichicasteango, pues no es posible amarte más de lo que yo te amo, y te amo en cuerpo y alma, pero preferiría morir antes que hacer un gran daño, antes de causarle un daño tan profundo a una persona que lo ha dado todo por mi felicidad. No me gustaría ni morir ni perderte; la idea de perderte me parece tan intolerable como la de morir. Bueno, tal vez opines que estoy armando un jaleo excesivo, pero para mí mi vida es esencial, y nuestro amor es esencial: vale la pena armar un poco de jaleo. Y tú me preguntas qué pienso, y me siento muy amiga tuya, y me gusta decirte todo lo que siento en lo más profundo de mi corazón. Ahora me voy a acostar después de darte un beso largo y lleno de amor.

Viernes

Cariño:

Espero que mi telegrama no te haya molestado. Voy a explicártelo. Si tuve que volver a París a

mediados de julio fue porque Sartre me necesitaba para trabajar en la adaptación al cine de su última obra. Ya te lo he dicho: siempre que me lo pida, le ayudaré; por otra parte, esta es una forma de ganarme la vida, con mis libros no tendría suficiente; son los guiones de cine y todo lo demás lo que me mantiene. Pero repentinamente, el martes, los productores cambiaron de opinión; hablamos, discutimos y, sencillamente, el guion no se hará de manera inmediata. Sartre tiene que quedarse aquí para resolver unos asuntos antes de empezar la adaptación, si es que algún día se hace, y estaba lleno de remordimientos por haberme hecho volver sin motivo; en definitiva, me propuso que si quería volver a tomar el avión a Chicago, él me regalaba el viaje. Eso es todo. Ya sabía que tú querías trabajar, me lo explicaste en Nueva York; por supuesto que lo comprendo y lo apruebo; por tanto, había previsto que tu respuesta sería no. Pero ¿podía yo tomar la decisión de estar separada de ti un mes entero sin consultártelo? Además, entre nosotros no existen astutas estrategias. No hay por qué ser educada, me dije, y menos aún discreta. ¿Me equivoqué? Cuando me trajeron tu telegrama, aún medio dormida, leí: «No demasiado trabajo», y durante un instante imaginé que eso significaba: «Puedes venir». Luego lo leí mejor: «No. Demasiado trabajo», que era la respuesta que esperaba. Sí, tienes que trabajar, cariño; me gusta tu trabajo, deseo ardientemente que acabes tu libro, que exista un buen libro más. Solo espero que un día encontremos el modo de trabajar el uno al lado del otro, que nuestro amor nunca más te produzca esa especie de sensación de vacío que te embargaba en Nueva York durante los últimos días. Estaría bien pasar juntos las jornadas de trabajo y las noches de amor. Yo me siento capaz. Tal vez tú descubras que también puedes.

Otra cosa que he pensado acerca de nosotros. El año pasado nuestro amor comenzó con la misma facilidad que los de las películas rosas, muy bien. Sin embargo, se ha transformado en una aventura humana, muy terrestre, lo que puede valer infinitamente más a poco que nos esforcemos. ¿Compartes mi opinión?

Tu carta del lunes me llenó el corazón de alegría y me trajo el sol. París tiene mejor cara. Mi proceso de vuelta se desarrolla siempre de la misma manera: después de Nueva York y Chicago, durante algunos días, París me parece horroroso; más tarde, poco a poco, recobro el espíritu. Aunque en un día triste y gris como hoy las blusas de Guatemala brillan demasiado. Me han hecho dos, magníficas, con los tejidos que escogimos juntos. Sigue escribiéndome a París, por favor; no me marcharé antes del mes próximo. ¿Has empezado el álbum de fotos? ¿Podré ver pronto las imágenes de nuestra luna de miel? Fue una tierna luna de miel, Nelson.

Trabaja duro, mi amor; envíame largas cartas amarillas. Saca la máxima felicidad que puedas del amor de

tu SIMONE

[9]

A Sartre

[En julio de 1950, cuando Simone llegó de nuevo a Chicago para pasar tres semanas con Nelson, él le dijo que no quería seguir manteniendo aquella relación a distancia, bajo la sombra gigantesca del rival imbatible.

La propia Simone se lo contó a Sartre en sus primeras cartas desde Chicago.]

[Chicago] [Julio de 1950] Lunes

Mi queridísimo pequeño:

Qué amable es usted al haber escrito tan rápido; el jueves recibí su primera carta y fue un gran consuelo. Esta mañana he recibido la segunda, y la verdad es que pienso que es una estupidez que cada uno de nosotros se haya complicado la vida por su lado, estando tan bien los dos juntos. El tributo final es que dentro de tres meses volveremos a ser libres, porque depender el uno del otro en realidad es no depender de nadie. Tres meses; me resulta larguísimo e insoportable, aunque a la vez sé que es necesario para ese «trabajo» que comentamos, que yo rechazaba y que es preciso que haga.

[...] La atmósfera está en calma. Eso no impide que para mí Chicago tenga algo desgarrador; esa es la única palabra que me viene a la mente para calificar los días que estoy viviendo. Esta ciudad me resulta tan entrañable, la quiero tanto, la recuerdo tan bien, es tan exótica y a la vez tan familiar para mí...; sin embargo, forma parte de un mundo que ya no es el mío, está radicalmente separada de mí por los acontecimientos que se avecinan en el mundo tanto como en mi propia historia.^[70] Y es extraño cómo estoy reviviendo esa historia en cada calle, hora a hora, con la consigna de neutralizarla, de transformarla en un pasado inofensivo que pueda conservar en mi corazón sin renegar de él y sufrir por ello. No es nada fácil; es doloroso y poético a un tiempo. Supongo que es mejor estar en mi lugar que en el suyo, pero algunos momentos me siento cruelmente perdida. Hay una humedad como la de Bobo-Dioulasso, y el tiempo es borrascoso como en París; llueve a menudo y el aire es espesísimo, un tiempo que le va de maravilla a mi estado de ánimo.

Intentaré darle una idea aproximada y continua de los acontecimientos. Llegué, pues, el lunes por la noche, dispuesta, a pesar de mis presentimientos, a empalmar con los últimos días del año pasado, cuando Algren me dijo: «Jamás había sido tan feliz; jamás te había querido tanto». Por la noche, y todo el día siguiente, sentí una, llamémosle así, reserva, una ausencia absolutamente aplastante viniendo de alguien que es la calidez misma. El martes por la noche, cuando nos acostamos, le pedí una explicación. Me dijo muy brevemente que no era que quisiera a otra persona, pero que algo había muerto. Pasé una mala noche, como puede suponer; y a la mañana siguiente le escribí a usted. Por la tarde estuvo explicándose detenidamente. Cuando estuvo en Hollywood, casi se reconcilió con su exmujer; ella quería que volvieran a hacer vida en común, pero él se negó y salió del paso regalándole un coche; luego estuvo con una japonesita, de la que ya me había hablado antes, que se empeñó en que quería casarse con él: acabó por acostarse con ella, no sin antes prevenirla de que no esperara nada, y más tarde la dejó. Dice que de esas luchas y querellas le quedó cierto cansancio respecto a las mujeres, que me esperó con indiferencia y que al volver a verme no sintió gran cosa: vengo y volveré a irme; es agradable, sin más. Lo comprendo. Me alivió, se lo confieso, saber que no es que se hubiera enamorado de otra mujer, sino que el cambio se ha debido a causas internas de nuestra historia y no externas. Esa noche dormí regular, y el día siguiente estuvimos hablando de un montón de cosas y por la tarde estuvimos dos horas con unos amigos suyos. La velada fue muy agradable, e incluso hicimos el amor con mucha ternura. A la mañana siguiente, la reacción clásica que ya conoce, estaba enferma: la primera noche pillé un resfriado impresionante, había ido incubándose lentamente; además, había tomado demasiados whiskies y corydranas, tenía tanta fiebre que me postró en la cama todo el día. Hasta fue agradable; pusimos discos y estuvimos contándonos historias. El sábado dormí doce horas, la fiebre casi había desaparecido y fuimos a pasear por lugares muy agradables, cenamos en un encantador restaurante francés, vimos un espectáculo de opereta, etcétera. Ayer domingo también fue una jornada perfecta; nos entendemos muy bien; salvo por la tensión que anida en mí y este tiempo borrascoso, todo es como antes. Volví a visitar muchos lugares de Chicago y por la noche estuvimos charlando apaciblemente, hasta muy tarde. Pero entonces ocurrió un pequeño desastre, porque volvimos a hacer el amor y fue tan penoso que me sentí espantada. Estuve incubando ese horror durante gran parte de la noche, y en cuanto Algren se despertó intenté hablar con él; odia las explicaciones, las rehúye. Intenté dar las menos posibles, aunque a fin de cuentas esa era necesaria; para él duró cinco minutos, pero yo intenté seguir y luego, desde media noche hasta mediodía, casi no he podido dormir. [...] Es una pena que no podamos marcharnos al lago hasta el 1 de agosto. Imposible trabajar en su habitación: es demasiado pequeña, y el ritmo de las salidas no lo permite. Además, aún tiene que pasar una semana más para que me sienta capaz de ello. Aunque una casa grande, con camas separadas, nadar un poco, seguro que será una gran ayuda. Pese a que, por otra parte, me gusta Chicago y esta

habitación. Esta noche he pensado en volver antes a Francia, después de haber visto a [mi amiga] Sorokine y haber pasado algunos días en Nueva York. No obstante, me gusta estar aquí y prefiero que la ruptura no sea tan brusca. Dejando aparte el incidente de esta noche, no tengo nada que reprocharle a Algren y sigo sintiéndome bien a su lado. Me parece que es mejor que deje que estos tres meses hagan su trabajo.

[...] Y eso es todo, mi pequeño. Escribirle ha sido un consuelo, y ahora me siento un poco desamparada. Tanto más cuando que está lloviendo y no hay en la ciudad ni una sola película que ir a ver. Quizá vaya al museo. Ya ve que estoy haciendo justo lo que había dicho que no quería hacer: responsabilizarme de una historia que fue vivida por los dos, hacer de ella mi historia para poder dominarla, liquidarla. Pero no fui yo la que empezó, y no hay otra salida. Sobre todo, no se preocupe por mí. No estoy desbordada, solo por momentos, en algunos momentos. Pero en general, y pese a todo, soy feliz. Estoy contenta de que esta historia haya existido, y de que haya existido de este modo. Con un poco de suerte, terminará dulcemente.

Escríbame, por favor. Lo que más me ayuda es seguir anclada en París, cerca de usted. Así que nada más es realmente importante. Y usted, pequeño, piense que estos días tristes que está viviendo no son absurdos ni gratuitos, son necesarios para nuestra vida.[71] Ya verá qué vida tan bella llevaremos a partir de ahora, en cuanto volvamos a estar juntos.

Le abrazo con todas mis fuerzas.

Su encantador CASTOR

[10]

A Nelson Algren

[Después de los tres meses de estancia en Chicago, Simone escribió a Nelson desde Nueva York esta última carta de amor.]

Hotel Lincoln, Nueva York,
30 de septiembre de 1950

Nelson, mi dulcísimo y queridísimo amor:

Acababas de marcharte cuando llegó un hombre sonriente y me dio esta flor bellísima y desatinada, con los dos pajarillos y el amor de Nelson. Eso a punto estuvo de echar por tierra mi conducta intachable: me fue muy difícil «no llorar más». Sin embargo, se me da mejor la tristeza seca que la ira fría, y he mantenido los ojos secos hasta ahora, tan secos como un pescado en salazón, mientras mi corazón se ha vuelto suave como una especie de natilla agrídulce en mi interior. Estuve esperando hora y media en el aeropuerto; el avión procedente de Los Ángeles no pudo aterrizar a causa de la niebla. Estuvo bien que te marcharas, esa última espera siempre resulta demasiado larga, pero también estuvo bien que me acompañaras. Gracias por la flor y por ir a despedirme, por no hablar de tantas otras cosas. Estuve esperando con mi flor púrpura en el pecho, e hice como que leía una novela policíaca de Ross McDonald hasta que por fin despegamos. El viaje fue muy bien, no hubo sobresaltos. No me dormí; fingí que seguía leyendo la novela hasta el final, y no dejé de acariciarte en mi sucio y tonto corazón.

Nueva York estaba hermosísimo: soleado, caluroso y gris al mismo tiempo. ¡Qué encanto tiene esta ciudad! No quise que se me rompiera el corazón yendo al hotel Brittany, así que elegí el Lincoln, donde aterricé hace ya tres años, cuando no conocía a nadie en el continente y no sospechaba, ni por asomo, que iba a quedarme tan extrañamente atrapada en Chicago. Me dieron exactamente la misma habitación que entonces, quizá algo más cerca del cielo, pero idéntica en todo a la anterior. ¡Qué raro fue encontrarme de nuevo en un pasado tan remoto! Igual que hice hace tres años, fui al salón de belleza: tampoco tuve mayores complicaciones, el hotel parece desierto, y en el salón de belleza no había nadie. Luego compré una pluma para Olga (catorce dólares); hiciste bien en darme tantos dólares, así tendré lo justo para mis gastos. Y estuve caminando sin cesar por la ciudad, por esa Tercera Avenida por la que caminamos los dos la última noche, hace dos años, alrededor del Brittany, y volví a encontrarte de nuevo en todas partes, y me acordé de todo. Paseé por Washington Park, donde hay una especie de rastrillo y una exposición de malísimos cuadros; luego subí por la Quinta en autobús y vi cómo descendía la noche sobre Nueva York.

Ahora son las nueve de la noche; solo he tomado un sándwich desde que bajé del avión, no he dormido desde Wabansia, estoy terriblemente cansada. Vine a la habitación para escribirte y beberme tu whisky, pero no creo que pueda acostarme ahora. Siento todo Nueva York a mi alrededor, siento a mis espaldas nuestro verano. Bajaré a pasear y a soñar hasta quedar totalmente rendida de cansancio.

No estoy triste. Más bien estoy perpleja, lejísimos de mí, incapaz de creer que ahora estés tan lejos, tan lejos, con lo cerca que estabas. Tan solo quiero decirte un par de cosas antes de marcharme, y después te prometo que no volveré a hablar de esto. Primero, que tengo una grandísima esperanza, un enorme deseo y una inmensa necesidad de volver a verte algún día. Sin

embargo, te pido por favor que recuerdes que nunca más te pediré que nos veamos, y no por orgullo, que contigo mi orgullo no vale nada, ya lo sabes, sino porque nuestro encuentro solo tendrá algún sentido el día en que tú desees que se produzca. Por eso estoy dispuesta a esperar. Cuando lo desees, bastará con que me lo digas. No daré por sentado que vuelves a quererme, ni tampoco que tengas que acostarte conmigo, y no tendremos por qué pasar tantísimo tiempo juntos: será como tú quieras y cuando tú quieras. De todos modos, quiero que sepas que siempre estaré deseando que me lo digas. No, no puedo pensar que ya nunca volveré a verte. He perdido tu amor, y eso ha sido y es muy doloroso, pero no pienso perderte a ti. Sea como sea, tú me has dado mucho, Nelson, y lo que me diste tuvo un gran significado para mí, de modo que nunca podrías quitármelo. Además, tu ternura y tu amistad fueron para mí algo tan preciado que todavía me siento cálida y feliz, y ásperamente agradecida, cuando te contemplo dentro de mí. Espero que esa ternura y esa amistad no me abandonen nunca jamás. En cuanto a mí, es desconcertante decirlo y en parte me siento avergonzada, pero es la única verdad que existe: te amo tanto como te amaba cuando aterricé en tus decepcionantes brazos, y lo digo con todo mi ser, con todo mi sucio corazón, no me queda más remedio. Pero eso no tiene por qué molestarte, cariño. No conviertas tus cartas en una especie de deber que tienes que cumplir. Escíbeme si te apetece, y has de saber en todo momento que tus cartas me harán muy feliz.

Bueno, ahora todas las palabras parecen una rematada estupidez. Qué cerca te siento, qué cerca: ojalá me dejaras estar cerca de ti. Déjame también, como en el pasado, un sitio para siempre en tu corazón.

Tu SIMONE

[11]

A Nelson Algren

[En 1952, dos años después de que Nelson hubiera roto con ella, Simone inició una nueva relación con el escritor y cineasta Claude Lanzmann, diecisiete años más joven que ella, con el que estaría hasta 1959.

Sorprendida de despertar aún el deseo en un hombre, se lo contó a Nelson en una de sus numerosas cartas, sin poder evitar expresar la nostalgia que todavía sentía por su amor.]

[Italia] 3 de agosto [de 1952]

Querido: [...]

Así pues, ¡se acabó la putita, se acabó la japonesa, se acabó Barbara! Vas a tener que buscarte una provisión nuevecita de mujeres, o a mí me lo parece. Te escribo desde una pequeña ciudad italiana; me fui de París hace unos cuantos días un poco temerosa, porque fui yo sola en mi automóvil, y me quedaba un camino muy largo por delante. Sartre iba a tomar el tren para reunirnos en Milán. [...] La idea que tenemos es recorrer Italia de norte a sur a lo largo de dos meses, e instalarnos en Sicilia para ver los pueblos y el paisaje, sin dejar de trabajar ni un solo día en tu libro, para que así lo pueda terminar de una vez por todas en el plazo de seis meses, poco más o menos.[72] Ahora empieza a tomar forma, e incluso empieza a acercarse al final, ¿sabes? Sin embargo, ¿cuándo lo leerás? Como tendrá que estar traducido, llevará su tiempo.

Bueno, Nelson, debo decirte que ha ocurrido lo más increíble que podría ocurrir: hay alguien que desea amarme. Me pone a medias contenta y a medias triste; contenta porque es muy duro vivir sin amor, y triste porque no deseo que me ame nadie más.

Es un joven de veintisiete años, un muchacho judío de cabello negro y ojos azules al que vi en las reuniones de trabajo de *Les Temps Modernes*, en las cuales me gustó; supe que él, con gran estupidez por su parte, me consideraba «hermosa»; el secretario me lo dijo a principio de año, y entonces me pareció que los dos estaban de broma, pero después fui dándome cuenta de que el muchacho siempre me miraba de forma muy agradable. Me caía muy bien, aunque nunca llegamos a cruzar una sola palabra en un plano más personal. Hace una semana, Bost y Cau se iban a marchar de viaje a Brasil, donde van a escribir una guía por la cual les pagan bien, y estaban encantados con semejante viaje. Tuvimos una pequeña fiesta de despedida en casa de Olga, con buen whisky escocés, y yo sugerí que invitásemos al joven en cuestión. Estaba un poco achispado, y yo le hablé con amabilidad, aunque no más que la que tuve con Escipión, por ejemplo. Se pasó la noche entera mirándome, y a la mañana siguiente me llamó por teléfono: «Me gustaría invitarla al cine». En definitiva, lo que quiso decir fue: «Me encantaría acostarme con usted». Le dije que me marchaba de viaje, que no tenía tiempo, pero me pareció tan sumamente desilusionado que le dije que podríamos tomar una copa. Fue extraño: cuando volví a mi habitación, después de contestar a su llamada, me eché a llorar tal como no había vuelto a llorar desde que nos separamos tú y yo. Si aceptase, supondría una nueva despedida de ti, a pesar de lo cual me parecía muy dulce volver a ser amada, aunque no fuera amada por ti. En definitiva, nos pasamos la tarde charlando, y luego charlamos durante otra tarde, y luego vino a casa y se quedó a pasar la noche, y volvió otra vez, el mismo día en que me marchaba a Italia. Me gusta, estoy medio

enamorada de él, en octubre tendremos una verdadera historia de amor, y en el fondo me parece muy extraño, porque con toda sinceridad había aceptado por completo y sin condiciones el hecho de vivir una vida sin amor, propia de una mujer ya vieja. Él cree que yo sigo siendo joven, y me quiere. También me resulta extraño escribirte y contarte todo esto. Te escribo tal como escribiría a un amigo, ya que la amistad es todo lo que estás dispuesto a aceptar de mí. Sin embargo, tú nunca has sido exactamente un amigo para mí, y nunca lo serás; te amé demasiado. Nunca habrá nadie que sea lo que tú fuiste para mí, pero nadie puede hacer que lo ocurrido no haya ocurrido, y si eres un ser vivo, a pesar de todo, no puedes permanecer anclado en el pasado. Por eso, el pasado no cambia en modo alguno, pero no pienso seguir aferrada al pasado con tanta obstinación.

Adiós, cariño. Me da la sensación de que no puedo seguir siendo tuya, por más que guarde en mi corazón la misma ternura hacia ti que he tenido siempre. Escríbeme a la lista de correos, a Bari, Italia.

Te beso con amor.

SIMONE

Bibliografía

1. ELOÍSA

Cartas

HÉLOÏSE et ABÉLARD, *Lettres et vies* (traducción y edición de Yves Ferroul), París, Flammarion, 1996.

Biografías y obra crítica

GILSON, Étienne, *Eloísa y Abelardo*, (traducción de Serafín González Falcó), Pamplona, Eunsa, 2004.

LOBRICHON, Guy, *Héloïse, l'amour et le savoir*, París, Gallimard, 2005.

MEWS, Constant, *La voix d'Héloïse, un dialogue de deux amants*, París, Le Cerf, 2005.

PERNOUD, Régine, *Eloísa y Abelardo*, (traducción de José Ramón Monreal), Barcelona, Acantilado, 2011.

2. HILDEGARDA DE BINGEN

Cartas

MOULINIER, Laurence, «Hildegarde de Bingen, Chants et Lettres (choix)», en *Voix de femmes au Moyen Âge. Savoir, mystique, poésie, amour, sorcellerie. XIIIe-XVe siècle*, dir. D. Régnier-Bohler, París, R. Laffont, 2006.

Biografías y obra crítica

CIRLOT, Victoria, *Hildegard von Bingen y la tradición visionaria de Occidente*, Barcelona, Herder, 2005.

PERNOUD, Régine, *Hildegarda de Bingen: Una conciencia inspirada del siglo XII* (traducción de

Alejandra González Bonilla), Barcelona, Paidós, 2012.

Algunas obras de Hildegarda de Bingen en español

—*Cartas de Hildegarda de Bingen*, volumen I (edición de Azucena A. Fraboschi, Cecilia Avenatti de Palumbo y María Esther Ortiz), Buenos Aires, Miño y Dávila, 2016.

—*Scivias: Conoce los caminos*, Madrid, Trotta, 1999.

—*Sinfonía de la armonía de las revelaciones celestiales*, Madrid, Trotta, 2003.

3. NINON DE LENCLOS

Cartas

Al marqués de Villarceaux

LENCLOS, Ninon de, *Correspondance secrète entre Ninon de Lenclos, le marquis de Villarceaux et Mme de Maintenon*, París, Renard, 1805.

Al marqués de Sévigné

LENCLOS, Ninon de, *Lettres au marquis de Sévigné ou L'Art de se faire aimer*, París, L'Arche Éditeur, 1999.

Biografías

DEBRIFFE, Martial, *Ninon de Lenclos. La belle insoumise*, París, France-Empire, 2002.

DUCHÊNE, Roger, *Ninon de Lenclos ou la manière jolie de faire l'amour*, París, Fayard, 1984.

VERGÉ-FRANCESCHI, Michel, *Ninon de Lenclos*, París, Payot, 2014.

4. JULIE DE LESPINASSE

Cartas

LESPINASSE, Julie de, *Lettres de Mademoiselle de Lespinasse*, París, Amyot, 1847. Edición digital: Bibliothèque Nationale de France, 2016.

LESPINASSE, Julie de, *Lettres*, París, La Table Ronde, 1998.

Biografías

BOUISSOUNOUSE, Janine, *Julie de Lespinasse, ses amitiés, sa passion*, París, Hachette, 1958.

D'ARAGON, Marie-Christine, y LACOUTURE, Jean, *Julie de Lespinasse. Mourir d'amour*, París, Complexe, 2006.

5. MARY WOLLSTONECRAFT

Cartas

A Gilbert Imlay

WOLLSTONECRAFT, Mary, *The Love Letters of Mary Wollstonecraft to Gilbert Imlay*, Start Publishing LLC, 2012 (edición digital).

A William Godwin

GODWIN, William, y WOLLSTONECRAFT, Mary, *Godwin & Mary. Letters of William Godwin and Mary Wollstonecraft*, edición de Ralph M. Wardle, Kansas, University of Kansas Press, 1977.

Biografías

GORDON, Charlotte, *Mary Wollstonecraft, Mary Shelley* (traducción de Jofre Homedes), Barcelona, Circe, 2018.

TOMALIN, Claire, *Vida y muerte de Mary Wollstonecraft* (traducción de Miguel Á. López Lafuente), Barcelona, El Viejo Topo, 2011.

Algunas obras de Mary Wollstonecraft en español

—*Cartas escritas durante una corta estancia en Suecia, Noruega y Dinamarca*, Madrid, Catarata, 2003.

—*La educación de las hijas* (traducción de Cristina González), Santander, El Desvelo, 2010.

—*Vindicación de los derechos de la mujer* (edición de Sheila Rowbotham, traducción de Alfredo Brotons y Marta Lois), Madrid, Akal, 2014.

—*Vindicación de los derechos de la mujer* (traducción de Carmen Martínez Gimeno), Madrid, Cátedra, 2018.

6. GEORGE SAND

Cartas

MUSSET, Alfred de, y SAND, George, «*Ô mon George, ma belle maîtresse...*». *Lettres*, edición de

Martine Reid, París, Gallimard, 2010.

Edición en español:

SAND, George, y MUSSET, Alfred de, *Los amantes de Venecia. (Correspondencia. 1833-1835, seguida del Diario íntimo de George Sand)* (edición de Fernando García Burillo), Guadarrama, Ediciones del Oriente y del Mediterráneo, 2004.

Biografías

MALLET, Francine, *George Sand*, París, Éditions Bernard Grasset, 1995.

MUSSET, Alfred de, *Confession d'un enfant du siècle*, París, Paleo, 2012 (este es el texto autobiográfico que Musset escribió sobre su relación con George Sand).

REID, Martine, *George Sand*, París, Folio, 2013.

Algunas obras de George Sand en español

—*Indiana, o las pasiones de Madame Delmare* (traducción de Eva María González Pardo), Asturias, d'Época, 2018.

—*La charca del diablo* (edición de Matilde Santos), Madrid, Cátedra, 1989.

—*Un invierno en Mallorca*, Palma de Mallorca, Cort, 1999.

7. CHARLOTE BRONTË

Cartas

BRONTË, Charlotte, *Lettres et poésies d'amour*, Bruselas, La Centaine, 1945.

Biografías

BARKER, Juliet, *The Brontës*, Londres, Little, Brown Book Group, 2010.

—, *The Brontës: A Life in Letters*, Londres, Little, Brown Book Group, 2016.

CASO, Ángeles, *Todo ese fuego*, Barcelona, Planeta, 2014 (novela).

GASKELL, Elizabeth, *Vida de Charlotte Brontë* (traducción de Ángela Pérez), Barcelona, Alba, 2016.

Algunas obras de Charlotte Brontë en español

—*El profesor* (traducción de Gema Moral), Barcelona, Alba, 2014.

—*Jane Eyre* (traducción de Carmen Martín Gaité), Barcelona, Alba, 2016.

- Jane Eyre* (traducción de Elizabeth Power), Madrid, Alianza, 2017.
—*Poemas de Currer Bell* (traducción de Xandru Fernández), Barcelona, Alba, 2019.
—*Villette* (traducción de Marta Salís), Barcelona, Alba, 2017.

8. ELIZABETH BARRETT BROWNING

Cartas

BROWNING, Robert, y BARRETT BROWNING, Elizabeth, *The Letters of Robert Browning and Elizabeth Barrett Browning, 1845-1846*, dos volúmenes, Londres, Smith, Elder & Co., 1913.

Biografías

FORSTER, Margaret, *Elizabeth Barrett Browning*, Londres, Random House, 2004 (edición digital).
WOOLF, Virginia, *Flush* (traducción de Rafael Vázquez Zamora e ilustraciones de Iraxte López de Munáin), Barcelona, Lumen, 2019 (esta novela narra la vida del perro de Elizabeth).

Algunas obras de Elizabeth Barrett Browning en español

—*Sonetos de la dama portuguesa* (edición y traducción de Adolfo Sarabia e ilustraciones de Frederick A. Mayer, edición bilingüe), Madrid, Hiperión, 1998.

9. GERTRUDIS GÓMEZ DE AVELLANEDA

Cartas

A Ignacio de Cepeda

CRUZ DE FUENTES, Lorenzo, *La Avellaneda. Autobiografía y cartas*, Madrid, 1916. En línea:
<<http://www.cervantesvirtual.com/>>

GÓMEZ DE AVELLANEDA, Gertrudis, *Poesías y epistolario de amor y de amistad*, edición de Elena Catena, Madrid, Castalia e Instituto de la Mujer, 1989.

A Gabriel García Tassara

MÉNDEZ BEJARANO, Mario, *Tassara. Nueva biografía crítica*, Madrid, 1928.

Biografías y obra crítica

BRAVO-VILLASANTE, Carmen, *Una vida romántica: la Avellaneda*, Madrid, Instituto de

Cooperación Iberoamericana, 1986.

BURGUERA, Mónica, «Coronado a la sombra de Avellaneda. La reelaboración (política) de la feminidad en España entre la igualdad y la diferencia (1837-1868)», en revista *Espacio, Tiempo y Forma*, n.º 29, Madrid, Universidad Nacional de Educación a Distancia, 2017.

—, «Una vida en los extremos. Género y nación en Gertrudis Gómez de Avellaneda. Una perspectiva biográfica», en revista *Ayer*, n.º 106, Madrid, Ediciones de Historia, 2017.

JIMÉNEZ FARO, Luzmaría, *Gertrudis Gómez de Avellaneda, la dolorida pasión*, Madrid, Torremozas, 1999 (biografía y poemas).

Algunas obras de Gertrudis Gómez de Avellaneda

—*Autobiografía y otras páginas*, Madrid, Real Academia Española, 2015.

—*Poesías y epistolario de amor y de amistad*, edición de Elena Catena, Madrid, Castalia e Instituto de la Mujer, 1989.

—*Sab*, edición de José Cervera, Madrid, Cátedra, 2005 (novela).

10. EMILIA PARDO BAZÁN

Cartas

PARDO BAZÁN, Emilia, *Cartas a Galdós*, edición de Carmen Bravo Villasante, Madrid, Turner, 1978.

PARDO BAZÁN, Emilia, «*Miquiño mío.*» *Cartas a Galdós*, edición de Isabel Parreño y Juan Manuel Hernández, Madrid, Turner, 2013.

Biografías

ACOSTA, Eva, *Emilia Pardo Bazán. La luz en la batalla*, Barcelona, Lumen, 2007.

BURDIEL, Isabel, *Emilia Pardo Bazán*, Madrid, Taurus, 2019.

FERNÁNDEZ CUBAS, Cristina, *Emilia Pardo Bazán*, Barcelona, Omega, 2000.

Algunas obras de Emilia Pardo Bazán

—*Cuentos*, edición de Eva Acosta, Barcelona, Penguin Clásicos, 2015.

—*La madre Naturaleza*, Madrid, Cátedra, 2004.

—*La mujer española y otros escritos*, Madrid, Cátedra, 2018.

—*La Tribuna*, Madrid, Cátedra, 2006.

—*Los Pazos de Ulloa*, Madrid, Cátedra, 2006.

11. KATHERINE MANSFIELD

Cartas

MANSFIELD, Katherine, y MURRY, John Middleton, *Letters of Katherine Mansfield and John Middleton Murry*, seleccionadas y editadas por Cherry A. Hankin, Nueva York, New Amsterdam Books, 1991.

Biografías

CITATI, Pietro, *La vida breve de Katherine Mansfield* (traducción de Mónica Monteys), Barcelona, Gatopardo, 2016.

CONDE, Carmen, *Cartas a Katherine Mansfield* (edición y traducción de Fran Garcerá), Madrid, La Bella Varsovia, 2019.

DUPUIS, Michel, *Katherine Mansfield. Qui êtes-vous?*, Lyon, La Manufacture, 2015 (libro digital).

TOMALIN, Claire, *Katherine Mansfield* (traducción de Marta Pessarrodona), Barcelona, Circe, 1990.

Algunas obras de Katherine Mansfield en español

—*Cuentos completos* (traducción de Clara Janés y Paloma Parcerisas), Barcelona, Alba, 1999.

—*Diario* (traducción de Aranzazu Usandizaga), Barcelona, Debolsillo, 2017.

—*En la bahía* (traducción de Francesc Parcerisas), Barcelona, Alba, 2011.

—*En un balneario alemán* (traducción de Clara Janés), Barcelona, Alba, 2011.

—*Relatos breves* (edición y traducción de Juani Guerra), Madrid, Cátedra, 2000.

12. MARÍA ZAMBRANO

Cartas

ZAMBRANO, María, *Cartas inéditas (a Gregorio del Campo)*, edición de M.^a Fernanda Santiago Bolaños, Ourense, Linteo, 2012.

Biografías y obra crítica

BERENGUER VIVO, Alicia, *María Zambrano y la raíz desnuda*, edición digital, Libros.com, 2016.

ORTEGA MUÑOZ, Juan Fernando, *María Zambrano*, Málaga, Arguval, 2006.

www.fundacionmariazambrano.org

Algunas obras de María Zambrano

—*Claros del bosque*, Madrid, Cátedra, 2011.

—*Delirio y destino. Los veinte años de una española*, Madrid, Horas y horas, 2011.

—*El hombre y lo divino*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 2005.

—*Hacia un saber del alma*, Madrid, Alianza, 2004.

—*Las palabras del regreso*, Madrid, Cátedra, 2009.

—*Los sueños del tiempo*, Madrid, Siruela, 1992.

—*Poesía*, Sevilla, La isla de Siltolá, 2018.

13. MARINA TSVIETÁIEVA

Cartas

A Konstantín Rodzévitch

TSVIETÁIEVA, Marina, *Cartas de amor a Konstantín Rodzévich* (traducción de Reyes García Burdeus), Sevilla, Renacimiento, 2018.

A Rainer Maria Rilke y a Borís Pásternek

PÁSTERNAK, Borís; RILKE, Rainer Maria, y TSVIETÁIEVA, Marina, *Cartas del verano de 1929* (traducción de Selma Ancira, Adan Kovacsiss y Francisco Segovia), Barcelona, Ediciones Minúscula, 2012.

Biografías

EFRON, Ariadna, *Marina Tsvetáieva, mi madre* (traducido del francés por Isabel González-Gallarza), Barcelona, Circe, 2009.

KARLINSKY, Simon, *Marina Tsvietáieva* (traducción de Francisco Segovia), Madrid, Grijalbo Mondadori, 1991.

Algunas obras de Marina Tsvietáieva en español

—*Confesiones: Vivir en el fuego* (traducción de Selma Ancira), Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2009.

—*Diarios de la Revolución de 1917* (traducción de Selma Ancira), Barcelona, Acantilado, 2018.

- El relato de Sóniechka* (traducción de María de los Reyes García Burdeus), Sevilla, Renacimiento, 2002.
- Mi hermano femenino* (traducción de Josa Fructuoso), Madrid, Flores raras, 2018.

14. VIRGINIA WOOLF Y VITA SACKVILLE-WEST

Cartas

SACKVILLE-WEST, Vita, *Letters of Vita Sackville-West to Virginia Woolf* (edición de Louise DeSalvo y Mitchell A. Leaska), Nueva York, First Quill Edition, 1985.

Biografías

De Vita Sackville-West

NICHOLSON, Nigel, *Portrait of a Marriage: Vita Sackville-West and Harold Nicholson*, Londres, Phoenix, 2001.

De Virginia Wolf

BELL, Quentin, *Virginia Woolf* (traducción de Marta Pessarodona), Barcelona, Lumen, 2004.

CHIKIAR BAUER, Irene, *Virginia Woolf. La vida por escrito*, Madrid, Taurus, 2015.

DUNN, Jane, *Vanessa Bell y Virginia Woolf. Historia de una conspiración* (traducción de Roser Berdagué), Barcelona, Circe, 1993.

GORDON, Lyndall, *Virginia Woolf. Vida de una escritora* (traducción de Jaime Zulaika), Barcelona, Gatopardo, 2017.

WOOLF, Virginia, *El diario de Virginia Woolf*, dos volúmenes (traducción de Olivia de Miguel), Madrid, Tres Hermanas, 2018.

WOOLF, Virginia, *Moments of Being. Autobiographical Writing* (edición de Jeanne Schulkind), Londres, Pimlico, 2002.

Algunas obras de Vita Sackville-West en español

—*Juana de Arco* (traducción de Amalia Martín-Gamero), Madrid, Siruela, 2003.

—*Los eduardianos* (traducción de M.^a Luisa Balseiro), Barcelona, Tusquets, 2018.

—*Pasajera a Teherán (Paisajes narrados)* (traducción de Carlos Mayor Ortega), Barcelona, Minúscula, 2010.

—*Pepita* (traducción de Alfredo Serrano) Barcelona, Tusquets, 1989.

—*Toda pasión apagada* (traducción de Beatriz García Ríos), Madrid, Alfaguara, 2016.

Algunas obras de Virginia Woolf en español

- Al Faro* (traducción de Miguel Temprano García), Barcelona, Lumen, 2012.
- Flush* (traducción de Rafael Vázquez Zamora e ilustraciones de Iratxe López de Munaín), Barcelona, Lumen, 2019 (esta novela narra la vida de Flush, el perro de Elizabeth Barrett-Browning).
- Las olas* (traducción de M.^a Luisa Méndez Gómez y Andrés Bosch), Barcelona, Lumen, 2010.
- Orlando* (traducción de María Kodama), Barcelona, Lumen, 2014.
- Un cuarto propio* (traducción de Jorge Luis Borges e ilustraciones de Becca Stadlander), Barcelona, Lumen, 2013.

15. SIMONE DE BEAUVOIR

Cartas

A Sartre

BEAUVOIR, Simone de, *Cartas a Sartre* (traducción de Nuria Pujol), Barcelona, Lumen, 1996.

A Nelson Algren

BEAUVOIR, Simone de, *Cartas a Nelson Algren* (traducción de Miguel Martínez-Lage), Barcelona, Lumen, 1999.

Biografías y obra crítica

APPIGNA NESI, Lisa, *Simone de Beauvoir* (traducción de Antonio Gude), Madrid, Tutor, 2006.

BOUCHARDEAU, Huguette, *Simone de Beauvoir*, París, Flammarion, 2007.

G. DE LA CUEVA, Carmen, *Un paseo por la vida de Simone de Beauvoir*, Barcelona, Lumen, 2018.

MOREAU, Jean-Luc, *Simone de Beauvoir. Le goût d'une vie*, París, Écriture, 2008 (edición digital).

SALLENAVE, Danièle, *Simone de Beauvoir, contra todo y contra todos* (traducción de Malika Embarek López), Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2010.

Algunas obras de Simone de Beauvoir en español

—*El segundo sexo* (traducción de Alicia Martorell), Madrid, Cátedra, 2017.

—*La invitada* (traducción de Silvina Bullrich), Edhasa, Barcelona, 2017.

—*La mujer rota, La edad de la discreción y Monólogos* (traducción de Dolores Sierra y Nieves

Sánchez), Barcelona, Edhasa, 2015.

—*Las bellas imágenes* (traducción de José Blanco), Barcelona, Edhasa, 2018.

—*Memorias de una joven formal* (traducción de Silvina Bullrich), Barcelona, Edhasa, 2018.

La asombrosa correspondencia pasional de quince grandes escritoras y las historias amorosas que las inspiraron, por la ganadora del Premio Planeta.



«Quiero escribirte esta noche una carta de amor», escribe Katherine Mansfield al amante que más tarde se convertiría en su marido. A través de sus cartas, inéditas hasta ahora en español —al igual que muchas otras que recoge este libro—, su voz más íntima se une a la de otras grandes escritoras que sintieron la urgencia de revelar lo inconfesable, el poder del deseo, la insoportable incertidumbre, la desesperación, el dolor de una pasión no correspondida o la inmensa felicidad de amar y ser amado. La abadesa Eloísa de Argenteuil, ya en el siglo XII, se enfrenta al Infierno por escuchar a su carne; Simone de Beauvoir se empeña en destruir cualquier rastro burgués en el amor y en la vida; Ninon de Lenclos rechaza todos los tópicos sobre el arrebato amoroso; la romántica George Sand busca morder el amor hasta sangrar; la madre del feminismo, Mary Wollstonecraft, está dispuesta a ceder todas sus libertades —e incluso a acabar con su vida— si no consigue la entrega de su ser adorado; también la brillante y talentosa Charlotte Brontë implora el afecto de un hombre casado y espera la respuesta a sus cartas más que un mendigo un trozo de pan. Mientras María Zambrano vuelca en las cartas a un amor de juventud su anhelo de matrimonio, Marina Tsvietáieva busca en el amor sin límites la fuente de su inspiración poética o Julie de Lespinasse es capaz de amar al mismo tiempo y con igual intensidad a dos hombres, Emilia Pardo Bazán se revela con gran sensualidad y sexualidad escribiendo a Galdós, y lucha por mantener en secreto su relación...

Ángeles Caso nos presenta estas cartas reveladoras y fascinantes, y nos cuenta en las biografías de cada autora —una suerte de «micronovelas»— las historias que les dieron origen: un mapa de la sensibilidad femenina a lo largo de la Historia, una inspiración para escribir cartas de amor, y para amar —e incluso para dejar un amor que nos destruye. Un libro para leer, releer y atesorar.

Ángeles Caso (Gijón, 1959) es escritora, historiadora del arte y comunicadora. Ha publicado diversos ensayos convertidos ya en clásicos de la historiografía de género, como *Las olvidadas. Una historia de mujeres creadoras* (2005), *Ellas mismas. Autorretratos de pintoras* (2016), *Grandes maestras. Mujeres en el arte occidental* (2017) o el libro infantil *Pintoras* (2018). Ha publicado novelas de gran éxito y ha recibido varios galardones, como el Premio Planeta 2009 y el Premio a la Mejor Novela Traducida en China 2010 por *Contra el viento* o el Premio Fernando Lara 2000 por *Un largo silencio*. Es igualmente traductora, articulista y guionista. Su obra está traducida a quince idiomas.

Edición en formato digital: noviembre de 2019

© 2019, Ángeles Caso

© Herederos de María Zambrano, por las cartas extraídas de *Cartas inéditas (a Gregorio del Campo)*, edición de María Fernanda Santiago Bolaños, Ourense, Ediciones Linteo, 2012

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2018, Reyes García Burdeus, por la traducción de las cartas del capítulo 13, extraídas de *Cartas de amor a Konstantín Rodzévich*, edición de Reyes García Burdeus, Sevilla, Editorial Renacimiento, 2018

© 2012, Selma Ancira, Adan Kovacsics y Francisco Segovia, por la traducción de las cartas extraídas de *Cartas del verano de 1926*, edición de Konstantín Azadovski, Evgueni Pásternak y Elena Pásternak, Barcelona, Editorial Minúscula, 2012

© 1996, Nuria Pujol, por la traducción de las cartas del capítulo 15 dirigidas a Sartre

© 1999, herederos de Miguel Martínez-Lage, por la traducción de las cartas del capítulo 15 dirigidas a Nelson Agren

Fragmentos de Simone de Beauvoir, reproducidos con el permiso de Editions Gallimard.

Fragmentos de Vita Sackville-West, reproducidos con el permiso de The Society of Authors.

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Andreu Barberan

Imagen de portada: iStock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-264-0684-2

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

[1] Los textos de Eloísa y de Pedro Abelardo fueron escritos en latín, el idioma culto de la época. Traduzco sus cartas de la versión en francés de Yves Ferroul en *Héloïse et Abélard. Lettres et vies*, París, Flammarion, 1996. (Todas las notas son de la autora, salvo que se indique lo contrario.)

[2] Las cartas de Hildegarda de Bingen fueron escritas en latín. He traducido de la versión francesa de Laurence Moulinier en «Hildegarde de Bingen, Chants et Lettres (choix)», en *Voix de femmes au Moyen Âge. Savoir, mystique, poésie, amour, sorcellerie. XIIIe-XVe siècle*, dir. D. Régnier-Bohler, París, R. Laffont, 2006.

[3] Guibert trató en muchas ocasiones de convencer a Julie de que no debía consumir tanto opio.

[4] Se refiere al bebé del que estaba embarazada. Parece que la pareja pensaba que podía ser un niño.

[5] Es cierto que Southey y Coleridge la felicitaron por los poemas que les envió siendo todavía muy joven, pero no es menos cierto que Southey, al menos, le recomendó que se dedicase a otras cosas mucho más importantes para una mujer: casarse, tener hijos y cuidar del hogar.

[6] Charlotte Brontë padecía de una miopía que debió de ir intensificándose con la edad y complicándose por sus muchas horas de lectura y escritura, a menudo a la luz de las velas. Pero nunca dejó de escribir por ese problema.

[7] Patrick Brontë fue operado algún tiempo después, con éxito, de cataratas.

[8] Se refiere a su hermano Edward, su inseparable compañero de juegos e intereses intelectuales, de cuya muerte cuatro años antes aún le costaba mucho hablar.

[9] Elizabeth Barrett se refiere sin duda a sus *Sonetos del portugués*, que debió de empezar a escribir en ese momento.

[10] Verso del *Don Juan* de Lord Byron: «Man's love is of man's life a thing apart».

[11] Tendrían que pasar todavía ciento veinticinco años para que la Academia aceptase en 1978 a una mujer, la escritora Carmen Conde (1907-1996).

[12] Se refiere a su aventura con Lázaro Galdiano, ocurrida el día del Corpus.

[13] «Poeta, toma tu laúd: el vino de la juventud / fermenta esta noche en las venas de Dios.»
(En francés en el original)

[14] Juego de palabras entre *seule*, «sola», en francés, y *selfish*, «egoísta» en inglés.

[15] «Saben, hace bueno.» (En francés en el original.)

[16] «Con mi alma.» (En francés en el original.)

[17] «Fue más fuerte que yo.» (En francés en el original.)

[18] Hasta la fecha, Katherine firmaba sus cartas a John como Tig. En este momento su firma cambió a Wig: los amantes tienen a menudo nombres secretos.

[19] «Ahora soy yo la que llora.» (En francés en el original.)

[20] Por Pagello, es probable que Katherine se refiera a su médico, haciendo una broma con el nombre del médico de George Sand y Alfred de Musset en Venecia.

[21] Gus Bofa (seudónimo de Gustave Blanchot) fue un ilustrador francés, muy activo durante la Primera Guerra Mundial.

[22] Se refiere a los días que faltaban para volver a reunirse en mayo.

[23] Dos libras son unos novecientos gramos.

[24] Traducción de Francisco Segovia.

[25] Traducción de Reyes García Burdeus.

[26] La autora escribe deliberadamente el apellido de Rodzévich con a. Al inicio de una carta posterior, fechada el 8 de septiembre, aclara entre paréntesis, a continuación del saludo: «Disculpe por la a, pero así le convierto en descendiente de los Radziwill», nombre de una de las familias más ricas y de más antiguo linaje de la nobleza polacolituana. (*N. de la E.*)

[27] «¡Valgo más que eso!» (En francés en el original.)

[28] Las cartas a Rilke fueron escritas por Marina Tsvietáieva en alemán. Se reproduce aquí la traducción de Adan Kovacsics.

[29] Del poema de Rilke «Estoy en el mundo muy solo», de *El libro de horas*, que Tsvietáieva tradujo al ruso. Es un verso recurrente en las cartas que envía a distintos destinatarios. (*N. de la E.*)

[30] Paráfrasis de los dos últimos versos del poema «Otoño», de *El libro de las imágenes* de Rilke. (*N. de la E.*)

[31] Rilke acababa de enviarle un largo poema dedicado a ella: «Elegía para Marina Tsvietáieva».

[32] Esta frase y las siguientes son alusiones a la «Elegía para Marina Tsvietáieva».

[33] Alusión al poema que le había dedicado unos meses antes a Konstantín Rodzévitch, titulado *Poema de la montaña*.

[34] Las cartas a Borís Pásternak fueron escritas por Marina Tsvietáieva en ruso. Se reproduce aquí la traducción de Selma Ancira.

[35] «Margaritas.» (En alemán en el original)

[36] Psiqué es un personaje de la mitología griega, personificación del alma. Marina la contrapone a la carnal Eva cristiana.

[37] El calendario juliano se mantuvo en vigor en el Imperio ruso hasta la Revolución bolchevique, cuando se adoptó el calendario gregoriano, vigente en el resto de Europa. El día 17 de julio se convirtió en el 30.

[38] Francesca y Paolo, personajes reales, aparecen en la *Divina comedia* de Dante. Francesca estaba casada con el condotiero Giovanni Malatesta, pero se enamoró del hermano de este, Paolo. Cuando el marido los encontró juntos, los asesinó a ambos. Según Dante, los amantes

permanecerán toda la eternidad en el segundo círculo del Infierno, donde están condenados los culpables del pecado de lujuria.

[39] «Demasiado pura / provoca un aire de desprecio.» Verso de la *Divina comedia*. (En francés en el original.)

[40] «No defiendo mi causa, defiendo la causa del más absoluto de los besos.» (En francés en el original.)

[41] «... y un día ya no lo vimos más. / El barquito sin velas, / cansado del mar maldito, / bogando hacia las estrellas, / había llegado al paraíso.» (En francés en el original.)

[42] Rilke le había contado a Marina en una de sus cartas que tenía una hija de su breve matrimonio con la escultora Clara Westenhoff a la que no había vuelto a ver desde que era muy pequeña, y una nieta a la que no conocía.

[43] Versos de la propia Marina Tsvietáieva, de su libro *Poemas de Moscú*.

[44] Bellevue era el nombre del barrio de París en el que vivía Marina (ahora desaparecido), y cuyo nombre ella escribió en la tarjeta postal que le envió a Rilke en noviembre. En francés, Bellevue significa «Bellavista».

[45] Cuando Leslie y Julia Stephen —los padres de Virginia— se casaron, ambos estaban viudos. Julia tenía dos hijos, George y Gerald Duckworth, y una hija, Stella. Y Leslie era igualmente padre de una niña, Laura. Durante su matrimonio nacieron además Vanessa, Thoby, Virginia y Adrian. Stella, Laura, Vanessa y Virginia fueron con toda probabilidad víctimas de los mayores y de su primo.

[46] Pepita de Oliva, quizá gitana o de antecedentes gitanos, se llamaba en realidad Josefa Durán y había nacido en el barrio de El Perchel, en Málaga, en 1830. Vita escribió sobre ella una biografía titulada *Pepita* (editada en español por Tusquets en 1989).

[47] La correspondencia entre Virginia Woolf y Vita Sackville-West fue publicada por primera y única vez hasta el momento en 1985. En ese texto, editado con la autorización del hijo de Vita, Harold Nicholson, solo aparecen completas las cartas de esta. De las de Virginia se reproducen únicamente fragmentos.

[48] Virginia siempre firmó sus cartas a Vita como Berg.

[49] El pintor Clive Bell era el marido de Vanessa, la hermana de Virginia, aunque estaban separados.

[50] Cita del poema *The Land* ('La tierra') de la propia Vita Sackville-West.

[51] En su novela *Challenge* ('Desafío'), Vita Sackville-West narra su relación con Violet Trefusis.

[52] Verso del Soneto 129 de Shakespeare.

[53] Puede que se refiera al cóctel Collins, hecho con ginebra, soda y zumo de limón.

[54] A finales de 1937, la Guerra Civil española se iba recrudeciendo cada vez más. Julian

Bell, el sobrino de Virginia —hijo de Vanessa y de Clive Bell—, había muerto en julio de 1937, durante la batalla de Brunete, tras incorporarse como conductor de ambulancia a las Brigadas Internacionales.

[55] Las cartas a Sartre han sido extraídas de la edición de Lumen de 1996, con traducción de Nuria Pujol.

[56] Término extraído de la fenomenología. Significa «experiencia vivida». Simone de Beauvoir y Sartre lo empleaban en el sentido de «emoción», «impulso del corazón». (*N. de la E.*)

[57] Simone de Beauvoir y Sartre siempre se trataron de usted, demostrando en esto un raro respeto por la burguesa educación francesa.

[58] Al comienzo de su relación, uno de los amigos comunes le puso a Simone el apodo de Castor, por la semejanza de esa palabra en inglés (*beaver*) con su apellido (Beauvoir). Ella siempre firmó así las cartas a Sartre.

[59] Iban a embarcar hacia Marruecos. (*N. de la E.*)

[60] Se trataba del futuro ciclo novelesco *Los caminos de la libertad*. (*N. de la T.*)

[61] Las cartas a Nelson Algren han sido extraídas de la edición de Lumen de 1999, con traducción de Miguel Martínez-Lage.

[62] Nelson, nacido en 1909, era un año más joven que Simone de Beauvoir. (*N. de la E.*)

[63] Amiga de Algren, con quien mantenía una vaga relación. (*N. de la E.*)

[64] Simone había confesado a Nelson en una carta anterior que un año antes se había acostado en una ocasión con el escritor Arthur Koestler, pero que no pensaba volver a hacerlo porque era demasiado «anticomunista».

[65] *Les Temps Modernes* es una influyente revista política, literaria y filosófica fundada por Sartre y Simone de Beauvoir en 1945. Sigue publicándose en la actualidad. Durante algún tiempo, su equipo hizo también programas de radio.

[66] Finalmente, este proyecto no saldrá adelante. (*N. de la E.*)

[67] Jugando al póker, según indica él en una carta anterior. (*N. de la E.*)

[68] Simone de Beauvoir estaba documentándose en ese momento para escribir el que sería su gran ensayo feminista: *El segundo sexo*, publicado en 1949.

[69] Simone se refiere a Olga Kosakiewicz enferma —cómo no— de tuberculosis. Es estremecedor pensar en la incidencia durante siglos de esa enfermedad, que aparece por decimosegunda vez en este libro. En su caso, los antibióticos recién descubiertos funcionaron, al menos parcialmente: la tuberculosis no desapareció, pero Olga vivió hasta 1983.

[70] Tan solo unos días antes, a finales de junio, había comenzado la guerra de Corea, uno de los primeros episodios de la Guerra Fría. Simone y Sartre se sentían muy afectados por el enfrentamiento entre los dos bloques. Ella temía además que el estallido de la guerra pudiera llevar al cierre de fronteras, dejándola aislada en Estados Unidos.

[71] Sartre, por su parte, tenía que aclarar su relación con Dolorès Vanetti.

[72] Sin duda se trata de *Les Mandarins*, novela publicada en 1954, en la que ella aparece bajo el nombre de Anne Dubreuilh y Nelson como Lewis Brogan.

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

Quiero escribirte esta noche una carta de amor

Introducción

1. Cartas de la abadesa Eloísa a Pedro Abelardo (hacia 1132-1135)
2. Cartas de la abadesa Hildegarda de Bingen a la abadesa Richardis von Stade y al arzobispo Hartwig von Stade (1151-1152)
3. Cartas de Ninon de Lenclos al marqués de Villarceaux y al marqués de Sévigné (siglo XVII)
4. Cartas de Julie de Lespinasse a Jacques de Guibert (1773-1776)
5. Cartas de Mary Wollstonecraft a Gilbert Imlay y a William Godwin (1793-1797)
6. Cartas de George Sand a Alfred de Musset (1834-1835)
7. Cartas de Charlotte Brontë a Constantin Héger (1844-1845)
8. Cartas de Elizabeth Barrett Browning a Robert Browning (1845-1846)
9. Cartas de Gertrudis Gómez de Avellaneda a Ignacio de Cepeda y a Gabriel García Tassara (1839-1847)
10. Cartas de Emilia Pardo Bazán a Benito Pérez Galdós (1889)
11. Cartas de Katherine Mansfield a John Middleton Murry (1913-1923)
12. Cartas de María Zambrano a Gregorio del Campo (¿1922-1927?)
13. Cartas de Marina Tsvietáieva a Konstantín Rodzévitch, Rainer Maria Rilke y Borís Pásternak (1923-1927)
14. Cartas entre Virginia Woolf y Vita Sackville-West (1925-1941)
15. Cartas de Simone de Beauvoir a Jean-Paul Sartre y a Nelson Algren (1930-1950)

Bibliografía

Sobre este libro

Sobre Ángeles Caso

Créditos

Notas